

WILLIAM RILEY BURNETT

EL ULTIMO REFUGIO

(High Sierra)



*Convertida en un film histórico
por John Huston, Raoul Walsh
y Humphrey Bogart*

LA OBRA MAESTRA DE W.R. BURNETT

VINTA EN

la muerte (Color
con Joel McCrea
yo y Dorothy
años después
ambientación
escrito por Bu
rio, interpretac
lance, Shelley
Marvin

Lectulandia

Roy Earle, un duro y veterano atracador, es indultado de la condena que cumple por sus numerosos delitos. Estar en libertad supone volver a lo que mejor sabe hacer, quizás tenga la oportunidad de dar el golpe que le permita retirarse para siempre.

Lectulandia

W. R. Burnett

El último refugio

ePub r1.0

Titivillus 19.04.17

Título original: *High Sierra*
W. R. Burnett, 1940
Traducción: Rosilla Vázquez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EXTINCIÓN Y EXTERMINIO

Hasta el momento la colección *BLACK* solo ha incluido novelas no publicadas con anterioridad en castellano por las editoriales españolas. La sujeción a tal límite no ha impedido, desde luego, que *BLACK* acogiera obras maestras de la narrativa negra (por ejemplo, *Son ladrones como nosotros*, *La mujer del pelirrojo*, *Ligeramente escarlata*, *La Viña de Salomón*, *La calle de los perdidos*) y tenga previsto el próximo añadido de otras novelas de primera línea en la historia del género (como las de Jim Thompson *Savage Night* y *The Kill-Off*). Precisamente uno de los objetivos de la presente colección es subsanar las múltiples e importantes lagunas en las ediciones españolas en castellano de novela negra.

Puede resultar extraño que se hayan acumulado tantos olvidos en dicho marco, pero aún lo es más que todavía permaneciera inédita *High Sierra*, que únicamente había visto la luz en catalán. Se trata nada menos que de la obra maestra de William Riley Burnett, el celebrado autor de *El pequeño César* y *La jungla de asfalto* (así como también de las excelentes novelas ya presentadas en esta colección *El hombre frío* y *Romelle*). Además, *High Sierra* dio pie a un film histórico, rebautizado en nuestras latitudes *El último refugio*, y tan aclamado en España que hemos elegido su título castellano para denominar esta edición de la novela.

La adaptación fílmica de *High Sierra* comportó la reunión de un grupo de estrellas de gran magnitud: el propio Burnett y John Huston, quien dirigiría *El halcón maltés* y *La jungla de asfalto*, como guionistas; Mark Hellinger (*Forajidos*, *Brute Force*) al frente de la producción; Raoul Walsh (*The Roaring Twenties*, *Al rojo vivo*) a cargo de la dirección; y Humphrey Bogart a la cabeza del reparto junto con Ida Lupino. No hace falta subrayar que el resultado de tan espectacular conjunción de personalidades fue óptimo, ni que el film está considerado unánimemente como una de las cumbres del cine negro. Se rodó inmediatamente después de que, en marzo de 1940, apareciera la novela, y quedó terminado en septiembre de aquel año; el estreno tuvo lugar el 4 de enero de 1941.

Asombra menos la falta de atención de los editores españoles a *High Sierra* cuando se sabe que algunas novelas de Burnett aún permanecían inéditas últimamente en Estados Unidos. Una de ellas, *The Young Casanova* (escrita al iniciarse la década de los sesenta), resultó destruida en un incendio, y la única copia a salvo no pudo ser recuperada porque el productor cinematográfico que la poseía fue internado en un asilo psiquiátrico. Otra, *Babylon* (elaborada a lo largo de cinco años en el decenio siguiente), sufrió un generalizado rechazo por parte de los editores: su tema era una noche en la gran ciudad, y su estructura entrañaba la contemplación de diversos estratos sociales. En 1980 Burnett declaró a la revista francesa *Polar* que había

terminado una nueva novela, *Horse and Men*, con ambientación en el presente; nunca más se ha oído hablar de ella. De todo lo escrito por Burnett en sus años postreros solo se publicó, en 1981, *Good-bye Chicago*.

Según el autor contó a sus entrevistadores para la revista *Film Comment* Pat McGilligan y Ken Mate, la novela *El último refugio (High Sierra)* nació de la coincidencia de dos hechos. El primero atañe a una iniciativa de la Warner Bros, que no prosperaría. Burnett estaba preparando un guión sobre el pistolero John Dillinger, y junto con Charley Blake (periodista reputado como el máximo especialista en aquel delincuente) había reunido amplia documentación en torno al tema; pero cuando la Warner anunció el proyecto surgieron presiones suficientes para que se desistiera de seguir adelante. El segundo hecho procede de una estancia de Burnett en June Lake, lugar californiano casi únicamente frecuentado por amantes de la pesca y que le pareció al novelista un escondite idóneo para profesionales del delito; por allí vagabundeaba un perro que se dedicó a seguir a Burnett y que, según un muchacho negro, traía mala suerte. Después de la clausura del proyecto cinematográfico, Burnett decidió aprovechar el material informativo sobre Dillinger en una novela, e incrustó en esta los ingredientes suministrados por la visita a June Lake.

Así surgió *El último refugio* en cuanto a las bases de la ficción. Pero, por supuesto, lo importante residió en el tratamiento burnettiano. El enfoque de partida, de acuerdo con lo que inspiraba la figura de Dillinger, consistía en describir el mundo de los proscritos de la Depresión que actuaban con preferencia en zonas rurales y mediante grupos muy reducidos, facilitadores de acciones individualistas. Tales delincuentes habían proliferado en el Medio Oeste como patológicas derivaciones de la lucha por la supervivencia durante los años más duros de aquella época de ruina. Y no está de más recordar que, al estilo de célebres bandidos del antiguo universo del western, obtuvieron apoyos de los sectores sociales más afectados, en dichas áreas, por la hecatombe económica: granjeros que se sentían esclavizados por los bancos (cuando no expulsados de sus tierras por ellos) llegaban a entusiasmarse con los asaltos a estas entidades. De modo que determinados atracadores rurales entraron en la leyenda como si fuesen modernos Robin Hoods y se convirtieron en mitos populares. Sus caídas finales, habitualmente a consecuencia de emboscadas, incrementaron sus aureolas, probablemente injustas pero favorecidas por actuaciones muy poco ortodoxas de las fuerzas policiales. Los nombres de Bonnie y Clyde, Dillinger, «Pretty Boy» Floyd, Ma Baker, son notoriamente ilustrativos al respecto.

Burnett creó a semejanza de estas figuras históricas (sobre todo, de Dillinger, como se ha dicho) el personaje protagonista de *El último refugio*, Roy Earle. Cuando escribía la novela habían transcurrido ya cinco años desde que los más famosos pistoleros de la Depresión, Dillinger incluido, fueron abatidos por las balas de los G-Men, y ello le sirvió a Burnett para materializar en torno a Roy Earle una de sus principales obsesiones temáticas, el ocaso de una época y del mundo que la nutría. Fabulador sin posturas ideológicas de signo apriorístico, insertó la acción en una

dialéctica referida a la lucha de clases, hasta el punto de que las reflexiones más corrosivas a cargo de Roy Earle no pudieron luego subsistir en el guión del film inmediatamente emprendido por la Warner.

Hay que puntualizar que la novela admite una lectura marxista e incluso la propicia en memorables ocasiones, con una intensidad que es difícil hallar en casi todas las otras obras del autor. Este fenómeno choca de alguna manera con posteriores actitudes de Burnett, quien exhibió frecuentemente su aversión al comunismo y no quiso apoyar a las víctimas de la caza de brujas. Sin embargo, el escritor se declararía amigo de comunistas como Albert Maltz, Gordon Kahn, Lester Cole, y Alvah Bessie, fue un rotundo antiderechista, y al igual que otros autores de género negro manifiestamente alejados del marxismo (por ejemplo, James M. Cain y Raymond Chandler) impregnó sus novelas de una vigorosa y lúcida crítica al Sistema. Según él mismo decía, era un rebelde, tanto frente a las lacras de la Administración como ante las estructuras del Partido Comunista.

Con toda probabilidad Huston y Burnett decidieron renunciar a los pasajes de la novela más afines a la ideología marxista cuando afrontaron el guión para la versión cinematográfica; era fácil suponer que la autocensura de Hollywood no los habría tolerado. Aún así los censores rechazaron veintisiete páginas del libreto, y los autores tuvieron que reescribirlo y después ceder a nuevas imposiciones. También el productor Mark Hellinger les obligó a suavizar algunos aspectos del texto, aunque desde puntos de vista que, desde luego, poco tenían que ver con los esgrimidos por los censores. En consecuencia el film realizado por Raoul Walsh muestra sustanciales diferencias con la novela original, lo que acrecienta indirectamente el interés que ya posee por sí misma esta última.

En ella confluyen apasionadamente todos los temas mayores de William Riley Burnett: ruta crepuscular del delincuente, refugio en la naturaleza, nostalgia del pasado, corrupción de los representantes de la ley y el orden, y en especial la visión del ocaso de una era, visión que aquí atañe simultáneamente a una extinción y un exterminio. Todo conato de revolución estaba de antemano condenado al fracaso en los Estados Unidos de los años treinta, pero hubo prisa en aniquilar cualquier síntoma, sin esperar a que los asomos de subversión agonizaran por muerte natural. Roy Earle, y cuanto él significaba más allá de su comportamiento delictivo, simboliza una especie que se extinguía por sí sola mientras los cazadores la perseguían como si se tratase de una horda de alimañas a las que resultaba imprescindible exterminar.

JAVIER COMA

CAPÍTULO I

Cuando, a principios del siglo xx, Roy Earle era un muchacho feliz en una granja de Indiana, no barruntaba, ni por asomo, que a los treinta y siete años sería un exconvicto indultado, conduciendo en solitario a través del desierto de Nevada y California, hacia un destino incierto en el lejano Oeste.

Por aquel entonces se sentía seguro y el mundo le parecía un lugar sin complicaciones. El abuelo Earle, un hombre ya de edad, se sentaba en verano en el porche, matamoscas en ristre, contando historias inacabables y enrevesadas de los días en que fuera soldado de caballería de la Unión, cuando luchaban contra los Morgan Raiders. El abuelo Payson, otro hombre viejo, solía acudir desde la granja de su hijo y pasaba las largas y calurosas tardes de verano escuchando al abuelo Earle, intercalando de vez en cuando comentarios sardónicos y soltando risotadas en los momentos más inoportunos. El tío Wert y Charley, el padre de Roy, trabajaban de firme durante el día, tanto en invierno como en verano, pero al anochecer jugaban a las damas o a las cartas en la cocina o se sentaban debajo del gran sicomoro y charlaban sobre los chismorreos de los que se hubieran enterado en el pueblo. Las mujeres, por su parte, siempre estaban ocupadas en algo, pero, cualquiera que fuere su trabajo, no las impedía en modo alguno parlotear. Hablaban y hablaban sin cesar y el runrún tranquilizador de sus conversaciones en voz queda llegaba hasta los hombres sentados en el porche o en la pradera, infundiéndoles una sensación de dicha y seguridad.

Siempre que Roy recordaba el pasado era verano. Había algunas escenas sencillas que gustaba de evocar y, cuantos más años iba cumpliendo, con mayor frecuencia dejaba vagar la mente por aquellos tiempos ya lejanos, nada menos que toda una generación que, a aquel hombre atormentado, ya de capa caída, le parecían una auténtica Edad de Oro.

Allí estaba la hoya donde nadaban. Era ancha y profunda, un lagunajo formado en la boca de un arroyo al desviar su cauce en dirección al gran río. Aquellas herbosas y empinadas riberas estaban bordeadas de grandes sicomoros y robles cuyas ramas quebraban la ardiente luz del sol y proyectaban sobre el agua frescas sombras azuladas. Los chiquillos corrían por la orilla chillando y lanzando alaridos, mientras se quitaban la ropa y ¡mariquita el último! Se tiraban al agua con violencia desde la alta ribera, algunos dándose buenas «panzadas», cuyo eco se alzaba desde la tranquila caleta asustando a los grandes martines pescadores que levantaban el vuelo de los árboles con un ruidoso batir de alas, increpando furiosos a los nadadores y, largándose finalmente río arriba. El agua estaba tibia y fluía perezosa. A veces su claridad era tal que se podían ver los rayos del sol tocando el fondo, por el que

nadaban cardúmenes de minúsculos peces luna y alguno que otro cangrejo de río, que retrocedían, escurriéndose rápidamente en su pequeño escondrijo en el ribazo. El gordo Evans, al que los mayores llamaban «ese trasto vago, de cabeza hueca», solía quebrantar las rocas debajo del agua y, de repente, empezaban a aparecer cabezas por todo el remanso. Todos ellos nadaban, buceaban, se peleaban y chillaban hasta que la luz empezaba a declinar. Entonces se producía una espantada salvaje hacia la orilla. Y el último en llegar solía encontrarse toda la ropa anudada.

Estaba el partido de béisbol los sábados por la tarde. Tanto Roy como su hermano Elmer eran atletas natos y antes de haber cumplido los doce años se encontraban compitiendo en pie de igualdad con los hombres hechos y derechos de la comunidad. Roy jugaba en el campo exterior y Elmer de segunda base. La familia se sentía orgullosa de ellos y el abuelo Earle fanfarroneaba hasta tal punto que consiguió enemistarse con muchos. El sol pegaba de firme en el polvoriento diamante de béisbol, el gentío se agolpaba a lo largo de la zona detrás de la primera y la tercera bases, gritando, silbando e increpando a los jugadores del equipo contrario y al sudoroso y descompuesto árbitro, algunos muchachos pasaban un día practicando ejercicio atlético y cuando todo había terminado, las gentes regresaban a sus granjas o a las pequeñas casas en la ciudad, agotados pero contentos. Roy era bateador. Agarraba con fuerza el bate y cuando lo lanzaba impulsaba hacia arriba el pie izquierdo. Cuando fallaba se quedaba girando y girando y el receptor evitaba su bate maldiciendo. Cuando acertaba se oía un golpe seco y la pelota salía disparada en dirección al gran troje rojo en centro derecha. A veces se trataba de un hit de cuatro bases y Roy solía ladearse la gorra al atravesar el circuito y entonces los de casa enloquecían. Su padre solía darle una palmada en la espalda y el abuelo Earle daba zapatetas y gritaba con tal violencia que suma un espasmo de «ciaticosis» y tenía que recetarse él mismo una dosis de «medicina» que bebía de una botella de un cuartillo.

Estaba también tía Minnie. A Roy le gustaba todavía más su casa que la propia. Ella siempre horneaba o cocinaba algo y de la cocina salían aquellos olores estupendos y apetitosos en aquellas calurosas tardes de verano, ya tan lejanas. Roy se sentaba en el patio de entrada a la espera de que sacara del horno los bizcochos o las empanadas. La tropa de gansos de la tía Minnie pasaban anadeando en fila, aquellas irritables y grandes aves que graznaban a la menor provocación y estaban siempre dispuestas a atacar. *Sport*, el perro mestizo de la granja, los acosaba sin excesiva energía, manteniéndolos a punto de alzar el vuelo y los abejarrones, grandes como el pulgar de un chico, zumbaban y revoloteaban entre las malvas locas introduciendo una nota grave al adormecedor susurro de los demás insectos. La tía Minnie tenía la cara delgada y siempre estaba pálida, pero tenía una sonrisa dulce y era la persona más buena que Roy jamás conociera. Poseía remedios para todo. Y el abuelo Earle aseguraba que la familia no había de gastarse un centavo en facturas de médicos teniéndola a ella. Los domingos, a la salida de la iglesia, siempre había una gran sorbetera con helado casero en la casa de verano y todos los días había limonada y

galletas de chocolate. Roy incluso disfrutaba haciendo trabajos para tía Minnie. Daba de beber al ganado y de comer a los cerdos y las gallinas. También ordeñaba a Sarah, la gran vaca roja. La casa de tía Minnie era un refugio para todos los chiquillos de la comunidad. Siempre que se hacían daño o recibían una regañina corrían a ella. Era lo más parecido al cielo que cualquiera de ellos conociera.

Sin olvidar aquellas anochecidas, largas y calurosas, cuando la luna llena iluminaba todo el campo con el aire impregnado por todos los deliciosos aromas del verano. Abajo en el río, las ranas arrancaban notas graves, los grillos chirriaban, mientras que las ranas de zarzal lanzaban hacia las alturas su aguda matraca y los pájaros nocturnos, volando a baja altura piaban misteriosos entre los árboles. Se oía el pitido de un lejano tren de mercancías al atravesar un paso a nivel, prolongándose su sonido durante un largo rato en el silencio de la noche. Los perros de granja ladraban ruidosamente comunicándose entre sí y algunos, semejantes a lobos, aullaban a la luna. De debajo de los aleros del granero salían errantes murciélagos, volando bajo, chillando y cazando insectos invisibles y asustando a las mujeres, que se cubrían el pelo con las manos y echaban a correr. Y debajo de los grandes sicomoros en el patio de entrada, empezaban a aparecer las luciérnagas, punteando la oscuridad con su minúsculo centelleo de un verde sulfúrico. Roma Stover, la chica de pelo amarillo del otro lado de la calle, acudía tímida, con paso furtivo y ella, Roy y Elmer se quedaban junto al gran portalón de la granja riendo de nada. A veces ella cogía una luciérnaga y se la ponía en el pelo. Una noche Roy cogió un montón de ellas y las metió en una botella y la chica se la acercó a la cara para que él y Elmer pudieran vérsela bajo aquella luz intermitente y misteriosa. Al cabo de un rato, Elmer solía desaparecer en la oscuridad. No era tonto ni mucho menos. Sabía a quién había ido a ver ella. Y Roy y la muchacha se quedaban junto al portalón hablando con murmullos y a veces besándose mientras en el porche la victrola desgranaba las tonadas de moda, los mayores les interpelaban de vez en cuando con tono irónico y el abuelo Earle se perdía en un prolijo y altisonante discurso sobre la técnica del «galanteo».

Para Roy el «pasado» se limitaba a algunas escenas sencillas. Todo lo demás escapaba a su memoria. Olvidaba que había representado un auténtico problema para Ed Simpson, el maestro, y que, en una ocasión, este había dicho a su padre que era un muchacho rebelde y malo, malintencionado y con una profunda vena de mezquindad que algún día le crearía dificultades. Olvidaba que había atacado con un cortaplumas a un camorrista llamado Bub Cowalter, un chico grande y gordo que había estado fastidiando a Roy y a algunos de los otros muchachos. Y aún peor, había empezado a apuñalarle excitado por los gritos becerriles de miedo de Bub, hasta que Elmer y otro muchacho lograron apartarle. Había olvidado que Elmer había palidecido de horror y que algunos de los muchachos empezaron a evitarle. Nunca llegó a enterarse de que su madre y la tía Minnie solían pasar muchas noches desveladas, preocupadas por él y haciendo cábalas sobre cómo terminaría. Su padre había dicho a los demás familiares: “Roy no es como el resto de nosotros. Tiene que irse a la ciudad todas las

noches. No se parece en nada a Elmer, a Anna o a mí. Juro que no sé de quién puede haber heredado su manera de ser. Excepto acaso del tío Will. ¿Lo recordáis? Hace ya diez años que no le veo. Tal vez haya muerto. Nervioso como un gato. Hasta el punto de que no podía quedarse en una ciudad más de un día o así. También era un buen trabajador, el mejor tornero de Brookfield. Era un vagabundo y jamás dejó de serlo. La última vez que le vi iba sucio y apestaba. Le di un sombrero, un par de zapatos y dos dólares. Me dijo: “Charley, he visto muchas ciudades y me he perdido muchas comidas”. Luego se echó a reír.

Todos los familiares meneaban la cabeza pensando en Roy y nadie sabía qué podía hacerse con él.

CAPÍTULO II

De joven, Roy había sido un hombre alto, de hombros anchos, fuerte y musculoso. Tenía el rostro atezado y el pelo áspero, oscuro y ondulado, unas cejas prominentes y abundantes, la nariz ancha y una boca de trazo firme y grande que, en ocasiones, al apretarla se convertía en una línea recta y cruel. Sus ojos eran oscuros pero, a diferencia de la mayoría de ojos oscuros, su mirada no era en modo alguno suave. En general daba la impresión de una fealdad viril.

Una de las mujeres de Big Mac M'Gann, o acaso fuera alguna de sus esposas, quedó muy impresionada al conocer a Roy que por entonces tendría unos treinta años.

—¿Sabes lo que te digo? —dijo ella luego a Big Mac—. Que ese tipo, Earle, me hace pensar en un cruce de granjero con un gorila refinado. Y no me refiero a uno de esos guardaespaldas. Quiero decir como los que están en los zoos.

—Ya —dijo Big Mac, frotándose la barbilla y observando atentamente a la mujer por el rabillo del ojo—. Desde luego es como un simio.

—No me has entendido. Quiero decir que es algo así como un animal. Tiene una expresión en los ojos... bueno...

—Te he entendido muy bien —dijo Big Mac, y aquella mujer no volvió a ver a Roy Earle.

CAPÍTULO III

Resultaba muy solitario conducir por el desierto en la oscuridad, pero Roy estaba acostumbrado a la soledad. Sí, desde que la palmara su pobre y viejo compañero de celda Barmy, había estado solo. Nadie con quien hablar, nadie con quien compartir las cosas. El último año en la trena sin Barmy, había sido un verdadero infierno. Y pensar que los otros creían que Barmy era un soplón. Caramba, antes se hubiera cortado el brazo derecho desde el hombro que cantar. Lo que pasaba era que Barmy era tranquilo y hábil y sabía cómo apretar los tornillos. Y también cómo cumplir condena, un auténtico «cachazudo». Y aquellos tipos no podían comprenderlo, creían que obtenía favores chivándose. Roy hubo de hacer frente a los bríos de un par de los más bestias acabando por sus molestias en la celda de castigo. Pero nadie atropellaría al viejo Barmy.

—Sí —decía Roy— entré en chirona como un maula y salí de ella instruido. Lo que Barmy no supiera no merecía la pena conocerse. Era el estafador más listo que jamás haya existido. Solo que se hizo viejo y le pescaron. A todos los pescan tarde o temprano.

Roy recordaba el día en que salió de la cárcel. Indulto total.

—Lo mejor que el dinero puede comprar —había dicho Big Mac riendo.

Big Mac le había sacado, pero no porque le quisiera como a un hermano. Big Mac tenía planes.

Al salir, la luz del sol hirió los ojos de Roy que parpadeó. Vestía un correcto traje de sarga azul que Big Mac le enviara. Tenía un aspecto bastante aceptable salvo por la palidez de su tez resultante de la prisión. Sin embargo, en su áspero pelo oscuro se dejaban ver hebras plateadas, y la expresión de sus ojos negros era fatigada y triste. Le estaba esperando el chófer de Mac. Mac estaba ocupado. No podía moverse. Roy rio irónico para sus adentros.

Durante todo el tiempo que pasaron atravesando la ciudad estuvo saltando, estremeciéndose e intentando mantener firmes los pies sobre el suelo del «Packard» de Mac. El tráfico le aterraba. Había estado en la trena durante casi seis años y, en aquellos momentos, el mundo exterior le parecía un lugar extraño y terrible.

Mac le esperaba en su oficina, encima de la casa de comidas de la playa. Hubo un tiempo en que Mac era guapo. Las mujeres se sentían atraídas por él a primera vista. Pero, desde luego, había caído en picado. El vientre le desbordaba el cinturón y tenía unas cuatro papadas. Su pelo era de un blanco sucio. Medía más de metro ochenta y probablemente pesaba más de cien kilos.

Roy tomó asiento. Por el momento, Mac se mostraba tan trastornado por el cambio de aspecto de Roy, aún cuando no tuviera ni idea de lo perturbado que se

sentía el propio Roy por ese mismo cambio, que ni siquiera le estrechó la mano o habló. Se limitó a empujar un papel que tenía sobre la mesa escritorio. En una página interior había uno o dos párrafos especificando que Roy Earle, el ladrón de Bancos de Indiana y el último de la vieja banda de Dillinger, había sido indultado. Ningún titular. Nada de revuelo.

—Y aquí estamos —dijo, Mac recuperándose algo de su sobresalto y empezando a descubrir detrás de la máscara carcelaria, adusta y dura, al joven y correoso Roy Earle, de rostro atezado y sonriente de los viejos tiempos.

—Sí —dijo Roy.

—Quiero que te vayas a California dentro de una semana más o menos —dijo Mac—. Un gran trabajo. Intervienen tres maulas. Se necesita un tío con arrestos. Y ese eres tú.

—¿Sí? —Roy no se consideraba en modo alguno «ese». Sintió una desagradable sensación en la boca del estómago y se metió las manos en los bolsillos del abrigo para que Mac no viera cómo le temblaban. Lo que él necesitaba era un largo descanso, pero el médico era Mac.

—Resulta alentador verte —siguió diciendo Mac—. Hoy día no hay más que maulas. Pequeños cretinos y temblones. Además creen saberlo todo. Ya lo verás cuando llegues a California. Uno de los tipos se llama Joe Hattery. Cumplió condena por el atraco a una gasolinera. El memo que le acompañaba estaba tan aterrado que cuando Joey gritó a los chicos manos arriba, también las levantó él. ¿Qué te parece? Ahora a Joe le acompaña una bola de sebo. ¿Cómo se llama? Panek, o un nombre pagano por el estilo. Un pez pequeño aunque supongo que duro. El otro tipo es mexicano. Es su trabajo. Es portero de noche en el antro.

—¿Qué antro?

—El hotel que vamos a atracar. Es el «Tropico Inn», en Tropico Springs. Un antro por todo lo alto. Necesitamos un tipo que lleve la voz cantante y que sepa manejar, por así decirlo, a esos temblequeadores. Has ganado el premio.

—Dime algo más.

—Estás metido en ello, maldición, te diga o no algo más. Tengo que proteger mi inversión. He pagado todos los gastos y quiero servicio.

—¿Qué pretendes?

—¿Y a ti qué te importa? Tú solo has de hacer lo que yo te diga. Eso es todo.

—Mira, Mac...

—Te saqué, ¿no? —Big Mac hizo una mueca, bajó los pies de su mesa de escritorio y encendió un puro—. Diablos, Roy —siguió diciendo—. Siempre olvido que eres de los nuestros. ¡He estado tratando con tanto bodoque durante estos últimos años! Verás, este es un gran golpe, bien sabe Dios que es muy grande. Tu parte alcanzará cuatro cifras, eso es seguro. Yo no te engañaría. Este es el antro más lujoso de toda la costa Oeste. Allí acude gente de todo el mundo. Duques y rajas y el Señor sabe quiénes más. Las cajas de depósitos desbordan de piedras o desbordarán cuando

empiece la temporada. El mexicano nos soplará cuando estén repletas. Así que entramos, agarramos toda la pasta que haya a mano y reventaremos las cajas con mandarrias. Yo me llevaré todas las piedras y te daré un precio justo por ellas.

—No sabía que fueras perista, Mac. —Roy se le quedó mirando. Recordaba al Mac de los viejos tiempos, codeándose con los políticos importantes y haciendo correr a los caballos de sus cuadras en las carreras de más renombre. Mac enrojeció ligeramente.

—Uno ha de hacer lo que puede.

—Bien, cuenta conmigo —dijo Roy—. De todas maneras, el matasanos de la trena dice que no vendo salud, así que tal vez ese viaje me siente bien. ¿Quién sabe?

—Lo que sí es seguro es que no te hará daño. Esa es la fetén. Y además escucha, Roy. La cosa resultará fácil. Carecen de fuerzas policiales, por así decirlo, ya que jamás ha habido un atraco en Tropic Springs. Será como quitar un caramelo a un niño.

Al cabo de un rato, la conversación derivó hacia los viejos tiempos. Big Mac había sido uno de los compinches clandestinos de Johnny. Pensaba que este era lo mejor de lo mejor y, a fin de cuentas, también Roy lo creía así. Se echó a reír al recordar cómo Dillinger lamía la salsa de pollo.

—Sí —había dicho Mac—. Ese chico era capaz de comerse cualquier cosa que hubiera salido de un huevo.

—Tú tuviste suerte, Roy —dijo más adelante Big Mac—. El FBI no pudo cargarte con un delito federal, así que ahora ya andas suelto. De lo contrario estarías maldiciendo de la niebla en Alcatraz o criando malvas, amigo.

—A veces quisiera estarlo ya.

—Corta el rollo —dijo Mac riendo—, y no trates de quedarte conmigo.

Mac recordaba aquella ocasión en que Johnny le dijera: «¿Ves a aquel palurdo feo, de hombros anchos? Bien, que no le pierdan de vista tus inocentes ojos azules. Es de nuestra calaña». Big Mac seguiría creyéndolo así hasta su muerte. Cuando Johnny decía algo tenía impacto y perduraba.

Roy permanecía sentado, ligeramente encorvado hacia delante, recordando el pasado y con los ojos clavados en la carretera. Desde que saliera la luna, el ambiente se había hecho desapacible en el desierto y de vez en cuando soplaban un viento frío del noreste sacudiendo la artemisa. La luz de la luna cubría la planicie semejante a una alfombra azul claro. Formas difusas de montañas se alzaban al fondo. Era como un hombre perdido en un vasto paisaje lunar, el último ser viviente en un mundo muerto.

De vez en cuando sufría leves sobresaltos que no acababa de entender.

—¡Santo Cielo! ¿Es que aquí no vive nadie? —exclamó llegado un momento.

Ni una luz. Ni rastro de vivienda humana. Nada salvo una carretera ancha y oscura que se precipitaba hacia él, vagas siluetas monstruosas de montañas, la misteriosa luz azul de la luna y un viento glacial. Finalmente, un par de ojos brillaron

en la linde de la carretera y un coyote cruzó iluminado por los faros.

—¡Te has librado de una buena, amigo! —dijo Roy.

Suspiró aliviado al apuntar una luz amarilla dando pinceladas en los picos más altos de las montañas hacia el Oeste, aun cuando el valle todavía estaba en sombras. Poco a poco el mundo fue volviéndose azul, luego espliego. Muy pronto Roy vio reflejarse el centelleo oriental en su retrovisor. Suspiró de nuevo y se echó hacia atrás el sombrero.

—Aquí hay algo raro —dijo—. Nunca nos acordamos del sol pero estaríamos listos sin él, amigo.

CAPÍTULO IV

A un lado de la carretera había un gran letrero descolorido pero en el que todavía podía leerse: *Única oportunidad en cincuenta millas*. Al otro lado podía verse una ruinoso gasolinera con dos bombas, un depósito de aceite y un minúsculo puesto de emparedados tabicado. Las letras en el tablero parecían casi borradas y la desgastada madera llena de cacarañas y escarbos. Al pie podían verse trozos de periódicos, latas y botellas rotas.

Más allá de la gasolinera se extendía la desolada planicie en todas direcciones, bajo el fuerte y cegador centelleo del sol del desierto hasta los lejanos y ásperos picachos azules. No hacía viento. Nada se movía salvo un enorme halcón rojo que planeó tranquilamente sobre el letrero, se detuvo un instante y alzando de nuevo el vuelo giró, desapareciendo en dirección Este.

En la puerta de la gasolinera se encontraba un hombre alto vistiendo una sucia camisa caqui y pantalones de algodón, con la mirada perdida en los kilómetros y más kilómetros de artemisa y xerofitas. Guiñaba los ojos deslumbrado por el sol y su largo rostro solo expresaba hastío. Su gorda mujer se abanicaba, lamentándose de vez en cuando.

—Deja ya de quejarte —dijo finalmente el hombre sin volverse.

—No puedo evitarlo —le contestó su mujer—. El calor es tan infernal y estoy tan preocupada.

El hombre escupió hacia la carretera, intentando, con gesto ausente acertar en la línea blanca.

—Apenas ha empezado la temporada —dijo—. A menos de ser necesario, la gente no va a atravesar este desierto hasta que refresque algo. Deja de exprimirme los sesos.

—Hoy no he vendido nada de comida. Así nunca lograremos nada, Ed.

Ed se encogió de hombros y luego se volvió. Había oído un ligero ronroneo de motor. ¿Pasaría también ese coche como un rayo con ese insolente silbido, que ya oía hasta en sueños y que había llegado a odiar? Un instante después vio el coche, un punto diminuto perdido en la inmensidad del desolado desierto, con el parabrisas centelleando semejante a un heliógrafo bajo los rayos del sol. Llegaba a gran velocidad haciéndose cada vez más grande. Ed levantó la vista. El halcón había regresado. Estaba encaramado en la parte superior del letrero, con la cabeza afilada y rapaz ligeramente levantada y los felinos ojos clavados en la artemisa.

—Ha descubierto algo —musitó Ed—. Igual que yo.

Se encogió de hombros observando al coche que llegaba rugiendo en su dirección, contuvo el aliento a medida que se acercaba y finalmente lo soltó al verle

dirigirse hacia las escarpadas montañas azules al oeste del horizonte. Se trataba de un cupé nuevo y el conductor iba solo.

La mujer de Ed volvió a quejarse. Este, enrojeciendo de rabia entró en la gasolinera y cogió el rifle que siempre mantenía junto a la caja registradora.

—Voy a cargarme a ese maldito pajarraco —dijo.

—¡Mira! ¡Está volviendo! —gritó entonces su mujer. Ed bajó el rifle. El cupé había girado.

—Okey, halcón —dijo con una mueca sonriente—. Tal vez me hayas traído suerte.

El halcón alzó el vuelo planeando bajo sobre la artemisa, pero Ed se olvidó de vigilarle. El reluciente cupé nuevo estaba entrando en la gasolinera. La mujer de Ed abrió la puerta del puesto y permaneció en pie sonriente, apoyada contra la jamba.

Ed se sintió como un hombre nuevo. La cuestión no era tanto que estuviera preocupado por su negocio y quisiera tener un cliente. Necesitaba un hombre con quien hablar. Estaba aburrido de intercambiar monosílabos con una mujer que solo sabía lamentarse.

—¿Qué tal, amigo? —preguntó—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Ed intentaba mostrarse alegre. Pero el hombre del cupé no parecía dispuesto a colaborar. Tenía la cara pálida y los labios apretados formando una línea. Sus ojos eran oscuros, de mirada dura.

—Llénelo —dijo—. Necesitaré unos diez. Eche también un vistazo al agua y al aceite.

—Sí, señor. Por descontado —dijo Ed, mostrándose afanoso—. Un día caluroso ¿eh? Por aquí no vienen ahora muchos coches. Supongo que es algo pronto. Hemos tenido un verano de órdago y por aquí se alarga hasta setiembre e, incluso entonces, hace más calor que en la entrada del mismísimo infierno. Este año uno ha de ser prácticamente incombustible. Ah, lleva matrícula de Illinois. Caramba, ha recorrido un largo camino desde casa, ¿no?

El hombre del cupé se echó el sombrero hacia atrás y, volviéndose, miró el cartel del otro lado de la carretera.

La expresión de Ed fue de decepción. Se encogió de hombros y volvió en silencio a su trabajo. Sin duda un tipo simpático. Resultaba difícil concebir que un individuo, habiendo recorrido a solas semejante camino, se negara a mantener una charla inconsecuente, para pasar el tiempo, con un hombre al que, en realidad, le importaba un rábano y que solo trataba de ser amable.

La mujer de Ed se acercó al coche.

—Mucho calor, ¿eh, señor?

El hombre se volvió. A la mujer de Ed no le pareció que su mirada fuera dura. Más bien triste.

—Sí.

—Tengo algunas bebidas gaseosas en el hielo. Y también «Coke». ¿Le gustaría

un emparedado o algo así?

El hombre pareció dubitativo.

—Sí. ¿Tiene jamón? —dijo finalmente.

—Sí, señor. Mi marido... ese hombre... se llama M.... bueno, el invierno pasado el negocio fue bastante bien, así que me compró una nevera eléctrica. Lo conservamos todo frío y fresco y...

—Un emparedado de jamón. ¿Tiene cerveza?

—Sí, señor. Tenemos de dos o tres clases, tenemos...

—Solo cerveza. Y aligere.

—Sí, señor —dijo la mujer de Ed—. Esta mañana también hice un bizcocho. Es muy bueno, y además creo que me queda algo de tarta de manzana. Nosotros...

—Un emparedado de jamón Y una botella de cerveza, señora —dijo el hombre.

La mujer de Ed tuvo la vaga sensación de haber recibido una repulsa. Enrojando ligeramente miró a Ed, pero este, a su vez, miraba impertérrito en dirección opuesta.

—Las mujeres son verdaderamente insoportables. No paran de hablar. En verdad hablan demasiado, ¿no es verdad? —dijo Ed una vez que su mujer se hubo alejado.

Por su parte todavía seguía intentando entablar conversación con el hombre del cupé. De hecho la mujer de Ed era bastante menos habladora que él y cuando estaban solos lo que ella decía era bien poco. Pero se dio cuenta de que su mujer había irritado al forastero, de modo que dijo lo que a su juicio establecería cierto lazo entre ellos, aun a expensas de su mujer.

—Si usted lo dice —repuso el hombre volviéndose y mirando hacia el otro lado de la carretera.

Ed se echó a reír. Pretendió creer que el hombre estaba bromeando y no intentando hacerle callar.

—Sí. Hablan Y hablan. Durante todo el día no hacen otra cosa que hablar. Ed esto, Ed lo otro. Le aseguro que a veces me siento realmente harto. ¿Está casado, amigo?

—Oiga. Yo solo quiero gasolina y un emparedado.

Ed tragó saliva. El hombre le miraba fijamente. La expresión de sus ojos era hosca y glacial.

—De acuerdo, de acuerdo, amigo —se apresuró a decir Ed—. Tiene que perdonarme, pero es que de vez en cuando me siento algo así como solitario.

Ahora ya Ed había rendido sus defensas. Dejó de mostrarse tristemente jocoso. Estaba casi al borde del llanto. Hasta tal punto le había decepcionado ese cliente.

—¿Solitario, eh? —dijo el hombre. Luego, bostezando, se pasó la mano por la cara—. Sí, supongo que uno puede sentirse aquí más bien solitario.

Ed miró al hombre a los ojos. Ahora ya no parecían hostiles, sino más bien comprensivos.

—Sí, señor —asintió Ed—. Me siento enormemente solitario, sobre todo en esta

época del año cuando todavía no ha empezado el ajetreo del invierno. Incluso hace poco estuve a punto de disparar al halcón solo por tener algo que hacer.

—De buena se ha librado el halcón —comentó el hombre lacónico.

Ed tragó de nuevo. Vaya si era susceptible aquel hombre.

—He dicho casi. Sí, señor. Ahora estaba pensando que hubiera sido una mala pasada al halcón.

Ed observó con atención el efecto de su embuste. Los rasgos del hombre se agitaron levemente y la comisura derecha de la boca se alzó de forma imperceptible.

—Supongo que puede ser una especie de sonrisa —dijo Ed en su fuero interno—. Este tipo es un témpano de hielo, caray.

—De niño siempre estaba disparando a los pájaros y los conejos —dijo el hombre—. Crecí en una granja y por allí siempre había montones de caza menor. Ahora ya no me gusta cazar. No sé...

El hombre pareció reprimirse. Cerró la boca semejante a una trampa de acero. Ed abrió la suya dispuesto a decir algo, pero llegó su mujer con una bandeja, interponiéndose entre él y el hombre del cupé.

—Aquí lo tiene, señor —le dijo.

—¿Cuánto le debo?

—Pregúnteselo a él. Páguele todo junto. Quiero decir la gasolina y lo demás.

Ed dijo al forastero lo que debía y recibió su estipendio.

—Se habrá dado cuenta de que solo le he cargado un centavo sobre el precio de la gasolina en la ciudad. Más adelante tienen un camión plataforma y habrá de pagar precios de salteadores. Si tuviera una lata de diez galones... pero supongo que no la tiene.

Ed seguía con el pie en el estribo, intentando pensar en algo que acaso pudiera interesar al hombre.

—Miren —exclamó la mujer de Ed—. Llega otro coche.

Ed silbó.

—¡Caray! Va que arde.

Un «Ford» modelo-A entraba renqueante en la gasolinera. Habían quitado el tapón del radiador y por él salía un chorro de vapor blanco que alcanzaba un metro. Tras el volante se encontraba un hombre ya de edad, con un bigote canoso y a su lado estaba sentada una mujer entrada en carnes, de pelo gris y que miraba más bien inquieta la columna de vapor.

—Lo hemos logrado —exclamó el viejo.

—Por bien poco —dijo Ed acercándose presuroso. Estaba encantado. Ya tenía gente con la que hablar. Al diablo con esos tipos estirados de rostro pálido y grave que se sulfuraban porque un hombre iba a disparar a un pajarraco que maldito para lo que servía. ¡Estas sí que eran gentes tratables!

—¿No es ese el coche, papá? —preguntó la mujer señalando el cupé.

—Sí, lo es. Diré a ese conductor que yo...

En el asiento trasero se incorporó una joven que se sentó frotándose los ojos. Llevaba el abundante pelo rubio, más bien fuerte, sujeto con descuido con una cinta roja como de caja de bombones. Vestía una blusa amarilla y pantalones de algodón.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—No lo sé, cariño. Pero estamos sanos y salvos. Este cacharro empezó a hervir en medio de ninguna parte y...

—¿Por qué no me despertásteis?

—Últimamente no has descansado bastante, pequeña, y pensé...

—¿Dónde está el abuelo?

—Fue a hablar con ese hombre. Menos mal que estabas dormida. Papá chocó contra una piedra o algo parecido en el preciso momento en que ese hombre intentaba adelantarnos. El hombre sacó sin decir palabra el coche de la carretera y condujo a trompicones por el desierto. Fue algo extraño. No retrocedió o ni siquiera nos miró. Volvió a la carretera y siguió su camino.

El viejo tenía el pie sobre el estribo del cupé.

—Me llamo Goodhue —estaba diciendo—. Quisiera estrecharle la mano, señor. Nos salvó el pellejo.

—Y también el mío —dijo Roy—. Mi nombre es Roy Collins. ¿Cómo está usted? —Se dieron un apretón de manos—. No sabía que llevaran a una joven en el coche.

—Estaba tumbada detrás, durmiendo. Durante todo este viaje no ha dormido muy bien y nos tenía preocupados. Es mi nieta. Precisamente a causa de ella quería estrecharle la mano. Yo y mamá ya somos viejos. Poco importa.

—¿Vienen de lejos?

—Desde Ohio. ¿Y usted? —Chicago.

—Bien. Estoy muy contento de haberle conocido. Hay que reconocer que sabe manejar un coche. Yo me pongo nervioso cuando voy al volante. Velma es buena conductora. Pero se cansa, así que no la dejo conducir a menudo.

Haría que Velma se acercara para darle las gracias, pero tengo la seguridad de que no lo haría. Es demasiado tímida.

Roy, por toda contestación asintió con la cabeza, aunque prestaba poca atención a lo que el viejo *Mr.* Goodhue estaba diciendo. Miraba a Velma. Pensaba en lo bonito que era su pelo, en la cara tan encantadora y tímida que tenía y en lo bien que le sentaban la cinta del pelo roja. Y la blusa de un amarillo intenso. En aquellos momentos se estaba arreglando un poco, peinándose la abundante cabellera. Roy se sentía atraído por cada uno de sus movimientos, incluso sus rápidos ladeos de cabeza y su gesto fastidiado cuando tropezaba con algunas mechas enredadas. ¡Mimada! ¡Eso era! Por el tono de su abuelo era evidente que consideraba a Velma como una entre un millón y era a todas luces también evidente, por sus actitudes. Y su expresión murria, que ella pensaba lo mismo.

—Creo que ya es hora de que siga mi camino —dijo Roy, pero iba demorándose. Velma estaba abriendo la portezuela del coche. Quería verla moverse y también su

cuerpo. A él mismo le sorprendió su interés por una joven pueblerina que probablemente se creía tan bonita como un cuadro.

Finalmente se abrió la portezuela y Velma bajó del coche encaminándose hacia la sala de espera. Roy notó que las manos se le quedaban frías. Era coja. Tenía una pierna más corta que la otra o acaso tuviera un pie zambo.

—¿Lo ve? —dijo el viejo *Mr. Goodhue*—. Ese es el motivo de su timidez. ¡Pobre pequeña! De no ser así, le pediría que se acercara y le diera gracias.

—No se preocupe por eso. Bien, he de irme.

—¿Muy lejos?

—A la montaña, a causa de mi salud.

—Me pareció algo pálido. Bueno, yo, Dios mediante, vaya a Los Angeles. Perdí la granja que tenía por mis lares. La madre de Velma ha vuelto a casarse. Y nos invitó, más o menos a su casa. No sé...

—Adiós —dijo Roy—. Espero que lleguen sin novedad.

—Adiós, hijo.

Mientras se alejaba lentamente de la gasolinera, Roy volvió la cabeza. El halcón se había instalado en el borde superior del baqueteado letrero. El viejo y solitario Ed hablaba a cien por hora con la abuela de Velma, y *Mr. Goodhue* miraba dubitativo su coche que seguía humeando. Velma había desaparecido. Iba cayendo la tarde. Las montañas proyectaban largas formas azules a través de la interminable planicie.

Roy apretó el acelerador.

—Es extraño —se dijo—. Creí estar tan muerto como estas tierras. Pensé que me limitaba a caminar por ahí, sin el sentido suficiente para caer muerto.

Se sintió embargado por una sensación tan intensa de tristeza que apenas podía soportarla. ¡Por todos los santos! Una chiquilla tan bonita como ella con un pie cojo. ¿Qué tenía su rostro que tanto le atrajera? Durante su viaje hacia el Oeste había visto centenares de mujeres, algunas también muy bonitas. Estaba aquella preciosidad pelirroja de Kansas que había intentado que se detuviera. Era algo que no le interesaba. Solo pensaba en la serie de dificultades que pudiera acarrearle una joven tan lanzada como aquella. ¿Y qué decir de la reina del chile, en el puesto de hamburguesas, que prácticamente le invitara al cuarto trasero? También era una guapa chiquilla con un bonito pelo oscuro y rizado y unos inmensos ojos negros. No había sentido la menor excitación. Y allí estaba él, con el corazón en la boca porque una campesina de Ohio llevaba una cinta roja en el pelo y era coja.

Miró de nuevo hacia atrás. Solo pudo ver desierto. La gasolinera había desaparecido.

—Bien —dijo Rayen voz alta al tiempo que apretaba el acelerador. La aguja del velocímetro pasó de 100 a 120—. Espero que el viejo llegue sin novedad. Sin duda se lo merece.

CAPÍTULO V

Roy se despertó sobresaltado. Sentado, se quedó mirando en la oscuridad con un sudor pegajoso. Volvió a oírse afuera un leve clic y, de repente, el pasado inmediato se volcó de nuevo sobre él como una inundación sórdida y gris. Todavía confuso tras un pesado sueño, miró arriba de la pared, buscando la pequeña ventana con barrotes. Inmóvil, intentó oír la fuerte respiración de Barmy y el débil aunque inconfundible pulso de la inmensa cárcel donde miles de hombres dormían inquietos, daban vueltas, se agitaban y gemían. Sentía un dolor sordo en el pecho y las manos le temblaban. Finalmente, despierto ya del todo, juró entre dientes y se levantó para coger una toalla. ¡Malditos sudores nocturnos! Un hombre podía morir y acabar con ellos. El matasanos de la trena le había dicho que no tenían importancia. Se debían tan solo al sistema nervioso debilitado a causa del prolongado confinamiento. Pero nada de esa tuberculosis que tenían algunos de aquellos pobres bastardos.

Roy se quitó el pijama y se secó la cara y el pecho. Finalmente se aplicó polvos de talco. La ventana estaba abierta y una brisa fresca agitaba las cortinas. Olfateó el desierto. Tenía un denso olor a vegetación seca.

Volvió a oír el clic afuera. Seguramente estaban indicando a algún retrasado su cabina en el pequeño parque de coches. Incluso en ese momento, sabiendo de lo que se trataba, aquel clic conseguía ponerle la carne de gallina. Aun cuando llegara a vivir cien años, jamás sería como las otras gentes. ¡Estaba marcado por la cárcel! Eso era lo que le había dicho aquel sabihondo matasanos de la Universidad, aquel tipo que recorría la cárcel con algo parecido a un compás, midiendo las cabezas de todos ellos. ¿Cómo le había llamado al pobre y viejo Barmy? «Palpador de mochas». Aquello hizo reír incluso al matasanos. Pasado el tiempo envió a Barmy un ejemplar de su libro. Barmy era un pájaro tan listo que ni siquiera un profesor de Universidad podía pasarle por alto. Aquel libro trataba todo él del Criminal Americano. Qué gran cabeza tenía y aquellos ojos. Ese tipo de hombre. ¡Condenada suerte!

Roy encendió un cigarrillo y se tumbó. Había dejado de sudar y en aquellos momentos se sentía bien, a pesar de encontrarse bajo el influjo de la depresión nocturna habitual. Pero ya empezaba a acostumbrarse. Diablos, uno puede acostumbrarse a todo, incluso a estar sin mujeres y a hacer un largo recorrido en solitario.

Sacudió la ceniza de su cigarrillo y le dio una larga chupada. De repente sufrió un pequeño sobresalto. Ante sus ojos había surgido una imagen. Velma, con su blusa amarilla y su cinta del pelo roja, cojeando lentamente la grava apisonada de la gasolinera. Volvió a tumbarse y se quedó mirando los dibujos que la luz proyectaba en el techo.

—No sé. Será a causa del viaje. Tal vez se deba a estas extrañas tierras. Pensé que estaba muerto interiormente. En realidad la excitación hace que te renueves. Me siento como cuando era un chiquilicuatro vistiendo mono.

Al final de la hilera se escuchaban chillidos y risas. ¡Mujeres! ¡Cómo se desmandaban una vez que se las lanzaba! ¡Aquellos aparcamientos de coches! La mayor parte de ellos solo eran burdeles. La Policía nunca les molestaba. Podían hacer lo que les viniera en gana. Nadie te preguntaba si llevabas equipaje o cosas por el estilo. Aquellos lugares eran perfectos para las aventuras de una noche. Y desde luego, un gran recurso para los hombres casados de la localidad.

Los ruidos fueron empeorando. Había empezado una discusión a gritos entre borrachos. Roy se levantó y arrojó el cigarrillo por la ventana.

—Claro —se dijo—. Creo que ese es el motivo de que me sienta así cuando pienso en Velma. Se parece a las chicas que conocía cuando era un chisgarabís. Y están también sus abuelos. Son iguales a mi gente. No piensan en si eres esto o aquello o en qué podrían sacarte. Para ellos eres sencillamente un ser humano. Sí, eso es. Solo un ser humano.

CAPÍTULO VI

Roy aparcó en la linde de la carretera y sacó las instrucciones que llevaba escritas. Ahora ya estaba en las montañas y aun cuando el sol brillaba con fuerza en un cielo limpio de nubes, un viento helado soplaba entre quebradas y desfiladeros. Todo en derredor se alzaban inmensos picos rocosos, cubiertos de grietas y hendeduras, con las cimas cubiertas de nieve. Roy se sentía muy pequeño e indefenso, casi tanto, como se sintiera cuando Barmy le descubriera cierta noche, en la Granja Prisión, que la Tierra solo era una «verruga de un pepinillo» y que el Sol ni siquiera era una bombilla de cuarenta vatios en el Universo. Estaba acostumbrado a las tierras granjeras llanas o a ciudades en las que al final de las calles estaba el horizonte. Ese era su primer encuentro con las soledades reales aparte de las ocasiones en que contemplara las estrellas con Barmy, y desde luego no le gustaban.

«... torcerás a la izquierda en Jud's Place siguiendo ocho kilómetros más allá de Broken Creek Summit. Continúa por la carretera hasta Anderson's Camp, y allí pregunta».

Roy buscó Broken Creek Summit en un mapa de carreteras que comprara en una gasolinera. Altitud 2500 metros. Silbó y examinó el mapa pacientemente, intentando averiguar dónde se encontraba con exactitud. Por último descubrió un lugar cuyo nombre le resultaba familiar. Edison's Camp, altitud 1500 metros.

—Caramba, si he pasado por ese lugar hace media hora. Estoy realmente en el buen camino. Habré de llegar a ese sitio antes de que anochezca o las pasaré canutas.

Dejó el mapa en el asiento junto a él para así tenerlo a mano y siguió conduciendo. Al rato, el camino empezó a empinarse y hubo de reducir la marcha. Pero no encontró, curvas cerradas a medida que la carretera iba dando vueltas a través de una inmensa extensión llana bordeando los promontorios de las grandes montañas.

—Vaya, no está tan mal. No es nada del otro mundo. —Dijo Roy en voz alta para tranquilizarse a medida que crecía enormemente su sentimiento crónico de soledad ante aquellas tierras desiertas y yermas con sus desnudos picos cubiertos de nieve y sus interminables y vacíos panoramas azules.

Roy condujo durante una hora, siempre hacia arriba. Podía ver ante sí la ondulada carretera ascendiendo suavemente hacia una montaña en dirección norte que parecía alzarse exactamente en su camino. La montaña fue acercándose más y más hasta llenar el horizonte y proyectar una larga y fría sombra azul a través del suelo de la meseta. Empezaron a aparecer pinos inmensos y altos por encima del trabajoso ronroneo de su motor, Roy pudo oír ruido de agua y casi al punto vio un arroyo de montaña precipitarse en cascada por un espigón rocoso, convirtiendo el agua en espuma blanca y lanzando rociadas al aire. Ahora ya la montaña se encontraba

directamente delante de él y respiró aliviado al comprobar que la carretera la bordeaba.

Vio otros arroyos que uno podía saltarse corriendo rápidos junto a la linde del camino a través de marañas de abedules y monte bajo. Los grandes pinos dispersos habían crecido en número formando bosque, oscureciendo la carretera y aumentando la sensación de aislamiento de Roy. La carretera ascendía empinada girando luego. Al levantar la vista, Roy vio los cortes por donde la carretera se alzaba para superar la alta loma.

—No está mal —se dijo dubitativo.

El viento soplaba ya con más fuerza. Se sentía frío y entumecido. Necesitaba una taza de café. Hubiera querido estar sentado junto a un fuego hablando con alguien. Tenía los nervios deshechos por el largo viaje y ansiaba un poco de reposo. Redujo la velocidad con excesiva brusquedad para una curva y al empinarse la carretera desde ese punto, hubo de reducir la marcha. La caja de velocidades chirrió y tartaleó, y Roy las maldijo culpándolas de todo. Pero al cabo de un momento salió a la ventosa meseta, zarandeando la nieve, prácticamente polvo, que estaba cayendo. Volvió a meter la primera. Al ver el cartel al borde de la carretera se sintió mejor. Incluso un letrero podía proporcionar algo de compañía. Después de todo, alguien lo habría puesto allí arriba. Ese no podía ser el punto de reunión. El letrero decía: *Broken Creek Summit. Altitud 2500.*

La carretera se extendía ante él al parecer tan llana y recta como un camino de coches y se relajó con un suspiro. Pero se sentía en extremo deprimido y empezaba a desear no haber ido nunca a esas tierras olvidadas de Dios en aventura tan desatinada.

—Cualquier panda de chalados que elija un lugar como este para esconderse es que están, bueno... Acabaré mis días sobre una losa de mármol y eso será el fin de todo. Muy bien —dijo discutiendo consigo mismo—, así todos tus problemas habrán terminado. Me gustaría saber qué crees tú que merezca la pena de vivir.

La carretera tenía una curva que Roy no había previsto. Por un instante se lo ocultó a la vista un promontorio de roca resquebrado y él tomó la curva más deprisa de lo que fuera su propósito. Emitió un sonido entrecortado y se quedó lívido. Ante él solo el vacío. Había llegado a una curva horquilla, la primera que encontrara sin previo aviso. Con un chirrido de ruedas orilló el borde del abismo y logró mantener su coche en la carretera. A su derecha tenía un precipicio de 700 metros de profundidad, envuelto en sombras azules y espliego.

Al ir enderezándose de nuevo la carretera, Roy se dejó caer desmadejado sobre el volante con los dientes castañeteándole.

Roy llegó a Anderson's Camp poco antes de ponerse el sol. Pudo ver entre los altos árboles el centelleo azul de un lago de montaña. Por la polvorienta carretera caminaban tres hombres con botas hasta la cadera y camisas a cuadros. Uno de ellos llevaba una ristra de peces. Roy hizo sonar la bocina en la gasolinera que había enfrente del almacén general y apareció un hombre alto y pelirrojo.

—¿Qué hay? —preguntó—. ¿Gasolina?

—Sí, llénelo. —Mientras el hombre trabajaba Roy se recostó en el asiento y se desperezó. Luego, sacando el pañuelo se limpió la cara. Estaba sucio, hambriento y cansado. Una vez que el hombre hubo terminado, Roy le preguntó—: ¿Cuánto? —Y cuando se lo hubo dicho silbó asombrado.

—Bueno, hemos de traerla en camiones, amigo. Cobramos un precio justo —le dijo el hombre—. ¿Quiere una cabaña?

—No —contestó Roy—. ¿Cómo puedo llegar hasta Shaw desde aquí?

—¿Viene de pesca? ¿Por qué no se queda aquí? Tengo mejores cabañas que el viejo Shaw. Incluso le llevo yo mismo hasta el lago sin cobrarle nada. Trato bien a mis clientes. Y, de cualquier manera, el Blue Jay Lake es un lago mejor que el Eagle. Los tenemos más grandes.

—Mire, estoy buscando a un par de tipos. Son amigos míos. Me han invitado.

—¿Un par de tipos jóvenes, eh? ¿Les acompaña una chica? ¿Uno de ellos es pelirrojo como yo?

Roy se le quedó mirando. ¡Mac había dicho que Hattery tenía el pelo rojo! ¿Sería posible que aquellos majaderos llevaran consigo a una mujer?

—Sí, uno de ellos es pelirrojo.

Aquel hombre se partía de risa.

—Le compadezco, amigo. Está enganchado con un par de pescadores de los de aquí te espero. Caray, ese chico pelirrojo ha caído ya tres veces. Sí, están en Shaw. Coja el primer camino a la izquierda. Solo hay una construcción. La verá en seguida. Si esos tipos llegaran a aburrirle, venga a mí. Le llevaré adonde pueda pescar uno de kilo y medio. En Eagle nunca pasan de tres cuartos.

—No soy pescador. Estoy aquí por mi salud.

—¿De veras? Ya me parecía, que estaba algo pálido. Bueno, cuando tenga un momento dese una vuelta por aquí a pasar un rato. Y gracias por su compra, amigo.

Al cabo de un corto aunque exasperante recorrido por un camino pedregoso y sucio, Roy dio con el Shaw's Camp. La primera persona que vio fue una joven más bien alta, de pelo largo, ojos avellana y una boca bien dibujada y firme. Se encontraba apoyada en la parte delantera de un pequeño cobertizo, con los brazos y las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo. Llevaba una blusa a cuadros, unos *jeans* muy ceñidos y botas. Sus ojos buscaron los de Roy al ir acercándose este, deteniéndose al fin vacilante.

—¿Está Hattery? —preguntó.

—¿Eres Roy Earle? —inquirió ella a su vez.

Roy asintió, apretando luego los labios. Estaba agotado y nervioso y sentía pinchazos en los músculos de varias partes del cuerpo por el cansancio. Aquella chica le irritaba por su aspecto tan joven y fuerte.

Se abrió la puerta del cobertizo y salió un tipo joven, alto y guapo, de pelo negro y rizado. Tenía los ojos claros y de mirada algo furtiva debajo de unas cejas negras

que se le unían sobre la nariz. Sus brazos eran largos y adoptaba un aire desgarbado. Tenía una irritante actitud de engreimiento y una especie de petulancia de conquistador. También vestía el uniforme de pescador. Puso la mano en actitud posesiva sobre el hombro de la joven y miró indiferente a Roy.

—Me envía Mac —dijo Roy.

—¡Ha llegado el tipo que estábamos esperando, Red! —gritó el joven por encima del hombro.

Hattery salió. Llevaba unos pantalones de pana y camisa vaquera a cuadros. Iba arremangado y Roy pudo ver que tenía tatuajes en el antebrazo. Su pelo rojo era áspero e hirsuto y tenía la nariz rota y el perfil chato de un boxeador. Su cara estaba llena de pecas y, a pesar de su sonrisa simpática, era en extremo feo.

—Hola, Earle —dijo Red—. Me alegro de verle. Este es mi compañero Babe Kozak y Marie Garson. Me temo que tenemos un aspecto desastroso. Hemos estado pescando todo el día. Y hemos hecho buena pesca. ¿No lo huele? Una comida estupenda.

—¿Dónde voy a dormir? —preguntó Roy después de saludar con la cabeza a Babe y Marie.

—En esa cabaña contigua —repuso Red, desvaneciéndose su sonrisa al darse cuenta del tono escasamente cordial de Roy—. Nos pensábamos que un tipo importante, como usted querría alguna intimidad. De cualquier manera nosotros estamos al completo.

A Roy le pareció que aquello rezumaba ironía y observó atentamente a aquellos tres jóvenes, ninguno de los cuales tendría más de veinticinco años, todos ellos miembros de una generación que no era la suya, y todos ellos pensando, probablemente, que era mí viejo fracasado y una reliquia. Apretó los labios y los miró fríamente.

Los tres se miraron entre sí. Se sentían incómodos ante la actitud de Roy.

—Sí —dijo Red—. Creo que el encargado ha dejado su cabaña a punto. En cuanto a la manducatoria, Marie puede llevarle algunas de nuestras vituallas. Tenemos cantidades. Claro que también puede ir a Halley's junto al lago, pero cuesta dinero y no es nada del otro mundo.

Roy bajó del coche.

—Yo mismo me llevaré la comida. Y luego me tumbaré en la piltra.

—Claro —dijo Red encogiéndose de hombros—. Okey. Claro que también puede comer con nosotros.

—No estoy de humor para compañía —repuso Roy, riendo brevemente.

Babe y Red se miraron y se encogieron de hombros. Marie seguía con la vista clavada en Roy, pero este hizo caso omiso de ella. Probablemente se trataría de una joven y encallecida vagabunda que iba por ahí con un par de tipos de tres cuartos apenas salidos de la lactancia. Todos ellos ayudaron a Roy a sacar su equipaje del coche y Marie le abrió la cabaña y encendió las luces. Levantó la tapa de la estufa y

echó una ojeada al interior.

—Sí —dijo—. Algernon se lo ha dejado todo preparado. Solo tiene que echar una cerilla. Por la noche necesitará de seguro un fuego.

—Bien —dijo Babe frotándose la barbilla y estudiando a Roy por el rabillo del ojo—. Supongo que todo está en orden, Earle.

—Sí. Vosotros dos largaos. Tengo que hablar un momento con Red.

Una vez que hubieron cerrado la puerta, Red sonrió con cierta timidez.

—¿No le gusta la idea de la chica, verdad? —preguntó a Roy.

—En realidad me trae loco. Se suponía que incluso chicos como vosotros dos tendríais el suficiente caletre para no enredaros así.

—Bueno, a Babe le traen loco las mujeres. La pescó en un antro de baile de mala muerte en Los Angeles. Pero es de primera. Se ocupa más o menos de nosotros.

—La chica del otro, ¿eh? Entonces a ti te dará igual. Dale algún dinero y envíala de nuevo a Los Angeles. He visto demasiadas damas levantiscas dar al traste con demasiados trabajos excelentes.

—Bueno, verá...

—Ya he caído en la cuenta. Esperando la vez. ¿No es así, Red?

—Bueno, pienso que es formidable. Pero en lo que a mí se refiere es fiel a Babe. Aunque, como él no la trata demasiado bien, he estado pensando...

—Un arreglo formidable. Cuando menos lo piensas, tú y tu amigo estaréis a matar por ella. No podemos correr riesgos con líos como este. Dale dinero y haz que se vaya.

Si tú no tienes yo te lo daré.

—Pero mire, Earle...

—Lárgate. Estoy demasiado cansado para discutir. Sácala de aquí esta noche.

Red seguía allí en pie, rascándose la cabeza. Empezó varias veces a hablar, pero vacilaba. Al darse cuenta de que Roy le miraba con expresión dura y sombría, carraspeó enrojando ligeramente.

—¿Qué pasa? —le preguntó Roy—. ¿Sabe algo esa chica? ¿Sois tan estúpidos como para haberos ido de la lengua?

—No es eso.

—Muy bien. Entonces lárgate. La comida se está quedando fría.

Red se encaminó hacia la puerta, pero luego pareció vacilar y se paró allí titubeante.

—He oído muchísimas cosas de usted, *Mr.* Earle. Tenemos la impresión de que haremos algo grande interviniendo usted. En una ocasión, cuando yo solo era un chico de la calle, vi su retrato en el periódico de Chicago... Sí, lo vi...

Red salió cerrando cuidadosamente la puerta detrás de él. Roy se quitó la camisa y se lavó. Luego se sentó y empezó a comer. El café estaba bueno y, después de unos cuantos sorbos, empezó a sentirse mejor. Pero la trucha resultó decepcionante. Tomó algunos bocados y luego la apartó.

Al volver Red a la cocina, Marie y Babe se encontraban sentados a la mesa mirándose furiosos. Babe tenía una irritante expresión sardónica. Marie apretaba los labios con tal fuerza que eran como una línea recta. La mirada de Red fue del uno al otro esperanzada. ¡Esta chica, Marie, era una mujer de cuerpo entero!

—Puedes quedarte con tu Roy Earle —se mofó Babe—, puede que para algunos sea un motor a toda marcha, pero para mí es un plomo fundido.

—Ya verás —dijo Marie—. Prueba a salirte de madre y ya verás.

—¿Sí? Muy bien. Ya lo veremos. Y déjame decirte algo. Más te valdrá callar. Te estás poniendo de una manera que pides a gritos un puñetazo en las narices. Deja ya de discutir conmigo todo el tiempo.

Se hizo un breve silencio.

—¿Podéis creer que sea Roy Earle? —preguntó finalmente Red—. ¡Caray! Tiene ya el pelo canoso, parece algo viejo y además empieza a engordarle el estómago. Solo que no está gordo, sino algo así como flácido. Os aseguro que me ha sorprendido.

—Y yo os digo que parece muy duro —dijo Marie—. Podéis estar seguros de que es duro.

—Tal vez lo haya sido alguna vez —dijo Babe.

Red se sentó rascándose la cabeza.

—Chicos y chicas —dijo finalmente—. Tengo malas noticias para vosotros: Roy dice que tenemos que hacer volver a Marie a Los Angeles.

Babe saltó como si le hubieran clavado un alfiler.

—¡Qué! ¡Ese viejo y acabado hijo de puta! Yo le... —Vaciló y permaneció en pie frotándose la barbilla.

Marie le miró irónica.

—¿Sí? Ya tienes tu oportunidad. No quieres que vuelva a Los Angeles ¿verdad, Babe? Ve y díselo.

Babe permaneció en pie por un instante con la mirada fija. Luego se sentó.

—No sé. Necesitamos a ese tipo. Y además Louis dice que Big Mac se ha gastado una fortuna para sacarle. Pero este no es motivo para que ahora se presente aquí queriendo mandarnos a todos. —Volvió a ponerse en pie de un salto—. Sí, eso es. No es más jefe que nosotros. Iré a decir a ese patán que no puede... —Vaciló y se sentó de nuevo.

—Mantente firme —le dijo Marie—. Creo que llevas todas las de ganar.

Babe intentó sacudirla con el revés de la mano, pero la muchacha se apartó rápida, poniéndose luego en pie. Red agarró a Babe por la muñeca. Tenía la fuerza de un luchador. Babe hizo una mueca de dolor e intentó soltarse.

—Deja a Marie en paz —le dijo Red—. Cómo empieces a tratar de sacudirla, te dejaré fuera de combate.

Babe se soltó la mano con un tirón.

—Algún día te bajaré los humos, Red.

—Por mí no te prives. Ahora mismo si quieres.

—Ya está bien —intervino Marie—. Si os peleáis, solo sacaréis un ojo morado. Claro que si fueras Joe Louis...

—Me importa poco lo que digas —aseguró Babe—. Marie no volverá a Los Angeles.

—Eso es lo que tú te crees —repuso Red—. Es de los que hacen lo que dicen. Y otra cosa. Me puso en un aprieto. No se le escapa una. Me preguntó si Marie estaba enterada.

—¿Sí? —preguntó Babe, inclinándose ansioso hacia delante—. ¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no lo estaba.

—Bien.

—Sí, claro. Pero, ¿es que no te has dado cuenta? Si no sabe nada podemos enviarla de nuevo a Los Angeles y todos contentos. Pero sabe algo. Sabe mucho.

—Se me ha ocurrido algo —dijo Marie—. Vosotros quedaos aquí. Yo iré a hablar con él. No va a enviarme otra vez a aquel asqueroso tugurio de tres al cuarto si puedo evitarlo.

—Una chica lista —comentó Red cuando Marie hubo cerrado la puerta—. Y tú un estúpido, Babe. ¿Por qué no dejas de hacerte el chulo? Tienes una chica estupenda y no lo sabes.

—Tú sí que no sabes nada de mujeres. Hay que mantenerlas a raya. Se salen de madre con demasiada facilidad, en especial las listas.

Roy estaba sentado en la silla, balanceándose hacia atrás, y fumando un cigarrillo cuando Marie llamó con los nudillos a la puerta y luego entró. El café y la comida le habían reanimado. Volvía a sentirse él mismo, e incluso había estado tarareando un viejo ritmo de baile de los años veinte. Pero al ver a Marie se sintió de nuevo irritado. Esta, a modo de protección, había adoptado su actitud más audaz y parecía dispuesta al ataque. Roy llegó a la conclusión de que no era en absoluto su tipo a pesar de su excelente cuerpo y de su belleza morena. Era de las que en los viejos tiempos gustaban a Johnny Dillinger. Sí, y no había más que ver adonde le condujo la cosa.

—Quiero hablar con usted un momento, *Mr. Earle*. ¿Puedo sentarme?

—Como quieras.

Roy observó que tenía un cutis fresco y que al sonreír se le formaba un gran hoyuelo en la mejilla derecha. En la izquierda tenía un pequeño grano que más bien parecía un lunar, unos dientes blancos e iguales y largas pestañas negras. Había algo en su apariencia que le perturbaba y permaneció con la mirada clavada en el suelo.

—Red dice que usted quiere que Babe me envíe de vuelta a Los Angeles.

—Eso es lo que le he dicho.

—¿Por qué? Me gusta esto.

—No te hagas la tonta.

—De veras, me gusta. De cualquier manera, no tiene que preocuparse por mí. No estoy loca.

—No me preocupo por ti. Me preocupo por los líos que puedes provocar. Empezarán a estallar dentro de una semana o así. Perteneces a Babe, y Red te quiere para él.

—Bueno, puedo manejarles perfectamente. Babe es duro y salta a la menor provocación, pero teme a Red y yo puedo hacer que este vea lo blanco negro. Así que, ¿por qué se preocupa?

Roy sonrió ligeramente.

—Lo tienes todo calculado, ¿eh?

—En cierto modo. Puedo darle un soplo que tal vez sirva de algo.

—Te escucho.

—Louis es quien debe preocuparle. Habla más deprisa que el trote de un caballo y siempre está fanfarroneando. Así es como me enteré.

—¿De qué te enteraste?

Marie sonrió y puso la mano sobre el brazo de Roy.

—Estoy al cabo de la calle de lo que se está preparando. Lo sé todo. Pero no me he enterado por los chicos. Babe solo me ha hablado de mucho dinero, eso es todo. Pero Louis se cree que tiene a las mujeres en el bote y fue a por mí a espaldas de Babe. Me limité a seguirle la corriente durante un tiempo y empezó a fanfarronear de lo grande que era y de que todos llevaríamos pronto diamantes.

—¿De veras?

—Es la pura verdad. Su quebradero de cabeza no somos nosotros, sino Louis.

—Okey —dijo Roy, empezando a darse cuenta de que, Marie tenía cabeza. Veremos qué pasa.

Marie se levantó y se quedó mirándole. Sus ojos tenían una especie de magnetismo al que Roy se resistió. Apretando los labios cogió un periódico.

—Gracias —dijo Marie. Y dando media vuelta salió.

Roy soltó el periódico.

—Sí —musitó—. Una situación estupenda. Pero esa dama tiene algo en la mollera. Es posible que me sea más útil que esos zánganos.

CAPÍTULO VII

Roy se despertó sudando. Todavía atontado por el sueño y apenas consciente de dónde se encontraba, empezó a jurar entre dientes. ¡Otra noche de sudores! ¡Largas horas de soledad desvelada! ¡Se estaba dirigiendo al punto que...!, ¡pero no! Sudaba porque tenía encima tres gruesas mantas. Ya era de mañana. Miró el reloj incrédulo. Eran casi las ocho. Había dormido cerca de doce horas. Afuera, un pajarillo petulante cantaba en un arbusto y una brisa suave y fresca entraba por la ventana abierta agitando las cortinas. Roy apartando de golpe las mantas se sentó y los muelles de la cama crujieron con fuerza. El pajarillo ladeó la cabeza al sentir el ruido y salió volando. Entre los gruesos troncos de los pinos, Roy pudo ver una superficie de agua azul claro. El lago Eagle. El sol tornaba plateada la rizada superficie del agua. Las gaviotas volaban bajas sobre el lago chillando, y sus gritos semejantes a los de los loros se propagaban a enorme distancia a través del aire sutil y radiante de la montaña.

—Me siento fenómeno —dijo Roy a su imagen reflejada en el espejo mientras se afeitaba. ¡Por Dios que es verdad! Me siento fenómeno. No hay nada como el sueño para recuperarse. Y este lugar no está mal. No está nada mal.

Empezó a tararear una tonadilla, un retazo del pasado.

Nada más hermoso
Que estar en Carolinaaa
Por la mañ-a-a-naaa.

Roy solía cantar en barítono mientras que Johnny era tenor. Hubo un tiempo en que creyó que sería todo un cantante. Pero la cárcel le cerró el paso a todo aquello. Uno no canta delante de barrotes. Eso quedaba para los canarios. Prolongó ligeramente las notas altas... Llamaron con cautela a la puerta. Roy se sobresaltó como si le hubieran pescado en algún acto vergonzoso.

—¿Sí? —preguntó con aspereza.

Se hizo un breve silencio.

—Buenos días. Soy yo, Algernon. El chico que trabaja para Mistah Shau. Solo viendo si la gente quiere algo —dijo una voz aguda arrastrando las letras.

Roy se limpió los restos de jabón en la cara y abrió la puerta. Se encontró con un negro bajo, con la tez del color del cuero y pelo ensortijado y aceitoso, acompañado de un perro.

—Hola.

—Hola, Mistah. Todavía no le había visto pero me enteré de que había llegado.

¿Algo que pueda hacer por usted esta mañana?

—Puedes agenciarme algo de desayuno.

—La señora de al lado tiene su desayuno preparado. Pensó que tal vez yo debiera venir a ver si se había levantado. Sí, señor.

Roy se había puesto la camisa mientras Algernon hablaba.

—¿De dónde sacaste ese nombre de Algernon, muchacho? —le preguntó.

—Fue la vieja dama quien me lo puso. Pipa, ¿verdad? Sí, señor. Parece como si me diera importancia. La mayoría de los chicos se llaman Tom o Ned o algo así. Yo soy Algernon. ¿Qué le parece este perro?

Roy miró al animal sentado pacientemente sobre sus cuartos traseros y mirando al interior de la cabaña. Era un perro mestizo, pequeño y blanco, probablemente un cruce de fox-terrier y bull-terrier, con unas ligeras manchas canela en la cabeza y unos ojos amarillentos, claros y astutos.

—Solo es un perro, ¿no?

—Noosenhör. Es un perro estupendo, vaya si lo es. Mire esto —Algernon se volvió y mirando en dirección al lago gritó—: ¡Patos! ¡Patos!

El pequeño perro se mostró al punto alerta. Se levantó e irguió las orejas. Roy vio cómo sus músculos se tensaban por debajo de la bonita capa blanca.

—Túmbate —dijo Algernon. El perro se dejó caer—. ¿Lo ve? Es un animal realmente estupendo. Síiisenhör. Algunos de los hombres se lo llevan a cazar con ellos. Encuentra patos por mucho que se escondan. Nada por el lago tras ellos o cualquier otra cosa. Síiisenhör.

—Estás orgulloso de tu perro, ¿eh?

—Bueno, no es mi perro. No es el perro de nadie. Solo que parece que se ha aficionado a mí y me sigue a todas partes. A veces eso me eriza.

—¿Por qué?

—Bueno, verá, este perro de aquí, se llama *Pard*, era del un leñador que vivía aquí durantote todo el año. Casi toda la gente se va. Este no es lugar para vivir en invierno. Hace más frío que en Groenlandia, síiisenhör. ¡Y cómo nieva! No ha visto nada igual. Bien, el invierno pasado, hubo una gran avalancha de nieve, ¡bang! que cayó sobre la casa de ese hombre que le digo y le mató. Pero a *Pard* no le mató. Así que un hombre vio a *Pard* vagando por la nieve como abandonado y lo recogió. Que me condene si ese hombre no fue y se muere de pulmonía. Y además un hombre muy fortashon. Así que *Pard* empezó a merodear por aquí, esto era en la primavera y que me caiga muerto si Mis Tucker no se vino abajo con algo del corazón. Fue de repente y ayer me enteré de que no vivirá. Noooosenhör. Así que la gente de por aquí le está tomando miedo a *Pard*. Le dan de comer y se lo llevan de caza pero no quieren saber nada de quedarse con el perro. Síiisenhör. Parece como algo triste. ¿No es verdad?

Roy se puso en cuclillas y llamó al perro. *Pard* acudió cauteloso, observando a Roy con sus ojillos claros y astutos.

—Este perro no es nada tonto —dijo Roy—. Tiene una mirada inteligente.

—Síisenhor. Claro que la tiene. Pero, de todas maneras, es como triste. No sé qué hará este invierno. Hay un hombre que trabaja para el Departamento de Carreteras del Estado y se va a quedar aquí todo el invierno, así que supongo que le daré algún dinero para que cuide de *Pard*. Yo no estaré aquí. Me voy en noviembre cuando todavía hace bueno. Síisenhor. Me costará algún dinero. Pero lo que yo digo es que quiero a este pequeño perro.

Roy estaba frotando las orejas de *Pard*.

—¡Siéntate! —dijo Algernon.

Pard se sentó. Roy sonrió levemente.

—A mí me parece que vosotros dos hacéis teatro.

—Noosenhor —repuso Algernon al parecer dolido—. Solo le estoy contando todo lo de *Pard* para el caso en que usted quiera quedárselo como su perro. Digo y digo que a veces que por la noche siento algo así como miedo cuando pienso en lo que le ha ocurrido a toda esa otra gente. ¡Zambomba! El pequeño *Pard* me sigue durante todo el día.

—¿Otra vez con esas?

Roy levantó los ojos. Era Marie. Llevaba en las manos una bandeja. Algernon se apresuró a cogérsela y la llevó a la cabaña.

—Hola —dijo Roy.

—Hola. ¿Está intentando conmoverle Algernon con la historia de este mestizo? —Señaló al perro con la punta del zapato.

—Es la pura verdad —aseguró Algernon colocando los platos sobre la mesa, permaneciendo luego allí dubitativo.

Roy le dio una moneda de veinticinco centavos. *Pard* entró rápido en la cabaña y cuando Roy se sentó a la mesa el perro fue hacia él y permaneció allí expectante.

—Es un cómico nato —dijo Roy, dando a *Pard* un trozo de tostada.

—No se comerá eso —aseguró Algernon al tiempo que *Pard* dejaba caer la tostada al suelo.

—Por aquí todo el mundo se dedica a atiborrar a ese mestizo hasta que ha llegado a sentirse tan importante que solo come carne —dijo Marie.

—Esa es la pura verdad —dijo Algernon riendo.

—Pues yo tengo auténtico apetito esta mañana, así que no estás de suerte *Pard* —dijo Roy.

—Perdone —le interrumpió Algernon—. Si no puedo hacer nada por ninguno de ustedes, mejor que me vaya al almacén. *Pard* se quedará. ¿Verdad, *Pard*?

—¿Dónde están tus amigos? Siéntate. ¿Quieres un cigarrillo o alguna otra cosa? —preguntó Roy una vez que Algernon se hubo ido.

El propio Roy estaba sorprendido de lo amable que se sentía. Y no era solo eso. Marie le pareció sumamente atractiva esa mañana. Llevaba una bata rosa y apenas maquillaje. En realidad tenía un aspecto más bien hogareño. Llevaba el abundante pelo negro echado hacia atrás, sobre las orejas, y su aspecto era juvenil y fragante.

—Se han ido a pescar —dijo Marie—. Pescar es casi lo único que hacen. Son algo inimaginables. Pescan durante todo el día y por la noche mienten sobre los enormes peces que se les escaparon. Si. Resultan realmente divertidos.

Roy se inclinó y dio a *Pard* un trozo de bacon. El perro lo olfateó durante un buen rato para comérselo finalmente con aire condescendiente.

—Malcriado —dijo Roy—. Este chucho vive de las exquisiteces de la tierra.

Marie se echó a reír.

—En realidad Algernon tiene cierto miedo a *Pard*. En serio. Toda esa gente ha muerto o le ha pasado algo, y a Algernon se le ha ocurrido que él será el próximo. Pero, desde luego, con esa historia saca mucho dinero a la gente. *Pard* es su medio de vida.

Pard sabía que hablaban de él. Miró a uno y a otro, sentándose luego con aire solemne. Roy le dio otro trozo de bacon.

—Anoche me sentía terrible. Hubiera luchado con un oso si me hubiera provocado. Esta mañana estoy Okey.

—Sí —asintió Marie, sentándose y encendiendo un cigarrillo—. Parecía realmente exhausto. Lo que necesita es tomar el sol. Está terriblemente pálido.

Roy la miró. La joven observaba su cara y le pareció que su mirada era de preocupación. ¿Lo de siempre? Tal vez. Pero, de todas maneras, Marie no era una chica poco atractiva.

—Sí —dijo con una risa breve y torva—. De donde vengo no te dejan tomar el sol. Temen que se estropee nuestra tez juvenil.

—La trena debe de ser espantosa.

—No es precisamente una excursión. Algunas veces es peor que otras. Tiene efectos perniciosos sobre uno y a menos que tengas muchos arrestos puedes muy bien encaramarte a la andana dos y lanzarte. Algunos lo han hecho.

—No acabo de entenderlo.

—La parte superior del bloque de celdas. Tiene una altura de doce metros y aterrizas en el cemento. Yo vi a un tipo pegarse la zambullida. Cuando se reúne la junta de libertad condicional se sufre un auténtico infierno. Aquel tipo estaba seguro de que saldría. Pero la junta pensaba de forma muy distinta. Cinco años más para él y cinco años en ese antro... Bueno, pintó una faca sobre el cemento. Fue una auténtica sensación.

Marie se estremeció al tiempo que hacía una mueca.

—Es algo horroroso.

—Sencillamente no pudo soportado. Yo también cumplía condena.

—¿De por vida?

—Sí. Pero me dieron un respiro.

—Los chicos dicen que Big Mac le sacó.

—Así es. Claro que fue una noticia formidable y lo fue doblemente porque no me lo esperaba. Cuando duele es si esperas algo que no llega.

Marie le miró con interés. Entre sus labios entreabiertos Roy pudo ver sus dientes blancos e iguales. Le gustaba su boca. Era bonita aunque también firme. No tenía nada de infantil ni de débil, y tampoco era jugosa. Tenía carácter. Roy observó también lo delgadas y bien cuidadas que tenía las manos. Pero de repente recordó a Velma, aquella pobre muchacha, con su blusa amarilla y la cinta del pelo roja. Vio su abundante cabello rubio y los bonitos ojos azules. Y vio de nuevo aquel algo triste y anheloso en su rostro que él no acertara a descifrar. Y Marie quedó relegada. Solo era una joven más. Acaso inteligente. Pero no una entre mil.

—¿Y qué hizo? —preguntó Marie.

—¿Qué quieres decir con lo que qué hice?

—Bueno, sabía que estaba allí de por vida. Hubiera creído que se volvería loco.

—Eso les pasa a algunos de ellos. A muchos de ellos.

Muchos más de los que las gentes del exterior jamás pensarían. Pero yo no. Reconozco que llegaba a ponerme muy nervioso. Todavía sigo poniéndome. Pero yo solo pensaba en largarme. Lo intenté una vez en la Granja Cárcel al haber sido trasladado a ella por buena conducta. Pero la cancamusa reventó y una guaja me señaló. Sí, y lo que fue todavía peor: me trasladaron de nuevo tras los grandes muros. Nos estábamos preparando para otro cuarteto cuando llegó el indulto.

—Ya veo. Siempre está esperando poder largarse. Y eso le mantiene activo.

—Eso mismo —dijo Roy mirándola con interés—. Así es. Lo pescaste.

—Lo sé bien. Me he pasado la vida intentando largarme.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, en nuestra familia todos los hombres son mala hierba. Mi viejo está acogido a la beneficencia en San Francisco Y también uno de mis cuñados. El viejo solía emborracharse un par de veces a la semana y empezaba a patadas con todo el mundo. Mi vieja sonreía estoica y lo soportaba. Pero yo no. Esperé el momento y me largué. Salí disparada.

Roy hizo una mueca sonriente.

—Sí. Te comprendo.

—Vine aquí, a Los Angeles, y encontré trabajo en un tugurio de baile de tres al cuarto. Me ganaba la vida pero pronto me sentí asqueada de que me manosearan mexicanos, filipinos y toda suerte de viejos asquerosos y babeantes. Así que apareció Babe y volví a largarme.

—¿Acaso piensas largarte de nuevo?

—Tal vez.

Roy comió en silencio durante largo rato. Una vez que hubo dado cuenta de toda la carne, *Pard* abrió la puerta mampara con el morro y saliendo, se tumbó sobre la hierba alta delante de la cabaña.

—¿Sabes algo? —dijo Roy—. *Pard* es un perro de los listos.

Sabe lo que quiere y, una vez que lo ha logrado, se larga.

—¿Le gusta esto?

—Desde luego. Es la primera noche, en seis años, que he dormido bien.

—A mí al principio me hizo polvo.

—¿Qué pasó?

—La altitud. Está a unos dos mil quinientos metros. El corazón me hacía cosas raras y siempre estaba sin aliento. Apenas podía andar un corto trecho. Ahora estoy Okey.

—Pues a mí me va al pelo. Y dime, ¿a quién se le ocurrió la idea de venir aquí?

—A Louis Mendoza. Verás, está cerca de Tropic Springs y no hay polis. Tan solo unos guardias municipales palurdos. Nadie te molesta cuando estás arriba, en los lagos. No era mala idea.

—Tal vez no. A mí me pareció una chifladura cuando venía para acá.

Se hizo otro largo silencio.

Marie seguía observando a Roy a hurtadillas, aunque él por su parte no le prestaba atención y parecía sumido en sus pensamientos. Finalmente Marie se puso en pie con un suspiro.

—Bueno, supongo que habré de llevarme los platos.

—Más vale. Y gracias por la manduca.

Marie le miró, pareció vacilar un instante y finalmente salió con la bandeja.

CAPÍTULO VIII

Aquella noche, después de una breve conversación con Babe y Red, Roy se fue a su cabaña alrededor de las nueve y se dispuso a acostarse. La noche era fría y clara. En el cielo no había una sola nube. Las estrellas centelleaban en la sutil atmósfera montañosa. De vez en cuando llegaba desde el lago el chillido de una gaviota. Roy se sintió embargado por una repentina sensación de soledad. Allí estaba él, a más de dos mil metros de altura, en el techo del mundo. La idea le hacía sentirse ligeramente mareado. El denso silencio de un lugar remoto presionaba sobre sus oídos. Temblando a causa del helador aire nocturno, abrió la ventana y se metió rápido en la cama cubriéndose con la manta hasta la barbilla.

En la oscuridad, semejante a un vívido relámpago, vio el rostro ahuesado y sabio del viejo Barmy. ¡Muerto ya el pobre y enterrado! ¿Qué fue lo que dijo sobre lo de ser enterrado? Sí. Barmy había dicho que cuando le plantaran llevaría como abrigo «el globo giratorio». ¿Quién hubiera sido capaz de imaginar algo semejante salvo él? Te hacía ver la Tierra pequeña, perdida en el espacio girando lentamente a través de la noche.

Roy sintió escalofríos.

—A veces desearía no haber hablado tanto con Barmy —se dijo—. Las cosas que decía podían trastornar a un tipo. Y, desde luego, lo hacían.

Permaneció allí tumbado, intentando dormir aunque desvelado por el temor. Tenía miedo de que la depresión nocturna que en intervalos regulares se apoderaba de él volviera a asaltarle. Era algo contra lo que no se podía luchar.

De repente oyó un ruido que no pudo identificar y que le hizo incorporarse de un salto. Algo había entrado en su cuarto saltando por la ventana. Sintió un movimiento a los pies de la cama. Algún animal pequeño... ¡*Pard!* Roy se echó a reír y alargó la mano para acariciar al animal que ya se había enroscado convirtiéndose en un ovillo. Roy, tumbándose de nuevo, suspiró y se quedó dormido. Al cabo de un rato él y *Pard* roncaban.

CAPÍTULO IX

Al entrar Roy, los tres estaban jugando a «rummy» con Louis Mendoza. Roy mantuvo abierta la puerta mampara para *Pard* que le seguía pegado a sus talones como hiciera durante todo el día. Algernon se había dado cuenta de que el perro se había aficionado a Roy, y aun cuando estaba algo dolido, también se sentía aliviado. Dijo a algunos de los hombres que frecuentaban el almacén general de Shaw que el nuevo visitante no debería abandonar la orilla del río y andarse con ojo.

—Más le valdrá no salir nunca en barca. Por seguro que ese pequeño perro le ha echado el conjuro.

Todos los hombres rompieron a reír imitados por el propio Algernon, como si se tratara de una broma, pero en el fondo de su corazón sentía un gran temor por lo sobrenatural.

—A veces los ojos de ese pequeño perro tienen una forma extraña de brillo —había dicho una noche al viejo Shaw.

Red iba ganando y en su feo rostro había una gran sonrisa. Marie bostezaba aburrida por el juego. Louis jugaba con elegante indiferencia, echando sus cartas con movimiento de muñeca estudiado muy suave. Pero Babe, que siempre jugaba para ganar, iba perdiendo y estaba pálido por la furia reprimida. Tenía los labios apretados de una manera peculiar, como si fuera a enseñar los dientes y su mirada era aviesa.

Red dejó las tartas de golpe y se frotó las manos jubiloso. Estaban jugando a un centavo el punto y los había cogido a todos con cantidad.

Babe se puso en pie de un salto y tiró furioso las cartas.

—¡Maldita suerte puñetera! —gritó.

—¡Caramba, caramba! —graznó Red—. ¡Soy cojonudamente bueno!

—¡Solo ha sido puñetera suerte!

Louis Mendoza se puso en pie para estrechar la mano de Roy. Era un mexicano alto y delgado de unos veinticinco años. Vestía al estilo de Tropic Spring y Roy silbó entre dientes ante su atavío. Lucía un polo amarillo, un *pullover* a rayas rojas y marrones, pantalones bombachos color crema y zapatos de ante blanco perla. Llevaba el pelo acharolado, un leve bigotillo y aires de tediosa superioridad. Irritó sobremanera a Roy, que se apresuró a retirar la mano, saludando con un breve movimiento de cabeza.

Lo que Roy no sabía era que Louis, que había estado trabajando como empleado de noche en el ostentoso «Tropico Inn» durante tres temporadas, había quedado desorientado ante el impacto de la gente de «buen tono». Y de los muy ricos.

Durante la primera temporada, Louis se sintió tan inferior a las gentes que servía, gentes a las que maldito lo que les importaba gastarse cincuenta dólares diarios, que

apenas se atrevía a mirar a nadie a la cara, y se volvió tan silencioso y arisco que nadie de los que componían el servicio querían tener nada que ver con él.

Durante la segunda temporada se gastó todo su dinero en ropa, llegando a pagar hasta setenta y cinco dólares por un abrigo de *sport*. De poco le sirvió. Su abrigo de *tweed* Harris, de corte impecable, no era una armadura frente a la insolencia inconsciente de grandes actores y actrices o de la alta sociedad de California y Nueva York que instalaban sus reales en el «Tropico Inn». Hubiera causado el mismo efecto con un abrigo de confección de quince dólares.

Al clausurarse la tercera temporada obtuvo un trabajo para el verano como croupier a bordo de un barco de juego en la costa Sur de California. En él fue todo un personaje. Trataba con arrogancia y con absoluta impunidad a los hampones y se pasaba la vida fanfarroneando sobre sus relaciones en «Tropico». Little Ed Seidel, uno de los mayores jugadores, manipuladores y promotores turbios de la Costa se interesó por él y se lo presentó a Big Mac M'Gann que se estaba dando una vuelta por Los Angeles.

Pese a todas sus fanfarronadas, Louis aborrecía el «Trópico». Aborrecía la suficiencia de la gente adinerada que lo frecuentaba. Rebosaba malevolencia y envidia. Necesitaba herir y sorprender a los hombres y las mujeres a quienes servía cada noche, que apenas le saludaban, que jamás le miraban de frente y que ni siquiera sabían que existiera. Cierta noche, habiendo bebido más de la cuenta en compañía de Big Mac empezó a hablar de lo fácil que resultaría dar un golpe en el hotel. Big Mac siempre mantenía el oído alerta.

Roy estaba pensando: «Marie tiene razón. Este tipo no serviría. No tiene nada que hacer en un trabajo tan arriesgado como este y puede ocasionar un petardazo. Necesita una buena lección. No hay más que mirarle. Se cree que Louis Mendoza es alguien fuera de serie. Ya he visto antes tipos como él. Se jactaría de matar a un tipo si le daba la ventolera».

Mientras Louis hablaba, Roy observaba a Babe por el rabillo del ojo. Este se había puesto en cuclillas y estaba jugueteando con *Pard*. Tenía una mirada cruel en sus ojos claros. Empezó a frotar las orejas del perro. De repente *Pard* aulló dolorido, pero Babe se echó a reír sin soltarle.

Roy pegó un puntapié en los pies de Babe que cayó sentado pesadamente.

—Deja en paz a ese perro.

Babe se puso en pie como impulsado por un resorte, en sus ojos una mirada feroz. Pero vaciló. La expresión de Roy era dura como el pedernal y sus manos, grandes y poderosas, parecían preparadas para un golpe rápido y demoledor. Miraba con fijeza a Babe.

—Solo le estaba frotando las orejas. Eso es todo —alegó finalmente Babe.

—Tuviste un descalabro con las cartas y la tomaste con el perro. Te he visto.

Marie observaba la escena con una expresión peculiar. Estaba claro que Roy era un duro. Lo supo desde el principio.

Se hizo un largo silencio. Luego la tensión fue desapareciendo en forma gradual. *Pard* se había esfumado. Se encontraba sentado en un rincón, con sus ojillos pálidos y astutos clavados en Roy. Sabía cuándo la cosa andaba mal. Se había pasado la vida en situaciones difíciles. El hombre era una criatura impredecible que un día te daba de comer y al siguiente te atizaba a puntapiés; *Pard* tenía mala opinión de los hombres. Ni siquiera olían bien.

—Casi lo olvido —exclamó Red chasqueando de repente los dedos—. Louis nos ha traído un regalo y supongo que usted, Roy, es el mecánico.

Marie recorrió la habitación para asegurarse de que todas las cortinas estaban echadas. Red desapareció en uno de los dormitorios y salió de nuevo con una maleta que abrió con una mueca sonriente. Dentro había una metralleta.

—¿Okey, Roy? —exclamó sacándola.

—*Mr. M’Gann* está en la ciudad —dijo Louis—. He ido a verle hoy. Tengo una noche libre. Me dio el arma. ¿Sabe cómo funciona? Red no lo sabe y tampoco Babe...

Roy no dijo palabra. Ignoró a Louis. Red rompió a reír.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó entre risotadas—. ¿Crees que podría aprender a manejar uno de estos trastos si estudiara durante uno o dos años, Roy?

—¿Qué es eso tan divertido? —preguntó Louis enrojeciendo. Aborrecía que se rieran de él.

—¡Pero si se desayuna con armas! —dijo Red—. ¿Acaso no oíste hablar nunca de Roy Earle?

—No, jamás —dijo Louis—. De cualquier manera pensé que su nombre era el de Collins.

—Olvídalo —dijo Red—. Eres tan estúpido que ni siquiera sabes que lo eres.

—No me gusta nada ese tono —dijo Louis.

—Veréis, esto me recuerda algo que ocurrió hará unos seis o siete años —dijo Roy simulando no prestar atención a lo que se estaba diciendo y encajando el cargador con suavidad—. Nos estábamos preparando para dar un golpe en un Banco de Iowa. Llovían chuzos. Hubimos de suspenderlo ya que para la huida utilizábamos los callejones que tenían medio metro de barro. Uno de los tipos, un pájaro que no gustaba a nadie, tenía el espeluzno. Nunca pudimos imaginarlo, pero la lluvia nos salvó el trasero. Nos dieron el chivatazo de que el tío del tembleque había hablado demasiado y que en el Banco nos estaban esperando un montón de polis. Nadie dijo una palabra, pero Lefty Jackson va y saca su metralleta. Se sienta y la sostiene sobre las rodillas como yo hago con esta. El chico del tembleque está sentado al otro lado de la habitación, frente a él. Al cabo de un segundo Lefty rozó apenas el arma que escupió rápidamente «¡Tat! ¡Tat!». El chivato cayó de la silla muerto. Luego nos largamos y le dejamos allí. —Roy suspiró, sacó el cargador de la metralleta y dejándolo en el suelo cogió un destornillador y empezó a desmontar el arma—. Así es —dijo, ignorando el prolongado silencio—. La metralleta hizo tan solo «¡Tat! ¡Tat!».

Red y Babe intercambiaron una mirada inquieta. Marie sonrió levemente y de soslayo a Louis que parecía dispuesto a levantarse de un salto y echar a correr en cualquier momento. Su cara larga y de rasgos toscos, aunque bien parecidos, se había quedado lívida.

—Desde luego se trata de un arma formidable —dijo Roy—. La han mejorado mucho. Tendré que examinarla detenidamente.

Hubo otro largo silencio. Marie se levantó e hizo café.

—¿Qué es lo que Mac tenía que decir? —indagó Roy sin levantar la vista del arma—. No sabía que fuera a venir. Pensé que tenía un tipo que se ocuparía por él de la operación.

Louis se sacudió ligeramente como recuperándose de una pesadilla y luego, aclarándose la garganta, dijo con voz forzada.

—Quiere verle, *Mr. Earle*. Ha dicho que le diga que vaya a echar un vistazo al «Springs» y que luego continúe viaje a Los Angeles y vaya a verle. Está en «Berwyn Arms Apartments».

—¿Dónde está eso?

—En Hollywood. Supongo que estará preocupado por el asunto y pensó que lo mejor era venir. Lo hizo en avión y al parecer se encontraron con un tiempo pésimo. Todavía se siente mal y no parece muy seguro.

—Iré mañana.

—Cree que es preferible que vaya directamente a Los Angeles sin volver aquí y tener que atravesar luego el desfiladero porque es muy duro. Está a tres mil metros de altura y en esta época del año nunca se sabe cuándo irán a cerrarlo. Anoche nevó allí.

—No sé —dijo Red—. A Babe y a mí nos pareció que el desfiladero era el mejor camino. Nadie pensaría que fuéramos a atravesar la Sierra para ir a Los Angeles.

—Desde luego —asintió Louis—. Pero supongamos que le siguen. Nunca logrará sacudírselos en una carretera de montaña. De cualquier manera, ¿cómo podemos averiguar con tiempo si puede o no hacer pasar un coche por el desfiladero? Supongamos que estalla una tormenta mientras estamos dando el golpe. Si el desfiladero queda bloqueado por la nieve se encontraría en situación muy peligrosa.

—Sí —asintió Red—. Eso es cierto.

—¿Qué harás tú, Louis? —preguntó Roy.

—No lo sé exactamente. No puedo decirlo.

—No me refiero a la pasta. Se supone que no te moverás del hotel, ¿no es así?

—Claro, desde luego. Si hay alguien por allí, me comportaré como si estuviera realmente aterrorizado. Una vez que todos vosotros os hayáis ido, me quedaré e informaré del asalto a la Policía. El botones de noche no nos creará dificultades y...

—¿Quieres decir que está al corriente?

—No, por Dios, *Mr. Earle*. No habrá pensado que yo...

—Solo estoy preguntando —le aseguró Roy.

—No. Lo que quiero decir es que se trata de un muchacho tan miedoso que ni

siquiera se atreve a deambular por allí de noche. Se le puede enviar afuera con un recado...

—No queremos que esté haciendo recados. Lo queremos allí mismo, en el vestíbulo. ¿Crees que lo que necesitamos es a un muchacho asustado mirándonos por la ventana y señalándonos a gritos?

—Le entiendo. Me ocuparé de ello.

—No lo olvides —machacó Roy—. Veréis, muchachos. Al llegar aquí, me figuré que formábamos un equipo de pacotilla, pero ya empieza a encajar. Lo mejor de todo es que no se nos busca a ninguno. ¿No es así?

Roy los fue mirando por turno.

—Desde luego —dijo Red—. Tiene el grupo cabal. A Louis nunca en su vida le han pescado. Y tampoco a Babe salvo por «cooperación». Yo estoy en libertad condicional y no la he infringido. Quiero decir que no he salido del Estado ni nada parecido. Claro que atraqué un par de licorerías, pero los polis no están enterados.

—¿Y qué hay de Marie?

—Estoy limpia.

—Y a mí me han indultado —terminó diciendo Roy—. En ese sentido es el mejor arreglo que jamás he visto. En términos generales, en toda banda hay al menos un tipo al que se busca y cuando ya lo tienes todo preparado, llega algún cretino de poli husmeando.

—Sí —asintió Babe—. «Cooperación». Esa sí que fue una acusación idiota. De no ser por ello ningún poli habría conocido nunca mi nombre. ¡Pero me la cargaron! Verá, aquella chica tenía quince años. Pero, maldición, andaba correteando desde los trece. Me aburrí de ella. Era un conejito estúpido. Así que le di puerta. Entonces organizó una zambra y le contó a su padre todo sobre mí. Por entonces yo acababa de cumplir los veintiuno. Para que hablen de justicia. ¡Pero si ella había estado con todo un ejército de tipos! Fabuloso, ¿eh? Y a mí me metieron entre rejas por «cooperar».

—Esas chorradas te ocurren de vez en cuando —dijo Red riendo.

—¡Qué vas a decirme! Pero mi cuerpo serrano no volverá a pisar la cárcel.

Marie puso tazas sobre la mesa y sirvió el café. Todos bebieron en silencio. *Pard* se acercó. Y se sentó junto a Roy apretado contra su pierna.

—Adoptó al mestizo, ¿eh? —dijo Red.

—Sí.

Una vez que Roy hubo apurado su café se puso en pie.

—Vamos, *Pard* —dijo—. La piltra nos espera.

—¿Ya se va? —preguntó Marie—. ¿No quiere jugar una partida de cartas?

Sus miradas se encontraron. A Roy le pareció que ella le miraba con más simpatía de lo habitual. Se dio cuenta de que no quería que se fuera.

—Chicos y chicas. Empieza a hurgarme la idea de que nuestro amigo no es precisamente de dulce —dijo Red una vez que se hubo ido.

—Desde luego —dijo Babe—. Te arrancarías el corazón por un quítame allá esas

pajas.

—De todas maneras me alegro de que esté con nosotros —dijo Red—. Con él dirigiendo las cosas, lo tenemos en el bote.

—¿Quién ha dicho que sea él quien dirige las cosas? —preguntó Louis.

—Nadie lo ha dicho. Sencillamente lo hace.

—Maldito si lo hace. M’Gann es el patrón. Earle no tiene un cuarto. Lo único que hace es trabajar para M’Gann —Louis se pasó una mano larga y ahuesada por el graso pelo negro. Se sentía resentido y envidiaba a Roy por la impresión que había causado. ¿Por qué no podía él, Louis Mendoza, causar una impresión semejante? Empezó a repasar en su fuero interno lo que Roy había dicho y hecho. No encontró nada digno de mención. Era tan solo una cuestión de actitud. Louis decidió cultivar los modales tranquilos y, luego, de repente, sobresaltaría a la gente con un latigazo de voz.

—M’Gann no es más que la tapadera, estúpido —dijo Red—. Oíd, chicos y chicas, ¿qué os ha parecido ese pequeño cuento del arma que hizo «¡Tat! ¡Tat!»? ¿Pescasteis la idea de la historieta?

—¿Crees que lo ha dicho con esa intención? —preguntó Louis alisándose nervioso el pelo.

—Puedes apostar lo que quieras —aseguró convencida Marie.

—Otra admiradora de Earle —exclamó Babe con tono resabiado todavía resentido por su enfrentamiento con Roy—. ¿Quién te ha dado vela en el entierro?

Marie bajó los ojos y se sirvió una segunda taza de café.

—¿Por qué no te callas, Babe? —le preguntó Red—. Marie es una chica estupenda y tú lo sabes. Deja de pincharla todo el tiempo. Hazlo conmigo. Te mantendrá ocupado y así pronto dejarás de fastidiar.

—Algún día te haré tragar tu baladronada, Red.

—Para mañana es tarde.

Louis se puso en pie.

—Yo me largo. Si va a haber jaleo no quiero saber nada. Y vosotros, ¿por qué no esperáis a que todo esto haya acabado?

—Eso es lo que yo digo —intervino Marie—. Y, de cualquier manera, a Roy no va a gustarle. Se enfadará mucho.

—¡Santo cielo! —exclamó Babe—. Estoy hasta las narices. Me voy a la cama. Ahora resulta que no debemos irritar a ese imbécil.

Se precipitó a su dormitorio y dio un portazo tal, que un plato saltó del estante que había sobre el fregadero cayendo con estrépito al suelo.

—Adiós —dijo Louis. Abrió rápido la puerta y salió.

—Cuando este trabajo haya terminado no quiero saber nada de ese zoquete o lo que sea. Si no me aparto de él estoy seguro que le haré cascar y soy demasiado joven para morir. En este Estado el asesinato va contra la ley —dijo Red.

—Ahora ya queda poco, Red.

—Sí, así es. ¿Y sabes una cosa? Me gusta la vida aquí. Es extraño. Cuando en un principio hablé con Louis, pensé que estos parajes me daban escalofríos. Pero verás, si fuera uno de esos tipos ricos me quedaría aquí todos los veranos. Eso mismo. Vaya si lo haría. Y luego, cuando empezara a caer la nieve, cogería mi yate y me largaría hasta las islas donde las muñecas retozan en el heno y nunca dicen no. Oye —siguió diciendo Red acercándose más a Marie—, ¿por qué no nos largamos tú y yo a las islas en cuanto hayamos dado el golpe en el hotel? Tendremos muchísima pasta. Tal vez veinte de los grandes. Sí. Es una gran idea. ¿Qué te parece, preciosa?

—No sé.

—Es un paseo. Siempre estás hablando de mucha pasta y con todo lo que harías con ella. Vale. Dentro de muy poco yo tendré mucha, así que...

—Verás, Red. No quiero tener ya nada que ver con Babe. ¿Me respaldarás?

—¡Que si te respaldaré! Puedes apostar lo que quieras. ¡Vaya que sí! Sacudiré a ese mostrenco si se pone bestia. Parece que sientes afición por cierto pelirrojo, ¿eh?

—No me presiones y no corras demasiado. Todavía no sé. Pero eres un buen chico, Red —dijo Marie, sonriéndole de tal manera que en el rostro adocenado de él se reflejó una expresión de contento—. Me gustas.

—El sentimiento es mutuo —dijo Red riendo.

CAPÍTULO X

Roy llegó a las inmediaciones de Tropic Springs alrededor de las once de la mañana del día siguiente. Tenía obstruidos los oídos y se sentía irritable e incómodo. La carretera había descendido casi trescientos metros en poco menos de cuarenta kilómetros, y el repentino cambio de altitud le había afectado más de lo que pensaba. En realidad prácticamente no había parado mientes en ello hasta que se dio cuenta de que apenas podía oír el ruido del motor. Aparcó el coche en una farmacia-bar de las afueras y entró a por una «Coke». Pensó que tal vez bebiendo se le abrirían los oídos.

—«Coke» —dijo Roy con voz tan sonora que el empleado tras el mostrador pegó un salto y una mujer que se encontraba ante la estantería de revistas se volvió a mirarle.

—Sí, señor —repuso el empleado moviéndose con rapidez.

Roy estaba experimentando un nuevo estilo de soledad y no le gustaba lo más mínimo. Con los nervios de punta empezó a imaginarse sordo de por vida. Sería el toque final. Pero de repente se le despejó el oído izquierdo y al cabo de un momento el derecho. El mundo se precipitó hacia él con su mezcla caótica de ruidos, ruidos de los que habitualmente ni siquiera se hubiera dado cuenta. Cuando el hombre volvió con su «Coke», Roy ya se había recuperado.

—¿Es todo? —preguntó el dependiente observando con disimulo a Roy.

—Sí —Roy se dio cuenta de la mirada furtiva del dependiente, por lo que se apresuró a decir—. Cuando le hablé hace un momento no me di cuenta de que lo hacía tan alto. Tenía los oídos obturados.

El dependiente sonrió tranquilizado. Había estado imaginando cosas. Que aquel tipo grande, de aspecto campesino, era un lunático o que estaba terriblemente furioso por algo. En ocasiones, el rostro de Roy tenía una expresión tan implacable que le diferenciaba de los ciudadanos comunes. Él mismo se sentía vagamente consciente de ello. La experiencia le había enseñado que hombres, habitualmente con fama de duros, se acobardaban ante él. Estaba acostumbrado a sus propias debilidades y temores y los tenía tan aborrecidos que no se daba cuenta de que en su naturaleza había una veta de crueldad que resultaba demasiado evidente para otros.

—Sí —dijo el dependiente—. Es una auténtica caída. Al principio de venir aquí me molestaba pero ahora ni siquiera me doy cuenta... ¿Notó el terremoto de esta mañana?

—¿Terremoto?

—Tuvimos una pequeña sacudida alrededor de las nueve. Cayó un espejo y se rompió en mil pedazos. El suelo se movió durante un par de segundos. No fue mucho. Pero, amigo, no sabe la que armaron dos mujeres de Nueva York que estaban

sentadas al mostrador.

El dependiente se retorció de risa.

—¿Hay aquí muchos terremotos?

—Sí, suele haberlos. Pero no son gran cosa. Ni siquiera nos asustamos demasiado con el fuerte que hubo en Long Beach hará cuatro o cinco años. A, mí me tiró al suelo, pero no hubo pérdidas.

Roy saboreaba su «Coke». Y sonreía al dependiente. Estaba aprendiendo. Cuando salió de la trena no sonreía a nadie. Durante años, su expresión característica había sido la de un gruñido de impotencia y por ello la parte derecha de la boca la tenía ligeramente desviada hacia arriba. No se daba cuenta de que incluso en ese momento su sonrisa era torcida y torva. Quería mostrarse cordial y así fue como lo consideró el dependiente.

—¿Haciendo un recorrido?

—Sí —dijo Roy—. ¡Vaya lugar!

—Desde luego. Creo que no hay nada igual a esto en el mundo. La gente viene aquí desde todas partes. «Tropico» tiene una gran publicidad. A veces estamos apestados de realezas. El año pasado un príncipe indio estuvo sentado en el mismo sitio que usted. No me refiero a un indio como los que tenemos por aquí, sino a uno de esos, cómo se dice, un hindú. Un tipo también simpático. Oí decir que tenía veinte baúles llenos de ropa y que pagaba ciento cincuenta machacantes diarios en el hotel. Sin embargo no vi que tuviera un harén. Esos tipos tienen harenes, ¿verdad?

—A mí no me pregunte, amigo. Bueno, he de marcharme.

—Va al Este, ¿eh? Bien. Buena suerte. Espero que no se le vuelvan a cerrar los oídos.

La cordialidad del empleado gustó a Roy y se acordó del tipo de la gasolinera en pleno desierto. ¿Cómo se llamaba? ¿Ed?

—Eso es —se dijo Roy al tiempo que subía de nuevo a su coche y se dirigía al centro de la ciudad—. Supongo que podría haber estado más amable con él, pero por entonces no me sentía nada sociable. Aún sigo sin serlo, pero voy mejorando.

Roy quedó deslumbrado ante la magnificencia del Tropico Springs. Durante su viaje al Oeste había visto muchas ciudades en el desierto, pero todas eran un asco. Más bien lamentables pueblos pequeños, de aspecto desmantelado y achicharrados bajo el sol, dispersos a lo largo de la carretera transcontinental. Pero Tropico era como un oasis en una ensoñación. Hacia el Este había un kilómetro tras otro de tierra quemada, bordeada de dunas de arena coronadas de tufas, un auténtico desierto que se extendía ininterrumpido hasta la línea violeta del horizonte. Al Norte y al Sur, el suelo del desierto ascendía gradualmente hasta los declives más bajos al pie de las colinas, corcovados y yermos, que cambiaban de color a medida que el sol iba moviéndose por el cielo, rojas por la mañana, de un feo marrón a mediodía, violeta a la caída del sol y azul durante el rápido anochecer del desierto. En la parte occidental de la ciudad se alzaba abrupta una montaña rocosa. Hasta unos tres mil metros sobre

los tejados del Tropic, achicando de manera increíble el lugar y convirtiendo en pigmeos a sus habitantes. Encastrada en aquel ambiente hostil o abrasado, la ciudad florecía como los oasis del Corán.

Calles y calzadas estaban bordeadas de altas palmeras. Se escuchaba el agradable susurro del agua manando. Las praderas estaban verdes y el sol del desierto reverberaba sobre las immaculadas casas de estuco blanco con tejados de rojas tejas, sobre patios enlosados donde las fuentes cantaban y el tiempo parecía dormido, sobre tiendas elegantes y caros hoteles encantados, sobre las gentes que pasaban en bicicleta o a caballo, vestidas con todos los colores del arco iris o, prácticamente desnudas.

Roy miraba asombrado a las mujeres y las jóvenes casi desnudas, en su mayoría rubias y a los hombres atezados e indiferentes. Se sentía viejo y un extraño indeseable. ¿Qué era Roy para semejantes gentes? Menos que nada. Podía caer muerto en una de las esquinas más concurridas, Y se limitarían a encogerse de hombros y a esquivarle delicadamente para seguir su camino.

Se detuvo delante de un letrero en el que podía leerse: *Tropice Inn Coffee Shop* y permaneció sentado en su coche contemplando el inmenso hotel encantado, con sus blancos muros de estuco centelleando entre las altas palmeras y su interminable césped. Estaba bien apartado de la calle, hacia el Sur de la cafetería que se encontraba en la acera donde había muchas mesas llenas de gentes elegantemente vestidas y protegidas del ardiente sol por grandes sombrillas de playa azules y rojas.

Roy estudió durante largo tiempo el emplazamiento del hotel y luego condujo lentamente a lo largo del camino bordeado de palmeras que llevaba hasta él. Delante había una inmensa plaza atestada de brillantes coches nuevos, muchos de ellos de fabricación extranjera.

Roy intentó ceñirse al asunto que ocupaba su mente, pero no pudo evitar recorrer con la mirada los coches aparcados. Algunos de ellos tenían el capó tan largo como su propio coche.

Roy silbó.

—Bien, muchachos, esta vez sí que hemos elegido un trabajo a nuestra medida. No creo que los chicos se den cuenta de la batahola que esto va a organizar en los ¡periódicos! ¡Uf!

Siguiendo las instrucciones de Louis, desde la plaza enfiló por una calle angosta, que conducía al campo de polo y al paseo de coches que había visto en el plano para la huida. No estaba mal, nada mal. Conducía sin una curva u obstáculo alguno hasta una carretera recta en dirección a Los Angeles y la seguridad, o a una encrucijada desde donde uno podía enfilear hacia High Sierras si las cosas se pusieran, al rojo vivo. Roy asintió para sí: «Hay que admitir que los mexicanos no son ningunos tontos. Si los caminos están Okey desde aquí, no tenemos de qué preocuparnos. Ya miraré este cuando vuelva de regreso».

Roy no tenía motivo alguno para permanecer por más tiempo en Tropic. Era el

momento de tomar la carretera a Los Angeles. Pero todavía no estaba preparado. Tenía ganas de una cerveza y de contemplar el panorama. No era frecuente que encontrara lugares como aquel. En realidad era algo digno de contarse en casa.

Entró en la calle mayor y se dirigió hacia el Sur. Rodaba despacio, buscando un lugar entre bares y restaurantes que no pareciera demasiado «distinguido». La ciudad y sus habitantes le tenían deslumbrado y temía ser objeto de atención. Muchachas con *shorts* pasaban rápidas en bicicleta junto a su coche. Algunas estaban terriblemente bronceadas y desde luego atraían la atención con sus cuerpos morenos y el pelo de un rubio muy claro.

Saludaban con la mano a las gentes sentadas en las aceras quienes les devolvían el saludo.

Una de las jóvenes iba riendo y Roy la siguió con mirada cautelosa. Ni siquiera sabía que existiera. Estaba hablando con uno de sus amigos.

—... exactamente en medio de la calle —decía—. Por allí. Mira el gentío.

Roy vio un montón de gente en la siguiente esquina. La calle estaba bloqueada. Hubiera querido evitar aquello, pero no había sitio para salir de la calle mayor sin hacer una curva cerrada, lo que resultaba imposible dado que la calle se encontraba abarrotada de ciclistas, jinetes, automovilistas y peatones. Aparcó junto a la acera y permaneció allí a la espera, aunque seguía arremolinándose más gente. Farfullando impaciente bajó del coche y fue a ver qué demonios pasaba.

En la calle se encontraba atravesado un «Ford». Por debajo de él fluía el agua a raudales, inundando el pavimento. Uno de los guardabarros delanteros era prácticamente un acordeón. Tres hombres se encontraban empujando un enorme coche color crema sobre la acera. Tenía un faro roto y montón de rasguños en su immaculado cuerpo.

—Claro —estaba diciendo uno de los hombres—. A la gente que conduce este tipo de coches les da igual cómo lo hacen. Si te zumban lo han hecho y punto. No tienen dinero, no tienen seguro... Es puro asesinato.

—Mala suerte, Marty.

—No es más que un viejo gagá y le voy a arrancar la piel a tiras. El coche vuelve al garaje y la factura va a ser el cuento de nunca acabar.

—Yu-ju —gritó una de las ciclistas—. ¿Qué tal te va, Marty?

—Cree que es divertido.

Roy se quedó mirando. En medio del grupo de los hombres que discutían descubrió una figura que le resultaba familiar. Era papá Goodhue. Se había quitado la chaqueta y la espalda de su camisa azul estaba empapada de sudor. Parecía exhausto y aturdido.

—Sí, fue la muchacha —estaba diciendo un hombre—. Yo me encontraba en pie ahí, en la acera. Tú sabes que no conducías, Pop.

—Sí que conducía, lo hacía —repetía el viejo, moviendo con tozudez la cabeza.

Roy vio a mamá Goodhue sentada en la parte trasera con Velma. Mamá tenía la

cara encendida y parecía tan aturdida y exhausta como su marido. La mirada de Velma estaba perdida en el vacío, pero, al cabo de un instante, bajó la cabeza y rompió a llorar. Roy apretó los dientes.

Sabía lo que debía hacer. Tenía que largarse. Aquello tenía toda la apariencia de un enfrentamiento en serio, él no estaba en situación de verse envuelto en nada que pudiera atraer a la Policía.

—Y, en cualquier caso, ¿qué hace en Tropicó semejante porquería? —dijo despectivo un hombre.

Roy intentó contenerse, pero le fue imposible.

—Es una carretera estatal, ¿no? —dijo volviéndose hacia el hombre.

El tipo reculó.

—Bueno, supongo que sí —dijo.

Roy se abrió camino hasta el centro del gentío.

—¿Algo anda mal, Papá?

El viejo se sobresaltó, pero luego su expresión de desconcierto se transformó en otra de alegría de que fuese Roy quien le hubiera sobresaltado, contento de que tal vez él hubiera echado a perder la mayor oportunidad que jamás tuviera en la vida. El pobre hombre se encontraba al borde del colapso. Había asumido la culpa de su nieta y aquella pandilla de farisaicos bastardos le estaban sometiendo a una especie de tercer grado. El viejo tenía arrestos. Era de los buenos.

—Yo..., nosotros..., supongo que no estaría del todo...

—No admita nada —se apresuró a recomendarle Roy—. Muy bien —gritó volviéndose hacia los hombres que rodeaban al anciano—. Algunos de ustedes échenme una mano. Quitemos este coche de la calzada. —Nadie se movió—. Vamos. ¿Qué les pasa?

Un par de hombres se adelantaron indecisos y junto con Roy montaron el viejo coche sobre la acera, detrás del gran automóvil color crema.

—Hola, mamá —dijo Roy llevándose la mano ligeramente al sombrero—. No se preocupe. Lo arreglaremos todo. —Podría muy bien haber sido su propia vieja, tenía su misma expresión paciente. Miró a Velma que se limpiaba las lágrimas.

—Gracias —dijo ella.

Marty, un hombrecillo de cara morena vistiendo una camisa de polo blanca y pantalones bombachos verdes se acercó a Roy.

—¿Amigos suyos?

—¿Por qué?

Marty escudriñó la cara de Roy.

—Me lo estaba preguntando. Sé que no tengo posibilidad de cobrar. No es más que curiosidad. Verá. Me estaba apartando de la acera y ¡paff! Lo recibí de plano. ¿Es eso justo? Mire mi coche.

—Papá dice que usted no hizo la señal —alegó Roy, y añadió— y, hablando de cobrar, amigo, ándese con cuidado y tal vez sea usted quien haya de pagar.

Marty movió la cabeza con ademán solemne.

—Ya veo. Tenemos entre nosotros a un tío listo. Muy bien, muchacho. Podéis salir con la vuestra. Consideraremos todo el asunto como una experiencia más.

Roy oyó el ululato de la sirena y apretó los labios. ¡Polis! Un coche radio aparcó junto a la curva y de él bajó un policía de rostro congestionado, que se abrió camino a través del gentío.

—¿Qué pasa, *Mr. Pfeffer*? —preguntó.

—Me han dado de pleno —repuso Marty—. Pero no tengo nada que alegrar siempre que ese hombretón tampoco lo tenga. Todo está en orden, Mack.

—¡Vaya trasto! —observó Mack—. Los de ese tipo son los causantes de la mitad de accidentes de carretera. ¿Es suyo, señor?

—No —contestó Roy.

—Entonces, ¿qué pinta aquí?

—Amigos míos.

—Ah. Bien, si *Mr. Pfeffer* está satisfecho, no hay más que hablar. Bueno, amigos, lárguense ya, váyanse.

—Es Martin Pfeffer, el gran director —dijo alguien.

Marty rio, volviéndose hacia Roy.

—Mi público. ¿Un cigarrillo? —Le alargaba su pitillera en piel profusamente adornada.

—Claro. Gracias.

—Muy interesante la cara de esa muchacha —dijo Marty—. Y además ella era la que conducía. Supongo que usted no sabrá nada de ello.

—Papá ha dicho que él era quien conducía. Eso es bastante para mí.

—Bien, todo cuanto puedo decir es que Papá es afortunado. Usted ha resuelto el problema en menos que canta un gallo. Sin resentimientos, ¿eh?

—Escuche —dijo Roy—. Esa gente no tiene dinero. Están intentando llegar a Los Angeles. El viejo ha perdido su granja y ese coche es lo único que tienen.

—Ya basta. Me está destrozando el corazón —dijo, Marty—. Y ahora escúcheme a mí, tío listo. Durante quince años he estado escuchando folletones. ¿Sabe por qué, tengo dinero? Siempre digo que no.

—El arreglo de ese coche no le costaría mucho.

—Mire. Aquí soy influyente. Podría poner las cosas feas, para sus amigos, pero estoy dando por cerrado el asunto. ¿No le parece justo?

—Con cincuenta dólares sería suficiente.

Marty se quedó mirando a Roy durante un largo instante.

—¿Dónde tiene su caballo, Jesse James? Le daré veinticinco dólares y no quiero oír hablar más de ello.

El policía intervino.

—Yo no lo haría, *Mr. Pfeffer*. Me dicen que la muchacha era la que conducía y además es tullida. ¿Lo ve? Acaba de bajar. No debería conducir.

Roy apretó los dientes. ¡Un polizonte siempre era un polizonte! Siempre del lado de los que tenían buena pasta.

—Así que la joven es tullida —dijo Marty—. Y con esa cara. Déjelo estar, Mack. Yo me ocuparé de ello.

—Es su dinero, *Mr. Pfeffer*. Pero si admite la culpa pueden querellarse más adelante contra usted. Tan solo estoy cumpliendo con mi deber.

—Yo no admito nada. Y déjeles que presenten querrela. Solo sacarán quebraderos de cabeza.

Puso en la mano de Roy un pequeño fajo de billetes subiendo luego rápidamente al coche y cerrando de un portazo.

—Gracias, *Mr. Pfeffer* —dijo Roy.

—El nombre es Galahad.

—Yu-ju —gritó la joven de la bicicleta—. ¿Sigue yéndote bien, Marty?

—Escucha, querida. Tu madre se ha tomado muchas molestias para educarte. ¡No me fastidies demasiado!

—¿Qué ha querido decir con lo de que su nombre es Galahad? —preguntó Roy a la joven que se echó a reír y corrió presurosa a decir a uno de sus acompañantes lo que le había preguntado aquel palurdo que había sacado algún dinero a Marty.

CAPÍTULO XI

Papá y Roy estaban sentados bajo los árboles en el césped de un motel. Las cosas se habían arreglado y el anciano fumaba su pipa respirando contento. Roy no estaba tan tranquilo. Aún le irritaba la insolencia de aquellos dos polis que le habían dicho que sacara de la ciudad a aquel «montón de chatarra» y al preguntarles Roy dónde podría alojarse aquella gente, uno de ellos había dicho:

«En Tropic no hay campamentos gubernamentales» y el otro se había echado a reír. Finalmente, Roy logró localizar una grúa de coches que llevó el destartado coche de papá a un garaje donde en aquellos momentos lo estaban parcheando para que pudiera seguir viaje a Los Angeles. Luego había metido a los dos viejos y a Velma en su propio cupé llevándoles hasta aquel motel barato a unos cinco kilómetros de la ciudad.

—¿Cómo es que han recalado en Tropic, papá? —preguntó Roy—. ¿Se salieron de la carretera?

—No —repuso papá—. Fue idea de Velma. Había leído todo sobre la ciudad en una de esas revistas de cine. Se moría por verla. ¡Pobre chiquilla! Estaba tan encandilada mirándolo todo que se dio contra el coche de ese tipo. Desde luego, me sorprendió mucho que le diera esos sesenta dólares.

—Solo le pedí cincuenta. No se preocupe por él, papá. Está forrado. Es director de películas o algo así.

—¿Cómo? ¿Es cierto? ¿Lo sabe Velma?

—No lo sé. Supongo que no. Estaba demasiado trastornada para oír lo que se decía. ¿Saldrá pronto?

—Sí. Ella y Mamá se están acicalando. Ya sabe cómo son las mujeres. Mamá es muy coqueta, a pesar de sus años. Pero Velma ni siquiera contesta al teléfono sin empolvarse antes la nariz o ponerse ese mejunje en los labios. —Papá se echó a reír y escupió—. ¿Sabe lo que le digo? Casi estoy contento de encontrarme por estos parajes. He oído hablar de ellos durante toda mi vida y quería verlos antes de morir. Ahora se va a cumplir mi deseo. Tenía un tío que estuvo por aquí en los tiempos de la guerra civil —le confesó el viejo.

Papá dio una chupada a su pipa, miró a través del desierto hacia un fustete azul claro que crecía en el arcén de la carretera y luego siguió hablando.

—Ya —dijo Roy, prestando escasa atención a las palabras del viejo mientras se preguntaba por qué no saldría Velma.

—... nacido el sesenta y nueve —seguía diciendo Papá—. Y eso hace mucho, muchísimo tiempo. Mi padre combatió durante toda la guerra civil en los Voluntarios de la Caballería, en Ohio. Yo también luché algo en la guerra con España. En especial

contra los mosquitos. Aquello no era guerra, solo escaramuzas. Aún así obtuve una pequeña pensión que nos viene muy bien. Tuve dos hijos que habrían estado en edad para la Gran Guerra, pero allá, en Spring-Walley tuvimos una epidemia de gripe y los perdimos a los dos. Mi hija era bastante más joven. Es la madre de Velma. Verá — siguió diciendo Papá sin tomarse un respiro— nunca me dio la impresión de que fuera un tipo de la gran ciudad, Roy. Dijo que era de Chicago, ¿no?

—Vengo de Chicago, pero en realidad soy de Brookfield, Indiana. Nací allí. Y también allí fui a la escuela.

—¿Un pueblo pequeño?

—Sí.

—Lo sabía —dijo Papá dándose una palmada en el muslo—. Se lo dije a Mamá allí, en el desierto. Le dije que era como nuestra gente. Sí, señor. Siempre me doy cuenta. No sabe lo contento que me puse, hijo, al verle allí, en esa condenada calle donde todo el mundo gritaba y empujaba. ¿Tiene negocios en Chicago?

Roy vaciló. Si otro hombre le hubiera hecho esa pregunta le hubiera cortado en seco, pero Papá era diferente.

—Sí. Me dedicaba a la fontanería. Lo vendí todo y me vine al Oeste. La salud me ha jugado una mala pasada.

Papá asintió con ademán parsimonioso.

—Sí. Cuando le vi en el desierto me pareció algo enfermizo. Ahora tiene mejor aspecto. Le ha pegado el sol.

—Me siento mejor.

Se hizo un largo silencio. Papá fumaba con tranquilidad, con la mirada perdida en el desierto, canturreando para sí. Roy se puso en pie.

—Ahora he de irme, Papá —dijo—. Tengo que ir a Los Angeles por negocios.

—Siéntese, siéntese. Dentro de poco cenaremos. Los negocios siempre pueden esperar. Quiero que coma con nosotros, Roy. Mamá nos preparará una estupenda cena. Es lo menos que podemos hacer después de haber sido tan amable con nosotros. Caray, si nos ha salvado la vida. Cuando Velma se estampó contra ese coche yo tenía en el bolsillo trece centavos y un billete de cinco dólares en el zapato. Hubiéramos llegado sin novedad, solo que Velma quería ver Trópico Springs. Claro que eso las mujeres no lo saben y ojo con decírselo.

Roy se echó a reír. Era la primera risa verdaderamente espontánea desde hacía cinco años. Se sentó de nuevo.

—Es usted formidable, Papá —dijo.

—Lo mismo le digo. Así somos nosotros. Me di cuenta de su índole nada más hablar la primera vez con usted. De hecho tiene cierta semejanza con los Goodhue. Supongo que de la misma capa. ¿Tiene algo de sangre extranjera?

—Ni una gota —repuso Roy—. Mi gente ayudó a establecer el Condado Morgan. Y desde mis abuelos combatieron en la guerra civil.

—¿Lo ve? —se regocijó Papá—. Y entre nosotros, y ya que hablamos de ello,

estoy muy orgulloso de ser quien soy. No voy por ahí fanfarroneando. Pero en mi fuero interno estoy orgulloso, aunque ahora ya maldito si somos algo.

Roy seguía sentado fumando y mirando de vez en cuando hacia la cabaña donde se encontraban Mamá y Velma.

—Velma no es como el resto de nosotros —dijo Papá—. Es bonita como un cuadro y sensible. Como quiera que sea, su madre tampoco era como nosotros. Y su padre maldito si valía un centavo. Tocaba el trombón en una banda de circo. Yo no quería que Mabel se casara con él. Es nuestra hija. Pero lo hizo por mucho que le dije. Murió un par de años después. De los pulmones. Sin embargo, me alegro de que se casara con él a causa de Velma. Si Mamá y yo no la tuviéramos, no tendríamos nada.

Roy vaciló un instante.

—Perdóneme, Papá. ¿Qué le pasa en el pie a Velma? Tal vez no debiera preguntado. Supongo que no es asunto mío.

—Nada de eso, está bien. Tiene un pie zopo. Nació con él así.

—¿Y no puede hacerse nada?

—Bueno, en una ocasión un médico nos dijo que podíamos hacer que la operaran. Fue cuando era pequeña pero Mabel se siente muy temerosa y Velma también. Y por ello no hicimos nada. Durante los últimos años quedé tan arruinado que apenas sí teníamos para comer. Por último dejé que mi granja se perdiera. Charley Sutckiffe, del Banco, me ayudó cuanto le fue posible. Era una hermosa granja. Y buena tierra. Pero, de todas maneras, hoy día los trabajos agrícolas no rinden...

—¡Sorpresa! —dijo Mamá—. Venid a buscarla.

Papá se golpeó el muslo y rio.

—¡Estas mujeres! Estuvieron ahí dentro tanto tiempo que estaba seguro de que tramaban algo. Venga, Roy. Vamos a comer.

—Aún es pronto —dijo Mamá—, pero teníamos hambre y pensamos que usted también la tendría. De todas maneras, algo de manduca nunca hace daño.

—Mamá es el demonio con la comida. Solía prepararme el almuerzo para tornar en el tren cuando iba a la plaza del condado. Me costaba comerlo hora y media. — Papá se partía de risa.

—Sí —dijo Mamá— y tú empezabas a devorarlo antes siquiera de que el tren saliera de la estación.

Pero Roy no les prestaba atención. Estaba mirando a Velma. Se había puesto una bata a cuadros azules y blancos y llevaba bien peinado el abundante pelo rubio y recogido con una cinta blanca. Sonrió con timidez.

Se sentaron a la pequeña mesa. Roy intentó disimular su turbación cogiendo una cuchara y empezando a frotarla con una servilleta de papel.

—Esas cucharas están limpias —le advirtió Mamá—. Yo misma las he lavado.

Roy enrojeció y se quedó mirando incómodo la mesa.

Al levantar la vista vio que también Velma se había ruborizado y le miraba con

cierta preocupación.

CAPÍTULO XII

Después de cenar, todos se sentaron debajo de los árboles. Papá fumaba su pipa y Roy un cigarrillo. Sabía que debía irse. Big Mac se estaría preguntando qué le habría pasado, pero le resultaba imposible decidirse.

—Mirad las estrellas —dijo Velma—. Nunca imaginé que hubieran tantas en el cielo. Allá en casa no se las podía ver así.

Roy levantó los ojos y empezó a rebuscar en sus recuerdos. El cielo era de un negro azulado y aterciopelado cubierto por centelleantes puntas de luz semejantes a diamantes. Muy arriba, perdida en la oscura inmensidad, se curvaba el gran sendero polvoroso de la Vía Láctea. Roy señaló hacia el cenit.

—¿Ves allí esa brillante estrella azul? Es Vega. ¿Te das cuenta cómo centellea? Está en una especie de cuadrado ladeado con puntos subiendo hacia arriba. ¿La ves? Es la constelación Lira...

—La veo —dijo Velma—. ¿Cómo lo sabe?

—Un hombre al que conocía, un amigo mío, me lo enseñó todo sobre el cielo. Verás, estábamos lejos, en una granja. No sabía mucho qué hacer. —Roy parecía excusarse. Sé sentía a un tiempo orgulloso y avergonzado por sus conocimientos.

—Debe ser divertido saberlo todo sobre el cielo —dijo Velma—. Yo solía imaginar muchas cosas de él. Pero lo que no comprendo es cómo puede recordarlo tan bien. ¿Está esa estrella siempre ahí, como ahora?

—No —contestó Roy—. Vemos estrellas diferentes en momentos distintos. Las estrellas cambian con las estaciones. ¿Ves esa otra estrella que brilla, más o menos al noreste de Vega? Esa es Deneb, en la constelación Cisne. Creo. Ando algo desmemoriado.

—Sí, me parece realmente bella.

—A esta hora de la noche y en setiembre deberíamos poder ver a Arturo. Creo que está hacia el Oeste. Pero no puedo encontrarle. Esa montaña debe impedirlo.

—Hay una estrella enorme más hacia el Sur. ¿La ve? ¿Sabe cuál es esa?

—¿Dónde? Ah, sí, espera un minuto. Esa debe de ser Altair. Sí, supongo que lo es.

—Todas tienen unos nombres tan bonitos.

—Me tiene asombrado, joven —dijo Papá—. No parece ser de los que miran a las estrellas.

—Lo que pasa es que como no tenía otra cosa que hacer —alegó Roy sintiéndose en extremo incómodo—. Estaba muy apartado en una granja y...

—A ver si te callas de una vez, Jim Goodhue —dijo Mamá—. Solo porque tú seas un ignorante no pensarás que ha de serlo todo el mundo.

—Nunca, nunca vi tantas estrellas —dijo Velma—. Te sientes mareada de mirarlas.

—Yo solía sentirme mareado cuando ese amigo del que les hablé me decía lo pequeño que era el sol y que la tierra era solo como la verruga de un pepinillo.

—¡Ja, ja! —rio Papá—. Esa si que es buena. ¡La verruga de un pepinillo! Pero para mí es lo bastante grande. En todos los días de mi vida he visto tanta tierra yerma de camino hacia aquí. Desde luego que nunca la vi. Sí, señor. Esta pequeña y vieja tierra es lo bastante grande para mí.

—¡Dios mío! —gritó sobresaltada Mamá—. ¿Qué es eso?

Todos se pusieron en pie y se quedaron mirando. Oyeron a las gentes llamándose las unas a las otras, en la pequeña instalación más allá del aparcamiento. Una mujer lanzó un chillido agudo. En la parte baja del cielo y moviéndose despacio en dirección este, en posición paralela a la tierra podía verse una inmensa bola llameando un fuego verde y blanco.

—Es un avión —gritó alguien—. Se ha incendiado. Está cayendo.

—¡Dios mío! —repitió Mamá—. En este viaje estamos viendo cosas muy extrañas.

A Papá se le cayó la pipa con un chasquido.

—Eso no es un avión —dijo Roy—. Creo que es un meteoro. Pero jamás vi antes uno como ese.

—Mirad qué despacio se mueve y cómo brilla —dijo Velma—. ¿Cree que se estrellará contra el suelo? —Estaba en pie muy cerca de Roy. Él le cogió la mano. Velma apretó los dedos—. Pero es algo aterrador.

—Vamos, no te preocupes, cariño —dijo Papá con la voz ligeramente temblorosa—. Pasará de largo. —Luego añadió riendo—: Así lo espero.

Roy rio también aunque sin ganas. Volvió a tener la vieja sensación de inseguridad. Eso podía ser el fin del mundo. Barmy decía que, en ocasiones, las estrellas y los planetas se estrellaban entre sí y lo enviaban todo al infierno. Tan solo una humareda y la habías palmado. Apretó con fuerza la mano de Velma.

—¡Mirad! —dijo Papá—. Está chisporroteando. ¿No oís un ruido?

Todos permanecieron a la escucha, aguzando el oído. Se escuchó una especie de estruendoso siseo, luego el meteoro centelleó desapareciendo. Todos esperaron el impacto, pero nada ocurrió. Un instante después el meteoro reapareció lejos, hacia el Este, muy bajo en el horizonte y moviéndose con mucha mayor rapidez, desapareciendo finalmente detrás de un punto elevado del suelo del desierto.

Velma se soltó la mano y rio.

—Esto es algo digno de figurar en el libro de mis memorias —dijo—. Puedo asegurar que jamás lo olvidaré.

—Y yo tampoco —dijo Roy.

—He de irme —dijo este al cabo de un rato—. Tengo una cita de negocios en Los Angeles. He disfrutado mucho con la cena. Me trajo el recuerdo de cuando era un

muchacho en Indiana.

—Y nosotros hemos disfrutado con tu compañía, Roy —dijo Papá—. Te doy esta dirección. No dejes de venir a vernos. Seremos forasteros salvo Mabel y es posible que nos sintamos solos, sobre todo Velma. Ven alguna noche y lleva a Velma al cine.

—¡Vamos, abuelo! —exclamó Velma—. No debes decir semejantes cosas. Tal vez no le guste el cine. Y, de todas maneras, ¿por qué habría de llevarme a mí? Me tienes realmente asombrada.

Roy se aclaró nervioso la garganta.

—Claro que lo haré, Papá. Es decir, si Velma quisiera venir conmigo.

—Claro que irá —dijo Papá con una risotada—. Iría al cine con el propio diablo.

—Muy amable por tu parte —exclamó Velma.

—Tengo que decir sin remilgos, Papá, que cuanto más viejo te haces más necio te vuelves. Cada vez que abres la boca es para meter la pata —dijo la anciana.

Papá rio y dio una fuerte palmada a Roy en la espalda.

—Roy ya me conoce. Él y yo somos perros viejos.

CAPÍTULO XIII

Era cerca de la medianoche cuando Roy llegó al Berwyn Arms en Hollywood. Big Mac se había acostado, pero no dormía. Roy le encontró incorporado con tres almohadas y una botella de *bourbon* sobre la mesilla de noche, forzando los ojos con la *Racing Form*.

—Hola, Mac.

—Hola, Roy. Siéntate. Pensé que vendrías antes. Pero no importa. ¿Qué te ha parecido?

—No parece que ofrezca dificultades. Si los chicos no me fallan estará en el bote. Pero hará mucho ruido en los periódicos. ¡Vaya antro!

Mac se echó a reír con su enorme vientre agitándose debajo de la colcha.

—Sí. Titulares. Pero, ¿qué importa? La cosa estará al rojo vivo durante un tiempo y luego se apagará. Las compañías de seguros pagarán y nosotros estaremos a salvo, disfrutando de la vida. ¿Qué tal tus ayudantes?

—El chicano no sirve. La muchacha es el mejor hombre del grupo. Red también responde, pero es bastante zoquete. Kozak es el malo.

—¡De manera que esos condenados estúpidos se llevaron a la chica!

—Así es como me sentí yo también al principio, pero te doy mi palabra de que es la mejor.

Mac rio.

—Acabas de salir de la trena. Te parecería formidable hasta una dama bizca con una pierna de madera.

—¿Quién habla de aspectos? Me refiero a que es buena para esto. No es una chivata bocazas. La elegiría a ella cien veces antes de llevarme a cualquiera de esos tres tipos.

—Bien, me has convencido. De cualquier manera eso es asunto tuyo. El desfiladero queda descartado, Roy. Coged la carretera general a menos que llevéis cola, lo que probablemente no ocurrirá. Y ahora pon atención. Yo quiero el vidrio. Échale la zarpa y manténla cerrada. Entrégalo exactamente aquí. Si te encuentras en dificultades, telefonéame. Eso es todo. Ahora el asunto es todo tuyo. Tú has de organizarlo. Si estás cansado descabeza un sueño en el diván.

Roy se mostró vacilante durante un largo rato.

—Alguien me ha dicho que el viejo Doc Banton está aquí, Mac —dijo finalmente.

—Así es. Está aquí. ¿Por qué?

—Era un médico muy bueno, ¿verdad?

—Sí. Y también solía traficar con drogas y Dios solo sabe cuántas cosas más

hasta que le pescaron. Está aquí dirigiendo una especie de supuestos servicios sanitarios bajo un nombre falso. No logré que le dieran de nuevo la licencia. ¿Por qué? Si estás fastidiado búscate un verdadero médico. No tantees con él.

—Era muy bueno con el bisturí, ¿verdad? ¿No fue el tipo que sacó las balas del pecho de Lefty después de que me encerraran?

—Sí. Pero, ¿qué pasa? ¿Acaso llevas plomo?

—No es para mí. Solo quiero pedirle su opinión sobre algo.

Mac se volvió, escudriñando el rostro de Roy. Tenía los labios fuertemente apretados. Cuando Roy no quería hablar no se le podía sacar una sola palabra, ni siquiera con una palanca.

—Mañana llamaré a Ed Seidel por ti. Él me dirá cómo puedo ponerme en contacto con el viejo Doc. Y ahora vete a la cama. Yo no puedo mantener los ojos abiertos por más tiempo.

Al despertar Roy a la mañana siguiente, Big Mac estaba ya dando vueltas por allí, gruñendo y hablando solo y con una bata que le daba el aspecto de una mujer tremendamente gorda. Roy siguió tumbado, observándole sin decir palabra. Mac tenía la cara pálida, abotargada y llena de arrugas y al parecer respiraba con dificultad. Sus movimientos eran lentos y dificultosos y, de repente, Roy se dio cuenta de que Big Mac, el formidable pez gordo de otros tiempos, era un hombre viejo.

—... ¡maldito negro! —estaba farfullando Mac—. ¿Por qué no viene con el desayuno? No es que tenga demasiada hambre. He perdido el apetito. Pero quiero acabar de una vez con ello, maldición. Y ahora, ¿dónde dejé todo el cambio anoche? Maldito si es que no me estoy... —dejó la frase sin acabar.

Roy se encogió de hombros. Mac había decaído pésimamente. Se encontraba muy avanzado ya en el callejón sin salida del que ya no se puede regresar. Y, sin embargo, allí estaba, ávido de diamantes, planeando uno de los más sensacionales golpes en muchos años e intentando recomponer su fortuna.

—Diablos —se dijo Roy—. Mac solo está repitiendo los movimientos. Como yo. Probablemente maldito si le importo que salga bien o mal. Una vez que un tipo empieza sigue en marcha hasta que se le acaba la cuerda, como al juguete de un niño.

—Buenos días, Mac —dijo.

—Hola, Roy. He pedido desayuno para los dos. Supongo que podrás comerte tostadas, bacon, huevos y café. ¿No es así?

Durante el desayuno, Big Mac se sacó del bolsillo del batín un sobre lacrado y se lo entregó a Roy.

—Me desperté a las seis de la mañana y como no podía dormir he escrito esto para ti. Aquí está todo explicado. Salga como salga sabrás lo que has de hacer. He andado con mucho cuidado. No he puesto nombres ni lugares. Pero tú lo entenderás bien. Esta operación representa mucho para mí, Roy. He gastado un montón de pasta para prepararla y otro montón para sacarte de la trena. ¿Existe alguien más ávido que

un político corrupto y confabulador? ¡Un cerdo es delicado!

—Te agradezco que me sacaras, Mac.

—Demonios, Roy, no voy a engañarte. Pensé que eras el mejor de todos. Por eso te saqué. Te lo estoy diciendo con toda franqueza, ¿comprendes? Pero cuando te pongas a la faena recuerda que *te* saqué, así que hazlo lo mejor que puedas. Necesito pasta desesperadamente. Estoy pagando pensión alimentaria a dos damas ventajistas y tengo otras cosas que he de atender. Estoy hasta las orejas.

Escucha, aquí me respaldan los tipos adecuados. Aunque diera un petardazo y hubieran de tomar cartas en el asunto, es posible que no tuvieras que cumplir condena. Lo tenemos todo bien preparado. Pero, por todos los cielos, nada de muertes. Es algo que no soportarían y no los culpo. Los tiempos han cambiado, Roy. Las cosas ya no son como solían.

—Andaré con ojo —dijo Roy—. No me gustan las armas. Tú lo sabes.

—Lo digo por esos chicos jóvenes. Quisiera tener cuatro como tú. Sería visto y no visto.

Mac eructó y apartó el plato con gesto de repugnancia.

—Es que no tengo hambre.

—Francamente, no sé cómo actúan hoy día los jóvenes —dijo Roy—. Un ladrón de Bancos solo es un mastuerzo. No es como en los viejos tiempos, cuando Eddie Bentz vivía a cuerpo de rey sin levantar polvareda. Los federales se ocuparon de ese. Los policías de la ciudad y los rurales solían atender a razones. Era posible hablar con esos tipos. Los federales son distintos. Van tras uno con todas las de la ley. Y ahora que la mayoría de los Bancos son depositarios federales y asaltar cualquiera de ellos es delito contra el Gobierno —Roy movió la cabeza con parsimonia de un lado al otro—, está empezando a resultar duro ganarse la vida.

—En efecto —asintió Mac—. Ahora, robar Bancos es una profesión de zoquete, como muy bien dices. Y también es diferente la actitud de la gente. Cuando Johnny andaba por ahí haciendo de las suyas, un montón de gentes estaban con él. Allá en Indiana, Ohio e Illinois a la mitad de los granjeros les estaban quitando sus granjas. Los banqueros les exprimían hasta que no quedaba nada por exprimir. Y cada vez que Johnny asaltaba un Banco sacando un buen montón de billetes, los granjeros solían gritar: «¡Formidable, Johnny! Sigue así».

Roy se echó a reír.

—No te miento. Caramba, si la mitad de los campesinos del oeste medio eran amigos nuestros. Jamás nos entregaron. Johnny solía ir a casa a comer con su viejo de tanto en tanto. Y se sentaba delante en el porche hurgándose los dientes y contando a su viejo historias divertidas a plena luz del día.

—Sí, los tiempos han cambiado.

Mac suspiró y encendió un cigarro. Dio una chupada, hizo una mueca y lo dejó.

—¿Qué pasa, Mac?

—No lo sé. Ahora ya nada parece sentarme bien. Ya ni siquiera me gusta el

bourbon. Sí, desde luego los tiempos han cambiado. Y ahora te hablaré de la carta. Si todo fuera bien, quémala. Pero si las cosas se complicaran o me ocurriera algo, límitate a leerla y sabrás lo que has de hacer. Verás, he utilizado la vieja clave de retroceso, la que los muchachos solían llamar la clave Brinco.

—De acuerdo —Roy apartó el plato vacío, encendió un cigarrillo y siguió allí sentado, fumando y saboreando su café—. Oye, Mac ¿averiguarás para mí lo del viejo Doc Banton?

—¿Huum? ¿El Doc Banton? ¿Para qué...? Ah, ya recuerdo. Sí, claro. Lo haré ahora mismo.

CAPÍTULO XIV

Doc tenía las cejas blancas y pobladas y ojos gris claro de mirada penetrante. Dirigía en Hollywood el «Un-Youth Health Institute» y aseguraba que le iba bien. Doc era un pateador.

—Esta es la tierra del maná para el negocio de la salud, Roy —le dijo—: Puedes irte al Boulevard Hollywood y elegir diez hombres. Diez hombres cualesquiera. Cuatro de ellos estarán preocupados por su salud, al menos un par se mostrarán cavilosos en cuando a la virilidad. De manera que ahí tengo seis clientes potenciales. Naturalmente, tengo competencia a barullo, ya que de lo contrario la situación sería demasiado buena para ser real. Además te sorprenderías ante el número de damas, y desde luego jóvenes y guapas, a las que les gustan que les froten la espalda. Tengo un chico sueco que sabe de veras lo que hace. Y luego todas las mujeres de Hollywood creen que están demasiado gordas. Claro que hay muchas damas gordas aquí como en todas partes. Pero la mitad de las jóvenes que vienen para perder peso están prácticamente con la piel y el hueso. Ni con lija podrías quitarles un kilo. Pero les seguimos la corriente. Sí, es un estupendo negocio y sin problemas. Fíjate, si en un principio hubiera venido aquí, sería un pilar de rentabilidad. Ni siquiera es preciso ser un granuja. Puedes timar a placer dentro de la más estricta legalidad. Me he agenciado un par de médicos con sus correspondientes diplomas, a quienes no permitiría tocar siquiera a mi perro. La gente anda loca con ellos. Y el cliente siempre tiene razón. Resulta que yo sí que sé algo de medicina, así que nos las arreglamos para no matar a nadie. Legalmente me está prohibida la práctica de la medicina y por eso tengo a ese par de matasanos. Quisiera tener treinta años menos. En diez años sería un hombre rico, y también tendré setenta. La vida es extraña, ¿no? Cuando logras lo que querías o bien ya no lo quieres o maldito para lo que te sirve.

Doc hacía pensar a Roy en Barmy. Permanecía allí sentado sin decir palabra.

—Veamos, Roy —terminó diciendo Doc—, supongo que ya he hablado bastante. ¿Qué es lo que quieres? ¿Un masaje? ¿O se trata de la vieja próstata? Sea lo que sea te garantizo una curación completa. —Doc se partía de risa.

—Se trata... es un pie zopo.

—Eso está hecho —exclamó Doc—. Cortaremos por lo sano. Cura total. —Se quedó mirando a Roy—. Bromas aparte, Roy. ¿Tienes alojado plomo? Entonces soy tu hombre. Tú eres uno de los viejos tiempos. Un hombre de cuerpo entero. No lo haría por cualquiera, ¿sabes?

—Verá, Doc. No quiero engañarle. Un viejo amigo mío tiene una nieta. Es una joven muy bonita, pero tiene un pie zopo. En cierta ocasión, un médico dijo al viejo que tal vez pudiera arreglarse mediante una operación.

—¿Una chiquilla joven?

—Bueno, supongo que tendrá unos veinte años.

—¡Veinte! Ah, ya veo. Bien, te aconsejo Roy que te olvides de ese pie. Resulta fácil hacerlo si es lo bastante bonita, sobre todo en la oscuridad. Vaya, yo conocía a una mujer...

Roy enrojeció.

—Verá, Doc, no estoy bromeando. He venido a verle porque era uno de los muchachos y he pensado que me orientaría bien.

Doc bajó la vista y permaneció sentado ante su escritorio tamborileando sobre él. Sintió un escalofrío a lo largo de la espina dorsal. Roy siempre le había atemorizado algo.

—¿Es que no entiendes una broma?

Roy rio nervioso.

—Sí. Claro. Perdóneme, Doc.

—Y ahora hablemos de ese pie zopo. Algunos pueden operarse, pero otros no. Es muy raro que una joven llegue a esa edad con un pie zopo si hubiera podido hacerse algo con él. ¿Acaso lo has visto?

—¡Cielos, no!

Doc controló a duras penas su expresión. Roy se había ruborizado realmente. ¡Extraño lugar este mundo! Un ladrón de Bancos ruborizándose a causa del pie zopo de una joven.

—Si no lo veo no puedo ayudarte.

—¿Querrá echarle una ojeada, Doc? Es decir, si puedo convencerla.

—Desde luego, Roy. Comprenderás que yo no puedo operar, pero te diré a quién puedes dirigirte. Aunque te costará dinero. Porque la vas a pagar tú, ¿no?

Roy se mostró incómodo Y finalmente se puso en pie.

—Bien, gracias Doc —dijo—. Volveré a la ciudad dentro de uno o dos días y le vendré a ver.

—Hazlo. Por mi parte te regalaré mis propios honorarios. ¡Por los viejos tiempos!

Una vez que Roy se hubo ido, Doc permaneció en pie frotándose la barbilla y mirando a través del gran ventanal. Observó con mirada ausente a un par de rubias de Hollywood, subiendo los escalones del Instituto. Probablemente dos casos de adelgazamiento cuando, de acuerdo con las normas estándar, ya estaban más que delgadas.

—¡Mujeres! —se dijo Doc y luego rio para sí— ¡Roy Earle enrojeciendo al hablar del pie zopo de una chica! Está loco por ella, eso es lo que le pasa. ¡Pobre Roy! Ciertamente había envejecido durante su tiempo en la cárcel. Y además encanecido. No debía de tener más de treinta y siete o treinta y ocho años. Su aspecto era más bien acabado. Y, sin embargo, sigue teniendo ese algo, sea lo que sea. Desde luego me ha hecho sentirme algo incómodo.

A través de la puerta asomó la cabeza un enfermero con bata blanca.

—Perdone, señor. El doctor Carson desearía que viniera. Habitación doscientas doce.

—¿Qué pasa ahora?

—Quiere su consejo sobre algo. El paciente...

—Ahora mismo voy.

El viejo Doc rio entre dientes. ¡Carson y sus pacientes! Podían tener viruela sin que él se diera siquiera cuenta.

CAPÍTULO XV

Luego de dejar a Doc, Roy entró en un *drugstore*, buscó en la guía telefónica el número del yerno de Papá, dudó un rato y luego lo marcó. Contestó la madre de Velma. Roy intentó explicarle quién era, pero no solo se mostró torpe, sino también irritable.

—No, no están aquí —dijo tajante—. ¿Quién dice que es? Bien, no le conozco. Le digo que no he sabido una palabra de ellos. Por lo que yo sé pueden estar en Kansas. Ah, ¿que les ha visto? Bueno, ¿por qué telefonea entonces?

—Llamaré más adelante —dijo Roy—. Muchas gracias.

Encogiéndose de hombros regresó a Berwyn Arms. Mac volvía a ser el mismo. El almuerzo le había sentado bien y se había bebido media pinta más o menos de *bourbon*. Había recuperado su color habitual y su costosa indumentaria contribuía a la impresión general. Pero Roy se dio cuenta de la poca firmeza de sus manos y que, de vez en cuando, asentía involuntariamente con la cabeza. La condición nada satisfactoria de Mac hizo sentirse incómodo a Roy. Después de todo, Big Mac era el patrón y aquella era su operación.

Hablaron durante un rato de los viejos tiempos y Roy bebió, por cortesía, un par de copas. En la cárcel había perdido el gusto por la bebida.

—Bien, Mac, más vale que regrese si no puedo hacer nada por ti —dijo finalmente Roy.

Mac emitió un gruñido al tiempo que le alargaba un sobre cerrado.

—Algo más de dinero. Tal vez lo necesites. Mantén a raya a esos chavales hasta que nos quitemos esto de encima. Luego por mí pueden irse al infierno. Louis estará en contacto conmigo por si surgiera algún problema, aunque no sé de dónde podría proceder. Louis te dirá cuándo hay que ir a por la pasta. Pero no te impacientes. Podría ser dentro de tres días o acaso, de tres semanas. Manténte en guardia. Ese es tu trabajo. Y no me falles.

Roy se sintió irritado.

—Yo no fallo a nadie.

Mac se apresuró a sonreír.

—Lo sé. Lo sé. Estaba bromeando. ¿Cuánto crees que me ha costado sacarte? Lo sé todo sobre ti, hijo. Lo mejor de lo mejor. —Y una vez que Roy se hubo ido, siguió hablando solo—. Y puedo asegurar que no es una broma.

Desde luego las cosas serían más sencillas si un tipo tuviera cuatro o cinco muchachos como Roy Earle trabajando para él. Hay algo extraño en Roy. No es como el resto de la tropa. Nunca lo fue. Podría pensarse que es un blando si no se le conociera mejor. ¿Qué habrá sido lo que le hizo caer en la cuenta de que hay que

espabilarse y dejar de ser un primo? Todo el resto de su familia son estúpidos, o al menos es lo que me dijo Lefty. Todos ellos están trabajando en granjas de tres al cuarto o perdiéndolas a manos de los banqueros. Trabajando por una miseria, no llegando a parte alguna, aguantando el maltrato que siempre recibe el tipo honrado de poca importancia.

Llamaron a la puerta. Big Mac se sobresaltó.

—Adelante. Adelante. No está cerrada —dijo.

Entró de nuevo Roy seguido de un hombretón que se quitó presuroso el sombrero y sonrió como un chiquillo que quiere participar en un juego, pero sabe que no le quieren.

—Poli —dijo Roy—. Me estaba esperando afuera.

—Solo quería hablar con él —dijo el policía—. No tengo nada en su contra. Usted es *Mr. McGann*, ¿no? Soy el teniente Krammer. Brigada del vicio.

—No queremos vicios —dijo Mac y Roy se echó a reír.

Krammer sonrió nervioso.

—Ya veo. Un bromista. Verá, *Mr. McGann*, no soy de los que les gusta meter las narices en los asuntos de nadie. No me confunda. Pero he de decidir, *Mr. McGann*, tenemos un fiscal de distrito a quien no le gusta ver por aquí a tipos como Roy Earle. La tiene tomada con los antiguos hampones. Y se me ocurre que usted y Earle tienen algo escondido en la manga. Okey. Eso es asunto suyo. Y me he dicho: «Tal vez *Mr. M'Gann* tiene un trabajo para Earle». «Tal vez, ¿me comprende?». «Y si a Earle le detiene el fiscal del distrito, *Mr. M'Gann* va a tener muy mala suerte».

—Le comprendo —dijo Mac—. Claro que podría ahorrarme pasta si dejara a Roy ocuparse de usted...

—Espere un momento, *Mr. M'Gann*. Yo no he...

—... pero yo no soluciono las cosas de esa manera. ¿Cuánto quiere, Infeliz Ratero?

—Bueno —dijo Krammer—. Imagino que algo valdrá para usted y además tengo a otro muchacho pendiente, así que...

—Gracias a Dios que solo hay otro muchacho —gruñó Mac—. Por lo general son seis. Lárgate, Roy, yo me ocuparé de este. Espera un momento, Krammer, amigo mío, supongo que lo sabe todo sobre Roy Earle. A veces se siente algo irritado con los tipos que hablan demasiado.

Krammer sonrió a Roy con excesiva cordialidad.

—En modo alguno tiene que preocuparse por mí, Earle —dijo—. Yo no hablo.

—A menos que le paguen por hacerlo —dijo Big Mac—. Muy bien, Roy. En marcha.

CAPÍTULO XVI

Roy quedó sorprendido al ver la dos cabañas a oscuras, ya que solo eran las nueve. Pero era evidente que Red y Babe no habían ido lejos, pues su coche se encontraba aparcado debajo del gran pino que se alzaba en la parte Oeste de su cabaña.

«Tal vez todos ellos se hayan ido pronto a la piltra —pensó Roy mientras bajaba del coche y buscaba en los bolsillos la llave de su puerta—. Supongo que habrán estado pescando todo el día».

Oyó un ladrido agudo y se volvió. La luna brillaba clara y Roy pudo ver allá más lejos, entre los troncos oscuros de los árboles, el centelleo azul plateado del lago. *Pard* corría hacia él a través de un espacio abierto de la pradera. Había aparecido de entre un oscuro grupo de arbustos.

Roy se inclinó para acariciarle.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Te has estado escondiendo afuera?

La puerta de Roy se abrió unos centímetros. Retrocediendo de un salto, se situó al costado de la cabaña. *Pard* ladró y le siguió pegado a sus talones.

—¿Es usted, Roy?

Pasó un segundo antes de que se diera cuenta de que era Marie la que hablaba. Su voz sonaba algo rara.

—Sí. ¡Por todos los demonios! Por un instante me has dado un susto de muerte. No llevo arma, así que me puse a cubierto. Pensé que alguien estaba al acecho. ¿A qué viene todo esto?

—¿Está *Pard* con usted?

—Sí.

—Entre.

—Enciende la luz. ¿Qué te ha pasado?

Roy entró en la cabaña seguido de *Pard*, y Marie encendió la luz. Roy se sobresaltó ante su aspecto y retrocedió un paso. Marie tenía el ojo izquierdo prácticamente cerrado con una hinchazón purpúrea todo alrededor. Se le veía una larga herida en la barbilla que había pintado con yodo.

—Me alegro de que *Pard* esté bien —dijo ella—. Pensé que tal vez Babe le hubiera matado. Intenté protegerle para usted, Roy, porque sé que lo ha adoptado y...

—No te preocupes ahora de *Pard*. ¿Quién te puso ese ojo a la funerala?

—Babe. Se volvió mochales. Red intentó calmarle, pero Babe se revolvió como un gato montés. Cogió un atizador y sacudió a Red en la cabeza haciéndole caer al suelo. Y entonces me golpeó a mí dos veces con la mano izquierda. Pudo haber utilizado el atizador, pero...

Ante la expresión severa de Roy que apretaba con fuerza los labios, Marie bajó

los ojos y se sentó.

—¿Quién empezó toda esta camorra? ¿Estaban peleándose los chicos por ti?

—Sí —dijo Marie—. Red me defendía. Babe se estaba poniendo cada vez más soez, así que dije a Red que ya no quería tener nada con Babe, y Red me respaldó.

—Claro, claro. Red ha estado esperando su oportunidad.

—Así es como empezó el jaleo. Babe comenzó a manosearme. Y yo me lo quité de encima. Pero él solo se rio y siguió en sus trece, así que llamé a Red y este le dijo cómo estaban las cosas. No es que Red me importe, Roy, pero...

Roy evitó su mirada.

—Te entiendo. Adelante.

—Babe parecía un loco. Se lanzó contra Red y le hizo caer de espaldas. Dios mío, fue espantoso. Finalmente, Red tumbó a Babe y empezó a darle puntapiés sin parar. Pero Babe se hizo, no sé cómo, con ese atizador, bueno, no era un atizador, era una de esas cosas que se utilizan para levantar las arandelas de la estufa y dio a Red en la cabeza con ella y entonces...

—Muy bien. ¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Al oscurecer.

—¿Dónde están ahora?

—Red cogió un arma y se fue persiguiendo a Babe. Este, tan pronto como dejó sin sentido a Red, se largó. Subió al coche, pero las llaves las tenía Red, así que volvió a bajar y salió corriendo. Pude oír a *Pard* ladrando y cómo Babe le arrojaba algo. Supongo que sería el atizador. Luego ya no volví a oír ladrar a *Pard* y empecé a preocuparme. Bueno, Red se recuperó pronto y caminó durante un rato tambaleándose. Finalmente cogió un arma y...

—¡Por todos los cielos! ¿No habrá sido la metralleta?

—No. Los dos le tienen miedo. Una automática. Y esa es la última vez que los vi. Entré corriendo aquí y me encerré. —Marie abrió el cajón de la mesa de la cocina y sacó el «45» de Roy—. Encontré esto debajo de su almohada. Pensé que si Babe volvía podría mantenerle a raya. Era como un demente. Me entran temblores solo de pensar en él.

Roy se puso en pie de un salto, se metió el revólver en la cintura y abrió la puerta.

—¿Tienes la llave de la otra cabaña? —preguntó.

—La puerta está abierta.

Roy apretó los dientes.

—¡Vaya hatajo de cretinos! Con una metralleta y dos o tres armas más. Quédate aquí. Volveré enseguida.

Tan pronto como Roy hubo cerrado la puerta, *Pard* salió de su rincón y se sentó sobre los cuartos traseros.

Ahora Marie era diferente. Era una amiga. Cuando llegó por primera vez a Eagle Lake en cierta ocasión le había arrojado un montón de tierra porque daba vueltas a la cabaña ladrando.

Marie sacó de la nevera algo de carne fría y al volver Roy llevando consigo la metralleta, una caja de municiones y dos automáticas, estaba dando de comer a *Pard*, que se sentaba antes de cada bocado como si creyera que había de actuar por su comida.

—Coge todo esto y ponlo a buen recaudo —dijo Roy—. Voy en busca de esos idiotas.

Marie le miró. Parecía inflexible y duro, y sus ojos brillaban vengativos con una expresión que Marie nunca viera antes.

—Tómese lo con calma, Roy —dijo levantándose—. Puede verse en un aprieto. De cualquier manera, el pobre Red...

—Cierra la boca y echa el cerrojo a la puerta cuando salga —se limitó a decirle Roy al tiempo que salía.

Hacía una noche hermosa, fría y clara. Las estrellas brillaban glaciales y el cielo parecía inmenso y muy lejano. La luz de la luna era tan intensa que le permitía ver la nieve en los picos yermos que rodeaban el lago.

Roy caminó a buen paso por la carretera principal que conducía al pequeño asentamiento que se arracimaba en derredor al Almacén General de Shaw. La puerta del solitario bar estaba abierta y Roy echó una ojeada al interior. Dos hombres gordos con atavíos de pescadores tenían los pies sobre el borde. La victrola tocaba una quejumbrosa melodía hawaiana. Detrás del bar bostezaba el camarero calvo.

Cerca del salón del bar, Roy vio a un hombre en pie, entre las sombras, recostado contra un poste de teléfono. Era Red. Roy se sacó el revólver de la cintura y le sorprendió rápido.

—¡Roy! —exclamó sobresaltado Red. Y al sentir el cañón del arma contra su costado, gritó alarmado—: ¡Espera! Ten calma. Por Dios santo, Roy, dame un momento para hablar contigo...

—¿Dónde está Babe?

—Está en «Halley's» con los pescadores, sin atreverse a salir.

Roy registró a Red y le quitó el arma.

—¿Tiene Babe algún arma?

—No, a menos que la haya apandado en alguna parte. De haberla tenido, yo ya la habría palmado.

—Ibas a acabar con él, ¿eh?

—Bueno, él me...

—Me lo figuraba.

—Sí, Roy, pero...

—No te muevas de aquí. Si te largas te atraparé y te levantaré la tapa de los sesos.

—Sí, desde luego...

Al entrar Rayen «Halley's» nadie miró salvo Babe. Una docena de hombres se encontraban acomodados delante de un gran fuego de leños, fumando y contando asombrosas mentiras sobre el tamaño de lo que habían pescado. Babe se puso en pie

pálido y tembloroso.

—Bien, buenas noches, amigos. Aquí está mi compañero. Creo que he de irme.

—Buenas noches, hijo. Espero que mañana pesques uno de cinco kilos —dijo el amable *Mr. Halley*, de pelo blanco, sonriendo benévolo.

—Sí, gracias —repuso Babe con una sonrisa forzada.

Roy, sonriente, cogió a Babe por el brazo.

—¡Estúpido hijo de puta! —le dijo una vez se hubo cerrado la puerta tras ellos.

—Sí —asintió Babe tragando con dificultad—. Lo sé. Lo sé. Me volví tarumba. Marie, ella.

—Eso es. ¡Ahora echa la culpa a la chica!

—¡Mire! —gritó Babe, saltando de lado—. ¡Ahí está Red! Me persigue con un arma.

—Ya me he ocupado de él.

Babe se quedó inmóvil.

—¡Dios mío! Gracias, Roy. Si llego a salir me hubiera liquidado.

Roy les obligó a andar delante de él, hombro con hombro. Nadie dijo palabra. Una vez hubieron dejado atrás la última farola y entrado ya en la zona en sombras del pinar, ambos empezaron a remolonear. Sin decir palabra, Roy les dio sendos puntapiés y luego les hizo seguir adelante empujándoles con el duro cañón del «45». Por las alturas ululó un búho emitiendo tres largos gritos fantasmales. Los dos pegaron un salto.

—¡Dios mío! —farfulló Babe.

Roy les hizo ir hacia la cabaña y Marie abrió la puerta. Entraron reacios y ambos pegaron un bote al ver; la metralleta sobre la mesa de la cocina. *Pard*, que había terminado de comer, se los quedó mirando durante un largo rato y luego empezó a arañar la puerta para que le dejaran salir. Tenía el pelo ligeramente erizado. Olfateaba el miedo. Roy asintió con la cabeza y Marie le abrió para que saliera.

—¡Dios mío! Tu cara... —exclamó Red mirando a Marie.

Babe bajó la cabeza.

—Aquí lo tienes, Marie —dijo Roy—. Sacúdele. Márcale. Pégale con lo que tengas a mano. Mira, aquí hay una estupenda estaca de madera.

Los ojos de Marie brillaron iracundos al mirar a Babe, pero un instante después su rostro recobró la normalidad.

—No —dijo—. No quiero hacerle daño.

—Yo debería llenarles de agujeros y arrojarlos al lago —dijo Roy.

Marie le miró. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Se acercó a él y le puso una mano en el brazo.

—Espera un momento. No les hagas daño. Déjalos ir, no volverán a hacerlo. Supongo que fue culpa mía.

—No alcanzo a comprender qué puede querer Mac con semejante escoria —dijo Roy apartando con brusquedad a Marie—. Corriendo por ahí persiguiéndose

mutuamente a riesgo de echar a perder el trabajo más grande del país. Los dejaré ir. Pero escuchad bien, cabezas de adoquín. Vuestro coche está ahí fuera. Yo de vosotros me largaría. Supongo que el trabajo no os importa demasiado.

—Caramba, Roy —dijo Red—. Contábamos con eso. Nosotros...

—Okey. Todavía tenéis la ocasión de largaros, pero si os quedáis, dispararé contra el primer hijo de puta que no haga lo que yo le diga.

—Okey, Roy —dijo Red—. Lo hemos entendido. Vamos, Babe.

Salieron deprisa. Roy les oyó cerrar la puerta de su cabaña. Luego se hizo un largo silencio. Se sentó, tiró el arma sobre la mesa y se echó hacia atrás el sombrero.

Pard arañó la puerta y Marie le dejó entrar. El perro se quedó mirando a Roy y al cabo de un rato este empezó a acariciar con ademán ausente las orejas del pequeño animal.

Marie les observaba con el rabillo del ojo.

—No pienso volver a esa cabaña, Roy —dijo por último.

—No. No resultaría. Empezarían de nuevo las dificultades y esta vez alguien podría salir malparado. Mañana te enviaré a casa. Puedes coger un autobús en Ballard y luego tomar el tren.

—He encontrado un catre en el cobertizo de la leña —dijo Marie presurosa—. Puedo instalarlo y dormir aquí, en la cocina. No te molestaré, Roy.

CAPÍTULO XVII

Eran sobre las tres de la madrugada y la luna empezaba a esconderse detrás de un agudo pico cubierto de nieve cuando Roy comenzó a agitarse y dar vueltas. Despertó a *Pard* que saltó de la cama sobresaltado y se quedó sentado en el suelo sobre los cuartos traseros mirándole desconcertado. Roy agitaba los brazos, daba puntapiés, comía y hablaba de forma incoherente.

... iba conduciendo su cupé negro a una velocidad suicida por una carretera angosta y desconocida llena de curvas ocultas y peligrosas. Junto a él se encontraba una joven desconocida que sonreía con serenidad, lo que le pareció extraño, ya que él se sentía aterrado y embargado por un sentimiento de desastre. No sabía de qué huía, pero era algo tan espantoso que ni siquiera era capaz de pensar en ello. La carretera fue ensanchándose. Empezaron a aparecer árboles y hermosas praderas. Vio unas grandes casas blancas bien apartadas de la carretera general. Había niños jugando y perros pequeños que correteaban ladrando. Era un lugar seguro y feliz. Roy se volvió para decir algo a la muchacha. Ahora ya se sentía bien. La chica era muy joven y tenía largos bucles rubios. «Pensé que estabas muerta —dijo Roy, aterrado de nuevo—. Pensé que te habían enterrado en el pequeño cementerio de Brookfield». El rostro de la joven se desmoronó. Ella se había convertido en cenizas. Había oscurecido. La carretera volvía a estrecharse. «Roy», dijo una voz dulce. Se volvió. Velma estaba sentada junto a él sonriendo serena.

«¡Velma! —exclamó—. ¿De dónde vienes? ¿Qué estás haciendo aquí? Tienes que volver». De repente se encontró con que no había salida. La carretera terminaba ante un muro de ladrillo. Roy apretó el freno presa de pánico pero a su alrededor empezaron a sonar las metrallas y escuchó el acre silbido de las balas. Se volvió para ayudar a Velma, pero era demasiado tarde. Yacía muerta cubriéndose la cara con las manos...

Roy se despertó sobresaltado. Sudaba y se sentía pegajoso. Poco a poco fue orientándose. Las ventanas estaban abiertas y del lago llegaba una brisa glacial.

Roy se sentó y se limpió la cara con un pañuelo. Luego se dejó caer de nuevo con un gruñido.

«Sí —se dijo—. En definitiva puede muy bien ocurrir. Es estúpido que un tipo como yo piense en esa muchacha. Pero lo que es extraño es que haya visto a Roma Stover. No lo entiendo».

Siguió tumbado durante un largo rato mirando en la oscuridad, deslumbrado por el insensato misterio de su sueño.

Pard emitió un leve gemido y saltó a su lado. Roy le dio unas palmadas y le frotó las orejas.

—Tú también los tienes, ¿verdad, muchacho? Pero lo que no sé es de dónde vienen. De fijo que no lo sé.

CAPÍTULO XVIII

Roy se frotó los ojos y se sentó en la cama. Un sol brillante entraba a raudales por las ventanas, unos pájaros pequeños trinaban y revoloteaban entre los arbustos y junto a la cabaña y desde el embarcadero llegaban las explosiones intermitentes de un fuera borda que estaban poniendo en marcha.

Marie estaba de pie en la puerta. Solo llevaba las medias y un fino *slip* de seda blanca.

—Afuera están Red y Babe, Roy —dijo—. Quieren saber si pueden irse a pescar.

—Claro. ¿Por qué no?

—Parecen un par de colegiales. Sin duda anoche les metió el miedo en el cuerpo.

—Diles que está bien.

Marie se envolvió ostentosamente en un abrigo y entreabrió la puerta de entrada.

—Roy dice que está bien —les dijo. Luego empezó a cerrar la puerta.

—¿Cómo tienes el ojo esta mañana, Marie? —preguntó Babe a media voz.

—Supongo que mejor. Muy bien, *Pard*. Puedes volver a entrar.

Marie cerró la puerta. *Pard* ladró su saludo matinal a Roy. Luego saltó a la cama y se hizo un ovillo. Roy volvió a tumbarse y empezó a dormitar. Oía a Marie moviéndose por la cocina preparando el desayuno. Le embargó una agradable sensación de bienestar. Era realmente estupendo estar tumbado en la cama, con *Pard* durmiendo a sus pies y una chiquilla lista como Marie moviéndose en la habitación contigua. «Maldita sea —se dijo—, nunca me sentí tan feliz mientras estuve casado. Supongo que me voy haciendo viejo. Cuando un tipo empieza a entrar en años, ya no le resulta agradable ir alborotando por ahí. Lo único que quiere es relajarse. De todas maneras nunca me sentí así mientras estuve casado con Myrtle. Se pasaba media vida yendo por ahí, de un lado para otro. Siempre pinchándome para que ganara más dinero, para que fuera un pez gordo, por esto, lo otro y lo de más allá. No sé. Myrtle era una mujer muy atractiva, pero desde luego cometió un error al casarse. No era para ella. Y, sin embargo, lo extraño fue que nada más largarme, mordió de nuevo el anzuelo. ¡Y de un poli! Siempre pensé que Myrtle estaba algo tocada, pero jamás se me ocurrió que pudiera casarse con un policía. Bueno, eso ya es agua pasada. Ya ni siquiera me altera. Pero nunca olvidaré aquel día en la trena cuando me dieron el soplo de que había pedido el divorcio. Si no hubiera sido por Barmy me hubiera saltado la tapa de los sesos. Un tipo llega a sentirse muy solo allí encerrado. Le gusta imaginarse que alguien afuera sufre por él. Sí, aquello fue muy duro de soportar. Pero ahora ya nada importa y no deseo nada malo para Myrtle». De repente pensó en Velma y su soliloquio tomó un nuevo derrotero. «Y ahí está Velma. No sé lo que es, pero me siento muy raro cuando estoy cerca de ella. No es como me he sentido

cuando ha entrado Marie con ese *slip* que se le transparenta todo. Es extraño. Velma tiene una expresión que me hace sentir como si quisiera hacer algo por ella. Supongo que será porque está coja. Como ha dicho ese Marty: “Tiene una cara interesante”. Solo que tampoco es eso. Maldición, he de dejar de pensar en esa chiquilla».

Siguió tumbado recordando su sueño, pero ahora ya había perdido casi toda su fuerza a causa de la brillantez del sol, del contento piar de los pájaros y de las tranquilas voces de los pescadores que llegaban desde el lago.

Diablos, se dijo Roy, un sueño es un sueño. Olfateó el café y las tostadas, lo que acabó de espabilarle.

—*Pard* —llamó—. Vamos a ver si encontramos algún condumio.

El perro saltó de la cama y permaneció allí a la espera de Roy quien, apartando presuroso las sábanas, se dirigió a la cocina que estaba como los chorros del oro. El catre estaba hecho y adosado a una de las paredes para quitarlo del paso. Sobre la mesa, cubierta con un mantel a cuadros blancos y rojos, se veían colocados los cubiertos. Las cortinas de la ventana estaban corridas y la pequeña habitación inundada por la luz del sol de una hermosa mañana de montaña.

—Ya solo necesitamos un canario —dijo Roy.

Marie le miró con reproche. Estaba sumamente atractiva con su bata rosa y un delantal blanco atado a la cintura. Roy le dio una palmada en la espalda.

—Deje de burlarse —le dijo.

—No me estoy burlando —aseguró Roy—. En este cuarto no estaría mal un canario.

Marie le observó atentamente.

—Tal vez podamos traer uno.

Roy se echó a reír.

—Sí. ¿Te imaginas que llegue a Tropic para el golpe con una jaula en el coche? Tal vez hayamos de irnos mañana o pasado mañana y cuando nos larguemos no volveremos aquí. Pero eres una buena chica, Marie. ¿Qué posibilidades tenemos de comer algo? ¿Tienes algo de tocino para *Pard*?

—Y que lo diga.

Roy se sentó y *Pard* lo hizo a sus pies esperando el desayuno.

—Creo que me estoy poniendo a tono —dijo Roy—. Este lugar me despierta un apetito bárbaro.

—Aquí tiene —dijo Marie poniendo ante él el plato—. Adelante.

Marie se sentó observándole comer. *Pard* se encontraba en pie, ahora ya con las patas delanteras sobre la rodilla de Roy tragando hambriento los trozos de bacon que le ofrecía Roy.

—Este perro me aventaja en apetito —dijo Roy—. Solía ser demasiado dengoso.

—Ahora ya no corretea tanto por ahí. Está siempre por los alrededores de la cabaña. Supongo que cree que nos pertenece y que tenemos que darle de comer.

—Sí. Verás, Marie. Habré de ir a Los Angeles dentro de un par de días, caso de

que no llegue la señal de salida. Puedes venir conmigo.

—¿De veras? Estupendo. ¿Me llevará al cine? Caray, me muero por ver un espectáculo.

—No me has entendido. Quiero decir llevarte conmigo para que te quedes allí. Ahora ya no tienes razón alguna para seguir aquí.

—Bueno, pensé que tal vez...

Marie bajó los ojos, tomó un sorbo de café, encendió un cigarrillo y luego apartó su plato.

—Tengo asuntos de que ocuparme en Los Angeles —dijo Roy, permaneciendo luego vacilante. Quería hablar de Velma y Marie parecía una oyente sensible—. Hablando de películas —siguió diciendo, sintiéndose ligeramente incómodo aunque impulsado por un deseo incontrolable de hablar a alguien sobre Velma—, tengo una cita con una muchacha para llevarla al cine.

—Ah —dijo Marie.

—Sí, es una joven realmente muy bonita. Su abuelo es un buen amigo mío. Él mismo me pidió que la llevara.

—¿Con qué intención?

—No tiene la menor intención. Es solo un granjero de Ohio. Ha perdido su granja.

—Supongo que cree que tiene pasta. Su aspecto es de hombre adinerado. Sin embargo, todavía lo parecería más si llevara bien puesta la corbata y se hiciera limpiar de vez en cuando los zapatos. ¿Por qué no lo hace, Roy?

—No lo sé —repuso Roy mirándose los zapatos sucios y baqueteados—. Mi mujer siempre me estaba dando la monserga. ¿Crees que tendría mejor aspecto? Las chicas se dan cuenta de esas cosas, ¿verdad?

—¿Está casado, Roy?

—No. Lo estuve. Ahora estoy divorciado.

—No quiero quedarme en Los Angeles —dijo Marie de repente—. Allí no tengo amigos.

—Dijiste que eras de San Francisco, ¿no? Bueno, tal vez pueda proporcionarte un billete.

—Allí tampoco tengo amigos —alegó Marie—. Supongo que lo que pasa es que no tengo amigos. Punto. Igual que *Pard*. Ahora nos tiene a nosotros. Pero pronto nos iremos.

Roy se quedó muy silencioso. Terminó su segunda taza de café, se puso en pie sin decir palabra y salió a la luz del sol. *Pard* le siguió pisándole los talones.

Marie se mordió el labio para no romper a llorar. Se levantó rápido y empezó a afanarse en la cocina.

El lago de montaña estaba muy hermoso bajo la luz del sol matinal. Del Este llegaba una prisa suave y el agua cabrilleaba con pequeñas crestas doradas.

—Bonito lugar —dijo con un suspiro—. Vaya si lo es.

Caminó hasta el embarcadero donde se observaba una gran actividad. Había hombres pescando en la plataforma del cobertizo para botes y también en el extremo más alejado del muelle. Entraban y salían continuamente las barcas. Se estaban pesando hileras de truchas que centelleaban bajo el sol. Y desde todos los puntos del lago llegaban los somnolientos zumbidos de los fuera borda.

Un hombre que se disponía a echar al agua un bote de remos llamó a *Pard*.

—Vamos, amigo. ¿No quieres dar una vuelta?

El perro emitió unos ladridos agudos, pero no se movió.

—Supongo que le ha adoptado —dijo el hombre dirigiéndose a Roy mientras empujaba la embarcación—. Solía volverse loco por salir en este bote. Y, desde luego, era una gran compañía.

—Sí —dijo Roy mientras observaba al hombre remar bordeando el final del muelle y poner proa hacia la orilla opuesta.

Pard ladró con fuerza y Roy se inclinó para darle unas palmadas.

CAPÍTULO XIX

Roy se despertó sobresaltado echando mano al arma que tenía debajo de la almohada. La habitación estaba a oscuras. Permaneció con el oído atento preguntándose qué le habría despertado. Pero *Pard* estaba roncando a los pies de la cama. Valiente vigilante estaba hecho el pequeño gozque. Tal vez hubiera sido un sueño.

Roy dio media vuelta. Había visto algo blanco en la oscuridad.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo —dijo Marie.

—Y ahora, ¿qué pasa? ¿Están otra vez a la greña esos dos tarugos?

—No. Es que tengo frío.

—Tienes mantas suficientes.

—No, no las tengo. Mire cómo tiemblo.

—¡Maldición! —estalló Roy—. Claro que has de tener frío ahí en pie con tu camisola corta y la ventana abierta. Vete a la cama. Déjame en paz.

Marie empezó a sollozar. Agarró la mano de Roy con tal fuerza que parecía haber llegado el fin del mundo y que solo quedaban ellos dos...

—Tengo frío y quiero morirme. No sirvo para nada. Nadie me quiere. Déjame estar contigo, Roy. Me siento muy sola. Es la verdad.

—Okey —dijo finalmente Roy.

Marie se acostó junto a él, Tenía tanto frío que la cama empezó a moverse con sus escalofríos. Rompió a llorar y Roy permaneció allí escuchándola. Había estado soñando otra vez con Velma y el sueño había sido tan real que parecía como si ella estuviera en la habitación. Había sentido el roce de la pequeña mano como cuando vieron el gran meteorito verde atravesar el cielo haciéndoles sentir pánico.

Marie se volvió hacia él y le rodeó el cuello con los brazos.

—No me lleve otra vez a Los Angeles y haga que me quede —dijo sollozando—. Quiero estar con usted.

—Ahora escúchame, Preciosa. Voy a hablarte con toda franqueza. Tengo otras ideas. Pero soy humano. Si te quedas conmigo será solo para acostarnos. Eso es todo. ¿Has oído lo que he dicho? Solo para acostamos.

Marie no dijo palabra.

—Lárgate de aquí *Pard* —dijo Roy.

CAPÍTULO XX

Red y Babe se encontraban junto al cupé sonriendo a Roy. Marie salió de la cabaña de este, se metió en el coche y cerró de golpe la portezuela.

—Tengo asuntos en la ciudad, muchachos —dijo Roy—. Por un lado he de hablar con Mac sobre vosotros. Os habéis estado portando muy bien últimamente y así voy a decírselo.

—Gracias, Roy —dijo Red.

Roy se moría de risa para sus adentros, pero logró contenerse. Red y Babe miraban respetuosamente a Marie. Era cómico. Exactamente como si se tratara de la mujer de Roy y ellos apenas la conocieran.

—Si Louis llama, decidle que se ponga en contacto con Mac. Y vosotros, chicos, nada de alcohol y tampoco huroneando por ahí para tiraros a la mujer o la hija de algún tipo. No os metáis en líos.

—Te tenemos a ti, Roy —dijo Babe—. Estoy ansioso por palpar mi parte de toda esa pasta. ¡Diablos!

Marie dio con el codo a Roy y luego le señaló algo.

Pard estaba sentado sobre los cuartos traseros en los escalones de la entrada de la cabaña. Parecía algo perdido.

—Defiende el fuerte, *Pard* —dijo Roy—. Volveremos.

Hizo girar al coche delante de la cabaña y enfiló por la carretera que conducía al poblado. *Pard* les seguía, manteniendo el ritmo del coche con cierta dificultad. Roy se volvió a mirar. *Pard* jadeaba y sus orejas aleteaban de forma algo patética. Detuvo el coche y sacó medio cuerpo.

—Vuélvete —gritó agitando los brazos.

Pard se detuvo y permaneció esperando cauteloso, con la lengua colgándole y los costados palpitando agitados. Roy bajó del coche, cogió un palo e hizo ademanes con él.

—Vuélvete. Vuélvete.

Pard se sentó.

—Maldición —exclamó—. Nos seguirá hasta caer derrengado.

—Deja que nos lo llevemos, Roy. Será agradable.

Roy se rascó la cabeza.

—En algún momento tendremos que dejarle. Más vale que se vaya acostumbrando.

—Sí —dijo Marie—. Alguna vez habremos de dejarle, así que llevémoslo ahora.

Roy se echó a reír.

—Vaya si has cambiado. Cuando llegué aquí maldito lo que te importaba *Pard*.

—*Pard* y yo somos camaradas. De cualquier manera soy feliz. Y aborrezco ver a *Pard* sentado ahí con ese aspecto.

—Vamos, *Pard* —le llamó Roy.

El pequeño gozque lanzó un ladrido de alegría y, atravesando la hierba saltó al coche. Roy se instaló delante del volante farfullando entre dientes. Marie dio unos cuantos achuchones a *Pard*, instalándolo luego entre ella y Roy. Se sentó con las orejas enhiestas y cuando el coche se puso en marcha lanzó tres ladridos agudos.

—Eso es —dijo Roy—. Maldito si no estoy coleccionando toda una familia. El viejo Mac diría que estoy mal de la azotea. ¿Quién se ocupará de *Pard*? No puedo llevarlo conmigo.

—¿Adónde vas a ir?

—Ya sabes adónde voy. Te dije que tenía una cita.

—¡Ah! —dijo Marie.

—No bromeaba. Todo cuanto dije es la pura verdad.

—*Pard* y yo te esperaremos.

Rodaron en silencio un kilómetro tras otro. Roy cogió la peligrosa curva de horquilla de camino hacia Broken Creek Summit sin apenas una mirada hacia la terrible sima que tenían a la izquierda, llena de rocas rojas, desnudas y dentadas y mucho más lejos un pinar de un verde oscuro.

—Odiaría quedarme atascado aquí —dijo Marie.

—Desde luego. Ya no me gustó mucho este sitio la primera vez que lo pasé. Y esa curva ahí detrás me pone los pelos de punta.

—A mí siempre me los pone —dijo Marie—. Antes de que tú vinieras, los chicos y yo solíamos andar por ahí con el coche, solo por hacer algo. Tendrías que haber visto a Babe tomar esa curva. Está loco. Una vez fuimos al otro lado del lago, exactamente hasta la parte superior del desfiladero. Pensé que iba a tener que tumbarme en el suelo o echarme en el asiento trasero y poner la tapa. El viento soplaba entre las rocas, aullando como fantasmas en derredor de una casa vieja. Nos encontrábamos sobre el límite forestal, no había más que rocas y estaba oscureciendo. Vimos una gran águila posada sobre una roca. Red le disparó con su automática, pero ni siquiera la rozó. Aquel lugar era espantoso. Y pensé morir cuando Red y Babe detuvieron el coche y, bajando de él, empezaron a trepar por las rocas. Sabían que tenía un miedo de muerte, así que me hicieron mirar desde el borde y entonces me sentí mareada y hubiera saltado sino llegan a sujetarme. Allá abajo estaba el Sutter's Lake y hay hasta él alrededor de tres mil metros de profundidad. Desde arriba no parece mayor que una moneda de cincuenta centavos. Eso te dará una idea de lo alto que es el desfiladero. Red y Babe lo pasaban en grande con el pánico que yo sentía, así que se quedaron por allí hasta que se hizo oscuro como boca de lobo y durante el camino de regreso se apagó uno de los faros y allí nos tenías arrastrándonos por las curvas... ¡Dios mío! Me da escalofríos solo de pensar en ello.

—¡Los muy cerdos! —exclamó Roy.

—Sí —asintió Marie—. Pero entonces no pensaba así. Solo me sentía avergonzada por ser tan espantadiza. Supongo que jamás he ligado con muchacho alguno que no fuera un inútil, así que no supe la diferencia hasta encontrarte a ti.

Roy miró de soslayo a Marie y luego bajó los ojos hacia *Pard* que se encontraba dormido entre ellos.

—No puedo soportar que nadie maltrate a una mujer —dijo Roy—. A tipos semejantes deberían hacerles picadillo. Si un tipo necesita una buena zurra, está bien, dásela. No tengo nada contra ello. Pero las mujeres..., bien, maldición. A las mujeres hay que cuidarlas.

—La mujer que te tenga será muy afortunada, Roy —dijo Marie.

—No sé. Supongo que a algunas mujeres les gusta la marcha. Pero yo no sirvo para eso.

—Es extraño —dijo Marie—. Conocía a un montón de pequeños ladrones y chulos. Alrededor de esas salas de baile hay siempre chulos a barullo intentando pescar a una chica que haga la calle para ellos. Solo son asquerosas ratas. Pero Red y Babe no son igual. Son duros y cuando quieren pasta van y le meten a cualquier tipo una pistola en las costillas y la cogen. Así que pensé que todos los atracadores reales eran como ellos. Cuando me enteré de que venías y como Red fanfarroneaba continuamente de que eras un pez realmente gordo, me dije que serías como Babe y Red, solo que diez veces más duro. En cierto modo estaba asustada, pero también quería verte. Bueno, no eres más que un tipo corriente y simpático, solo que de vez en cuando pareces terriblemente duro. Allá en San Francisco conocí a un tipo como tú. Era estibador. Era mucho mayor que yo y salía con mi hermana. Pensaba que yo solo era una chiquilla. Solía traerme caramelos. Resultó muerto durante una pelea en los muelles. Claro que no llegué a conocerle muy bien. No me gusta hacer preguntas, Roy. Red y Babe me dijeron que no debería hacerlas. Pero me gustaría saber cómo llegaste a verte envuelto en eso del robo de Bancos y todas esas cosas.

—Bien —dijo Roy en actitud reflexiva—. En cierto modo es difícil de decir. Parecía como si nunca encajase en ningún lugar. Intenté ayudar a Elmer en la granja. Pero aquello no era vida para mí, salvo por el hecho de que allí eras dueño de ti mismo. Jamás pude soportar un patrón. Incluso en la escuela el maestro solía irritarme. Y antes de hartarme hube de aguantar a toda una manada de patronos. Hice tres años de secundaria, así que tuve una buena educación. Trabajé durante más de un año como dependiente en Indianápolis. Pero allí había por encima de mí un testafarro. Traía a todo el mundo loco y lo aguantaban. Pero yo no. Un buen día le bajé los humos y me encerraron. Y lo mismo en Ohio. Trabajaba en una cadena de tiendas y estaba haciendo buen dinero. Pero al patrón no le resultaba simpático y empezó a darme todos los trabajos fastidiosos. Así que le mandé al infierno y me fui. Esos tipos esperan que uno se muestre humilde y dócil para así poder sentirse ellos superiores. Y eso era lo malo. Que yo me sentía tan grande como ellos..., incluso más grande aunque fueran los patronos. Sí, parecía que nunca encajaba. Pronto volví a trabajar en

la granja con Elmer. Elmer echó raíces, yo no. He de estar siempre en movimiento. No soporto hacer lo mismo un día tras otro. Angus, el hermano de Lefty Jackson, trabajaba en la granja de al lado. Era como yo. Cierta día Dillinger se detuvo en la granja para ver a Angus. Acababa de salir de la trena y por entonces nadie había oído hablar todavía de él. Yo había jugado a béisbol contra él en secundaria. Era un buen jugador de pelota. Lo pasamos en grande sentados por allí hablando. No sé. Pronto me encontré perteneciendo a la banda. Echaba de menos los negocios de Arizona. A Angus y a mí nos acusaron del robo de unas nóminas. Estaba cumpliendo sentencia antes de que se cargaran a Johnny en Chicago.

CAPÍTULO XXI

Cuando Roy detuvo el coche delante de una pequeña casa de aspecto abandonado en la parte más alejada del Sur de Los Angeles, Doc sacudió la cabeza dubitativo y se encogió de hombros.

—¡Vaya barrio! Te diré algo, Roy, soy un buen amigo tuyo o no te permitiría hacerme perder el tiempo de esta manera.

—Tranquilo, Doc. Tú eres uno de los nuestros. No podía pedir a nadie más que hiciera esto por mí, ¿no te parece?

—Este lugar me pone los nervios de punta. Te lo diré sin rodeos, Roy. Estás jugándote el cuello. ¿Cómo es posible que un tipo como tú se sienta excitado de repente por una pequeña boba? No tienes futuro. Ya sabes lo que Johnny decía sobre tipos como tú y él, ¿verdad? Decía que siempre corríais hacia la muerte. Búscate una joven y ardiente filibustera con la que puedas mantenerte en movimiento. Y cuando te pesquen, ¿qué importa? Las extrañas siempre fueron una carga. Y hablo por experiencia. Fue una extraña y también una mujer encantadora, la que me envió a la cárcel. Ni siquiera era su intención. Solo que me quedé rondando a su alrededor cuando hubiera debido estar en movimiento.

—Ahórrame todo eso, Doc. Tal vez te haya contado demasiadas cosas. Te he hablado de mi asunto o te lo has imaginado. Me recuerdas a un estafador con quien estuve en la trena. Siempre estaba dándome buenos consejos. Tal vez no tengo futuro. Pero sí tengo un presente y ese es el que me interesa.

El viejo Doc suspiró y bajó del coche. Hacia el Oeste se estaba formando una niebla densa que casi hacía desaparecer la débil luz de las farolas.

—Hablé con el viejo por teléfono —dijo Roy—. Cree que es una buena idea. Probablemente ya las habrá convencido.

La casa parecía estar a oscuras y poco acogedora. A través de una persiana torcida les llegaba una rendija de luz. Papá abrió la puerta al llamar Roy.

—Hola, Roy —exclamó con expresión resplandeciente—. Pasa, pasa.

—Te presento a Doc..., este es *Mr. Parker* del «Un-Youth Health Institute», Papá. Es un experto. Conoce su trabajo.

—Mucho gusto en conocerlo, *Mr. Parker*. ¿No es médico?

—Soy un especialista —dijo melifluo el viejo Doc.

—¿Sí? ¿De veras? Estupendo. Debiera haber sabido que Roy haría las cosas bien. Es así de amable. Pasen y conocerán a mi gente.

Los acompañó hasta un cuarto, más bien un cajón, deslucido y mal alumbrado, con un mobiliario horrible. Mamá estaba sentada junto a la única luz, con las gafas cabalgando en la punta de la nariz, zurciendo calcetines. La madre de Velma, una

mujer marchita de expresión malhumorada, que un día debió de ser hermosa, se levantó de un diván y se quedó mirándoles con suspicacia. El padrastro de Velma, un hombre grande de cuarenta y cinco años, de aspecto sólido, calvo y con un bigote descuidado, levantó la vista del periódico, sonrió y se puso lentamente en pie.

Velma llevaba un vestido amarillo y el pelo recogido con una cinta también amarilla. Sonrió con timidez a Roy. Cuando Doc la vio asintió varias veces con la cabeza rubricando algún comentario que hubiera hecho en su fuero interno.

—¿Ha dicho *Mr. Parker*? ¿Ni siquiera es médico? —preguntó la madre de Velma, *Mrs. Baughman*, una vez terminadas las presentaciones.

—Es un especialista. Amigo personal de Roy —alegó Papá.

—Manténte al margen de todo esto —dijo *Baughman* volviéndose hacia su mujer—. Me parece que deberías sentirte agradecida de que finalmente alguien intente hacer algo por esa hija tuya.

—Bueno, es mi hija. Tú no tienes nada que decir sobre ello, *Carl*. Estaba pensando que si ni siquiera es médico...

—Puede examinarla, ¿no? Eso no perjudica a nadie.

—No creo que Velma quiera que la examine. ¿Quieres que lo haga, cariño? Si Velma no quiere que la examine, ni siquiera le pagaremos la visita, *Mr. Parker*. Nosotros no le pedimos que viniera hasta aquí. Fue tan solo idea de ese hombre.

Velma se ruborizó e intentó ocultarse detrás de Mamá.

—Papá quiere que lo haga —dijo finalmente—. Y también Roy.

—Hay algo que me parece muy raro —dijo la madre de Velma—. Nunca oí hablar antes de ese Roy y sin embargo, a causa de él vas a dejar que ese extraño te mire el pie cuando apenas me dejas a mí hacerlo. A fin de cuentas, ¿quién es ese Roy?

—Ya te lo dije todo respecto a él, *Mabel* —alegó Papá, que parecía agitado.

—De no haber sido por él... —intervino a su vez Mamá.

—Ya sé todo eso. Pero, ¿por qué habría de tomarse todas estas molestias para ayudar a unas gentes prácticamente desconocidas? Debe de tener alguna razón.

—Tal vez le guste Velma —dijo *Baughman*—. Y más te valdría dar gracias a Dios de que así fuera. Tiene veinte años, aún no se ha casado y no es probable que lo haga. Si quieres mi opinión...

—No la queremos —dijo su mujer—. Mira. Has trastornado a Velma con todas esas cosas que has dicho. No te preocupes, cariño. Si no quieres que te vea el pie, no te lo verá.

—Sí que quiero —dijo Velma.

—Entonces, asunto concluido —dijo *Baughman*—. Y no quiero más protestas, *Mabel*. Protestaría incluso si alguien fuera a darle cincuenta dólares. Juro...

—Muy bien. Si la niña ha tomado una decisión no volveré a decir palabra —dijo la madre de Velma—. Aunque no veo... Muy bien. Entre aquí, *Mr. Parker*. Yo iré con ustedes. Supongo que se me permitirá estar presente.

Entró agitada en un dormitorio y una vez que Velma y Doc se hubieron reunido con ella, cerró la puerta de golpe.

Roy sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara. Luego, sentándose, ofreció a Baughman un cigarrillo.

—Gracias —dijo el padrastro de Velma—. No tome en cuenta a Mabel, *Mr. Collins*. Lo único que quiere es meter baza. Eso es todo. No puede dejar que se haga algo sin ella meter baza.

Roy se aclaró la garganta. Estaba en un mar de confusiones. Tampoco Papá y Mamá eran los mismos. Parecían encogidos y muy viejos. Tal vez fuera la habitación. O acaso estuvieran empezando a darse cuenta de su dependencia. Las gentes que solían llevar una existencia libre no se acostumbran a vivir lejos de las otras personas o a que les acojan por caridad.

—Neblinoso afuera —comentó Papá, frotándose la cara inseguro—. Es la primera vez en mi vida que veo la niebla.

—En Ohio no la tenemos —explicó Mamá—. Tal vez algo de bruma, pero nada parecido a lo que ahora se nos viene encima.

—Aquí, en otoño, tenemos tanta niebla como podemos querer —dijo Baughman—. Si no tuviera aquí mi negocio me iría con la rapidez de un rayo. Y no es porque ese negocio sea gran cosa. Hoy día un hombre no gana siquiera un dólar. En los viejos tiempos hacía hasta trescientos dólares al mes. Ahora a duras penas puedo pagar las facturas.

—Sí —intervino presuroso Papá, levantando el visillo de la ventana—. Esto sí que es niebla. He oído hablar de la de Londres y de lo mala que es, pero no puede ser peor que esta.

—Cuando los tipos del montón, las gentes trabajadoras y otros semejantes apenas tienen para comer, no van a gastarse el dinero en gasolina y seguirán con un neumático hasta que caiga hecho pedazos. Y no comprarán otro nuevo. Si es que lo compran será uno de esos regenerados. En cuanto a las reparaciones se las hacen ellos mismos por mal que les salgan. Se está poniendo tan...

—Sí —suspiró Papi—. Esto sí que es niebla.

—¿Por qué no dejas en paz la niebla? —dijo Baughman con tono tajante.

Roy se levantó y empezó a caminar de arriba a abajo. Evitó la mirada de Papá. ¡Aquello estaba resultando penoso!

Cuando Velma salió del dormitorio estaba tan agitada que no sabía si reír o llorar.

—¡Papá! Ha dicho que pueden arreglarlo. Dice que en poco tiempo podré andar como todo el mundo.

—¡Por vida del chápíro! —gritó Papá, el viejo Papá del desierto, palmoteándose el muslo y sonriendo—. ¿Lo has oído, Mamá? ¿Acaso no es maravilloso? Es a Roy a quien tienes que dar las gracias, cariño. Es a él. Fue idea suya. Él lo pensó todo.

—He de irme, Roy —dijo el viejo Doc—. Ya se me ha hecho tarde.

—No sé —dijo la madre de Velma—. A mí no me parece natural. Somos gente

pobre. ¿De dónde saldrá el dinero?

—De mí no, ciertamente —dijo Baughman—. Apenas si puedo pagar las facturas. Se hizo un breve silencio.

—Prestaré a Papá el dinero —dijo finalmente Roy—. Ahora he de llevar a *Mr. Parker* de nuevo a la ciudad. ¿Qué me dices de esa película, Velma? Pensé que acaso te gustaría venir con nosotros y que fuéramos al cine.

—Pues claro que irá —se adelantó Papá.

—Deja que ella decida por su cuenta —intervino la madre de Velma—. Es un largo camino de ida y vuelta y ya son casi las siete y media. No sé si querré que se vaya con alguien que ella...

—A ver si callas de una vez —dijo Baughman—. Este hombre es trigo limpio o no se preocuparía por el pie de Velma. Debería preocuparle algo más. ¡Una joven bonita como ella!

—¡Y tal vez lo esté! —exclamó furiosa *Mrs. Baughman*.

—¡Por favor! ¡Por favor! —intervino Mamá—. Realmente me siento avergonzada. Hablando así delante de Roy.

—... y prácticamente dando en el clavo —musitó el viejo Doc al oído de Roy que estaba lívido de furia.

—Muy bien —dijo con un tono de voz que dejó helados a todos. Todas las miradas se volvieron hacia él—. Me voy. Supongo que ahora ya sé cómo se piensa aquí de mí.

Dando media vuelta se encaminó al vestíbulo, pero Velma atravesó corriendo como pudo la habitación y le agarró del brazo...

—¡Roy! No haga caso de lo que están diciendo. Iré a cualquier sitio con usted y además muy contenta.

Roy esperó en el vestíbulo mientras Velma cogía el abrigo y el sombrero.

En el cuarto de estar, Baughman estaba diciendo a su mujer:

—No es de extrañar que Velma nunca haya tenido pretendientes, si es esa la forma en que los tratas. Te juro que a veces te comportas como si no tuvieras sentido común. ¿Acaso no sabes que una operación de este tipo cuesta alrededor de trescientos o cuatrocientos dólares? ¡Ese hombretón está loco por Velma, caray!

—¿Trescientos o cuatrocientos dólares? —tartajó la madre de Velma—. ¡Si los tuviéramos nosotros! Podríamos pagar todas nuestras facturas y coger esas vacaciones de que hablabas.

—Bien, entonces ayuda un poco en lugar de desanimar. Tiene amigos importantes, ¿no? Apostaría a que el anillo de diamantes de *Mr. Parker* le ha costado quinientos dólares. ¿Y te has dado cuenta de su ropa? No sería mala idea que tuviéramos a un hombre como *Mr. Collins* en la familia. ¡Y maldito lo que me importa que sea o no un ladrón!

—Papá dice que en Chicago tenía un negocio de fontanería y que lo vendió. Tal vez esté jubilado. Un hombre que gasta tanto dinero en un... Espera un momento.

Todavía no se ha ido.

Salió presuroso al vestíbulo. Roy la miró sin decir palabra.

—Espero que perdone mi comportamiento, *Mr. Collins* —dijo la madre de Velma—. Pero he estado tan preocupada con Velma. La pobre niña ha sufrido mucho con ese pie. Al fin y al cabo soy su madre y...

—Claro, claro —dijo Roy, iluminándose poco a poco con una sonrisa el rostro severo—. Me he enfadado por nada. No me conoce de nada. Yo...

Doc observaba sardónico, tarareando para sí una tonadilla y pensando para sus adentros: «La eterna comedia. Probablemente Baughman la puso al corriente de lo que puede costar la operación y ahora piensa que Roy es millonario. Ahora soy lo bastante viejo para que todo eso me haga reír. Pero en mi época fui también un primo. Dejé que algunas madres me hablaran de la misma manera. Y siempre me costaron lo suyo».

Velma entró presurosa en el vestíbulo, con la boca entreabierto por la excitación. Sobre la cabeza rubia se había puesto un sombrero pequeño y barato a la moda. A Doc le pareció patética, aunque no así a Roy. Al verla se le iluminó la cara.

—Eso sí que es un sombrero, Velma —dijo.

—¿Le gusta?

—Es estupendo.

—¿Adónde vamos? ¿Qué película veremos?

—Tú tienes la palabra.

—La de Claudette Colbert en el Paramount. Iremos allí. También tienen espectáculo.

—Estupendo.

—¿Vendrá con nosotros *Mr. Parker*?

—Lo siento —dijo Doc—. Me es imposible. Pero, desde luego, me fastidia perderme ese espectáculo.

Rio para sí sardónico.

Roy le miró preguntándose de qué se reiría. Luego cogió a Velma por el brazo.

—Ya no me importa cojear ahora que sé que muy pronto dejaré de hacerlo —dijo Velma.

CAPÍTULO XXII

Cuando Roy se detuvo delante del Institute, Doc le dijo que quería hablar con él, así que Roy se excusó cortésmente con Velma pidiéndole que esperara, lo que hizo reír a Doc en su fuero interno por el formalismo del ladrón de Bancos, y siguió al viejo hasta el pie de las escaleras.

—Es criminal que no se haya hecho nada antes con el pie de esa muchacha. Se trata de una operación sencilla y en menos que canta un gallo estará andando. Verás, Roy, lo voy a preparar todo yo mismo. Tengo relación con uno de los mejores cirujanos de la ciudad. Ya le he enviado antes otros pacientes. Bajo mano, ya sabes. Naturalmente llevo mi antro de la salud sobre la base de que la cirugía no es necesaria. La mayoría de los mamarrachos que acuden a él quieren creerlo así. ¿Comprendes lo que quiero decir? Pero, de vez en cuando, la cosa se pone demasiado espinosa y entonces les sugiero que hablen con ese otro tipo. No quiero dificultades. Si podemos evitarlo, jamás firmamos un certificado de defunción. Todo en orden. Naturalmente trabajo a medias con ese cirujano. Pero en este caso voy a hacerte un favor. Tengo una barbaridad de dinero y ¿de qué diablos me sirve? Toda la operación te costará alrededor de cuatrocientos. ¿Satisfecho?

—Desde luego. Puedo reunirlos.

Doc rio entre dientes.

—Me gustaría ver la cara del pobre y viejo Mac cuando le pegues el bocado de los cuatrocientos.

—¿Qué te hace pensar que sea Mac?

—Pasaremos eso por alto. Supongo que me estoy haciendo viejo. Jamás solía hablar a destiempo. Bien, Roy, es tu problema. Es una muchacha bonita. Todo cuanto vas a hacer es ponerla a punto para cualquier otro tipo. Te dije que no tenías futuro y sabes que tengo razón. En cualquier momento puedes recibir plomo. Si tan loco estás por esa chiquilla, cástate con ella tal como está y preocúpate después del pie. Lo mires por donde lo mires, le dará un ataque cuando descubra qué clase de tipo eres en realidad.

—Sí, ya lo he pensado —dijo Roy—. ¡Qué diablos! Sus abuelos son como mi gente. No tienen nada en el mundo salvo a ella, así que...

—Comprendo. Estás loco como una cabra, pero eres formidable. Ocúpate de que mañana reciba esos cuatrocientos y yo me ocuparé de todo por ti. Incluso es posible que te ahorre algo de pasta.

—Gracias, Doc.

Se estrecharon la mano. Doc dio media vuelta y subió los escalones con lentitud y pensativo. Empezaba a desvanecerse el impulso generoso que le había animado y ya

se preguntaba si, después de todo, no debería distraer un centenar en su provecho. ¡El dinero siempre era dinero!

—Todo está arreglado, Velma. Y ahora no vayas a asustarte. Solo tienes que hacer lo que te digan —explicó Roy al volver junto al coche.

—Estoy asustada. Pero no me importa. Si voy a ponerme bien, haré lo que me digan. No sabe lo que significa el que todo el mundo te mire y sienta lástima de ti. A veces estoy sentada en un *drugstore* y cuando me levanto toda la gente me mira de una manera extraña. Y luego no puedo bailar a pesar de lo que me gusta la música. Hay momentos en que desearía estar muerta.

—Sí, debe de ser espantoso.

Cuando llegaron al centro de la ciudad y empezaron a desfilar los grandes edificios y el centelleo de las luces de neón de los restaurantes, salas de cine y coctelerías, Velma se puso tan excitada que a penas podía hablar.

—Es la primera vez que vengo al centro —dijo—. Caray, no sabía que Los Angeles fuera tan grande.

Roy lo estaba pasando en grande enseñando a Velma la ciudad. Se sentía como un viejo colono cuando, en realidad, él mismo era forastero. Pero estaba acostumbrado a las grandes ciudades y se sentía como pez en el agua, mientras que Velma era una joven pueblerina que había vivido en una granja gran parte de su vida.

Velma se sentía algo desconcertada y apretaba con fuerza el brazo de Roy cuando abandonaron el aparcamiento encaminándose hacia las brillantes luces de la gran sala cinematográfica.

—No me hubiera gustado nada venir aquí sola —dijo—. No habría sabido hacia dónde ir. Hubiera echado a correr o algo parecido.

Roy observó que los hombres les echaban miradas curiosas. Velma era una joven bonita y los hombres la miraban a pesar de la cojera. Probablemente pensarían que era su padre, aunque bien sabía Dios que tampoco era tan viejo. ¿O lo era?

—¿Qué edad tienes, Velma? —le preguntó con una voz tan extraña que la joven se le quedó mirando, observando su expresión.

—Tengo veintidós años. En diciembre cumpliré los veintitrés.

—Yo cumpliré treinta y ocho en mi próximo aniversario.

—¿De veras? Mi madre tiene treinta y nueve. Se casó muy joven.

—¡Dios mío! —pensó Roy.

CAPÍTULO XXIII

Después del espectáculo, Roy la llevó a uno de esos «*drugstores*» que están abiertos toda la noche y bebieron dos batidos de chocolate. Velma reía cada vez que hacía ruido con su paja y Roy reía a su vez. Lo estaba pasando estupendamente. Al salir se dio cuenta de que el camarero del mostrador observaba el pie de Velma y se le quedó mirando ceñudo. El hombre apartó los ojos y luego se acercó al cajero.

—Extraña gente —dijo—. ¿Te has dado cuenta?

El cajero bostezó.

—Creo que es posible que sea su padre. La ropa que lleva la chica no llega a cinco dólares. ¡Y ese sombrero, Dios mío!

—Sin embargo es bonita. Supongo que tiene un pie *zopo*.

—Creo que eso podría revolver el estómago de un hombre. Pero si la chica es lo bastante joven a los hombres maldito lo que les importa.

—Tendrías que haber visto la mirada que me echó ese gran pajarraco cuando me vio mirando el pie de la chiquilla. Apuesto a que sería capaz de sacarte el corazón y enseñártelo.

—A mí me ha parecido un gran palurdo campesino.

Durante todo el camino de regreso a casa, Velma estuvo hablando de la película que habían visto. Roy asentía a cuanto decía la joven aun cuando se había aburrido de muerte y apenas podía mantener los ojos abiertos.

—¡Y los trajes! —exclamaba Velma—. ¿Ha visto unos vestidos tan maravillosos en toda su vida? ¡Y cómo los lleva! Supongo que es un don. Debe de ser maravilloso tener ropa como esa.

—Sabes lo que te digo, Velma, tú deberías hacer películas —le dijo Roy—. Apostaría cualquier cosa que aparecerías muy bonita en la pantalla.

—No, que va. Además no puedo andar y... ¡Menuda bobada!

—Dentro de poco andarás como todo el mundo. ¿Te acuerdas de aquel tipo del gran coche blanco al que le pegaste?

—¿En Tropicó?

—Sí. Se llama Marty Pfeffer. Alguien dijo que era un gran director.

—Sí, lo sé. Papá me lo dijo. Aquello fue espantoso, lanzándome contra él de aquella manera y rascando su estupendo coche.

—Bueno, pues él mismo me dijo que tenías una cara interesante.

—¿Lo dijo? ¿*Mr.* Pfeffer dijo eso?

—Claro que lo dijo.

Velma pareció reflexionar un largo rato.

—Bueno, supongo que me vio cojear y le di lástima. Y quiso decir algo amable.

Si ha estado casado ya con dos estrellas, caramba. No es posible que piense eso de mí.

—¡Maldito si no es verdad! Perdóname. Pero, ¿por qué no puede? Yo lo pienso y soy tan bueno como él. Acaso mejor.

Velma se echó a reír.

—Eres tan divertido, Roy —dijo.

En la memoria de Roy surgió de repente la imagen del hombrecillo feo y moreno, con los pantalones bombachos verdes.

—¡Supongo que no crees que lo sea!

—Papá cree que eres el hombre mejor que jamás haya existido. Y eso me parece a mí también cuando pienso lo que has hecho por nosotros.

Llegaron a casa demasiado pronto para el gusto de Roy. Permaneció, vacilante al pie de los escalones y cogió la mano de Velma.

—Bueno... —empezó a decir.

Pero se abrió la puerta de entrada y salió Papá.

—Os estaba esperando. Quiero hablar contigo Roy antes de que te vayas. Además Mamá me dijo que te diera esta hogaza de pan casero. Ha estado horneando hoy y ha dicho que probablemente te irá muy bien con las truchas que pesques. Lo único malo es que te hará aborrecer el pan del panadero.

—Gracias, Papá.

—Más vale que te vayas a la cama, pequeña —dijo el abuelo—. Hace tiempo que deberías estar acostada y Mamá ha sido muy cariñosa preocupándose por ti. No porque estuvieras con Roy, claro. Dice que últimamente estás falta de sueño. Ya sabes que no te sientes bien cuando no descansas lo suficiente.

Velma puso la mano sobre el brazo de Roy.

—Muchísimas gracias, Roy, por una noche deliciosa. Caray, lo he pasado tan bien.

—Lo repetiremos. Una de estas noches vendré pronto y te llevaré a Hollywood.

—¿De veras? ¡No sé si podré soportar la espera!

—¡Hollywood! ¡Siempre Hollywood! —dijo Papá.

—Buenas noches —dijo Velma, dando unas palmaditas en el brazo de Roy. Luego, volviéndose, besó al abuelo en la mejilla—. Buenas noches, Papá.

—Duerme bien —le recomendó el viejo—. No dejes que te piquen las chinches.

Velma se echó a reír y cerró la puerta tras ella.

—Es tarde para mí —dijo Papá—. Pero quería verte un momento.

Se sentaron en el último escalón. Roy se metió la hogaza de pan debajo del brazo y encendió un cigarrillo.

—En primer lugar, ¿qué me dice de Velma? —preguntó Papá.

—Ya está arreglado. *Mr.* Parker se ocupará de todo.

—Es una bobada eso de que va a prestarme el dinero. Jamás se lo podría devolver. No dije nada porque ya había jaleo suficiente. Pero Roy...

—No voy a preocuparme por ese dinero, Papá.

—Lo sé. Es a causa de Velma, ¿no?

—En parte. Y también por usted y Mamá.

—No sé. Parece tan poco probable. No estará pensando en casarse con Velma, ¿verdad?

—No he llegado tan lejos con mis pensamientos.

Papá siguió allí sentado durante un largo rato, rascándose cachazudo la cabeza.

—No sé cuál es la actitud correcta —dijo finalmente—. Somos zorros viejos, Roy, en realidad lo somos. Creo que voy a hablarle de Velma. Usted tiene ya alguna edad. Ya sabe cómo son las cosas. Bien... si hemos venido aquí ha sido principalmente a causa de Velma. Mamá y yo podíamos habernos quedado en Ohio y salir adelante de algún modo. Pero Velma... ya ha podido darse cuenta de lo terrible que es para ella ser una tullida. Nunca ha sido como las otras jóvenes. Jamás ha tenido pretendientes. Todos los jóvenes buscaban muchachas rebosantes de vida que pudieran bailar y correr por todas partes. Ya sabe. Se sentían avergonzados de que pudieran verles con una lisiada aunque fuera bonita. Y la pobre niña tampoco hizo esfuerzo alguno por superarlo. Es demasiado sensible y empezó a creer que nadie quería saber nada de ella. Andaba sola la mayor parte del tiempo. Y de repente empezó a querer ir a Barronville todos los días. Está cerca y es una ciudad bastante grande, una gran biblioteca pública y otros atractivos de gran ciudad. Velma siempre estaba hablando de alguna nueva película que quería ver o de algún libro que quería sacar de la Biblioteca. En un principio me sentí contento, hasta que un día un amigo me preguntó si sabía que mi nieta iba correteando por Barronville con un hombre divorciado. Un individuo llamado Lon Preiser. Posee la sala cinematográfica más grande de la ciudad, Palace, y supongo que también la dirige. Tiene bastante dinero, no es que sea rico pero tiene una vida confortable por lo que he oído. De unos treinta años. Conocí a su abuelo y era un viejo juerguista. Había llegado de Cincinnati durante los últimos ochenta. Era tan holandés que el sauerkraut se le salía por las orejas. No era mi clase de gente. No parecía normal. Ahí teníamos a un hombre divorciado, con bastante dinero, yendo con una campesina lisiada. ¿Comprende lo que quiero decir? Bien, Mamá y yo hicimos cuanto nos fue posible para acabar con aquello, pero no sirvió de nada. Nunca imaginé que una chiquilla tan dulce pudiera ser tan terca. De manera que escribí a su madre y dije a Velma que, una de dos, o ese tipo se casaba con ella o me la traía a California. Bueno, supongo que hablaría de ello a Preiser, porque una noche llegó llorando a casa y siguió llorando durante una semana. Entonces fue cuando cogimos los bártulos y nos vinimos a California. Sin embargo, hoy ha recibido una carta de él, y parecía bien segura de sí misma. No sé mucho de mujeres y jovencitas, Roy. Siempre he sido fiel a una sola mujer, pues conocí a Mamá muy pronto. Pero soy bastante bueno haciendo conjeturas y apostaría a que Velma todavía sigue pensando en ese holandés. Y seguirá haciéndolo.

Se produjo un largo silencio. Roy no hizo el menor movimiento ni comentó nada.

—Pero veré, yo no digo que algo ande mal. Siempre me estoy diciendo que no, me hace sentirme mejor. Pero no podría jurarlo. ¿Comprendes, Roy? Más que nada en el mundo quisiera que esa pobre niña estuviera completamente bien, pero he decidido que no le dejaría gastar toda esa cantidad de dinero sin decirle antes cómo están las cosas.

Roy se levantó y estrechó la mano de Papá.

—Creo que he de irme.

—Espero que no se haya disgustado conmigo, Roy.

—No estoy disgustado con nadie. Seguiremos adelante. Y no deje que Velma llegue a enterarse de lo que me ha dicho.

—¿Quiere decir que...?

—Claro. *Mr. Parker* va a ocuparse de todo. Usted solo ha de esperar sin decir palabra.

Papá tragó con dificultad y se rascó la cabeza.

—No se olvide del pan, Roy —dijo por último.

—Lo llevo debajo del brazo.

Roy, dando media vuelta, se dirigió hacia su coche.

—Condenado tipo... —musitaba Papá mientras abría la puerta de entrada.

CAPÍTULO XXIV

Big Mac se mostró fuertemente irritado de que le molestaran. Estaba con su mujer. Roy vio el sombrero de ella en el diván y Big Mac había cerrado con todo cuidado tras él la puerta del dormitorio.

—¿Sí? ¿Y ahora qué quieres? —preguntó con tono beligerante.

—Tomatélo con calma, Mac.

Big Mac miraba turbiamente a Roy, que tenía la cara pálida y más bien desencajada. En los ojos entornados hasta parecer casi cerrados había un centelleo duro y peligroso.

—Estoy ocupado, Roy. Enormemente ocupado —dijo Mac que no estaba lo bastante embriagado para no darse cuenta que Roy no tenía humor para que le dieran largas. Sonrió apaciguador—. Incluso el viejo Mac tiene que ocuparse de pequeños asuntos de vez en cuando. ¡Incluso el viejo Mac!

—¿De veras? Necesito algo de pasta. La devolveré.

—¿Pasta? El otro día te di un montón. ¿Qué te pasa, estás en un aprieto?

—Necesito cuatrocientos dólares.

—¿Para qué? Dios mío, Roy, sé razonable. Este asunto está empezando a costarme demasiado. Me acosa un poli gorrón. Tengo a tres tipos y a una chica con comida y techo a mi costa. Y ahora llegas tú pidiendo de sopetón cuatrocientos dólares. Muy bien. Me tienes acorralado. Pero eres el último de quien hubiera esperado que intentara aprovecharse.

Mac se dejó caer en un asiento lanzando un gemido.

—No intento aprovecharme, Mac, y no digas que lo esté haciendo. Necesito esa pasta, eso es todo. Si quieres, te devolveré el doble.

—Eso es fácil de decir. Dificultades, solo dificultades —gruñó Mac. Se acercó a un escritorio y cogió un gran billetero negro. Al dar el dinero a Roy le dijo—: No vuelvas o daré por zanjada toda la operación. Te estás volviendo tan malo como el resto. Muy bien, buenas noches.

Dio media vuelta. Roy se fue apretando los dientes. Por aquel día ya tenía bastante. Esperaba poder volver al aparcamiento en donde dejara a Marie y *Pard* sin tropezar con alguna dificultad. Nunca se sabe. Algún borracho pudiera pasarse de listo con él. Algún tipo pudiera querer hacer carreras con él. Incluso podría tener dificultades con la Policía.

—De ser así me desahogaré —dijo Roy—. Estoy a punto de estallar.

Incapaz de soportarlo por más tiempo condujo hasta una coctelería y se echó al colete tres *whiskies* solos en rápida sucesión.

El camarero se le quedó mirando y luego se echó a reír.

—Eso es lo que yo llamo repostar. Ha llegado justo a tiempo, amigo. Son las dos de la madrugada. Hora de cerrar.

Roy echó algún dinero sobre el mostrador y salió sin decir palabra.

Pero al abrir la puerta de la pequeña cabaña, *Pard* acudió a recibirle y, por primera vez le lamió la mano. Roy le dio unas palmadas, empezando ya a sentirse mejor y luego miró en el dormitorio. Marie estaba dormida. Podía oír en la oscuridad su respiración cadenciosa. Era como volver a casa. Tenía el pijama preparado sobre una silla y también una nota:

Si tienes hambre encontrarás en la alacena un emparedado que te compré. El café está sobre la plancha caliente. Buenas noches. Tengo demasiado sueño.

Marie

CAPÍTULO XXV

Roy recorría agitado la habitación, quemando casi medio cigarrillo a cada chupada y jurando entre dientes. Red, Babe y Marie jugaban a chapas en la mesa de la cocina, discutiendo ruidosamente. Red y Babe habían descubierto que Marie ya no era la muchacha que recordaban. En primer lugar, se estaba haciendo respetable. No le gustaban los tacos, no soportaba locuras de ningún tipo, ni siquiera para divertirse. En segundo lugar, ahora ya se peleaba con ellos en plano de igualdad y, desde luego, en las discusiones verbales mantenía su fuerte. Por supuesto, de violencia nada y Marie lo sabía. Roy correría a puntapiés por toda la habitación a quien le pusiera la mano encima.

—Y no porque le importe un rábano —farfullaba Babe a Red cierto día—, sino porque él ha de ser el pez gordo.

—No sé —dijo Bed—. Está muy amable con esa chica.

—Claro, yo también solía ser amable con mi tía. Y eso ¿qué? —le repitió Babe.

—Tú nunca te acostaste con tu tía, ¿verdad? ¿O sí lo hiciste?

—Claro que no, gorila. De todas maneras adivino esas cosas. Marie es para él como una hermana o cualquier otra dama que importa poco a un tipo.

—No te pesco.

—¿No? ¿Por qué eres tan estúpido? Se ha buscado una zagala en la ciudad. No tienes más que ver cómo se revuelve desde que Mac le dijo que no volviera ya a la ciudad. Nunca se había puesto así.

—Sí, tienes razón —asintió Red.

Roy se acercó a mirar por la ventana. Era una mañana gris. Nubes densas y oscuras ocultaban los picos rocosos. Soplaba viento del Este haciendo curvarse los altos pinos y empezaban a caer ligeros copos de nieve. El lago estaba cubierto de pequeñas olas encrespadas y tenía un aspecto pizarroso y lúgubre.

—Una semana o así y estaremos sepultados en nieve —dijo Roy—. Estoy a punto de tirar por la calle de enmedio. No creo que la operación llegue nunca a cuajar. Primero es una cosa, luego la otra. Tal vez Louis esté dando largas. Tal vez cuando vayamos a hacerlo nos encontremos con una encerrona. No me gusta y si no llega pronto la señal de salida, me quedo fuera.

—Vamos, Roy —dijo Red—. Echa una mano.

—No me gusta el juego.

—¿Y qué me dices del rummy?

—No sé cómo.

—Vamos. Nosotros te enseñaremos.

—Cierra ya el pico —dijo Roy—. Y dejadme en paz.

La situación había cambiado. No hacía tanto que Roy era el responsable, intentando mantenerlos a todos unidos hasta el momento del golpe. Ahora Red, Babe y Marie pasaban la mitad del tiempo calmándole.

De repente, Roy dio media vuelta.

—¿Dónde está *Pard*?

—Hace mucho tiempo que le dejaste salir. Inmediatamente después del desayuno.

—Hace frío ahí fuera. ¿Por qué no me lo recordasteis?

Marie miró a Red y Babe y se encogió de hombros. Roy abrió la puerta. *Pard* se encontraba sentado en el último escalón temblando.

—¿Por qué no has ladrado, estúpido? —le preguntó Roy—. Apuesto a que te cuelgan carámbanos. ¿Dónde has estado?

Pard miró astuto a Roy y luego se sentó. Roy se echó a reír y se puso en cuclillas para acariciarle.

—Toro corrido, ¿eh? El pequeño y viejo *Pard*, el toro corrido.

—Este perro no tiene un pelo de tonto —dijo Red.

Roy se sentó en el suelo para jugar con *Pard*. Todos los días practicaba un simulacro de batalla, con *Pard* gruñendo y enseñando los dientes y Roy amenazándole con los puños sin llegar a darle nunca.

Los tres sentados a la mesa seguían con interés el juego. En el fragor de la batalla, *Pard* calculó mal y desgarró la camisa de Roy. Se escuchó el fuerte desgarró de la tela. Marie contuvo el aliento, pero Roy rompió a reír, dio un par de sopapos a *Pard* y luego lo cogió en brazos. Roy bostezó.

—Voy a tumbarme —dijo—. Yo y *Pard*. En este antro solo puede hacerse una cosa y es dormir.

Cerró de golpe la puerta al salir. Se hizo silencio.

—A Roy le vuelven loco los perros —dijo finalmente Red—. Si yo fuera medio San Bernardo le parecería estupendo.

—Apuesto a que Marie desearía ser una perra de la misma casta —rio Babe.

—Solo por eso ya os podéis ir a casa —dijo Marie—. De todas maneras ya estoy cansada de este juego.

—Dice que está cansada —exclamó Red—. ¿Y qué hay de nosotros? ¡Si estás envuelta en herraduras! Nunca he visto a nadie con tanta suerte. La última vez tenía reina, trío y diez de diamantes y ella me salió con *high, low*, Jack y el juego. ¡Y está cansada!

—Tranquilo —le dijo Marie—. Hablas y hablas y no dices nada Red.

—¿Qué vamos a hacer con ese tipo, Marie? —preguntó Babe—. Esto es algo grande. Podemos sacar bastante para volvernos honrados. Siempre que un tipo tenga pasta suficiente puede ser honrado y mantenerse alejado de problemas. Así es como yo lo pienso. No tengo antecedentes, excepto lo de la «contribución», ¿y qué diablos es eso? Puedo abrir una coctelería, además con baile, y encima diversión a barullo...

—Tranquilízate. Te estás pasando —le dijo Marie.

—Sin bromas. No quiero que esto falle y no lo haré si tenemos a Roy con nosotros.

—Sí —dijo Red—. Eso es. Yo también tengo mis ideas. Voy a hacer un viaje a las Islas y lo pasaré bomba con algunas de esas muñecas de piel de foca. Siempre he tenido curiosidad por ellas. Menuda vida, tumbado en una hamaca comiendo naranjas y bebiendo leche de coco...

—La leche de coco apesta —dijo Babe—. La he bebido. No vale nada.

—Tú no estás en mi sueño —le aseguró Red—. No es una pesadilla.

—Yo sé lo mejor que hay que hacer —dijo Babe—. Más vale que descubramos quién es la dama a la que ha puesto los puntos en la ciudad y traérsela aquí. Entonces estará contento.

—No tiene ninguna dama en la ciudad —aseguró Marie enrojeciendo—. Me lleva con él, ¿no?

—Sí. Y posiblemente te deja aparcada en algún lugar cuidando del perro. No nos engañas, pequeña.

Marie se puso en pie de un salto...

—Ahora mismo os vais de aquí. Los dos. Estoy harta de veros.

—Al que le pica, ajos come —dijo Babe—. Si no tiene ninguna dama, ¿por qué te pones tan furiosa?

—Seguro que la tiene —insistió Red—. Sé franca, Marie.

—Preguntádselo a él.

Red y Babe se pusieron en pie.

—No, gracias. Aceptamos tu palabra.

—Solo está nervioso —dijo Marie—. Puede decirse que en la trena enfermó de los nervios y no ha logrado superarlo. Me lo dijo una noche. A veces las manos le tiemblan. Ahora se pone nervioso por cualquier cosa. No tiene ninguna dama y no vayáis diciendo que la tiene.

Marie tenía la mirada centelleante y se había puesto pálida. Red y Babe se miraron y luego se encogieron de hombros.

—Okey, cariño. No grites tanto. Vas a hacer que venga.

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció la cabeza de Roy.

—¿Qué demonios es todo ese barullo? ¿Quién no tiene una dama y qué está pasando?

—Solo estábamos discutiendo —dijo Marie.

—¿Sobre qué? ¿Qué es eso de una dama?

—Dicen que tienes una chica en la ciudad. Y yo digo que no.

Roy miró a Marie. La mirada de ella era suplicante.

—Claro que no la tengo —dijo Roy—. Marie es mi chica. Y ahora dejad de gritar. Cerró la puerta de golpe.

—Muy bien, sabihondos —dijo Marie—. ¿Qué os ha parecido eso?

—Un buen tipo, Roy —dijo Babe.

Llamaron a la puerta. Era Algernon. Llevaba un gorro de punto cubriéndole las orejas y los dientes le castañeteaban.

—El hombre de Ballard ha telefoneado un telegrama para *Mr. Collins*. ¿Cómo les va la vida? Hace frío, ¿eh? ¿Dónde está *Pard*?

Roy abrió la puerta del dormitorio y salió con el perrillo pisándole los talones. Algernon le entregó una nota escrita a lápiz y se inclinó para acariciar a *Pard*.

Roy leyó la nota, sonrió e hizo un ademán de asentimiento.

—Buenas noticias —dijo.

—Maldición —estaba diciendo Algernon—. Vaya si hecho de menos a este pequeño gozque. Venía a mi cuarto a dormir casi todas las noches. Y ahora nunca le veo. Seguro que ahora es el perro de este hombre. Más le valdrá vigilar, señor. Seguro que se ha pegado a usted. Y puede traerle mala suerte.

—He de ir a la ciudad —dijo Roy sonriendo sin rebozo.

—Sí, señor. Seguro que es su perro. Ya no le importa un pito el pobre Algernon, no, señor. ¿Tienen bastante leña? Esta noche va a ser muy fría. Necesitan montones de leña.

—Pues más vale que nos la traigas, Algernon —dijo Red.

—Sí, señor. Lo haré, *Mr. Red*.

—Mac quiere verme. Ha habido alguna novedad. Louis también viene.

—Me prepararé enseguida —dijo Marie—. Me gustaría tener una manta para *Pard*. Va a hacer frío hasta que lleguemos al desierto.

—Había pensado irme solo —dijo Roy—. Tú podrías quedarte y cuidar de *Pard* y de los chicos.

—Yo voy contigo —dijo con firmeza Marie—. Tengo que comprar algunas cosas.

—Bien... —dijo Roy rascándose la cabeza.

CAPÍTULO XXVI

En Los Angeles hacía calor y el ambiente rezumaba humedad. Roy volvió irritable con el cambio de altitud y atmósfera. Seguía sentado ante el volante, sin chaqueta y sudando.

—¿Quieres parar en el mismo sitio? —preguntó a Marie.

—No quiero parar en ninguna parte. Me quedaré contigo hasta que termines.

—No está previsto que vea a Mac hasta la noche. Y he de ir a un sitio. Negocios.

—Sí, ya. Trapisondas. Bien, pues no vas a soltarme en ningún aparcamiento con *Pard*. Iré al cine y tú ocúpate de *Pard*.

—Muy bien —dijo Roy—. Dime dónde quieres que te deje y dónde nos veremos después.

—Quiero que me dejes aquí mismo y después no nos veremos.

—Okey —Roy echó mano al bolsillo y sacó un rollo de billetes—. Toma. Si quieres largarte te sacaré un billete para San Francisco.

Marie rompió a llorar mientras Roy se acercaba a la acera.

—Deja ya de llorar —le dijo Roy—. Y también de intentar presionarme. No te servirá de nada.

Esperó a que ella bajara. Marie le miró. Su expresión era pétrea. Lo sabía. Estaba impaciente por librarse de ella. ¡El muy estúpido se moría por estar junto a la chica del abuelo! Inclinandose, besó a *Pard* en la cabeza.

—*Pard* me quiere —dijo mientras el perro le lamía la mejilla. Roy estaba tan loco por *Pard* que Marie pensó que tal vez aquello pudiera ablandarle algo. Y así fue.

Alargando el brazo, le dio algunas palmadas en el hombro.

—¿Te veré esta noche?

—Sí.

—Adiós, Marie. Te llevaría conmigo si pudiera.

—Adiós, Roy. Cuidaré bien de *Pard*.

Roy puso en marcha el coche. Lo sentía por Marie, pero no era culpa suya. Nunca intentó engañarla, ni por un solo momento. Era una chica estupenda y todo eso, que estaba loca por él, pero por lo que a él se refería, podía irse a San Francisco en ese mismo momento y se quedaría tan tranquilo.

La humedad aumentaba a medida que avanzaba hacia el Sur. El sol estaba borroso a causa de la bruma y una luz pálida y plateada lo cubría todo. En la calle donde Velma vivía iba ascendiendo una densa niebla marina, borrando toda referencia y haciendo del lugar algo desconocido. Siguió avanzando lentamente, esforzando la vista para encontrar la casa. Llegó hasta un callejón sin salida que nunca observara antes y al girar rápidamente estuvo a punto de chocar con un taxi amarillo que surgió

de súbito de la niebla. Roy echó una ojeada a su retrovisor. El taxi había girado también frente al callejón sin salida y le seguía.

—¿Quién podrá seguirme en un taxi? —se preguntó Roy—. ¿Y en qué estoy pensando? La niebla me ha puesto nervioso.

Recordó a Krammer y se preguntó si el poli no estaría intentando averiguar algo. Tal vez se tratara de una comprobación. Un poli corrupto siempre sería un poli corrupto. Tan pronto como han cogido tu pasta se revuelven contra ti. Si fuera Krammer era posible que utilizara un taxi para que nadie supiera que era un poli. No sería mala idea olvidar todo lo referente a Velma hasta que pudiera librarse del taxi. Sería una estupidez involucrar a la familia si el golpe llegara a fallar. Pero el taxi pasó estruendoso junto a él perdiéndose en la niebla.

Roy sacudió la cabeza riendo.

—Estoy comportándome como tía Minnie. No podía pegar ojo. Se pasaba toda la noche deambulando por la casa buscando escapes de gas. Le aterraba morir asfixiada mientras dormía. Sí, cada vez me parezco más a la tía Minnie.

Finalmente encontró la casa. Aparcó el coche y cerró las portezuelas a causa de *Pard*. Seguidamente subió los escalones. Papá abrió la puerta y casi le besó.

—Hola, Roy. Empezábamos a estar preocupados por usted.

—¿Cómo está Velma?

—De primera. Solo estuvo diez días en el hospital. No la reconocerás. Incluso su aspecto parece diferente.

—Entonces, ¿ha ido bien?

—Sí, gracias a usted.

—¿Quiere decir que anda bien? ¿Que puede bailar?

—Tiene que estar en cama —dijo Papá—. El médico viene todos los días. Dice que dentro de poco podrá ir andando de aquí a San Francisco si lo quiere. Puede bailar y hacer cualquier cosa y nadie sabrá jamás que estuvo lisiada.

—¡Caramba! Eso es formidable.

Papá hizo entrar a Roy en la casa. Mamá le estaba esperando y cuando Roy se quitó el sombrero y le sonrió, ella le echó los brazos al cuello y le besó en la mejilla.

—Ya está bien, Mamá —dijo Papá—. Roy es un tipo condenadamente atractivo y estoy celoso.

Mamá hizo caso omiso de él.

—Gracias, hijo —le dijo.

Papá se echó a reír.

—Carl está en la faena y Mabel ha ido al centro de la ciudad. Hoy tenemos a Velma toda para nosotros.

Mamá, cogiendo a Roy de la mano, le llevó hasta el dormitorio. Velma se hallaba sentada en la cama con tres almohadas en la espalda, leyendo una revista de cine. Estaba completamente vestida pero tenía un edredón sobre las rodillas. El rostro se le iluminó al ver a Roy y en su excitación dejó caer la revista, el edredón se escurrió y

Roy pudo ver el pie vendado.

—Me han dicho que estás muy bien —dijo Roy.

—Sí, sí, estoy estupendamente. Ahora soy una chica diferente. Espere, espere, haré que me lleve a bailar.

Le alargaba ambas manos con ademán torpe y tímido.

—Quiere besarle —dijo Mamá, animando a Roy con el codo.

—¡Por Dios, Mamá! —exclamó Velma, pero al inclinarse Roy le echó los brazos al cuello y apretó sus suaves labios contra la mejilla de él. Roy, volviéndose, la besó en la boca y Velma se apartó riendo.

—Bueno. Ahora ya me siento mejor —dijo Velma—. Nos preguntábamos qué le habría pasado. Santo Cielo, Roy, ni siquiera nos llamó o algo parecido.

—He estado muy ocupado —Roy se había puesto rojo como un tomate. Se le cayó el sombrero y al inclinarse para cogerlo se golpeó la cabeza con la cama.

—¡Dios mío, Roy! —exclamó Mamá—. Debe dolerte mucho. Si se hincha le pondré algo de mantequilla. Eso lo evitará.

Papá se echó a reír.

—Siempre tiene un remedio a mano. Solía hacer un unguento con grasa de ganso que ella creía que lo curaba todo, desde una herida hasta la viruela. El tío John tenía un lobanillo en la cabeza y Mamá solía ponerse furiosa con él porque no quería ponerse su unguento de grasa de ganso.

—Se lo hubiera curado —afirmó Mamá—. Siéntese, Roy.

El abuelo le acercó una silla y Roy se sentó junto a la cama.

—¿Qué te ha parecido el hospital? —preguntó intentando iniciar una conversación.

—Fue estupendo. Claro que por las noches echaba de menos a los abuelos. Sin embargo, venían todos los días. Desde luego dan bien de comer en el hospital. He engordado dos kilos.

—¿Te hicieron mucho daño en el pie durante la operación?

—No me dolió nada. Ni siquiera me di cuenta. Ahora tengo una especie de punzadas de vez en cuando.

Papá seguía allí en pie sonriendo. Mamá, cogiéndole por la manga le llevó hacia la otra habitación.

—Perdóneme —dijo la anciana—, pero quiero que me ayude en la cocina.

Se hizo un largo y embarazoso silencio. Luego Roy, inclinándose cogió la revista de cine de Velma.

—Gracias —dijo Velma—. ¿Lee alguna vez revistas de estas, Roy?

—Yo no.

—¿Qué lee?

—La página de deportes —dijo Roy con risa nerviosa.

—¿Lee alguna vez libros?

—Bueno, leo algunos libros cuando no tengo otra cosa que hacer. No me gusta

leer sobre cosas, prefiero hacerlas.

—Sí, claro. Entiendo lo que quiere decir. En adelante yo seré también algo así. Allí, en casa, he leído un tremendo montón de libros. En Barronville teníamos una buena biblioteca.

Roy recordó lo que le dijera Papá y enrojeció ligeramente.

—Tienes razón —dijo—. Ahora ya no leerás demasiado. Irás a bailar y a corretear por ahí. Bien, eso es lo que tenías que haber estado haciendo.

—Nunca te lo agradeceremos bastante, Roy. Te has portado maravillosamente.

Roy acercó algo más la silla pero, al mirarla, Velma bajó los ojos.

—Tengo entre manos un negocio muy importante, Velma —dijo—. Imagino que si sale como está pensado podré retirarme de por vida.

—Pero eso es estupendo, Roy. ¿Se lo ha dicho a Papá? A él le encantará saberlo. No sabe cuánto habla Papá de usted. A veces habla tanto que Carl se pone celoso —Velma rio—. De verdad que se pone celoso. Qué tontería, ¿verdad?

—Los abuelos son estupendos. Me son simpáticos. Me recuerdan a mi propia gente. Son de los míos.

—Es lo mismo que siente Papá por usted.

—Sí. Bien, escucha, Velma ¿crees que te gustaría dar la vuelta al mundo?

—¿La vuelta al mundo? No sé si me gustaría. ¡Está tan lejos! Cuesta mucho tiempo volver a casa.

—Estaba pensando que, si este negocio resulta, me gustaría dar la vuelta al mundo y solo quería... —Roy vaciló al tiempo que enrojecía. Levantó la vista. Velma le miraba de manera muy extraña. Roy no lograba descifrar lo que quería decir aquella expresión—. ¿Comprendes lo que quiero decir, Velma?

—Sí —dijo ella—. Lo comprendo.

—Bueno, solo estaba pensando... si no quieres dar la vuelta al mundo, ¿qué te gustaría hacer?

—Me gustaría quedarme aquí. Lo único que quiero es vivir más cerca de donde están ocurriendo cosas. Por estos parajes no vemos otra cosa que niebla.

—Apuesto a que te gustaría hacer cine.

—No podría. Jamás en mi vida he actuado. Claro que ahora ya no tengo que preocuparme del pie. Pero... bueno ¡qué tontería!

—Verás, Velma —dijo de repente Roy— lo que sí me gustaría sería casarme contigo. No soy tan viejo y voy a tener muchísimo dinero.

Durante un momento mantuvo bajos los ojos y luego la miró. Velma se había ruborizado y le sonreía muy insegura. Era una sonrisa débil y Roy hubiera querido que no tuviera aquel aspecto. No era en modo alguno como él la imaginaba.

—No sé... —dijo Velma bajando los ojos y jugueteando con el edredón— se ha portado tan maravillosamente con nosotros. Y Papá dice que no hay mejor hombre que usted pero, Roy... —su voz fue apagándose. Miraba fijamente el edredón y en sus largas pestañas negras se veían lágrimas.

—Supongo que ya tienes a alguien allá, en casa.

—Sí —dijo Velma—. En cierto modo lo tengo. Sí... —Empezó a llorar y, bajando la cabeza ocultó la cara en el edredón sollozando.

—¿Piensa en venir para casarse contigo? —preguntó Roy.

—No lo sé. Es posible que yo vuelva a allí. Cualquiera de estos días tendré noticias tuyas. Escribe dos veces por semana.

—¿Estás loca por él, Velma?

Durante un largo momento, la joven no contestó. Finalmente, ocultándose por completo la cara, asintió con vigor tres veces.

Roy se aclaró la garganta y se pasó la mano por el pelo. Tenía la frente cubierta de gotitas de sudor.

—Bien —dijo encogiéndose de hombros—. Supongo que eso me deja fuera de combate.

Velma levantó los ojos y le sonrió débilmente, pero su sonrisa se desvaneció al punto cuando vio lo pálido y ceñudo que estaba, su mirada dura y cruel.

—¿Qué pasa, Roy? Le he dicho la verdad. No debería enfadarse conmigo.

Por primera vez, Roy vio miedo en los ojos de Velma y se preguntó a qué se debería. No sabía que tenía el aspecto de estar a punto de matar a aquel tipo listo de Barronville que había tomado a Velma como un pasatiempo y ahora le estaba aplicando el tratamiento completo. Probablemente Papá tenía razón. Velma debía de haber seguido pensando en él.

—¿Le dijiste que tenías el pie curado?

Velma no supo qué decir. Ahora ya Roy era para ella un extraño. ¡Se había sentido tan cómoda con él hasta entonces! Era el tipo de hombre mayor que te lleva a divertirte y es amable contigo, y nunca has de preocuparte de que se muestre brusco. Parecía tan simpático y de carácter tan apacible. Le resultó simpático la primera vez que habló con él. Aunque, claro, jamás sentiría por él lo que sentía por Lon. Roy era tosco y rústico. Tenía el pelo hirsuto y era más bien feo, salvo cuando sonreía. Pero resultaba fácilmente simpático y cualquier joven se consideraría afortunada dejándole cuidar de ella. Sin embargo, ahora le tenía miedo.

—Le escribí hablándole de ello —dijo—. Tenía que hacerlo. Quiero decir, pensé... ¡Dios mío, Roy! Ha sido tan maravilloso que se hiciera cargo de todo y tan horrible por mi parte comportarme de esta manera. Pero al principio solo pensé que le era tan simpática mi gente... y luego dijo que Papá le devolvería el dinero. No sabía que usted... quiero decir, no estaba segura. Tal vez no debimos permitir que hiciera lo que ha hecho.

Roy se levantó y, acercándose a la ventana, miró afuera.

—Por favor, Roy, no te enfades —dijo Velma—. Deja que seamos amigos. Me gustaría tenerle de amigo, Roy. A todos nosotros nos gustaría.

Roy no dijo palabra. Estaba dolido y humillado. De repente sufrió un sobresalto. La niebla se había levantado algo. Vio un taxi amarillo aparcado junto a la acera. Se

puso furioso.

—Volveré —dijo con voz tan áspera que sobresaltó a Velma. Luego permaneció sentado mirándole irse. ¿Qué quería decir? ¿Qué iba a hacer?

—¡Papá! —le llamó gritando—. ¡Papá! ¡Ven aquí!

Oyó cerrarse de golpe la puerta de la calle. Papá acudía presuroso. El tono de voz de su nieta le había parecido alarmado.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Algo anda mal? Has estado llorando. Pareces tan asustada. ¿Qué ha pasado con Roy?

—Quiere que me case con él, Papá, y le he dicho que no podía a causa de Lon.

—¿Le has hablado de Lon?

—En cierto modo lo he hecho. Y Roy tenía un aspecto tan espantoso que me asustó. No parecía el mismo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Ya te lo he dicho, espantoso. No sé. Como si quisiera matarme.

—¡Vamos, Velma! No digas semejante cosa.

—Es verdad. Mira, tengo las manos heladas. Y los brazos con la piel de gallina. Espero que ahora no me aborrezca, Papá. Podría hacer algo.

—No hará nada. ¿Por qué habría de hacerlo? Estás empezando a hacer que pierda la paciencia, Velma. ¡Maldición! Si no andas con ojo llegarás a ser tan asustadiza como tu madre. Mabel era la joven más medrosa que jamás he conocido.

Velma ocultó la cara y empezó a llorar de nuevo.

—No puedo evitarlo. He pasado por tantas cosas últimamente, el hospital y todo eso. Además, no sé lo que Lon piensa hacer y...

—Vamos, vamos —dijo Papá dándole unas palmadas en el hombro—. No sé qué me ha impulsado a hablarte como lo he hecho, pequeña, solo que tal vez sea culpa de Mamá. Me está haciendo pelar patatas y es algo que aborrezco.

Al salir Roy corriendo de la casa, el taxista puso en marcha el motor e intentó alejarse, pero Roy saltó al estribo.

—Espera un momento, amigo —dijo.

El taxista era un tipo pelirrojo, de aspecto duro, espaldas anchas y la gorra ladeada, pero la expresión de Roy fue suficiente para él.

—Muy bien, amigo. Solo cumplía órdenes.

Marie se encontraba sentada en la parte de atrás. Roy quedó tan sorprendido que no pudo articular palabra.

Volvióse al oír el ladrido de un perro. *Pard* se había puesto en pie, en el cupé, intentando llamar la atención.

Roy abrió la puerta del taxi.

—¿Y bien?

—Hola, Roy. Supongo que estarás enfadado.

—Lo estaba.

—Lo parecías. Pensé que ibas a atravesar el cristal.

—Creí que alguien me seguía.

—Te he estado siguiendo desde que me dejaste.

—¿Y qué haces aquí sentada?

—Pensé que acaso la llevarías a algún sitio. A comer fuera o algo parecido. Quería verla. La verdad es que vive en un barrio agradable.

—Sí. ¿Así que quieres verla? Bien, vamos.

—Oye, Roy. No debí hacer esto. Probablemente me largarás de por vida.

—Bueno. No sé. Vamos. Sal de ahí. Yo pagaré al taxista. Puedes volver conmigo y *Pard*.

Había algo en su actitud que Marie no acababa de captar. No se fiaba completamente de él. No era como el Roy Earle que conocía. Parecía un hombre que hubiera visto un fantasma.

—¿Estás bien, Roy?

—Pues claro que estoy bien. ¿Cuánto es, amigo?

Marie bajó del taxi y se quedó esperando. Cuando el taxista dijo a Roy lo que subía el taxímetro, este lanzó un silbido de asombro, pero pagó sin decir palabra y además añadió una propina estupenda.

El taxista se encogió de hombros y guiñó un ojo.

—¡Mujeres! —dijo, sacudiendo la cabeza.

Papá había salido al porche y se encontraba en pie mirando a Roy y Marie con la boca ligeramente abierta. Subieron los escalones cogidos del brazo.

—Papá, quiero presentarte a una amiga mía. Marie Garson —dijo Roy—. Sabía que estaba aquí así que vino a buscarme. Volveré a mi coche.

—¿Qué tal está? Soy Jim Goodhue. Pase, *Miss Garson*.

Mamá se encontraba en pie en el vestíbulo, secándose las manos en el delantal. Con mirada rápida escudriñó a Marie de arriba a abajo y luego apretó los labios desaprobadora. Marie llevaba el abundante pelo negro por detrás de las orejas, cayéndole sobre los hombros. Su falda era muy corta descubriendo un par de piernas en extremo bonitas, enfundadas en medias muy transparentes. Llevaba una chaqueta corta de hombros anchos y un pañuelo rojo anudado al cuello. Al sentirse incómoda adoptó una expresión osada. Brillaban sus ojos oscuros y sus dientes centelleaban. Parecía depredadora.

—*Miss Garson*, le presento a Mamá, mi mujer.

—¿Qué tal? Todos los amigos de Roy son bienvenidos aquí. ¿No quieres pasar. Y conocer a mi nieta?

—Encantada.

Velma había borrado toda huella de lágrimas y se había ahuecado el abundante pelo rubio. Parecía muy joven e inocente, sentada allí con el edredón alrededor de las rodillas.

Marie la miró y luego a Roy mientras se hacían las presentaciones.

—¿Cómo está usted? —saludó Velma—. Siento estar en cama, pero acabo de

salir del hospital.

—¡Ah! —dijo Marie, mirando de nuevo a Roy—. ¿Qué le ha pasado?

—Me operaron el pie. ¿No quiere sentarse?

—No —dijo Roy—. Tenemos que irnos.

Las jóvenes se examinaban mutuamente con la mayor atención. Las dos sonreían y parecían simpatizar, pero ninguna de ellas creía que la otra fuera gran cosa. Para Marie, Velma era una bonita muñeca con unas facciones que no decían nada. Para Velma, Marie vestía con ostentación, como una chica que conocía de Barronville a la que todos los hombres, de los dieciséis a los sesenta, palpaban con familiaridad siempre que estaba al alcance.

—¿De qué la han operado?

Velma se ruborizó ligeramente.

—Tenía algo mal el pie. El doctor lo puso bien.

Marie se decía: «No me gusta como pone los ojos en blanco y las tontas zalamerías que hace con la boca. ¿Qué se ha creído que es? ¿Un condenado ángel? ¡Hay que reconocer que los hombres son estúpidos! Y Roy prendido en toda esa representación. Apostaría a que es una cuentista».

—¿Quiere decir que estaba lisiada? —preguntó Marie con dulzura.

—Un pie zapo —dijo Papá, sobresaltándose ligeramente al darle Mamá con el pie—. Pero ahora ya está bien gracias a Roy.

—Sí —dijo Roy riendo incómodo—. Vaya que lo está.

Le asaltaban extrañas emociones. Sentía celos por Velma. No podía dejar de pensar en aquel tipo de Barronville. Esperaba que también Velma se sintiera celosa de Marie quien, después de todo, era realmente atractiva.

Rodeó a Marie con el brazo y se sintió contento al ver cómo Velma apretaba los labios en ademán de desaprobación.

—Más vale que nos vayamos —dijo—. Tengo hambre. ¿Y tú?

—Puedo comer. Siempre puedo.

—Les invitaríamos a que se quedasen —dijo Velma— solo que...

—Claro, claro —dijo presuroso Roy—. Bueno, nos vamos.

—¿Cuándo volveremos a verle, Roy? —preguntó Velma sonriendo con dulzura—. Dentro de unos días podré andar.

—Eso —gritó Papá—. Tienes que venir y verla andar. Claro que tienes que venir.

—Voy a estar muy ocupado —dijo Roy—. Lo intentaré.

—Ya no tengo tan buena opinión de Roy Collins como antes —dijo Mamá tan pronto como hubieron salido—. ¡Esa chica!

—Muy guapa —intervino Papá—. Vaya que lo es. Un hombre podría perderse por ella.

—Eso es exactamente lo que haría un hombre —afirmó tajante Mamá—. Conozco a las de su clase.

—Y yo también —dijo Velma—. Es como Nona Braden, allí en casa.

—No sé en qué estáis pensando los hombres —dijo Mamá con un suspiro.

Papá se echó a reír.

—¿Lo ves, Velma? No parece que Roy vaya a rondar mucho por aquí. Está claro que un tipo como él no lo haría.

—Esa chica ha venido persiguiéndole —dijo Velma—. A mí no me engaña.

Afuera, Roy esperaba con un pie en el estribo a que *Pard* desalojara. Se dio cuenta de que Marie reía con ganas.

—¡Esto es de locura! —exclamó al fin—. ¡Una coja!

Roy se encogió de hombros.

—Me gusta su gente.

—No has conseguido nada, ¿eh? Has practicado una técnica equivocada. Créeme, es fácil de rendir.

Roy enrojeció de ira y se volvió para llamar a *Pard*. A fin de cuentas Marie tenía razón, Velma ya se había rendido. El perrillo saltó al coche instalándose en el halda de Marie.

—Quiere a su mamá —canturreó Marie—. Su papá es bobo.

—Cierra de una vez la boca —dijo Roy instalándose delante del volante y poniendo el coche en marcha—. Tenías que venir a meter la nariz donde no te importa.

Marie permanecía en silencio tanto tiempo que Roy se volvió a mirada. Tenía los ojos llenos de lágrimas. La rodeó con el brazo apretándola contra él.

—Es como tú y como yo —le dijo.

Marie se escurrió en el asiento y dejó caer la cabeza sobre el hombro de él.

—No es de tu estilo y tú lo sabes, Roy: ¿De qué te serviría ella? Sería un peso muerto.

—Sí —dijo Roy y luego miró hacia delante en silencio.

CAPÍTULO XXVII

Roy quedó aterrado ante el cambio sufrido por Big Mac, y permanecía allí sentado observándole de soslayo. Había perdido mucho peso y la piel debajo de la barbilla le colgaba en pliegues flácidos. Las manos le temblaban y bebía un vaso tras otro de *whisky* solo.

—... desde luego, me llevé una sorpresa —estaba diciendo Mac—. Un poli estafador que resulta ser un buen tipo. Pero te doy mi palabra, Roy. Krammer es de primera. Me ha dado un montón de soplos formidables. Sabe lo que hay que saber. Tengo confianza en él.

—Estás loco, Mac —dijo Roy—. Jamás has conocido en toda tu vida un auténtico poli, y tú lo sabes.

—Nunca es tarde para aprender. Acuérdate de lo que te digo. El tipo es valioso para nosotros. Claro que está algo hambriento. ¿Y quién no? Muy bien, Louis. Suelta lo tuyo.

Louis sonrió al tiempo que se sentaba. Había permanecido allí en silencio, fastidiado con Roy que, por algún motivo, siempre le hacía sentirse pequeño. ¡Y encima un palurdo! Aunque ya tenía mejor aspecto. Había perdido aquel aspecto enfermizo que tenía a su llegada. Estaba bronceado y parecía fuerte y en forma. Pero su pelo oscuro seguía siendo hirsuto, llevaba la corbata torcida, los zapatos estaban gastados y parecía como si su traje se lo hubiera lanzado alguien desde el otro lado de una habitación. Louis llevaba su costosa chaqueta *sport* y estaba dolido de que ni Mac ni Roy se hubieran dado cuenta.

—La cosa está así —dijo—. He esperado hasta que estuviéramos al completo. La cosa no va tan bien como debería en esta época del año. Pero en los últimos días parecía que empezaba a animarse, de manera que pensé que más nos valía ir por la pasta ya, en cualquier momento. Hay un par de cosas que quería preguntarle, Roy.

—Desembucha.

—En Tropicó está habiendo pequeños robos, algo que nunca tuvimos antes, así que los comerciantes han contratado a un vigilante que se pasa toda la noche haciendo la ronda. Incluso viene al hotel a cada hora.

—¿Es duro?

Louis rio.

—Nada de eso. Es un individuo de unos cincuenta años. Con neurosis de guerra o algo parecido. Lleva gafas. Supongo que se moría de hambre y le dieron ese trabajo. Fue policía en algún pueblecito de Iowa.

—Muy bien. Olvídalo siempre que sepas a qué hora hace acto de presencia.

—Por lo general aparece cada hora hasta las cinco de la madrugada. Nunca se

retrasa más de diez minutos. Así que a y cuarto dispondremos al menos de cuarenta y cinco minutos.

—Más que suficiente. Espero que al vigilante no se le ocurra hacer heroicidades. Un tipo ya viejo como él.

—No sería yo quien anduviera con miramientos —aseguró Mac.

—Pero eso no es todo —dijo Louis—. Hace tres días un poli de Los Angeles detuvo a un tipo en las calles de Tropico, que resultó ser un ladrón reclamado en tres Estados. El poli le había seguido hasta Tropico. Así que el editor de nuestro periódico, el *Desert Sun*, organiza una zarabanda y publica un editorial en primera página clamando contra los indeseables que empiezan a llegar a Tropico y alegando que hay que proteger a los ciudadanos de la pequeña ciudad más rica de toda la Tierra. Así que ahora tenemos dos policías de servicio por la noche.

—¿Coche patrulla?

—Bueno, el coche patrulla está siempre aparcado delante de la estación para poder atender de inmediato cualquier llamada que llegue. Solían meterlo en el garaje a medianoche y dejar tan solo a un hombre de guardia.

—¿Dónde está aparcado el coche? —preguntó Roy.

—Exactamente delante de la estación.

—¿Pueden ver desde dentro?

—No, a menos que se peguen a la ventanilla para vigilar.

—Eso es sencillo. Pinchamos un neumático o algo parecido. Solo tienen un coche, ¿no?

Louis Y Mac rompieron a reír.

—Sí —dijo Louis.

—Por Dios que esto es lo mejor que he oído en años —dijo Mac—. Me gustaría ir con vosotros solo para ver cómo se desinflan los neumáticos. Me gustaría ver las caras de esos polizontes gorriones cuando salgan y vean sus neumáticos inservibles. Hay que beber por eso.

Roy y Louis se abstuvieron.

—Veo que tendré que beber solo. Bien, esto ya no es nuevo. Así que, ¿tú crees que las cosas no se presentan mal, Roy?

—Desde aquí no.

—¿Cómo están tus jóvenes amigos?

—Domesticados. Empezamos a entendernos.

—Muy bien —dijo Mac dándose una palmada en el muslo—. Dentro de unos días iremos a por las cosas. Louis te llamará.

CAPÍTULO XXVIII

—Sí —dijo Roy—. Estoy contento de haber ido ayer otra vez a revisar el lugar. Sigo pensando que tenemos que saber cómo está todo y así no tropezaremos con ningún imprevisto. El asunto del coche patrulla me pone nervioso. Pero eso está seguro. Aparcan debajo de un gran pimentero, algo más allá de la zona de carga, delante de la estación. Está en sombras. Las farolas se encuentran algo apartadas de allí. Tú, Red, y Babe aparcaréis vuestro coche a unos diez metros delante de él y yo llegaré despacio y lo haré a veinte metros detrás. Luego, uno de vosotros dos desinflará el neumático. Alrededor de las tres de la madrugada toda la ciudad dormirá como una marmota. Será un paseo. Si hay alguna algarada el que se haya quedado en el coche se larga y yo recojo al otro. ¿Okey?

—Suenan bien —dijo Red—. Solo que yo me apunto para lo del neumático. Babe puede conducir. ¡Vaya idea! ¡Me gustaría ver la cara de los polis!

—¿Está todo comprobado? —preguntó Roy.

—Sí, me parece que sí —dijo Babe—. Un revólver por cabeza para Red y para mí. Aquí están los tres martillos. ¿Crees que necesitaremos este macho, Roy?

—No lo sé. Nunca he abierto cajas fuertes antes. Primero lo intentaremos con los martillos de cabeza redonda y si no resulta tendremos que probar con el macho. Podéis meteros los martillos en la cintura de los pantalones. Con los mangos cortos no os molestarán.

—Okey —dijo Babe—. Pero todavía sigo sin entender por qué Louis no puede abrir las cajas.

—En primer lugar hay dos llaves —alegó Roy—. Una que se queda en la oficina y otra para el tipo que guarda en la caja sus pertenencias. Y en segundo lugar descubrirían que había un cómplice en el interior. Detendrían a Louis y estoy seguro de que cantarían como un canario o no conozco a los hombres.

—Sí —dijo Red—. Ya lo había pensado. Sabes lo que te digo, Roy, esto va a levantar una buena polvareda y esos bastardos de polis se las harán pasar canutas a alguien. ¿Crees que aguantará?

—Tiene que hacerla. De todas maneras, para entonces ya nos habremos largado. ¡Maldición! Quisiera que Marie estuviera ya de vuelta. ¿Por qué se retrasa?

Red y Babe empezaron a meter en un gran saco los martillos y el resto del equipo, incluida una caja de zapatos para las joyas con la tapa encolada y un agujero encima de ella. Red iba comprobando cada pieza y tachándolas de una lista que al terminar arrojó al fuego.

—Me alegro de que lleves a Marie —dijo Red—. Es de ley. Y tiene más arrestos que muchos hombres.

—Y más sentido común —añadió Roy—. Podrá ocuparse de los coches y mantener los motores en marcha. Quería tomar parte, así que finalmente cedí. Entre los tres contribuiremos a su parte. Es lo justo, ¿no?

—Sí —dijo Babe.

—Puedes apostar —añadió Red—. Me sentiré mucho más tranquilo si hay alguien que se ocupe de los automóviles. Nunca olvidaré algo que le pasó a un tipo que conocía. Era de poca monta. Él y otro se lanzaron a atracar un ultramarinos. Dejaron el automóvil delante de la tienda con el motor en marcha. Cuando salieron arreando como dos idiotas perseguidos por los disparos de una escopeta, un hijo de puta les había robado el coche. Se zafaron por un callejón y se dieron de bruces con un fornido poli que había oído las explosiones. ¡Qué desastre, amigos!

—¿Qué ocurrió? —preguntó Babe terminado ya su trabajo.

—El poli le metió una bala al compañero de Petty y a él le molió a patadas. Los dos se rindieron y ahora cogen margaritas en San Quintín. Era un poli duro.

—Vaya que lo era —dijo Babe—. Maldito si no sales con las más divertidas historias precisamente cuando estamos a punto.

—Eran de poca monta —dijo Red—. No como nosotros.

—Tampoco éramos peces tan gordos hasta esto —le recordó Babe—. De todas formas, yo no me siento tan gordo.

—Roy sí que se siente y eso es lo que cuenta.

—¿Qué estará retrasando a Marie? —siguió insistiendo Roy impaciente. Empezó a recorrer nervioso la habitación.

Ni Red ni Babe dijeron palabra. Solo se miraron. Sabían que Roy se sentía mal. Había enviado a Marie a la tienda con *Pard* para que Algernon lo mantuviera encerrado hasta que se hubieran ido. Aquel chucho era un verdadero demonio siguiendo al coche de Roy. El día anterior hubo de llevárselo con él a Tropic.

Se abrió la puerta y entró Marie.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Roy.

—Algernon se ocupará de él. Es raro. *Pard* sabe que se prepara algo. No dejaba de arañar la puerta.

Roy enrojeció fuertemente.

—Ese condenado perro es una maldita molestia. Ahora escuchadme, muchachos. Dentro de unos minutos iremos a por la pasta. Dejémoslo todo bien claro. Red, tú y Babe iréis delante de nosotros. Ya sabéis lo que tenéis que hacer cuando lleguéis a la Comisaría de policía. Cuando lleguemos al parque del hotel, situad vuestro coche en el camino sur y cuando bajemos será el momento. Marie cuidará de los vehículos. Entraremos de inmediato. Vosotros dos os colocáis detrás del mostrador y ponéis manos a la obra. El resto me lo dejáis a mí. Haced algo de teatro en beneficio del botones de noche. Ya sabéis. Haced quedar bien a Louis. Él abrirá la caja fuerte, pues es posible que haya alguno de los grandes y en definitiva es dinero. Luego reventad las cajas de depósitos. Meteos todos los billetes en los bolsillos y echad las joyas en

la caja de zapatos. Cualquier cosa que veáis parecida al cristal, metedla en la caja. Eso es lo que quiere Big Mac. Muy bien. Si no tenemos tropiezos, es cosa hecha. Yo me llevo la caja de zapatos y a Marie y enfilo hacia Los Angeles. Vosotros cogéis la pasta y volvéis al lago. Así no se nos verá juntos. Cuando recibáis noticias mías, os venís con la pasta. ¿Alguna pregunta?

—¿Y qué hay del vigilante? —preguntó Babe—. ¿Supongamos que alguno de los huéspedes del hotel vuelve tarde?

—Vosotros no apartaos de la faena pase lo que pase —dijo Roy—. Ese es mi trabajo. Y seguid al pie del cañón hasta que yo dé la señal de largarnos. Hemos pasado mucho tiempo preparando esto y no queremos que resulte un fiasco. Nadie os molestará. Y lo repito, nadie. Si algún poli listo se entromete en nuestra operación, mala suerte para él.

Red y Babe sonrieron, respirando aliviados. Caramba, este tipo, Earle, tenía bien ganada su reputación, no como algunos de esos supuestos peces gordos con los que uno suele toparse. Tenía lo que hacía falta. No era palabrería ni fantasías. Sabía lo que quería.

—¿Preparados?

—Sí —dijo Marie—. Supongo que todo está listo. He puesto nuestros maletines en el asiento trasero. Cargad las herramientas que lleváis para el trabajo y estaremos preparados.

—Es tarde —dijo Roy—. Si vosotros, chicos, tenéis suerte, nadie sabrá que no estuvisteis anoche en el lago. Marie y yo poco importamos. Todo el mundo sabe que nos vamos. Hoy he pagado la cuenta del hotel. Y ahora, chicos, no lo olvidéis. Cuando os vayáis de aquí, pagad religiosamente vuestra factura. Más de un avispa recaló en la trena por querer timar en un hotel o en un albergue de coches unos cuantos billetes. Tretas de poca monta.

Salieron todos y después de cargar los coches cerraron con llave las puertas de las cabañas.

La noche era clara y fría. No soplaba viento. Roy pudo ver a la brillante luz de la luna su aliento, un vapor blanco que ascendía lentamente en el aire glacial. El lago estaba tan inmóvil que parecía un pavimento y un ancho y trémulo sendero de luz de luna se extendía de una orilla hasta la otra. Desde el embarcadero llegó el chillido de una gaviota solitaria. Más lejos escucharon ladridos, seguidos de un aullido agudo e insistente.

Marie miró a Roy, que dio media vuelta.

—Bien, adiós Eagle Lake. Esta es la última vez que te echo la vista encima.

En el silencio, un perro empezó a aullar, poniendo ligeramente los pelos de punta a Roy. Era un lamento agudo y fantasmal que fue apagándose lentamente. Babe se santiguó de manera involuntaria.

—Te dije que lo sabía —dijo Marie—. Ese es *Pard*.

—Cállate y sube al coche —le dijo Roy—. En marcha, muchachos. ¿A qué estáis

esperando?

—Okey, Roy.

—Y cuando volváis aquí, haced que ese perro siga con Algernon. No le dejéis que venga a husmear por la cabaña.

—Muy bien, Roy.

Red se puso en marcha.

—Quisiera que ese perro dejase de aullar —dijo Babe—. No me gusta nada. Me da escalofríos.

—Está bien, aprensivo —dijo Red.

Marie se instaló junto a Roy, cerrando de golpe la portezuela. Roy empezó a sudar. El motor no se ponía en marcha y tiró con fuerza de la palanca pisando violentamente el embrague. Finalmente logró poner el coche en marcha y, girando, enfiló hacia el poblado.

—Tengo una idea —dijo Marie—. ¿Por qué no dejas que Red y Babe traigan con ellos a *Pard* cuando vengan?

—No —le contestó Roy—. En adelante tendré que estar continuamente en movimiento. No estoy dispuesto a que un perro me entorpezca la marcha.

—Yo me ocuparé de él por ti, Roy.

—No. Está mejor aquí. Y ahora estate callada. Tengo otras cosas en las que pensar.

Roy pasó rápido por delante de la tienda donde dormía Algernon, con la mirada fija ante sí. Los aullidos habían cesado. La luna brillaba con tal fuerza sobre el poblado que los árboles y las casas proyectaban largas sombras de un azul oscuro. Marie dio media vuelta en su asiento para echar un último vistazo a Eagle Lake. Lanzó una exclamación entrecortada. Por el centro de la carretera corría un perro pequeño detrás de ellos levantando polvo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Roy—. ¿Vas a cantar? Marie vaciló un instante. Luego, inclinándose hacia él, empezó a reír de manera histérica.

—Es *Pard*. Se ha soltado. Aquí llega.

Roy pisó el acelerador.

—De noche no podrá seguirnos lejos. No es como de día.

—¡No puedes hacer eso, Roy!

—Maldito si no puedo.

Se hizo un breve silencio. Luego Roy frenó aparcando en el arcén de la carretera.

—No lo veo —dijo Marie.

—Aparecerá. ¡Qué condenado engorro de perro! Lo que debo hacer es meterle una bala en la cabeza. Ya tengo bastantes dificultades sin que venga a fastidiarme un perro loco.

Marie seguía sentada, acurrucada contra Roy y esperando. Los hombres eran unos auténticos brutos. Incluso Roy. Tenía miedo y temblaba ligeramente. Le parecía imposible, pero acaso no conocía a Roy tan bien como pensaba. Tal vez *sí* que

dispararía contra aquel pobre perro.

Pard llegó jadeante, saltó al estribo e intentó hacerlo al interior del coche pero perdió pie y cayó panza arriba sobre el polvo.

—*Pard* —dijo Roy.

El chucho se sentó y lanzó un ladrido agudo. Marie abrió la portezuela por su lado y *Pard* dio vuelta al coche con la velocidad de un rayo, y un instante después se encontraba en el asiento entre Roy y Marie.

—Pobre infeliz —dijo Marie—. No tiene hogar. No tiene a nadie. Igual que me pasaba a mí.

—Por todos los cielos, cierra la boca de una vez —dijo Roy poniéndose en marcha—. ¡Maldita sea! A punto de empezar una operación y aquí estoy con una mujer y un perro. Después de todo debimos comprar ese canario. ¿Qué diablos vamos a hacer con él?

—Tú límitate a tu asunto que yo me cuidaré de *Pard* —dijo Marie.

—Si llegara a dar al traste con esta operación, yo...

—No haces más que hablar y hablar, pero creo que estás contento.

Se hizo un largo silencio. Finalmente Roy, alargando el brazo dio unas palmaditas a *Pard*.

—Es posible que lo esté. No lo sé. Supongo que me estoy volviendo loco de atar. En cierta ocasión un compañero de la trena me dijo que en California todo el mundo está mal del coco. Por culpa del clima. Es tan bueno que no se puede soportar —Roy se echó a reír. Marie le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso—. Sí, resulta que ahora me encuentro con una familia. *Pard*, viejo amigo, parece que vamos a tener que convertirte en un tunante. Ahora ya tienes rienda suelta. Oye, ¿cuánto le diste a Algernon?

—Cinco dólares. ¿Por qué?

—¿Por qué? Condenado bribón. Cogió tus cinco dólares y luego soltó a *Pard*. No hubiera podido escaparse sin ayuda. Debería volver y calentarle las orejas.

—Tal vez estaba asustado —dijo Marie con tono reflexivo—. Ya sabes. Algernon se sintió enormemente aliviado cuando *Pard* empezó a seguirte a todas partes. Algernon es supersticioso. Cree que *Pard* lleva consigo la mala suerte.

—Bah, todo eso son payasadas. Hace teatro. Algernon es un timador nato. Representa el acto melodramático sobre *Pard* para poder pescar a los incautos.

—Bueno, ahora es nuestro perro.

—Sí.

Tan pronto como salieron a la general, Roy pisó el acelerador hasta tener a la vista las luces traseras del coche de Red. Luego redujo la velocidad y se limitó a seguirle, manteniendo una distancia entre ambos de doscientos a trescientos metros.

Una vez que hubieron tomado la curva cerrada cerca de Broken Creek Summit, Marie se inclinó mirando a través. Había casi tanta luz como si fuera de día. El abismo rebosaba de sombras de un azul aterciopelado, pero Marie pudo ver los

dentados picos y, a mayor profundidad todavía, la oscura extensión de los pinares.

A través de la Meseta se alzaban sobre ellos las montañas, adustas y solitarias, con sus cimas rocosas cubiertas de nieve de un azul pálido bajo la luz de la luna.

—¡Vaya país! —exclamó Marie estremeciéndose.

—Sí —dijo Roy—. Apuesto a que en la luna el paisaje es como este.

—Te lo regalo.

Marie volvió a acomodarse en su asiento y siguieron camino en silencio. Instalado entre ellos, *Pard* dormía y de vez en cuando agitaba las patas y lanzaba gemidos cortos y patéticos.

CAPÍTULO XXIX

Las estrellas brillaban sobre Tropic cuando aparcaron los dos coches en el camino sur. Red bajó del suyo riendo, pero cuando vio al pequeño perro en el coche de Roy se sobresaltó.

—¿Qué... de dónde viene?

Marie se lo explicó con brevedad.

—Mira, Babe. ¡El chucho!

—¡Ese Algernon! —exclamó Babe—. ¡Habría que darle una lección!

—¡Olvídale! —le dijo Roy—. Vosotros no sabéis nada de esto. ¿De acuerdo?

—Te entiendo.

Red volvió a reír.

—¡Caramba! —dijo—. Esto es lo mejor de lo mejor. Esperad a que los polis traten de conducir ese coche. Lo hice en los dos neumáticos delanteros. ¿Habéis visto en vuestra vida una ciudad tan muerta, amigos? Es como un cementerio. ¡Puff! Mirad el tamaño de ese hotel. ¡Vaya antro!

Al mirar a su alrededor, Roy vio santiguarse a Babe con ademán furtivo.

—Está bien, chicos —dijo—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Así que manos a la obra. Tú Marie, mantén los motores en marcha y cuida de que *Pard* no ladre. ¿Tenéis el saco? Muy bien. Vosotros lo llevaréis todo. Yo tendré las manos ocupadas con el arma. Pero, al salir, cogeré la caja de zapatos.

La luna brillaba en Tropic como lo hiciera en Eagle Lake. En la gran extensión de césped del hotel, los árboles y los arbustos proyectaban largas sombras. El grande y hermoso edificio difusamente alumbrado y levemente azulado bajo la luz de la luna atemorizó a Red y Babe, que se detuvieron por un instante mirándose aprensivos. La densa hierba amortiguaba el sonido de sus pisadas.

Roy caminaba algo adelantado con la metralleta oculta, en parte bajo la chaqueta. No estaba excitado y tampoco nervioso. Parecía demasiado fácil. Algo muy distinto era entrar en un Banco lleno de clientes y empleados a plena luz del día. Esa operación era casi como serpear, algo que nunca hiciera en su vida. Miró hacia atrás y se dio cuenta de que Red y Babe remoloneaban.

—¡Vamos! ¿A qué estáis esperando?

—¡Canastos! —exclamó Red—. Esto es muy grande.

—Sí —murmuró Babe ligeramente tembloroso—. No sabía que fuera tan grande.

—¡Espabilaos! —les dijo Roy con voz glacial y cortante—. Y cuando entremos trabajad deprisa. Dejaos de preocuparos de si es grande o pequeño. Está en el bote.

La plaza estaba desierta. No había un solo coche a la vista. Al cruzar la ancha terraza pudieron ver el inmenso y espacioso vestíbulo, a media luz, con sus grandes

divanes y su enorme chimenea de piedra en la que ardía un fuego de leña y que proyectaba oscilantes reflejos sobre las paredes blancas. Louis se encontraba inclinado sobre el mostrador, mirando una revista. Su actitud de absoluta indiferencia satisfizo a Roy. El botones de noche bostezaba en su banco y apenas levantó los ojos al entrar Roy seguido de Red y Babe. De repente dio un salto y un chillido. Había visto la metralleta.

—¡Dios mío! Louis... —gritó.

—Cierra la boca —le dijo Roy.

El muchacho se sobresaltó de nuevo. Quería esconderse. Se había quedado lívido. Había perdido el dominio de sí mismo hasta el extremo de que no podía mantenerse erguido, sino que se movía en vaivén.

Louis estaba en pie, con las manos en alto.

—Túmbate boca abajo, muchacho —dijo Roy al botones con un tono de voz que dejó helado al chico hasta el tuétano—. Y no te muevas si no quieres que te llene los pantalones de plomo. Y ten la cabeza baja. No intentes ver lo que está pasando.

—Sí, señor. Eso haré, señor. No se preocupe por mí, señor.

Red y Babe dieron vuelta al mostrador. Hundiendo el cañón de la pistola en la espalda de Louis, Red le obligó a acercarse a la caja fuerte que estaba entreabierta. Louis guiñó un ojo y señaló con el pulgar hacia ella.

—Ábrela, hijo de puta —gritó Red para que el botones le oyera bien.

Louis abrió completamente con el pie la caja y les mostró el dinero cuidadosamente amontonado en el suelo. Red y Babe se llenaron a rebosar los bolsillos y luego, cogiendo los martillos se dispusieron a abrir las cajas de los depósitos. Babe sacó del saco la caja de zapatos y la colocó sobre una silla detrás del mostrador. La cabeza del martillo de Red se desprendió, voló por encima del mostrador y se estrelló contra una inmensa urna de cobre ornamental que resonó semejante a un gong. Al oírlo, Roy se volvió ligeramente, haciendo luego caso omiso. Red tiró el mango del martillo inutilizado y siguió trabajando con el macho. Hacían un ruido ensordecedor hasta que, finalmente, el botones se tapó los oídos con las manos. Estaba casi delirante y no tenía la menor idea de a qué se debía aquel ruido.

Roy permanecía con la espalda apoyada contra el mostrador, recorriendo con la mirada los tres lados del vestíbulo en los que habían muchos ventanales que daban a la terraza. La cuarta pared no tenía ventanas ya que estaba ocupada en su mayor parte por la gran chimenea.

Roy, sin volverse, gritó para que le oyeran por encima del ruido.

—¿Qué tal vais?

—Alguna dificultad con las cajas —gritó a su vez Red—, pero lo estoy logrando. ¡Un montón de piedras, amigo!

Roy observó por el rabillo del ojo a Red y Babe forzando las cajas. Louis se encontraba en pie, en una esquina del mostrador con las manos en alto. Como la noche estaba fría, todos los ventanales se encontraban cerrados. Roy empezó a

preguntarse qué se oiría afuera. De repente se acordó de Marie y *Pard* y echó una ojeada al reloj. Habían pasado tres minutos.

—¿Cómo os va? —gritó.

—Hemos encontrado algunas más. —El tono de voz de Red era triunfal—. ¡Esta si que es buena presa, maldición!

Al volverse, Roy vio una sombra en la terraza. Se quedó rígido. Un hombre y una mujer caminaban presurosos hacia el vestíbulo. Vestían indumentaria de noche y la mujer se envolvía en una hermosa estola blanca. El hombre empujó la gran puerta y entraron rápidos.

—Estoy helada —dijo la mujer—. Mira qué fuego, Bob. ¿No parece acaso...?

De repente se volvió. Detrás del mostrador se había producido un silencio momentáneo. Luego el martilleo empezó de nuevo, más fuerte aún rubricado por los juramentos de Red.

—El momento más adecuado para construir una casa —dijo el hombre—. ¿Qué es esto, un juego?

Roy les observó atento. Los dos estaban ligeramente embriagados y desconcertados ante una situación que les era difícil captar. Fue entonces cuando la mujer vio la metralleta.

—¡Mira, Bob! —chilló.

—Sí —dijo el hombre, balanceándose ligeramente—. Lo veo. Mire, amigo. Usted no puede hacer esto. Quiero decir que usted no puede... usted... —Su cara empezó a tomar un tono verdoso.

—¡Mis sortijas! —chilló la mujer—. ¡Las cajas de seguridad... están... tienes que detenerlos, Bob! ¡Mis sortijas!

—Vayan ustedes dos a sentarse junto a la chimenea y no les pasará nada —dijo Roy.

La mujer dio un fuerte chillido y empezaron a doblársele las piernas.

—¡Ocúpese de ella, imbécil! —dijo Roy chirriando los dientes ante la estúpida ridiculez del hombre que, finalmente logró dominarse y sujetó a la mujer cuando ya empezaba a caer. El peso de ella le hizo perder el equilibrio y ambos se desplomaron de espaldas sobre el suelo.

—Por Dios, no dispare —gritó el hombre—. Deme tiempo. La llevaré hasta la chimenea. No se preocupe. La llevaré.

—Quédense donde están —dijo Roy—. Permanezcan tumbados y no se muevan. Así está bien. Y ahora manténganse callados o les llenaré el cuerpo de plomo.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre con un suspiro sin moverse.

El hombre y la mujer permanecieron allí inmóviles. El martilleo fue cesando de forma gradual. Roy escuchó un fuerte desgarramiento metálico.

—Otras dos y habremos terminado. Esta caja es grande. Y dura de pelar —dijo Red.

Roy miró en derredor. Louis estaba mortalmente pálido y los dientes le

castañeaban. La tensión empezaba a acusarse. Red y Babe se mostraban activos como simios, trabajando como un par de obreros en una fábrica.

—Está saliendo a pedir de boca —se dijo Roy.

El silencio empezó a preocuparle. Después de todo aquel terrorífico estruendo, parecía ligeramente premonitorio. Aguzó el oído intentando captar ruidos externos. El botones gimió como en sueños. El hombre del traje de etiqueta hablaba a su mujer en voz baja y confusa, suplicándole que se despertara y dijera algo.

—Se ha desmayado —le dijo Roy—. No se preocupe. Se despertará.

—Tiene mal el corazón —dijo el hombre—. Estoy asustado. No sé...

—Quédese quieto y no me cree dificultades. Dentro de un instante habremos terminado.

—Pagaré por esto.

—Okey —dijo Roy.

Proseguía el silencio roto de vez en cuando por un solo golpe de martillo seguido del ruido de metal al romperse.

—Solo un minuto —dijo Red.

Se hizo un largo intervalo de intenso silencio y luego ladró un perro: ¡Un Único ladrido! y alguien hizo sonar una bocina, un toque corto y agudo. Todos los músculos de Roy se tensaron. Apoyó la espalda contra el mostrador y recorrió lentamente con la mirada los ventanales que daban a la terraza. Algo había motivado el ladrido de *Pard*, y Marie había hecho sonar la bocina. No se trataba de algo accidental. Se avecinaban dificultades.

Sufrió un sobresalto, pero se dominó al punto. Un hombre alto, con uniforme caqui caminaba rápidamente por la terraza en dirección a la entrada norte. Se cubría con un gran sombrero vaquero y llevaba un cinturón Sam Browne. Roy vio que sobre la cadera le colgaba una funda de cuero.

—El vigilante —dijo Louis.

—Cállate, zoquete —silbó Roy sin volverse.

Era un hombre de rostro duro, con un bigote gris muy recortado. Entró directamente en el vestíbulo desabrochándose el cinto. Roy le encañonó con la metralleta.

—Las manos en alto, amigo o le volaré las entrañas.

El hombre miró a Roy como si no distinguiera bien y luego levantó muy despacio las manos. Tenía los labios apretados formando una dura línea recta.

—No tiene las gafas —dijo Louis.

—¿Quieres cerrar el pico de una vez? —le dijo Roy.

—No, Louis —dijo el vigilante—. No las tengo. Mala suerte la mía. Se me rompieron esta tarde. ¿Qué está pasando aquí?

—Es un atraco —dijo Louis.

—Nunca lo lograrán.

—Okey —dijo Roy—. Solo has de mantener las manos en alto.

—Enseguida estoy contigo —dijo Red. Él y Babe se estaban embutiendo dinero en todos los bolsillos. Red miró por encima del mostrador—. ¡El celador, coño! Nos han pillado, Babe.

—No os pongáis nerviosos —les dijo Roy—. No tiene importancia.

—¡Vámonos, por el amor de Dios! —clamó Babe con voz aguda—. ¡Puede haber más!

Un rollo de dinero sujeto con un elástico saltó por encima del mostrador yendo a caer a los pies de Roy. Sin perder de vista al vigilante se inclinó para cogerlo. En el preciso momento en que su mano lo tocaba, la mujer que yacía en el suelo se sentó de pronto al tiempo que lanzaba un penetrante chillido. Roy se sobresaltó, soltó el dinero, volvió a cogerlo y por un instante miró en dirección a la mujer.

En el silencio resonaron con estruendo los disparos de un revólver y una bala astilló el borde del mostrador justo a la izquierda de Roy. De manera instintiva Roy encañonó al vigilante y apretó el gatillo de la metralleta.

Louis, Red y Babe se refugiaron rápidos detrás del mostrador.

El rápido tableteo de la metralleta sonó ensordecedor en el vestíbulo y sus ecos fueron reverberando de una pared a otra. El revólver saltó de la mano del vigilante, alzándose unos cinco metros como impulsado por un alambre. El hombre dio un grito de sorpresa y dolor y luego empezó a darse palmadas en las piernas como si le hubiera atacado un enjambre de abejas. Finalmente cayó al suelo con un gemido e intentó alejarse a rastras, pero las piernas no le respondían. Dejó caer la cabeza y quedó tumbado sobre un costado con la cara hacia la terraza y quejándose.

—Lo siento, Poli —dijo Roy—. Supongo que no habrás muerto. Disparé bastante bajo.

La mujer seguía chillando, unos chillidos salvajes y escalofriantes como si la estuvieran torturando. El hombre había perdido el conocimiento.

Roy se volvió.

—Vamos, chicos. En marcha.

Inició el camino a través del vestíbulo. Red se acercó presuroso a él y le metió la caja de zapatos debajo del brazo izquierdo. Babe pasó corriendo jadeante, seguido de Louis que parecía un muerto al que alguien hubiera sacado de la tumba.

—¿Adónde vas? —le preguntó Roy.

—Voy con vosotros. Estoy vendido. Ahora ya no podría enfrentarme a la Policía.

Roy se le quedó mirando por un instante.

—Bien, vamos —dijo finalmente.

Atravesaron rápidamente el vestíbulo y salieron por la entrada sur. Detrás de ellos la mujer seguía chillando y entre chillido y chillido sacudía a su marido intentando hacerle volver en sí. El botones levantó cauteloso la cabeza y cuando vio a los cuatro, saliendo por la puerta, se apresuró a dejarla caer de nuevo. El vigilante había logrado llegar a rastras hasta la puerta norte y gritaba pidiendo ayuda.

Atravesaron rápidamente el inmenso césped.

En la plaza había aparcado un solo coche, pero dentro no había nadie. Ahora ya, hacia el Oeste, la luna se encontraba oculta tras la gigantesca montaña y tan pronto como salieron del círculo de luz que se proyectaba a través de los ventanales del vestíbulo, todo quedó a oscuras como boca de lobo.

Red tropezó y lanzó un juramento. Louis gimoteaba.

—Nunca pensé que dispararíamos contra alguien.

—Los chiquillos que juegan con armas a veces se hacen pupa —se mofó Red con risa forzada.

—Desde luego le dejó seco —dijo Babe—. Espero que no la palme. No quiero tener que ir esquivando una acusación de asesinato.

—Disparé bajo —dijo Roy—. Solo le inutilicé las piernas. Desde luego no fue una caricia. Tendrá suerte si no pierde una pierna.

—¡Maldición! Está muy oscuro —dijo Red—. ¿Vamos bien? No recuerdo...

—Espero que no muera —dijo Louis—. No era un mal tipo. No, señor. Solía hacerme compañía.

—Deja de gimotear, Louis. Esta operación es toda tuya. Tú la ideaste. Ahora acéptala de buena gana.

—Dios mío, me siento muy mal. Creo que vaya perder el conocimiento. No veo nada. No veo nada. Me duelen las piernas... Creo que lo mejor será que vuelva. No sé sí...

Roy le dio un fuerte puntapié que le hizo enderezarse sobresaltado.

—Repórtate, Louis. Ya tenemos bastantes dificultades sin que tú ahora te vengas abajo.

Desde lejos, del otro extremo de la ciudad les llegó el ululato ahogado de una sirena de policía.

—Ya tenemos jaleo. Desde luego, esos malditos cambian los neumáticos rápido —dijo Red—. ¿Dónde demonios están los coches?

—¡Roy! —llamó Marie cautelosa.

Luego le cogió del brazo y Roy oyó los motores en marcha.

—¡Eres una maravilla! —le dijo Red abrazándola—. ¡Larguémonos, Babe, y rápido! Vamos, Louis. ¡Arriba!

Los tres hombres desaparecieron en la oscuridad. El motor rugió y enseguida el coche se puso en marcha. Babe encendió sus luces de aparcamiento para orientarse en la carretera y luego las apagó de nuevo.

—Está loco, conduciendo sin luces —dijo Roy—. Sería distinto si hubiera luna.

—Vamos, Roy. Por Dios Santo, date prisa. La sirena se acerca cada vez más.

—Muy bien. Allá vamos. ¿Está bien *Pard*?

—Está en el asiento de atrás. Temí que se perdiera cuando empezó la batahola. Cuando vi al poli atravesar la plaza supe que saldrías corriendo.

—Tuve que encargarme de él.

—Sí. Oí los disparos.

Roy encendió las luces y arrancó. Apenas podían ver el coche de Red delante de ellos.

—Más le valdrá encender las luces.

—No te preocupes por él —dijo Marie—. Preocúpate por nosotros.

Ahora ya Roy corría a gran velocidad y el viento silbaba alrededor de ellos. Detrás y hacia la derecha la sirena iba acercándose cada vez más con chillido estridente. Delante de ellos Babe encendió al fin las luces. Estaban en una encrucijada. La carretera a Los Angeles se orientaba ligeramente a la derecha. Una carretera de montaña adoquinada, que zigzagueaba a través de los cañones de San Diego y México, se desviaba bruscamente hacia la izquierda. Roy lanzó un grito estentóreo cuando Babe hizo girar el coche hacia la izquierda y apenas logró tomar la curva, con un estridente chirrido de neumáticos.

—¿Adónde diablos cree que va?

Roy redujo la marcha y miró hacia la carretera de montaña. Se escuchó el fuerte estruendo de colisión, seguido de una serie de ruidos demoledores. Finalmente se hizo el silencio rubricado por el leve tintineo de cristales rotos.

—¡Dios mío! —exclamó Marie.

—Ahora sí que la han fastidiado —dijo Roy—. ¿Con qué crees que habrán chocado? Esos condenados locos perdieron la cabeza. Tipos de poca monta para trabajos de poca monta. ¡Esto era demasiado grande!

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —gritó alguien con voz desesperada.

Roy vacilaba, pero a sus espaldas la sirena se acercaba cada vez más.

—¡Maldición! Ha resultado una chapuza. Hice cuanto pude.

Apretando los dientes enfiló hacia Los Angeles. En una curva de la carretera vieron un centelleo rojo alzarse sobre las rocas. Luego unas cuantas llamas iluminaron la oscuridad.

—Todo reducido a humo —dijo Roy—. Se les ha incendiado el coche. Bueno, en todo caso eso nos da un respiro. Sin duda los polis han visto el fuego.

Durante un rato guardaron silencio.

—Y se llevaron toda la pasta —dijo de repente Roy—. Pero yo tengo los cristales, y eso es lo que Big Mac quiere. Cumplí con mi parte. Es cuanto un tipo puede hacer. —Echó mano al bolsillo de la chaqueta y encontró el rollo de billetes sujetos con un elástico. Gruñó—. No recordaba si me los metí o no en el bolsillo. Precisamente cuando lo estaba cogiendo ese orangután empezó a disparar contra mí. Por un pelo casi me da.

—Roy...

—¿Sí?

—Siento que voy a desmayarme —dijo Marie en voz baja—. No bromeo. Yo... —Se deslizó de costado y cayó contra él con una especie de lamento.

Roy le colocó la cabeza sobre su hombro y sin reducir la velocidad logró colocarla finalmente en una posición cómoda.

—Ha cumplido bien su cometido —dijo—. No es mala chica. Yo no lo hice mucho mejor en mi primer trabajo. Lo hice todo mal, salvo perder el conocimiento.

Al volver Marie en sí estaban atravesando una ciudad bastante grande. Se quedó mirando asombrada las luces rojas de neón y luego se volvió de repente para comprobar que Roy seguía a su lado.

—Supongo que me desmayé.

—Vaya si lo hiciste. Oye, voy a parar. Tú saca a *Pard* del asiento trasero y ponlo entre nosotros. Ahora ya ha corrido la noticia. Pero los tipos que cometen atracos no llevan consigo perros. ¿Me has entendido? ¿Te encuentras bien?

—Algo mareada.

Media hora después, Roy se detenía ante un semáforo en otra ciudad. Un policía de la patrulla de carretera se encontraba sentado en su moto en una intersección, registrando los coches que se detenían. Parecía ceñudo. Al acercarse Roy recorrió el coche con la mirada y luego miró al interior. *Pard* dio un salto y empezó a ladrar. El policía sonrió.

—Espero que no empiecen a aparecer por ahí esos polis —dijo Roy al entrar de nuevo en la oscuridad de la carretera—. Nadie podrá impedirme que llegue hoy a Los Angeles.

Pasaba el tiempo. *Pard* fue el primero en quedarse dormido. Luego Marie. Roy se sentía algo solitario conduciendo a través de la noche y fumando un cigarrillo tras otro. Al fin comenzó a apuntar el claror. Un azul crepuscular colgaba como humo de las ramas de los altos eucaliptos que bordeaban la carretera. Empezaron a alzarse casas, graneros y árboles que, poco a poco fueron adquiriendo su propio colorido. Roy oyó el canto de los gallos. Vio a un hombre, bostezando y desperezándose, retirar con calma las tablas de su puesto de naranjas en la carretera. Del suelo ascendía una bruma blanca y el aire era despacible. Por último, el cielo empezó a iluminarse detrás de él y una débil luz dorada se extendió sobre todo el campo que se despertaba.

—Todavía sigue gustándome ver la salida del sol —dijo Roy en voz alta, y Marie se despertó sobresaltada.

—Es de día —dijo frotándose los ojos.

—Sí. Ahora ya no falta mucho. Pronto llegaremos y entonces entregaré todo el cristal a Mac y él me dará un montón de pasta. Llevamos una fortuna en este coche, Marie. Solo Dios sabe cuánto.

—Me sentiré mucho mejor cuando nos veamos libres de ella.

CAPÍTULO XXX

Cuando Roy entró en Los Angeles, las gentes se dirigían al trabajo, los tranvías y autobuses circulaban atestados y el tráfico era denso. El sol pegaba de plano en las concurridas calles y ya calentaba mucho a causa de un viento seco del desierto que soplaba del Este.

—Esto es peor que el desierto —dijo.

—Desde luego —asintió Marie—. Es el tiempo que provoca los incendios de bosques y monte bajo. Estuve a punto de que me pescara uno allá por Santa Mónica. Era precisamente en esta época del año. Había tal sequedad que se me agrietaron los labios. Soplaba un fuerte viento del mar y estaba tan claro que podía verse durante kilómetros. De repente se incendió un monte. Yo vivía en una casa de la colina con un... —vaciló un instante— con un par de amigas. Nos libramos por un pelo.

Marie calló de repente y miró hacia la calle. Recordaba aquella fiesta de fin de semana. Por aquel entonces le había parecido estupenda. Ahora la encontraba repugnante, terriblemente repugnante. Las cosas eran ya distintas.

Roy se volvió a mirada. Estaba pálida y al no haberse arreglado últimamente, tenía los labios ligeramente azulados y grandes ojeras oscuras.

—¿Cansada, pequeña?

—Más o menos, Roy. No he dicho nada. No quería molestarte. Pero, ¿qué crees que les haya pasado a Babe y Red?

—El choque pareció terrible. Si no se han matado, los polis habrán dado ya cuenta de ellos.

—Es posible que hablen.

—No. No lo creo. Pero Louis sí que lo hará.

—Tienes dificultades, ¿verdad?

—Bueno, no lo sé. No voy a preocuparme.

Marie le miró con admiración.

—Te creo.

—No estoy fanfarroneando. Solo que estoy acostumbrado a las dificultades.

—Lo sé. Si el vigilante muere, Roy...

—Habrá muerto. Él se lo buscó. Si no hubiera metido la pata no habría almacenado plomo. No llego a comprender a tipos como ese. Una pandilla de comerciantes sinvergüenzas le pagan cuarenta al mes y por eso se arriesga a parar balas. Un auténtico primo.

—Claro que lo es.

Se detuvieron ante un semáforo. En la esquina había un policía. *Pard*, saltó y le ladró. El policía sonrió.

Al ponerse de nuevo en marcha con el cambio de luz, Roy dio unas palmaditas al perro.

—¿Conque aborreces a los polis? Anda con ojo, perro, o te encontrarás en un mal paso.

Alcanzaron el centro de Hollywood antes de que Roy hablara de nuevo. Miró a Marie. Su aspecto era macilento. Demasiada tensión para una chica. No debió verse mezclada en todo aquello. Incluso muchos hombres no lo hubieran soportado.

—Verás. Luego de que vea a Mac tendré un montón de pasta. Te daré tu parte porque yo me largaré muy pronto. Supongo que volveré al Este.

—Iré contigo.

—No seas estúpida. Tú no tienes antecedentes. A ti no te buscan. Si anduvieses por ahí conmigo no tendrías más que líos.

Marie se volvió a mirarle.

—¿Estás intentando largarme por culpa de esa coja con la que te has gastado tu dinero tan duramente ganado?

—No es eso. De cualquier manera, ella está descartada. Pareces cansada, pequeña. Has tenido que soportar demasiado. No puedes aguantarlo...

—¿Ella sí?

—Claro que no. Ninguna mujer puede. Quiero decir...

—Apuesto a que puedo hacerlo mejor que cualquiera otra mujer que nunca hayas conocido antes.

—Y no mientes.

—Muy bien. Pues me quedo.

Roy miró a Marie. Tenía los labios apretados con fuerza. En lo referente a su aspecto no podía decirse que se encontrara en su mejor momento. De hecho parecía vulgar. Pero eso poco importaba. Era toda una mujer.

—Es muy posible que muy pronto anden tras de mí, pequeña. Si te quedas existe la posibilidad de que te encuentres con una bala y te aseguro que no es divertido. Lo sé. Todavía llevo alguna.

—Correré el riesgo. De todas maneras, ¿quién cuidaría de *Pard*?

—Estás loca. Puedo dejarle en el depósito.

—Ya lo estoy viendo —Marie pasó el brazo por el de Roy y se apretó contra él—. No te imagines que puedas librarte de mí con tanta facilidad. Nunca en mi vida he sido feliz. Ahora soy una chica diferente. Ahora ya no me siento como una golfa. Me siento limpia.

Roy la miró sorprendido. Las mujeres eran extrañas.

—Creo que andas mal de la cabeza.

—Piensa lo que quieras. Iré adonde tú vayas y no hay más que hablar. Claro que puedes echarme a puntapiés. No puedo impedir que lo hagas. Pero entonces me llevaré a *Pard*.

Roy se echó a reír. Se sentía bien. Apretó la rodilla de Marie.

—Bien, ya veremos. Si las cosas empeorasen demasiado tal vez haya de apartarte por un tiempo.

Marie emitió una breve risa.

—Me alegra que hayas dicho «por un tiempo». Me hace sentirme bien. Si en realidad llegara a entorpecerte en tu camino puedes aparcarme. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Roy se detuvo delante del Berwyn Arms, envolvió la caja de zapatos en un periódico viejo y bajó del coche.

—No me gusta dejar contigo ese naranjero. Pero no puedo llevármelo.

—Está debajo del asiento. Y también la munición. No te preocupes. No me pasará nada.

Al alejarse Roy del coche, *Pard* intentó saltar por la puerta para seguirle, pero Marie lo cogió al vuelo y, sujetándolo, le azotó juguetona. El animal se volvió gruñendo y empezó a dar dentelladas enseñándole los dientes. Marie se sobresaltó por un instante aunque luego se echó a reír al comprender que el perro creía que quería jugar con él como lo hacía Roy.

—Ahora mismo te sientas y te comportas, *Pard* Papá saldrá dentro de un momento.

El vestíbulo del edificio de apartamentos estaba frío y desierto. No había recepción y nunca estaba nadie de servicio. Roy se detuvo un instante y cambió una pequeña pistola que llevaba en el bolsillo izquierdo del pantalón al bolsillo derecho de la chaqueta. Su «45» la llevaba en el cinturón del pantalón. Las automáticas nunca le merecieron demasiada confianza ya que siempre se estaban atascando, pero en ocasiones siempre venía bien un arma pequeña. Quedaba perfectamente disimulada en el bolsillo de una chaqueta. Uno podía meterse la mano con gesto indiferente sin que nadie sospechara que iba armado.

La puerta de Mac se abrió de inmediato a su llamada. Roy dio un paso atrás. En el umbral estaba Krammer sonriéndole.

—Hola, Earle.

—Hola. ¿Qué está haciendo aquí?

—Cuidándome de los asuntos por encargo de Mac.

—¿Cómo es eso? ¿Dónde está Mac?

—En la cama, durmiendo. Mac es un hombre muy enfermo. Se vino abajo. Le anda mal el corazón. Yo estoy cuidando de él.

—¿Sí? Vamos al dormitorio de Mac. Delante de mí y no intente jugarreta alguna.

Krammer se echó a reír.

—Mac me dijo que no se fía de mí. Está bien, Earle. No se ponga nervioso.

—No se preocupe por mis nervios —dijo Roy, cerrando tras él la puerta del vestíbulo—, pero si intenta traicionarme, será el primero en dar con sus huesos en la alfombra.

—Mire, Earle. Mac me está pagando. Estoy dentro. Parece que la operación se

enturbió, ¿no es así?

—¿De veras?

—Salió un extra. Me enteré de todo ello hará unas dos horas. Mala suerte la de esos chicos.

—Fue culpa de ellos.

—Bien, sus problemas ya han terminado.

—¿Han muerto los dos?

—Sí. Louis se rompió la clavícula y perdió el conocimiento, pero se pondrá bien. Eso es lo mejor de todo. La Policía piensa que a Louis le secuestraron. Buscan al tercer individuo, al que disparó, pero todavía no saben quién es. Ni siquiera han identificado a Babe y a Red. Condujeron al vigilante al depósito de cadáveres para que los viera y él dijo que ninguno de los dos hizo los disparos. Que fue un tipo de más edad.

Krammer se sacó del bolsillo un periódico arrugado y se lo alargó a Roy para que lo viera. Los titulares decían: «SOBRESALTO EN TRÓPICO POR UN ROBO DE MEDIO MILLÓN DE DÓLARES... de madrugada se ha cometido el robo más audaz en los anales del crimen de la costa Oeste... tres hombres han muerto y dos están heridos».

—¿Quién es el tercer tipo? —preguntó Roy, apartando impaciente el periódico.

Krammer rio brevemente.

—Eso es algo realmente extraño. Cuando sonó la alarma, los muchachos de Tropic tenían el coche patrulla con dos neumáticos deshinchados. Un trabajo inteligente, Earle. De manera que telefonearon a la subcomisaria del *sheriff* en Alcott, un pequeño lugar en las montañas, al Oeste de Tropic. Dos agentes cogieron un coche y emprendieron la carrera montaña abajo, estrellándose con el coche de Red. Uno de ellos resultó muerto. El otro no sufrió siquiera un arañazo...

—¡Vaya suerte!

Roy empezó a sentirse algo más cómodo con Krammer. Si el tipo fuera un topo ya habría tenido una docena de polis esperándole allí. Tal vez fuera trigo limpio.

—Sí, encontraron todo el dinero desperdigado alrededor de los dos coches. Alrededor de quince grandes, además de casi diez grandes en cheques de viaje. Pero usted, Earle, también les descargó de un buen peso en joyas. Aseguran que se ha llevado alrededor de medio millón. Un montón de piezas famosas. Vayamos a que las vea Mac. Tal vez eso le anime. Anoche me tuvo realmente preocupado. ¿Las lleva en esas caja de zapatos?

—Sí. Y desde luego, vaya que pesan.

Krammer abrió la puerta del dormitorio. Big Mac estaba tumbado de costado de tal manera que la cara le quedaba oculta. A pesar de todos los kilos que había perdido todavía hacía buen bulto debajo de las ropas de cama. Roy cerró tras él la puerta del dormitorio y empezó a desenvolver la caja de zapatos. Se sentía excitado. ¡Quinientos de los grandes! ¡Qué golpe tan maravilloso! Sonriendo empezó a echar las joyas sobre la mesilla de noche de Mac. Sortijas de todo tipo, colgantes, gargantillas,

broches, brazaletes, zarcillos, collares. Un fabuloso montón centelleante.

—Despierte, jefe. Earle está aquí. Les ha descargado por medio millón.

—Sí —dijo Roy—. Lo he logrado para ti, Mac. No obtuviste mi indulto por nada.

—Despierte, Mac —insistía Krammer—. Despierte. Earle está aquí. —De repente, el detective miró a Roy con ojos vacuos—. Este hombre está muerto.

—¿Que está qué?

—Que está muerto. Dios mío, Earle, está helado como un carámbano. La palmó mientras dormía: Precisamente anoche tuve la sensación.

Roy estaba atónito y permanecía allí en pie frotándose la barbilla. ¡Pobre viejo Mac! No lo consiguió. Allí estaba él, yerto y sobre la mesilla de noche, joyas por valor de medio millón de dólares. ¡Big Mac! El hombre a quien todos solían recurrir. El más grande sobornador del medio Oeste, que compraba a gobernadores y jueces, se codeaba con la gente rica de Saratoga y Belmont, hacía correr a sus propios caballos en todo tipo de carreras y daba fiestas a las que incluso podía asistir un senador de los Estados Unidos. Y ya solo era un viejo agotado, frío como un témpano.

—Sí —dijo Roy en actitud reflexiva.

—Esto es un desastre —dijo Krammer—. No sé dónde guarda la pasta y me debe un montón. Registremos este antro.

—No —dijo Roy—. Tengo negocios pendientes. Empezó a reunir las joyas, dando vueltas una y otra vez en la mente a la carta de instrucciones de Mac en clave «Salto», que se había aprendido de memoria.

Dio media vuelta. Krammer le vigilaba. Tenía una expresión furtiva.

—¿Qué va a hacer con todo eso?

—Tengo que entregárselas a otro tipo. Supongo que Mac tendría el presentimiento de que no llegaría a verlas. Y me dijo exactamente lo que tenía que hacer en el caso de que ocurriera algo como esto.

—No sea estúpido —gritó Krammer poniéndose pálido—. Mac está muerto. Hizo lo más que pudo por él. Mire, Earle. Somos ricos. Tengo un contacto que puede ocuparse de ellas. Es posible que no obtengamos lo que Mac le hubiera dado, pero desde luego podemos sacar cincuenta grandes cada uno y cuando el asunto se calme podremos largarnos. ¿No se da cuenta? Somos ricos. Nunca más tendremos que volver a trabajar. ¡Santo cielo, hombre, use la cabeza! Es una ocasión que no volverá a tener en la vida.

Krammer sudaba por la excitación.

—No —dijo Roy—. Usted registre todo esto y vea lo que puede encontrar. Yo he de telefonar.

—¡Por Dios, hombre! No querrá decirme...

A Krammer se le quebró la voz. Estaba realmente abatido. Veía cómo a una inmensa fortuna le crecían alas ante sus propios ojos y alzaba el vuelo alejándose de él. Era demasiado.

Krammer se dominó. Se endureció su expresión y miró a Roy que le ignoró.

—Muy bien, Earle —dijo—. Supongo que por un momento he perdido la cabeza. Tal vez tenga razón. Echaré un vistazo por aquí.

Pasó a la sala de estar dejando la puerta del dormitorio abierta de par en par.

—No intente pegármela —le gritó Roy—, o tendré que ir a por usted. Se quedará en este apartamento hasta que yo lo diga.

—Oiga, soy trigo limpio —dijo Krammer con voz quejumbrosa—. No veo por qué no ha de estar de acuerdo con el plan.

—Sí —dijo Roy, marcando su número. Seguía en pie de frente a la puerta. Oyó a Krammer moverse por la habitación contigua, abriendo cajones y dando golpes—. ¿Es pico 7179? Quisiera hablar con E. D. ¿Eres tú, E. D.? Aquí R.

—¿Qué quieres? ¿No sabes que eres puro veneno? No debieras haberme llamado.

—¿Me han identificado?

—No, pero lo harán. Todos saben que el hombre del arma es un antiguo convicto y saben que tú estás fuera. Di a M. que se largue de inmediato en avión.

—M. ha muerto. En la carta decía que te telefonara. Al parecer eres tú quien ha de ocuparse de la mercancía.

—Ni en sueños. No la tocaría ni por un millón de pavos. ¡Menuda se ha organizado, amigo! Todos los periódicos de la ciudad tienen en la calle a diez hombres. Es el caso más grande desde lo de Lindbergh. Más vale que te esfumes a México y te metas en un agujero. ¿Qué le ha pasado a Big Boy?

—El corazón.

—Me lo temía. Más vale que cuelgues.

—Espera. En la carta decía que si tú no podías ocuparte tenía que ponerme en contacto con Art. Has de darme su número.

—No tiene teléfono. Al menos yo no tengo su número. Pero toma su dirección.

Roy la anotó en un trozo de papel. Era una dirección en Ocean Park a orillas del mar.

El hombre del otro lado del hilo colgó de golpe. Roy acabó de recoger el resto de las joyas y empezó a envolver la caja con el periódico. Oyó el arrastre de unos pies y se volvió. Krammer se encontraba de pie, en la puerta, con una gran automática en la mano derecha. Tenía el rostro lívido y un tic nervioso. Había que tener arrestos para enfrentarse a Roy Earle y se encontraba bajo una tensión terrible.

—¿Qué pasa? —preguntó Roy con tono cortante.

—Nunca saldrás de aquí con esas joyas —dijo Krammer—. Aquí solo he encontrado doscientos dólares. Quiero mi parte.

Roy sonrió, tranquilo.

—¿Por qué no buscas aquí, Krammer? Tal vez a Mac le gustara tener la pasta cerca de él.

—Al infierno con todo eso. Dame la caja de los zapatos, eso es lo que quiero. Si me creas dificultades, te llenaré el cuerpo de plomo y luego te entregaré. Me darán

una medalla.

—Tienes razón —admitió Roy—. Bueno, hay que reconocer que este material está que arde. Puedes quedártelo.

Cogiendo la caja con la mano izquierda, se la ofreció a Krammer. Pero sus ojos le traicionaron. Tenían una mirada inmisericorde. Y tan dura como el pedernal. Se metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

—¡No! —gritó Krammer; perdiendo el valor, con el rostro de una palidez mortal.

Apretó el gatillo con gesto convulsivo y Roy vio una luz fugaz al tiempo que sentía un agudo dolor en el costado derecho. Disparó dos veces a través del bolsillo de su chaqueta y Krammer retrocedió, se agarró a la jamba de la puerta y luego se deslizó lentamente, cayendo de espaldas con un fuerte golpe y empezó a debatirse.

Roy, apuntando cuidadosamente, hizo otro disparo. Krammer quedó inmóvil.

—Ni siquiera me gusta ver palmarla a un bastardo semejante —dijo Roy.

Recogió su caja de zapatos y, pasando por encima de Krammer, abrió la puerta del recibidor y recorrió con la mirada el vestíbulo. Estaba desierto. Cerró la puerta tras él y empezó a atravesar rápidamente el vestíbulo. El costado le dolía como si alguien le hubiese aplicado un hierro candente y sentía correr la sangre por la pierna.

—Me estoy haciendo viejo, dejando que una rata semejante me alcanzara —farfulló entre dientes.

Se abrió una puerta y apareció la cabeza rubia de una mujer que recorrió con la vista el vestíbulo.

—¿Ha oído disparos? —preguntó a Roy al verle.

Se abrió otra puerta y otra mujer apareció antes de que pudiera contestar.

Roy se quitó el sombrero.

—¿Qué? No, señora, no los he oído.

—Yo creo que sí. Sonaban cerca. Pero tenía las ventanas abiertas, así que tal vez haya sido fuera. Esos muchachos locos..., se pasan la vida conduciendo esos «Ford» enanos por las calles de este barrio. Si no terminan de una vez con ellos, me trasladaré.

Apareció una mujer más y un hombre atisbó por encima de su hombro.

—Tal vez haya sido un camión —dijo Roy—. Por mi parte, no he oído nada.

Sonrió y empezó a bajar lentamente las escaleras.

Marie caminaba de arriba abajo junto al coche. Tenía el rostro ceniciento.

—Dios mío, Roy... —empezó a decir, pero él abrió la portezuela del coche, la empujó, dentro y luego arrancó—. ¿Aún sigues teniendo las joyas?

—Sí. Mac ha muerto.

—¿A causa de todos esos disparos? Pensé que alguien te había matado, Roy. Me preparaba a ir en tu busca.

—Estás completamente loca. Jamás hagas una estupidez semejante. Cuando lleguemos a aquel *drugstore* tendrás que bajar y telefonar al «Nu-Youth Health Institute» y decir a *Mr. Parker* que esté preparado porque Roy llegará de un momento

a otro.

—Entendido. ¿Qué te pasa, cariño? Tienes mal aspecto.

—Creo que me han metido una bala y quiero que me la saquen.

Marie se lo quedó mirando, pero él permaneció mudo.

—*Pard* —gimoteaba mirando a Roy. Se le veía inquieto. Había oído sangre.

—Nunca he visto fallar así un trabajo —dijo finalmente Roy—. Jamás en la vida.

—No te preocupes —dijo Marie—. Todo nos saldrá bien, cariño.

CAPÍTULO XXXI

Mientras Roy se desnudaba hasta la cintura, Doc cerró con llave la puerta y sacó su instrumental.

—Voy a decirte algo, Roy —dijo—. Esto no lo haría por nadie salvo por ti. Ha sido un trabajo estúpido y dentro de uno o dos días vas a estar al rojo vivo. ¿De veras levantaste quinientos de los grandes?

—No lo sé, Doc. Ya sabes que después de un atraco siempre hacen subir los precios a las nubes. Pero tenemos un montón de pedruscos. Antes de que empieces a cortar quiero decirte algo. Has de confiar en mí en la cuestión de la pasta. Solo tengo cincuenta y seis dólares.

—Aún no tienes la pasta, ¿eh? Muy bien Roy. Pero pienso que esto va a costarte quinientos dólares cuando los tengas. Estoy corriendo un riesgo tremendo. Échate en la mesa.

Roy se tumbó y Doc empezó a examinar la herida.

—Quinientos está bien para mí. Cuando necesito ayuda, la necesito de veras, y estoy preparado a pagarla. Sin embargo, a eso se debe el que nosotros jamás tengamos pasta. Un montón de dinero para el que da el soplo. Una buena parte para el intermediario. Más pasta todavía para polis y carceleros. Gracias que podamos echar mano de un indulto si es que lo necesitamos. Es peor que ganar las elecciones de Presidente.

—Sí —asintió Doc en actitud ausente mientras le limpiaba la sangre. Luego se echó a reír—. Tienes suerte, Roy. La bala te abrió un agujero en el costado y salió limpiamente. Un poco más abajo y algo más a la izquierda, te habría dejado la pelvis hecha polvo: No tendrá importancia si cicatriza bien. Pero todavía siguen en pie los quinientos. Es por el riesgo, no por el trabajo.

Roy fumó un cigarrillo mientras Doc le vendaba. Luego se puso en pie y Doc le ayudó a vestirse.

—Esto quema como carbones encendidos, Doc —dijo Roy, haciendo un gesto de dolor.

—Deberías sentirte contento de que no haya utilizado yodo. Toma, llévate esta botella. Cambia todos los días el vendaje y no corras riesgos. Puedes estar seguro de que el tipo que te disparó te apuntaba al vientre. Vaya si quería cargársete. Pero, ¿qué hacías, Roy? ¿Correr por ahí en ropa interior mientras te acribillaban?

—¿Qué quiere decir? Ah, ya le comprendo. No. Me cambié de ropa en los lavabos de una gasolinera. No podía circular por ahí con la chaqueta agujereada por las balas.

Doc puso la mano sobre el hombro de Roy.

—Escucha, hijo. Vete de la ciudad y no vuelvas por el momento. En lo que se refiere a la herida no tienes de qué preocuparte. Haz caso al viejo Doc. En esta ciudad la cosa está que arde. En adelante va a resultar muy poco saludable para montones de gente. La banda que maneja las cosas va a ser sometida a poda, y lo sabe. Ya sabes que Ed Seidel es aquí el Número Uno. Y esta mañana me he enterado de que se larga. Se va a Honolulu de vacaciones y probablemente serán largas. Se ha levantado la veda. Al Bookie Syndicate es posible que le sacudan a fondo. Incluso se esfuman los pequeños bergantes y estafadores. Me alegro de que mi negocio sea ahora honrado, Roy. Pero no me siento cómodo en él. En los viejos tiempos, cuando la cosa se ponía al rojo vivo, tenía que esconderme como el resto. Ciertamente me resulta extraño ver correr a los chicos en busca de refugio mientras que yo sigo aquí al pie del cañón. —El viejo Doc se echó a reír—. Sí, a Big Mac le ha fallado la suerte. En los viejos tiempos, si llovía sopa, siempre tenía a mano un recipiente. Ahora ni siquiera tiene un tenedor. Si llegaran a echaros mano y te detuvieran, te encerrarían de por vida y noventa años. Así que lárgate y hazlo rápido. Pero no te olvides de mis quinientos.

—No pensará que voy a dejar de pagarle, ¿verdad?

Doc rio.

—Ni siquiera contestaré a eso.

Roy hizo una mueca.

—Seguiré su consejo, Doc.

—¿A qué te refieres?

—Tengo a una joven que está metida en el embrollo y me la llevo conmigo.

—¿Y qué me explicas de la pequeña Velma? Mi amigo el cirujano me dice que ha quedado bien.

—Se llama Velma. No lo sé, Doc. Fue solo una de esas cosas.

Roy parecía ligeramente incómodo, de manera que Doc no insistió en el tema.

—Ya. Bien, más te valdrá ponerte en marcha, Roy. Si te pescan, estoy hundido. Empezarán a buscarme y acabaré haciéndote compañía en San Quintín. Tengo sesenta años. Y una emoción fuerte podría acabar conmigo.

—No se preocupe, Doc. Ya me voy. De manera que es verdad que la cosa está que arde. Pensé que esta ciudad era un teatro viviente. Eso es lo que he oído en Chicago.

—Lo ha sido durante años. ¡Y cómo! Pero eso se ha terminado, Roy. Se ha terminado.

Se dieron un apretón de manos y Roy salió. Doc, abandonando su despacho se dirigió hacia los grandes ventanales delanteros. Vio a Roy subir a su coche y cómo una joven de pelo negro le daba unas palmadas y actuaba de manera posesiva. Y de repente se sobresaltó.

—¡Caramba! Llevan un perro en el coche. —El viejo Doc permaneció allí en pie moviendo la cabeza. Finalmente rompió a reír—. En definitiva, solo es un granjero. Dadle un perro y una mujer y quedará satisfecho. Debiera haberse quedado en la granja. Habría vivido más y lo hubiera pasado igual de bien. A Roy nunca se le pudo

engañar. Hace algunos años fue Myrtle y aquel chow que mordía a todo el mundo, incluso a Johnny. Pensé que ese sería el fin del chow, lo que me venía de perilla. Pero Johnny se limitó a reír. Hay que admitir que era un tipo de buena pasta.

Sobre su cabeza sonó un zumbido y Doc miró hacia arriba. De nuevo Carson. Necesitaba ayuda. El viejo Doc suspiró al tiempo que daba media vuelta.

—Lo más probable es que *Mrs.* Hansen tenga fiebre. Si la tiene es la causa del joven doctor que he contratado hoy. No sabe palabra, pero tiene el pelo rizado y veinticinco años. Con toda seguridad me proporcionará un buen número de casos.

CAPÍTULO XXXII

Cuando llegaron a la parte sur más alejada de la ciudad, Roy giró en el bulevar, enfilando por una bocacalle.

Marie se incorporó bruscamente. Había permanecido con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y las piernas estiradas, en una actitud perfectamente relajada. Tropezó con *Pard* y este saltó también y lanzó un ladrido agudo, todavía medio dormido.

—¿A dónde vas, Roy? —Pero lo sabía antes de que le contestara—. Conque es eso.

—¿Y qué? Has elegido un buen momento para ir de visita. Llevamos una metralleta y una caja de zapatos llena de joyas. Suponte que algún poli fisgón se acerca a curiosear.

—Lo sentiría.

—Y también Mamá y Papá y la pequeña Eva y el resto de tus estúpidos amigos.

Roy apretó la mandíbula.

—Ya has soltado tu rollo, Marie. Pero cuando me libre de estas cosas nos largaremos. Doc dice que la cosa está que arde. Es posible que nunca vuelva a tener ocasión de saludar a estas gentes. Prometí venir para ver andar a Velma, ¿no es así? Tú me oíste.

—No prometiste nada. Recuerdo exactamente lo que dijiste. Dijiste que lo intentarías.

—Bueno, aquel día estaba enfadado. Papá sabe que quería decir que iría. Dios mío, Marie, fue idea mía. De no ser por mí, Velma seguiría siendo una lisiada.

—No quiero ni pensado. ¡Pobrecita mía!

—Estás celosa. Eso es todo.

—Muy bien. Si te pescan por visitar a esa gente, tú te lo habrás ganado. Claro que a mí también me tocará, pero eso poco importa. Y *Pard* acabará gaseado en la perrera.

Roy se agitó incómodo.

—Solo será un minuto. Les diré que vuelvo al Este.

—Diles que me llevas contigo y no me oirás una palabra más. Solo que te acompañe.

—Parecerá raro —dijo Roy, todavía incómodo. Marie no dijo palabra—. Muy bien. Tú ganas.

Al aparcar Roy el coche vio un reluciente sedán nuevo delante de la casa de Velma. Marie se echó a reír.

—Parece que hay competidores.

Roy dio unas palmaditas a *Pard* y luego se quedó mirando pensativo el coche.

—¿Crees; que ese tipo, ese director...? No, no sabría donde encontrarle.

—¿Qué estás farfullando?

—Aquel director, Marty Pfeffer, vio a Velma en Tropicó y él mismo me dijo que tenía una cara interesante.

—¿Te lo dijo? Así que ahora andas compadreando con los tipos de Hollywood, ¿eh? Es la primera vez que lo oigo.

—Es una larga historia. No podría ser él. No sabría dónde encontrarla.

—Eso sí que es mala suerte. Seguramente habrá destacado a todas sus fuerzas para buscarla.

—Calla de una vez.

—Muy bien. Me callaré. Aborrezco ver a un hombre como tú haciendo el ridículo por una pequeña estúpida como ella. En el salón de baile solíamos tener muñecas así. Los chulos hacían su agosto.

Roy se detuvo y se volvió.

—Marie. Si no te... —La vio que estaba a punto de llorar y vaciló—. Muy bien, solo será un minuto.

—Pase lo que pase, no dejaré que té quedés. No lo permitiré.

—Yo no quiero quedarme. De cualquier manera, no puedo.

Al llamar Roy, oyó música y la risa de varias personas. Abrió la madre de Velma. Roy apenas la conocía. Se había hecho la permanente y llevaba la cara maquillada como una muchacha de dieciocho años. Vestía un llamativo traje nuevo, inadecuado para su edad, y sonreía feliz. Pero al ver a Roy frunció el ceño.

—Es usted.

—Yo mismo. ¿Cómo está *Mrs.* Baughman? Le presento a mi amiga Marie Garson. Vuelvo al Este, de manera que pensé en dejarme caer por aquí para despedirme.

—¿Qué tal está? —dijo la madre de Velma, saludando con ademán distante a Marie—. ¿De manera que regresa al Este? Bien, entren. Sé que Papá estará contento de verle.

Roy apenas reconoció la casa, tan limpia y ordenada estaba. En la sala de estar había una «Victrola» en marcha y oyó reír a Velma.

—Ahora lo coges, Velma —se oyó decir a Papá—. Eso es. Eso es.

Roy oyó el arrastre de pies seguido de más risas. Luego entraron. Mamá se encontraba plácidamente sentada en un sofá, vestida con sus mejores galas. Incluso ella había ido a un salón de belleza. Llevaba el pelo blanco cuidadosamente ondulado, dándole una apariencia poco natural.

Papá se encontraba en el centro de la habitación, en una mano un puro y en la otra un vaso de vino. Llevaba un cuello almidonado, que a todas luces le estaba haciendo polvo el suyo propio, y el escaso pelo gris cuidadosamente alisado. Un hombre joven desconocido estaba enseñando a Velma los pasos de un nuevo baile.

Velma vaciló, mirando por encima del hombre. Al ver a Roy se sobresaltó ligeramente. Luego este vio por tercera vez aquella sonrisa poco natural que no le gustaba nada.

—¡Roy! Creíamos que se había ido. ¿Dónde ha estado?

Se acercó corriendo a él, riendo, con la boca ligeramente abierta por la excitación. Pero ya no cojeaba. Se las arreglaba muy bien con los zapatos de tacón extremadamente alto. Y ya no parecía ni triste ni patética. Tenía la cara resplandeciente y le brillaban los ojos. También había estado en un salón de belleza. Llevaba el fuerte pelo rubio peinado en ondas simétricas. Su aspecto era en extremo atractivo y gracioso. Pero, para Roy, aquella no era en modo alguno Velma. Era una chiquilla rubia a la que había que intentar lograr rápidamente o no hacerle caso. Pero jamás pasarás una noche en blanco pensando en ella.

—Hola, Velma —dijo, estrechándole la mano.

—¿Me has visto? Puedo bailar. Estoy aprendiendo. Quiero decir... ¡Ah! Perdóname, Roy. Este es *Mr. Preiser*. Es de nuestra ciudad.

—¿Qué tal? —dijo Roy estrechando la mano al joven.

—Hola —dijo Velma volviéndose hacia Marie—. Esta es *Miss Garson*, Lon. ¿Te recuerda a alguien?

—Encantado de conocerla, *Miss Garson* —dijo Preiser haciendo una ligera inclinación—. Caramba, sí que me recuerda. A Nona Braden.

Velma miró triunfal a sus abuelos.

—Eso fue lo que dije.

—Solo que es más guapa —añadió Preiser—. Mucho más.

—Gracias —dijo Marie—. Claro que como nunca he visto a su amiga Nona, no sé si es o no un cumplido. ¿Era el *shag* lo que estaban ensayando hace un momento?

—Sí —dijo Preiser—. Así es como lo llaman allá, por nuestra tierra.

—No lo conocen bien —dijo Marie—. Déjeme que se lo enseñe.

—Encantado - Preiser puso de nuevo el disco y rodeó cuidadosamente la cintura de Marie.

Empezó a bailar vacilante, algo intimidado por Marie, pero al cabo de un instante marcaban en perfecta unión los pasos intrincados y sincopados.

—¿Sabe lo que le digo? —exclamó Marie con una sonrisa resplandeciente—. Que no lo hace nada mal.

—Gracias —dijo Preiser hueco como un pavo—. Es usted maravillosa, si no le importa que se lo diga.

Velma les miraba algo desconcertada. Finalmente fue a sentarse junto a Mamá, que le dio unas palmaditas en el hombro y miró furiosa a Marie. Papá se acercó a Roy echándole el brazo sobre los hombros.

—Va a casarse con ella —le musitó—. Mamá y yo volveremos allí para la boda.

—¿De veras? —dijo Roy—. ¡Eso es estupendo, Papá!

Pero no prestaba demasiada atención a lo que estaba diciendo el anciano. Cada

vez se estaba poniendo más furioso. ¿Qué diablos creía Marie que estaba haciendo refregándose de aquella manera contra aquel tipo? Una golfa siempre sería una golfa.

—Harás mejor dejando que Velma baile con él, Marie —dijo intentando disimular su irritación—. Ella es la que está aprendiendo. Tú conoces todos los pasos.

—Espere a que termine el disco, por favor —dijo Preiser—. Ahora yo también estoy aprendiendo. Supongo que lo hacía todo mal. ¡Es usted una bailarina fantástica, Miss Garson!

«¡Mastuerzo!», se dijo Roy. ¿Era aquel el tipo al que había pensado derribar? ¿Aquel cortés joven, de pelo rizado y guapito, tan inofensivo como un mosquito? Había que verle, todo él perturbado porque una golfa le estaba dando el tratamiento de restregadura de diez centavos el baile.

Y de repente a Roy ya no le importaba un bledo Velma y tampoco Papá y Mamá. Se dio cuenta de que para él nunca habían sido personas reales, sino fragmentos de una ensoñación del pasado. Empezó a comprender vagamente que, desde el momento en que la verja de la cárcel se cerró tras él, había estado intentando volver a su adolescencia, cuando siempre era verano y las luciérnagas brillaban debajo de las inmensas ramas de los sicomoros y se balanceaban a la puerta de la granja, con la chica de pelo amarillo del otro lado de la carretera, mientras en el porche la «victrola» tocaba *Dardanella*... Papá y Mamá eran, sencillamente, réplicas de su propia gente y Velma no era realmente Velma, una pequeña rubia delgada, de aspecto corriente, sino el fantasma de Roma Stower que se balanceaba en la verja...

Se paró la música. Preiser se inclinó ligeramente y dio las gracias a Marie por su experta lección. Parecía algo acalorado. Tenía la cara enrojecida y sobre la frente le caía un húmedo mechón de pelo rizado. Mamá dio un pequeño empujón a Velma incitándola.

—Ahora baila tú, preciosa.

Al cabo de un rato, la madre de Velma ofreció a todos un vaso de vino.

—Sí. —Estaba diciendo Preiser—. Me sentí muy excitado al descubrir que la Convención de Exhibidores iba a celebrarse en Los Angeles. Velma estaba aquí y yo intentaba encontrar alguna excusa para venir a verla. Me fastidiaba dejar mi negocio, pero entonces surgió la convención y así...

—He oído decir que lo pasan bomba en esas convenciones —dijo Marie.

Preiser se echó a reír al tiempo que enrojecía.

—Eso es lo que me dicen. Pero en lo que se refiere a mí queda totalmente descartado.

Velma sonrió, dirigiendo una mirada triunfal a Marie.

—Yo también vuelvo al Este —estaba diciendo Marie—. Roy quiere que viaje con él y creo que lo haré.

—Díselo, Lon.

—Velma y yo vamos a casarnos.

—¿De veras? —dijo Marie—. Eso sí que es estupendo. ¿Verdad, Roy?

Velma miró a Roy. Vio en sus ojos una mirada acerada y palideció ligeramente. Roy recuperó el dominio de sí mismo.

—Sí. Sí. Es formidable. Enhorabuena. —Sonrió a duras penas y estrechó la mano de Preiser, que hizo un gesto de dolor—. Les deseo toda la suerte del mundo. —Luego, se volvió hacia los viejos—. Lo siento, Papá, pero creo que debemos irnos. Me dirijo al Este y quiero ponerme en marcha de inmediato. Ese es el motivo de que me haya dejado caer por aquí.

—Bien, no corras demasiado, Roy. ¿No es maravilloso que Velma pueda andar e incluso bailar?

Entonces intervino Preiser. Parecía incómodo.

—Mr. Goodhue me ha contado todo lo que usted ha hecho por Velma y quería decirle que me siento obligado a rembolsarle... quiero decir que después de todo es mucho dinero...

—Olvídelo —dijo Roy—. No tiene importancia.

Tenía prisa por salir de aquella casa. Era como un hombre que anduviese en sueños y de repente se despertara y se preguntase cómo habría llegado hasta donde se encontraba. Ahora ya aquella gente no significaba nada para él. Maldito si significaban algo. Lo único en que podía pensar era en sacar afuera a Marie y cantarle las cuarenta.

—Bien —dijo Roy.

Él y Marie fueron estrechando manos. Papá seguía intentando retenerles, gastando pequeñas bromas, apretando el brazo a Roy hasta que este, finalmente, se soltó con brusquedad y empezó a bajar los escalones. Marie se dio cuenta de la expresión dolida de Papá e intentó animarle con unos golpecitos en la espalda.

—Creo que Roy está algo preocupado —le dijo—. Adiós, señor. No deje que le den gato por liebre.

Una vez que se hubieron ido, Velma se volvió hacia Preiser con el ceño fruncido.

—¿Tenías que bailar tan apretado con ella? —le preguntó.

—¿Bailaba apretado? No me he dado cuenta. Intentaba aprender bien esos pasos para poder enseñártelos, Velma.

—Vamos, Velma —le dijo su madre.

—No me importa. Roy se dio cuenta y estaba furioso.

—Entonces no debería ir andando por ahí con una chica semejante —dijo Mamá—. No culpes a Lon. No fue culpa suya. ¿Qué puede hacer un hombre cuando una chica le agarra de esa manera? Un hombre ha de ser educado.

—Desde luego ha sido educado. Vaya que sí —remachó Velma.

—No me importaría dar una o dos vueltas con ella —intervino Papá, sirviéndose otro vaso de vino—. Pero Roy estaba furioso como un avispon. Sí, a fe mía que lo estaba.

—Acaso no fuera eso lo que le puso furioso —dijo Velma, mirando altiva a Preiser y encogiéndose levemente de hombros. Luego salió al vestíbulo seguida de

Preiser.

—Vamos, Velma...

—Ya no estoy lisiada, Lon Preiser, no lo olvides. Que no te vea yo nunca más bailando con otra chica de esa manera o te volverás solo a Ohio y yo me quedaré aquí. Me gusta California y a lo mejor me quedo de todas maneras.

—Caramba, Velma, no fue culpa mía.

—Sí que lo fue. Ni siquiera te paraste cuando Roy te dijo que lo hicieras. ¿Quieres saber por qué estaba Roy furioso? Estaba furioso porque me caso contigo. Está loco por casarse conmigo.

—Lo sé —dijo tristemente Lon.

Velma se volvió a mirarle y luego le rodeó con los brazos.

—¡Estoy tan celosa, cariño! ¿No lo estás tú?

—Sí —dijo Lon—. Me alegro de que ese hombre se haya ido.

CAPÍTULO XXXIII

En lugar de increpar a Marie como era su intención, Roy, una vez en el coche, permaneció con la mirada clavada en la carretera, conduciendo en silencio. De vez en cuando alargaba la mano y acariciaba las orejas de *Pard* con gesto ausente. Marie le observaba por el rabillo del ojo. Permaneció callado tanto tiempo, que al fin fue ella quien habló.

—¿Quieres que te encienda un cigarrillo, Roy?

—No.

Iba serenándose de forma gradual. Lo mejor que podía hacer era mantener la boca cerrada hasta que pudiera hablar con calma. De nada serviría que Marie supiera que sentía celos por ella. Cuando se trataba de hombres, las mujeres se pasaban todas de listas, pero en especial Marie. Se había comportado de aquella manera por una razón, no porque quisiera abrazar a un tipo al que jamás había visto antes. Lo que había tratado de hacer era, o bien escarmentar a Velma o hacer que él se sintiera celoso. Y había hecho un buen trabajo en ambos sentidos.

—¿Sigues enfadado? —le preguntó Marie.

—No demasiado. Pero les has dado todo un espectáculo.

—Y he mareado bien a su amigo. Caramba, podría haberle vuelto loco en menos que canta un gallo. Me parece que tu pequeña Velma no es gran cosa.

—¿De veras? En cualquier caso no se lanza sobre un hombre.

—Tiene miedo.

—Muy bien. Como quieras.

—Nunca me has visto bailar, ¿verdad? He de reconocer que lo hago muy bien. ¿Tú bailas, Roy?

—Algo.

—Una de estas noches iremos a bailar. Por aquí hay casas de comida con baile a lo largo de toda la carretera.

—Tal vez.

Marie se volvió de repente y, rodeándole con un brazo le besó en la mejilla.

—Estoy loca por ti, Roy. No estés enfadado. Solo lo hice para demostrarte lo fácil que me resulta conquistar a un hombre. A veces te comportas como si creyeras que nadie me hace caso más que tú.

Roy se volvió y la besó con fuerza en la boca.

—Si alguna vez te sorprende frotándote contra otro tipo de esa manera, te cortaré las orejas.

Marie se echó a reír al tiempo que se apartaba.

—Si lo hiciera no lograrías alcanzarme.

Roy permaneció sentado jurando entre dientes. Era un perfecto tarugo. A su pesar había caído en la trampa.

—Estaba bromeando —dijo—. Por mí puedes bajar ahora mismo del coche y seguir tu vida. Eso es lo que pienso de ti.

—Sin embargo, no lo haré —le aseguró Marie—. Y, de todas maneras, no te creo.

Roy encendió un cigarrillo y rodaron en silencio. Marie iba sentada acariciando a *Pard* y mirando de soslayo a Roy.

Al cabo de un rato vieron el océano Pacífico al final de la calle. El día estaba gris. En la lejanía se acumulaba un banco de niebla blanca.

—Es extraño lo distinto que parece en la playa —dijo Marie—. En la ciudad hace calor y está seco. No me gusta la playa en otoño. Me hace sentirme rara. No sé.

—De manera que este es el Pacífico —dijo Roy—. Prefiero el lago Eire.

Se detuvo en un pequeño aparcamiento cerca del camino entablado y bajó del coche.

—No te demores mucho —dijo Marie.

—Seré rápido. Más vale que dejes evacuar a *Pard*, porque cuando salgamos de aquí no vamos a parar ni un instante.

Metiéndose la caja de zapatos bajo el brazo, caminó presuroso.

Soplaba un fuerte viento del Noroeste y, mientras Roy avanzaba por el camino entablado, la ropa se le ceñía al cuerpo e intentaba arrebatarle el sombrero. Se volvió a mirar las aguas. Olas gigantescas avanzaban lentamente arrolladoras, haciendo espuma. Y lanzando rociadas al aire. Rompían con estruendo en la playa y el camino entablado vibraba bajo sus pies.

—Diez millas de estas aguas hasta China —dijo Roy—. Me quedaré aquí.

Casi todas las concesiones a lo largo de la playa estaban cerradas. Apenas se veía un alma. Aquel lugar aparecía triste y desierto.

Finalmente encontró el número y llamó a una baqueteada puerta a una galería de tiro al blanco que tenía el cierre echado. La puerta se abrió de inmediato y Roy escudriñó un angosto vestíbulo oscuro como boca de lobo.

—¿Eres tú, R.? —preguntó una voz.

—Soy yo. ¿Se ha puesto Ed en contacto contigo?

—Sí. Envió a un hombre. Ven a la parte de atrás.

Roy siguió a un hombrecillo a través de un pasillo largo y estrecho que más bien parecía un túnel. Se abrió una puerta y la luz invadió la oscuridad. Roy vio una pequeña habitación acogedora con un par de costosos sofás; un gran aparato de radio y una mesa de café con el tablero de azulejos rebosante de botellas, vasos y sifones. Había fotografías de bellezas en bañador, púgiles y caballos de carreras por las paredes. Una única lámpara inmensa despedía una luz suave.

—Soy Art —dijo el hombrecillo volviéndose para el apretón de manos. Tenía un rostro aguileño, de facciones más bien hermosas, y sus modales eran discretos y cordiales, pero sus ojos claros estaban demasiado juntos y su boca era grande, de

labios gruesos.

—¿Qué tal? —dijo Roy.

Se sentaron y Roy dejó la caja de zapatos sobre la mesa de café. Art la cogió y, después de sopesada, empezó a sacar las joyas. Se le desorbitaron los ojos y se quedó con la boca abierta.

—Si no conociera su procedencia, diría que eran imitaciones —dijo—. ¿No se ponían las cosas al rojo vivo cuando echábamos la zarpa a algo semejante?

—He oído que ya estaban al rojo vivo.

—¿Que estaban? Yo diría que están. Ed se larga a Honolulu. ¿Te lo imaginas largándose con esto entre manos si la cosa no estuviese echando humo? Tenía mucha pasta invertida en este asunto. Mac no puso un centavo.

—Estaba arruinado, ¿verdad?

—No solo arruinado. Debía a todo el mundo. Y decir que ese tipo tuvo un día un millón de pavos. Pero se lo gastó en caballos y rubias. ¡Menuda debilidad tenía por las rubias! Hace un par de años le presenté a una jovencita llamada Saisy. Era acomodadora en una sala de cine y se ganaba algo de dinero en su tiempo libre. Estrictamente el tipo para una noche. ¿Y qué es lo que hace Mac? Se la lleva con él a París y la muchacha vuelve con un abrigo de chinchilla. ¡Una chica de cinco dólares!

—¡Pobre Mac! —dijo Roy—. Él allí muerto con medio millón de pavos a su lado.

—No valen medio millón.

—Eso es lo que han dicho los periódicos, pero, desde luego, en estos casos, siempre calculan a lo grande.

—Sin embargo, es mucho —dijo Art.

—Bien. Ahora son todas tuyas. Quiero mi parte.

Art sacudió negativamente la cabeza.

—Habrás de esperar, Roy. No tengo pasta, por así decirlo. A mí me corresponden mil doscientos y me irrita lo lejos que está Ed. Mac era un tipo formidable, pero la operación le costó una fortuna. Hubo de sacarte a ti. No quería ni oír hablar de cualquier otro. Compró dos coches, el tuyo y el de Red. Además, nuevos. Os mantuvo a los tres mientras Louis esperaba el momento. Entre unas cosas y otras ha resultado un golpe muy costoso. Y encima las cosas se han puesto feas. Espero que Louis mantenga el pico cerrado. Está limpio como una patena si se muestra hábil.

—Escucha. Necesito algo de pasta.

—No voy a serte de gran ayuda. Cincuenta es mi límite. Supongo que sabrás, Roy, que Max, de Kansas City, es el pez gordo que hay detrás de este golpe. Él y Ed, claro está. Y ahora Ed está fuera. Mac era el ingeniero, eso es todo. Y yo no soy nadie, robos de poca monta con participación de tres al cuarto. Déjame el material y desaparece. Pero quédate cerca. Tengo un número de teléfono secreto. Te lo daré. Llámame dentro de un par de días. Para entonces Max estará aquí y calcularemos tu parte.

—No estarás pensando en hacerme una jugada, ¿verdad, Art? No me gustan los

que se pasan de listos.

Art se frotó la barbilla nervioso. No estaba acostumbrado a tratar con tipos duros de categoría como Roy Earle. Lo que hacía era ocuparse de los de poca monta.

—Todo cuanto puedo decir es que Ed te envió aquí. Mac sabía que yo tomaba parte. ¿Qué ganaría yo haciéndote una jugada? De cualquier manera, Max no me lo permitiría aunque a mí se me hubiera ocurrido. Y desde luego no ha sido así. Max es trigo limpio.

—No son esas mis noticias.

—Llévate el botín —dijo Art—. De cualquier manera es como andar por ahí con una bomba. Tengo el presentimiento de que acabaré en San Quintín a causa de esto.

—Dame cien machacantes —dijo Roy—. Tú te quedas con el botín. Pero, si no recibo mi parte, vendré como un gato a por ti. Y también a por Max. Para mí no es demasiado grande.

—Muy bien. De acuerdo, te daré cien. Y este es mi número —dijo Art, dando una tarjeta a Roy—. Apréndetelo de memoria y destruye la tarjeta. No tienes motivos para enfadarte, Roy. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo. Si fuera listo, no tocaría estas joyas ni con pinzas.

—Solo quiero que vosotros conozcáis mi postura. Eso es todo.

Art sacó de su cartera diez billetes de diez dólares y los dejó sobre la mesa de café. Roy los cogió y se los metió en el bolsillo de los pantalones. Tras una leve vacilación, empezó luego a buscar entre las joyas. Art le miraba sin decir palabra. Por último, Roy apartó una sencilla sortija de platino que llevaba incrustado un solo diamante de tamaño regular.

—Esta es la que quiero —dijo—. Nadie se molestará en mirarla dos veces en el dedo de una dama. Un poli puede ver alguna de esas centelleantes piedras desde una distancia de cien metros. Es como llevar letreros. *Okey*, Art. Dentro de un par de días te daré un toque. Hasta el momento estoy limpio. Nadie me busca. Seguiré por aquí cerca.

Art se puso rápidamente en pie y estrechó la mano de Roy.

—No te preocupes por tu parte —le dijo—. Nos gusta tu trabajo. Acaso te necesitemos de nuevo. Es posible que Max tenga algún buen trabajo para ti.

—Para mí es *Okey*. Hasta la vista.

—Te acompañaré hasta el camino entablado. Podrías perderte por aquí o pescarte alguna de las damas que viven arriba. Los negocios están terribles. Ni siquiera los polis ganan pasta.

Ya en la puerta se estrecharon de nuevo la mano. Roy miró hacia el mar. El viento se había calmado. El banco de niebla blanca se acercaba lentamente hacia la playa. Hacía frío y el panorama era triste.

De repente sintió que le invadía una sensación de soledad y, volviéndose, caminó presuroso hacia el aparcamiento donde le esperaban Marie y *Pard*. ¿Y si un poli figón y caradura anduviera metiendo las narices donde no le importaba? Empezó a

sudarle la frente y en su apresuramiento tropezó con una tabla suelta. Pero al dar vuelta a la esquina los vio allí. Marie estaba sentada con la cabeza descansando sobre el respaldo del asiento, fumando con calma un cigarrillo, y *Pard* inclinado hacia delante, siguiendo con la mirada a las gaviotas.

Marie sonrió al entrar Roy. Él no dijo palabra. Se limitó a cogerle la mano derecha y a deslizarle la sortija en el primer dedo que encontró.

—¡Dios mío, Roy! —gritó Marie al tiempo que se le iluminaba la cara y le dirigía tal mirada de gratitud y alegría que Roy se sintió incómodo. Fue igual que aquella vez en Tropicó, cuando ayudó a Papá. La expresión de este había sido la misma. Y de repente Roy se sintió avergonzado de la manera en que se había comportado en casa de Velma y hubiera querido volver allí para estrechar la mano del viejo y decirle algo.

—Un regalo —dijo Roy con una sonrisa.

Marie le echó las manos al cuello y empezó a llorar.

—Estoy tan contenta de que no estés enfadado conmigo, Roy, por la forma en que me he comportado. Solo fue por ti. Quería que vieras cómo se sienten los hombres conmigo. Solo quería...

—Claro, claro —dijo Roy, calmándola—. Oye, hemos de ponernos en marcha.

—Claro está que la has puesto en la mano equivocada —dijo Marie.

CAPÍTULO XXXIV

Era una noche del desierto perfecta. Soplaban una brisa suave y fresca del Sur agitando la artemisa.

Marie y Roy estaban sentados delante de su cabina en el aparcamiento de coches, fumando y mirando los coches que pasaban veloces por la carretera. *Pard* se encontraba tumbado a sus pies, dormitando.

—Una noche estupenda —dijo Marie.

—Sí.

—Es extraño. Nunca solía fijarme demasiado en las noches. Supongo que es porque me siento feliz.

—Sí —dijo Roy—. Yo también. No soy muy amigo de estar sentado aquí como todo el mundo. Pero, desde luego, no tengo ganas de moverme hasta la hora de irnos a la cama.

—Me siento formidablemente. También esto es raro. Nunca solía sentirme así. En lo único que pensaba era en echar mano a un buen montón de cambio.

—Bien, pronto echaremos mano a un buen montón de pasta y lo sabes. Tal vez sea ese el motivo de que te sientas tan formidablemente.

—No —dijo Marie—. Todavía no tenemos ese dinero y yo nunca hago las cuentas de la lechera. Es solo porque os tengo a ti y a *Pard*, Roy. Antes nunca tuve en realidad a nadie. Quiero decir a alguien que me interesara.

—Lo sé. Cuando era un chico joven pensaba que todo cuanto uno necesitaba para ser feliz era una buena cantidad de pasta. Y luego, cuando tuve mi primer dinero importante, se trataba de diez grandes, me preguntaba por qué no era feliz. No notaba la más mínima diferencia. Era exactamente el mismo tipo. Me fastidiaban las mismas cosas que antes. Claro que podía jugar, y comprar buena ropa y divertirme por ahí, pero es extraño lo poco que eso significa para uno. Luego conocí a Myrtle y las cosas cambiaron por un tiempo. Con dinero o sin él era feliz. Pero aquello no duró.

—Sí. Has de tener a alguien que te importe. Eso es todo.

—Sí. El dinero también es algo extraño. Conocía a un tipo llamado Ed Tuttle. Era un tipo estupendo. Tenía una granja e iba saliendo adelante ganándose la vida al igual que el resto de los granjeros por aquel entonces, aunque sin poder ahorrar un centavo. Pero maldito lo que le importaba. Y un día el ferrocarril le pagó por un derecho de paso o algo parecido. Y ahí lo tenemos con cuarenta grandes al contado. Se volvió tan tacaño que ni siquiera compraba lo suficiente para que su familia comiera. Se pasaba el tiempo mirando su pasta. Finalmente, un día se sintió atemorizado. Y decidió invertir toda su pasta en bonos «Liberty» y así estaría a salvo. De manera que allá va nuestro hombre a la capital del Condado y tiene una charla con un banquero estafador

llamado Kramm. Este le dice que es un zoquete al querer invertir su dinero en bonos «Liberty», ya que no pagan interés suficiente. Así que vende a Ed acciones de un resplandeciente hotel de Chicago por valor de cuarenta grandes, que le darían el seis o el siete por ciento. En dos años aquellas obligaciones no valían el papel en las que estaban impresas y Ed quedó arruinado. No encontró a nadie que ni siquiera quisiera hablar con él. Sus propios hijos le aborrecían. Pero entró de nuevo por el camino recto, arrendó una granja y se puso a trabajar. La última vez que le vi había vuelto a ser él mismo y todo el mundo sentía simpatía por él. Sí, la pasta es algo extraño.

—Sí —rubricó Marie, pensativa.

Pard se despertó sobresaltado y por un instante miró inquieto en derredor suyo. Luego se levantó bostezando y desperezándose, Y dejó caer la cabeza sobre la rodilla de Roy, que le frotó las orejas.

—¿Qué pasa, *Pard*? ¿Has visto un fantasma?

—Estaba soñando. Nunca puse atención en los perros hasta que llegué a conocer a *Pard*. No sabía que podían soñar igual que las personas.

—Desde luego. Yo tenía un perro viejo llamado *Sport*. En las noches de invierno solía dormir delante del fuego y movía las patas como si estuviera corriendo. También daba una especie de ladridos. Aquel perro cazaba conejos en sueños durante toda la noche.

—Me pregunto si tendrán también esos sueños tontos que tenemos nosotros y que no quieren decir nada.

—Supongo que sí. Por un instante *Pard* estuvo realmente asustado. No lo sé.

—Te gustan los perros, ¿verdad, Roy?

—Sí. Claro que me gustan. Verás, con nosotros pasa algo raro. La gente tiene las ideas más descabelladas. Si fueras a creer todo lo que lees, pensarías que vamos por ahí dando puntapiés en la cara a las ancianas y torturando animales. Una vez en la trena leí un libro que me dio Barmy. Era sobre las viejas bandas de Nueva York. Había un gángster llamado Monk Eastman. Estaba loco por los animales y al llegar a viejo abrió una pajarería. El tipo que escribió el libro no acababa de imaginárselo. Pensó que era hermoso. —Se echó a reír y sacudió la cabeza—. Me gustaría que hubiera visto a algunos de los tipos que estaban en la trena. Doby Lemon, el individuo más duro que conocí en chirona, tenía un ratón amaestrado. Acudía a su celda todas las noches y lo sostenía en la palma de la mano dándole de comer de lo que había guardado para él. Desde luego, Doby estaba loco por aquel ratón. Pero algo le ocurrió. Una noche no apareció y Doby jamás volvió a verle. Su compañero de celda me dijo que Doby solía hablar de aquel ratón con lágrimas en los ojos. Media docena de tipos tenían cucarachas. Algunos de ellos las llevaban consigo en pequeñas cajas de lata. Uno de ellos, Zeke Patman, tenía una rata amaestrada. Decían que solía tumbarse panza arriba y rodar, y que hacía otras muchas gracias. Yo nunca la vi. Acostumbraba a arrastrarse por una tubería con él. Sí, la gente tiene ideas raras sobre nosotros.

Se hizo un largo silencio.

—¿Qué vamos a hacer cuando tengamos todo ese dinero, Roy? —dijo finalmente Marie.

—No estoy seguro. Pero sí sé algo, nos largaremos al Este. Tal vez nos quedemos algún tiempo por Chicago para ver algunos espectáculos. Es posible que sigamos hasta Nueva York. Aquello sí que es grande. Una vez sentí los efectos del sol en el paladar de mirar aquellos edificios tan altos.

—¡No me digas!

—Es un viejo chiste. Me sorprende que una chica lista como tú se haya dejado pescar.

—Algunos chistes son tan viejos que resultan nuevos.

—Sí —asintió Roy, reflexivo—. Eso es verdad. La primera vez que vi Nueva York fue hace quince años. Tú apenas estarías en pañales.

—¿Qué dices? Tenía diez años.

Se levantó de un salto y se atusó el pelo. Roy trató de cogerla, pero falló y Marie corrió hacia la cabaña parándose en la puerta para incitarle, pero vaciló. Roy se apretaba la herida del costado derecho con una mueca de dolor.

—¡Puff! —exclamó dolorido—. Está visto que habré de mantenerme más tranquilo.

—¿Duele mucho? —preguntó Marie volviendo junto a él y poniéndole una mano sobre el hombro.

—No será nada.

—Vamos dentro, Roy. Te cambiaré el vendaje.

—No. Espera a que nos vayamos a la cama. Ahora puedes hacerme algo de café. ¡Madre mía! A mis años debería tener más conocimiento. En adelante habré de moverme más reposadamente.

Marie, inclinándose hacia él, le besó. Roy la abrazó, estrechándola contra él. Cada día que pasaba le excitaba más.

—¿Me quieres, Roy?

—Claro que te quiero. Puedes apostar. Creo que tienes razón, Marie. Será mejor que cambiemos ahora mismo el vendaje.

Marie se echó a reír.

—Vamos.

Pard les siguió con la mirada mientras entraban en la cabaña y luego, subiendo hasta el último escalón, se tumbó en él. Al cabo de un rato se quedó dormido y empezó a soñar.

El pequeño perro gemía en sus sueños mientras que sobre su cabeza desfilaban las estrellas en lenta procesión y los meteoros irrumpían en la atmósfera de la Tierra y estallaban en llamas incandescentes dejando breves rastros plateados en la aterciopelada oscuridad.

Fueron apagándose una a una las luces de la pequeña ciudad del desierto. Fue

disminuyendo el tráfico en la carretera hasta pasar solo un coche de vez en cuando. Sobre el aparcamiento de coches palpitaba un silencio denso. Finalmente, en la lejanía, un coyote emitió un lúgubre aullido que sobresaltó a *Pard* haciéndole salir de su sueño, con el pelo erizado y enseñando los dientes. Detrás de él se abrió la puerta.

—Entra, pequeño golfo, o ese lobo te atraparé.

CAPÍTULO XXXV

Al entrar Roy, Marie estaba poniendo la mesa mientras *Pard* seguía todos sus movimientos encaramado en una silla.

—¿Qué tal? —preguntó Marie, escudriñando la cara de Roy y observando que parecía cansado e irritable.

—La misma y vieja canción. Max sigue sin aparecer. Voy a quedarme sin pasta poniendo conferencias a ese tipo, Art.

Se dejó caer sobre una silla y, quitándose el sombrero, lo lanzó hacia el dormitorio, aterrizando en la cama. Luego empezó a frotar las orejas a *Pard* con aire ausente. El chucho empezó a mover la cabeza de un lado a otro al frotarle Roy primero una oreja y después la otra.

—Mira —dijo Marie de repente—. Tu sombrero está sobre la cama. No me gusta eso.

Entró corriendo en la habitación y, cogiendo el sombrero, lo dejó sobre el tocador.

—¡Eres cómica con tus supersticiones! —gruñó Roy, queriendo herirla o irritarla—. Eso son tonterías absurdas. Ni un niño se las creería.

—¿De veras? —dijo Marie—. Muy bien. Pero he visto a muchísimas adivinas y echadoras de cartas, y te sorprendería enterarte de las cosas que me han dicho.

—Majaderías.

—Muy bien. Eso es lo que tú dices. Pero a veces las cosas como esas resultan. Mira a *Pard*.

—Okey. ¡Mirémoslo!

—Sabes bien lo que Algernon decía siempre. Que traía mala suerte. Bien, ¿acaso no es así?

—Si tú lo dices —le contestó Roy con un tono irritante de voz, dando palmadas a *Pard*.

—Bien, ¿acaso no es así?

—No —gritó finalmente Roy—. *Pard* nada tiene que ver con todo esto. ¡Anda, que echar la culpa a un pobre perro!

Las cosas estaban destinadas a irse al diablo y así fue. Eso es todo. Babe se equivocó de carretera y él y Red resultaron muertos. El viejo Mac estira la pata. Un poli estafador se encuentra con lo que hacía mucho tiempo iba buscando. Max se pone en camino, el avión en que vuela ha de hacer un aterrizaje forzoso a causa de una tormenta y él se rompe el brazo. Todo por culpa de *Pard* ¡Demencial!

—No es normal que todo vaya mal, ¿no crees?

—No sé si es o no normal. Ha sucedido, luego tal vez lo sea. ¿Sabes lo que un amigo mío solía decir? La superstición es para la gente un sustituto de la religión. Eso

era lo que decía.

—¡Caramba, qué palabras tan grandilocuentes! Apuesto a que fue Barmy Johnson quien las dijo. Si no dejas de hablar de él, cualquier día doy la espantada.

—¡Ah! ¿Conque no te gusta mi manera de hablar? Okey. En cuanto no puedas resistir por más tiempo, ya puedes largarte. Esfúmate. Nadie te lo impide.

Marie tenía un plato en las manos. Apretando los dientes lo arrojó contra el fregadero y se rompió en mil pedazos.

—Muy bien —dijo—. Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro.

Entró en el dormitorio cerrando la puerta de un portazo. Roy suspiró y, levantándose de la silla junto a la mesa, miró a través de la ventana con las manos apoyadas sobre el alféizar la creciente oscuridad del crepúsculo en la montaña. Se alojaban en una cabaña de Poulson's Camp, un lugar aislado a unos diez kilómetros de la carretera general. Finalizaba ya la temporada y por allí había poca gente. Pero la altitud de Poulson's era tan solo de mil quinientos metros, de manera que el tiempo todavía era bastante bueno, a pesar de que las noches eran muy frías. A cien metros de la cabaña se podía verlo centellear fríamente entre los troncos oscuros de los árboles. De vez en cuando chillaba una gaviota y el sonido se prolongaba suave, triste, solitario y remoto.

Roy se quejó y volvió a la silla. La herida le estaba fastidiando, ya hacía días que le molestaba. Si no empezaba pronto a sentirse mejor tendría que hacer una escapada para ver al viejo Doc. Pero odiaba tener que hacerlo sobre todo teniendo en cuenta que todavía le debía quinientos dólares. Además, en la ciudad las cosas estaban al rojo vivo. Los periódicos seguían ocupándose del asunto Tropico y de las misteriosas muertes de Krammer y Big Mac, como si diez mil criminales se hubieran abatido de repente sobre la comunidad y nadie se encontrara a salvo, ni siquiera en su propia casa. Policías de la ciudad, hombres de la oficina del *sheriff*, agentes del fiscal del distrito, investigadores privados para las compañías de seguros y una horda de periodistas estaban peinando el sur de California en busca de indicios que les permitieran descubrir la identidad del hombre mayor que hiciera los disparos en Tropico. Un astuto pajarraco de la oficina del fiscal había dicho durante la entrevista que le hiciera un periodista que, a su juicio, las muertes de Krammer y de Big Mac estaban sin duda alguna relacionadas con el golpe en Tropico.

Red y Babe habían sido identificados Y enterrados. Roy descubrió que el nombre verdadero de Red era el de Joseph Potter y el de Babe, Arnold Francis Milnik. Tenía veintitrés años y había sido un estudiante con matrículas en el instituto. Tenía una abuela de noventa y cuatro años que había presenciado la marcha de los alemanes sobre París en 1870. Su retrato aparecía en el periódico. Se hacía cualquier cosa por vender ejemplares. Los reporteros habían estado pateando toda California, intentando averiguar cuanto pudieran para mantener vivo el caso. Todos los periódicos, salvo uno, atacaban a la Administración de la ciudad que estaba camino de terminar su mandato, pero que seguía luchando por el poder. Se ponía en ridículo a la Policía. La

gente se reía descaradamente de altos funcionarios acusándoles de corrupción. Y el caso Tropicó, así como la muerte de Krammer y de Bic Mac eran otras tantas cachiporras en manos de los adversarios, que las manejaban sin misericordia.

—No parece que las cosas vayan a calmarse —dijo Roy con un suspiro. Luego miró hacia abajo.

Pard había puesto la cabeza sobre la rodilla de Roy y le miraba interrogante con sus ojos claros y astutos.

Roy quería reconciliarse con ella. No quería que le dejara. Dependía de ella cada día más. Pero el no haber podido obtener alguna respuesta definitiva de Art le había vuelto irritable y la había tomado con ella solo porque Marie parecía joven y capaz, mientras que él se sentía viejo y desmañado. Había sido un idiota al no llevarse él las joyas... Si lo hubiera hecho serían ellos quienes les buscarían.

—Roy —le llamó Marie.

—Dime.

—Ya estoy casi lista. ¿Querrás llevarme a Ballard para que pueda coger un autobús?

—Sal y prepárame el almuerzo.

Se hizo un largo silencio. Finalmente Marie salió con expresión turbada. No estaba en modo alguno preparada. Todavía llevaba puesto el delantal.

Roy se echó a reír.

—¡Menuda farolera estás hecha!

—Bueno, a veces eres tan mezquino conmigo... Si sigues así, algún día *sí* que saldré corriendo. Me llevaré el coche y también a *Pard*. Entonces veremos cómo lo encajas.

—¿Para qué quieres a *Pard*? Ese perro es veneno puro. Caramba, si mató a Mac y solo dios sabe cuántas otras cosas.

—Lo de *Pard* no lo dije en serio. Solo estaba discutiendo. A veces me irritas tanto, que no puedo soportarlo. Cuando dices una cosa, ya está. Nadie sabe nada, salvo tú.

Roy hizo una mueca y se volvió para que Marie no lo viera.

—¡Te vuelve a doler, Roy! Ven ahora mismo aquí y deja que te cambie el vendaje.

Roy se puso lentamente en pie y Marie, rodeándole con el brazo, le ayudó hasta el dormitorio.

—Me gustaría verte si llego a dejarte —le dijo—. ¡Si eres como un niño grande! No sé cómo has podido arreglártelas sin mí durante todos estos años.

Roy le alborotó el pelo con ademán juguetón, sonriendo débilmente. Luego, poniéndose serio, la besó en la mejilla.

—Y yo tampoco, pequeña. No estoy bromeando. Y yo tampoco —le dijo.

Una vez que se hubo desnudado se tumbó en la cama y Marie empezó a desenrollarle el vendaje que llevaba alrededor de la cintura.

—¡Oooh! —exclamó Marie haciendo una mueca—. Está pegado.

—¡Da un tirón! ¡Santo cielo! Tomas las palabras al pie de la letra; ¿verdad?

—No puedo desprenderlo. Te vuelves blando.

—¡Dios mío! Doc dijo que se alegraba de no haber puesto yodo. ¿Qué es ese mejunje? ¿Dinamita líquida?

—Tendrías que verte la cara —dijo Marie riendo—. Oyendo a los periodistas, se diría que eres el tipo más duro del mundo. «El bandido que llevaba la batuta, de rostro pétreo, enarbolando la metralleta». Eso es lo que dijo de ti Vince Healy. Debería verte ahora.

—¡Vince Healy! Ese gomoso. Me gustaría saber cuánta pasta le dan por cargarse a la Administración. No es más que eso. Sencillamente un gomoso, y le llaman periodista. Solo es el pequeño caniche de Edgar Hoover. ¡Los grandes y valientes agentes del FBI! Se necesitaron cuarenta de ellos para cargarse a Johnny Dillinger y ni siquiera llevaba un arma. Te juro que es verdad.

—No te pongas tan excitado.

—Y, a fin de cuentas, fue un rápido poli de Chicago quien le disparó.

—¿A quién disparó?

—¿Cómo que a quién? A Johnny. Es un milagro que los del FBI no mataran a cuarenta personas, tal y como estaban disparando. De todas maneras, alcanzaron a un par de mujeres en aquel berenjenal. ¡Fuego cruzado!

—¿Está bastante apretado?

—Sí.

—No tienes muy buen aspecto, Roy. Está todo rojo hasta el sobaco. ¿Tienes fiebre?

—No lo creo. O tal vez sí. Debería ir a ver a Doc, pero...

—No, no puedes hacerlo. Podrían matarte. No puedes fiarte de nadie, ni siquiera de tus amigos. Diez mil dólares es mucho dinero.

—Deberías entregarme y así vivir tranquila por el resto de tu vida.

—Si no estuvieras enfermo, te daría un puñetazo en las narices.

Roy intentó tumbarla en la cama junto a él, pero Marie chilló y logró zafarse.

—No. Tengo que terminar de hacer la comida. Espera y verás lo que he guisado para ti. Sigue acostado hasta que te llame.

Apagó la luz del dormitorio y salió dejando la puerta abierta. Roy permaneció tumbado en la oscuridad, dormitando y escuchando los agradables ruidos de la cocina. Marie calzaba zapatillas de fieltro y se movía sin hacer el menor ruido, pero *Pard* estaba hambriento y la seguía en sus idas y venidas, por lo que Roy podía oír el cliqueteo de sus uñas sobre el linóleo.

De repente sintió un gran bienestar. La herida había dejado de dolerle. Yacía sonriente en la oscuridad.

«Me he portado con ella como un zoquete —se dijo—. Un hombre es afortunado de tener a una chiquilla como ella cuidando de él. En definitiva, ¿quién mil diablos

soy yo? Una condenada reliquia. ¿Para qué engañarme? ¡Sí, tenía que sentarme sobre mis cuartos traseros, vociferar y echarle un rapapolvo! Bastante tengo que ofrecer. Afortunado. Eso es lo que soy».

—¿Qué tal te va, cariño? —preguntó—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Se hizo un largo silencio.

—¡*Debes* de tener fiebre! Descansa, cariño. Ya te avisaré cuando esté lista.

CAPÍTULO XXXVI

Marie había insistido en entrar con él en la pequeña casa de comidas con baile en el desierto ante la que pasaban.

Se habían ido de Poulson's Camp después de la ventisca y estaban viviendo en un aparcamiento de coches, en Ballard. Roy había insistido en quedarse y leer los periódicos, pero Marie se había mostrado inquieta y había dado tanto la lata que se la había llevado a dar una vuelta. Se sentaron en un apartado rincón y pidieron varias bebidas. Luego, Roy cogió el periódico y, manteniéndolo delante de él, empezó a leer. Marie no paraba de moverse y agitarse, y cada vez estaba más enfadada. En la habitación contigua, que era donde se bailaba, estaba sonando música y vio a dos parejas moviéndose a través de la puerta. Roy, doblando el periódico, dio una palmada sobre la mesa.

—¡Estos japoneses! —exclamó—. Están pidiendo a gritos que les sacudan y al fin lo lograrán. Igual que los alemanes. Esos tipos que van por el mundo provocando, siempre se llevan su merecido.

Frunció el ceño, indignado.

—No me digas —exclamó Marie.

—Sí. Eso es lo que hizo el káiser, y mira lo que le pasó. Inglaterra se contuvo hasta que no le quedó más remedio que luchar. Y lo hizo a fondo. He conocido tipos semejantes. Y más te valdrá estar prevenida. Son los peores.

—Caramba, caramba —dijo Marie.

—Oye, ¿se puede saber qué te pasa?

—Al diablo contigo y tus japoneses.

—Veamos. Quería quedarme en casa y leer. Pero no, teníamos que dar una vuelta hasta el infierno y volver.

La expresión de Marie se hizo tensa y Roy vio lágrimas brillándole en las largas pestañas negras.

—Muy bien, cariño —dijo presuroso—. Está bien.

¡Caray! Había que tratar a Marie con guantes de seda en los malos momentos del mes. Rara vez se acordaba, y hablaba sin tino, mostrándose desagradable.

—Tú y tus japoneses. ¿Qué crees que me importan los japoneses, los alemanes y todas esas mamarrachadas? Solo me importas tú, yo y que nos divirtamos algo. Eso es lo único que me importa.

—Claro, claro —asintió Roy—. ¿Qué te parece si bailamos un poco?

Marie se puso en pie de un salto, brillándole los ojos.

—¡Santo cielo! Bailas como un oso polar.

—Lo sé. No lo hago muy bien.

—¡Qué no lo haces muy bien! Bailas fatal. Mira. Tómallo con calma. Relájate. No me agarres como si fuera un saco de trigo. Así. Esto está mejor. Estupendo. Ya vas entrando.

Roy sonrió y siguió risueño al ver cómo los otros dos hombres que se encontraban en la sala miraban a Marie. Desde luego tenía una estupenda criatura. Los hombres siempre querían estar en su lugar.

Calló la música y uno de los bailarines introdujo otra moneda. Cayó un disco y una melodiosa voz de barítono inundó la pequeña sala.

—Crosby —dijo Marie—. Es estupendo.

—Desde luego —asintió Roy—. Casi es el único cantante que me gusta. Aborrezco a los cantantes. Todos deberían llevar faldas. Pero este tipo no. Tiene una auténtica voz y he oído decir que es bueno en todos los sentidos.

Por un momento bailaron en silencio al ritmo lento de *Little Lady Make Believe*. Luego, Roy habló sin pensarlo.

—¿Sabes lo que te digo? Esta canción me recuerda a Velma.

—¿De veras?

—Desde luego. Eso es lo que era ella. Quiero decir que eso era lo que yo sentía por ella. Quiero decir...

—Aclara tus ideas antes de que lo digas. Y deja de tartamudear. Tengo treinta años. Volvamos a la mesa, tengo sed.

Roy la siguió todavía intentando expresar lo que había sentido por Velma y por qué se la recordaba aquella canción. Se sentaron.

—Cuéntame algo más de los japoneses, Roy —le dijo Marie.

Roy apretó los labios y no dijo palabra. Aquel no era sitio para disputas.

De regreso al motel del aparcamiento y al llegar a una curva cerrada de la carretera, vieron varios coches en fila y bengalas, semejantes a pequeñas bombas encendidas, iluminaban con un misterioso centelleo rojo la oscuridad por la que se movían siluetas oscuras de hombres.

—Polis —dijo Marie—. Están registrando todos los coches. ¿Cómo es eso?

—A mí no me preguntes —le contestó Roy—. Espera. Ya sé. Es el viejo truco de la comprobación de frenos. De esa manera pueden echar un buen vistazo a todo el mundo. Es evidente que la cosa está que arde.

—Volvamos atrás. Da la vuelta rápido, Roy, antes de que te acerques demasiado.

—Nada de eso, maldición. No seas tonta. Tenemos a *Pard*. A mí todavía no me buscan. Las descripciones en los periódicos son pura estupidez. Ni siquiera se acercan.

—Por favor, Roy. Estoy asustada. No podré soportarlo. Incluso puedo ponerme a chillar o algo parecido. Ya sabes cómo soy cuando...

—Muy bien.

Roy había girado enfilando en dirección contraria.

—¡Señor! —suspiró Marie—. Ya me encuentro mejor. Verás, Roy, siento que...

—Pero entonces se puso rígida y se agarró a su brazo. Detrás de ellos sonaba una sirena y, al volverse, vio la luz de una moto—. ¡Ahora sí que la he hecho!

—Aguanta firme —le dijo Roy—. Te voy a enseñar el viejo truco del ratón y el gato en carretera. Sácame el arma de la cintura y déjala entre nosotros por si acaso.

—Cariño...

—Haz lo que te digo.

Marie le obedeció.

Roy pisó el acelerador y el coche salió disparado como un proyectil. La aguja del velocímetro osciló, tembló en 80, luego subió a 85, se quedó quieta un instante y luego se puso en 90. El coche oscilaba como dispuesto a despegar del suelo y el frío viento del desierto silbaba tras ellos ahogando todo otro ruido. Marie se cubrió la cara con las manos y contuvo el aliento. Detrás de ellos seguía oyéndose la sirena, aunque cada vez más débil. *Pard* ladró con fuerza al azotarle el viento. Luego se tumbó acurrucándose temeroso contra Roy.

Pasaron como un rayo ante una gasolinera. Roy vio delante de él las luces de un pueblito. Redujo la marcha, apagó las luces y un instante después hizo girar el coche a la derecha enfilando por una pequeña calle adoquinada en dirección a las montañas.

Condujo durante kilómetros sin reducir la marcha hasta que, finalmente, lo hizo.

—Lo hemos perdido —dijo—. Como quien no quiere la cosa, ¿eh?

—Sí —dijo Marie dando un largo suspiro y dejándose caer contra él—. Tienes arrestos, Roy. Algunas veces lo olvido cuando empiezas a farfullar sobre los japoneses y todas esas cosas. Estoy loca por ti, Roy. Deberías de darme unos azotes.

—Es una buena idea. Bien, ahora descansa. Tenemos un largo recorrido por delante. Voy a girar a la derecha y a tomar la diagonal. De esta forma podré saltarme la fila de retenciones.

Aquella noche, cuando Roy empezaba a quedarse dormido, Marie le sorprendió de repente con una pregunta.

—No piensas mucho en ella, ¿verdad?

—¿En quién? ¿Qué? —balbuceó.

—En Velma.

—No. No significa nada para mí. Solo era esa canción que cantaba Bing. Me hizo pensar en ella. Quiero decir que esta es la manera en que...

—Ahí es donde entro yo —dijo Marie—. Duérmete ya.

CAPÍTULO XXXVII

Todavía seguían en el estacionamiento de coches de Ballard. Aquella noche, al cabo de dos o tres días de casi confinamiento, Marie quiso ir al cine, a una casa de comidas con baile o, a fin de cuentas, a cualquier sitio, para romper con la monotonía. Pero a la puesta del sol empezó a soplar del Este un viento fuerte y seco, haciendo temblaquear ventanas, dando portazos, haciendo volar por los aires trozos de papel en la creciente oscuridad. Lanzaba la arena contra las ventanas con tal fuerza que semejaba una fuerte lluvia.

El viento y el golpeteo de la arena hacían sentirse muy inquieta a Marie, que empezó a dar paseos por la habitación. *Pard* también estaba inquieto y daba vueltas por todas partes, olfateando las ventanas y las puertas, emitiendo pequeños gemidos y mirando de vez en cuando a Roy, que estaba sentado en mangas de camisa, con la silla echada hacia atrás, leyendo un periódico.

—Es como si estuviéramos en el Sahara —dijo Marie—. Jamás había visto una tormenta de arena.

—Una buena noche para quedarse en casa —dijo Roy—. Estamos tan a gusto como una sabandija sobre una alfombra. ¡Escucha cómo sopla! ¡Uff! No me gustaría estar en medio de eso. ¿Qué te parece si calentamos el café que quedó?

—Últimamente estás bebiendo una barbaridad de café, Roy, No es extraño que no duermas bien.

—Para ti el café es mejor que el alcohol. ¿Qué te parece si estuviera bebiendo alcohol todo el tiempo?

Marie no dijo palabra. Encendió el gas y puso al fuego la cafetera.

Roy apartó el periódico fastidiado.

—Estos tipos me sacan a veces de mis casillas. Siempre hablando de criminales. ¿Qué diablos saben sobre eso? Un tipo viola a una niña. Es un criminal. Otro mata a una mujer con un martillo. Es un criminal. Una mujer mata a su bebé. Es un criminal. Un estafador trampea a un primo oportunista un buen montón. Es un criminal. Yo doy un golpe en Tropic. Soy un criminal. Por todos los diablos, no tiene sentido.

—¿Qué quieres decir, Roy? —le preguntó Marie mientras esperaba que el café se calentara.

—Quiero decir que nos meten a todos en el mismo saco. Un individuo es tan malo como otro. Y eso es una completa y maldita estupidez. Por ejemplo, cuando yo estaba en la trena. Estábamos rodeados de violadores y tipos semejantes, y nosotros ni siquiera les hablábamos. Hubiera preferido mil veces sacudir a uno de ellos en la mandíbula que siquiera mirarle. Lo hubiera preferido. Esos tipos no son criminales. Son tarados. Anormales. Y ahora veamos a un estafador listo. Completamente

normal. Tiene más cerebro que siete polizontes juntos, es limpio, aseado y sabe comportarse. ¿Qué es lo que le convierte en alguien tan malo? No hace otra cosa que timar a unos cuantos primos que lo están pidiendo a gritos. A un hombre honrado no se le puede timar. Cualquiera puede decírtelo. Oigas lo que oigas, ningún tipo puede ser víctima de un estafador si él mismo no estuviera intentando cometer un robo. Esa es la razón de que la mayoría de ellos se quedan callados como muertos. Ahí tienes, por ejemplo, a mi amigo Barmy. Era un tío listo si los hay. Solía nadar en dinero, pero se hizo viejo y le pescaron. Como un día u otro nos acaban pescando a todos. En los viejos tiempos trabajaba con Blonger, el Big Guy, y en invierno, en Florida, solía hacer hasta doscientos de los grandes. En verano trabajaba en Denver, donde la situación era perfecta. Finalmente se cansó y se fue de viaje a Europa. Le enloquecía jugar y soltó su paquete en Mantecado. Y aquello sí que resultó divertido. Preparó un sistema perfecto con el que no podía perder y resultó esquilmado en medio millón. — Roy se retorció de risa—. Algo sí que puede decirse de Barmy. Jamás se descorazonaba. De manera que se largó a Londres y empezó con sus maniobras. Pero no sacó nada en limpio porque los británicos son honrados. No como los norteamericanos. El propio Barmy era canadiense y conocía a toda esa gente extranjera como franceses, británicos, italianos y todos los demás. Decía que los norteamericanos eran la gente más ladrona del mundo y los demás, grandes primos para la estafa. En este país nadie se porta limpiamente. Entre cien no hay un solo funcionario que no haya metido mano. Los polis son tan retorcidos que no pueden dormir estirados en la cama. Incluso los jueces pueden ir por mal camino. Yo lo sé. Me costaron bastante cuando apostaba alto. Sí, Barmy dijo que en Londres prácticamente se moría de hambre. Decía que había animado a un tío para que entre los dos pudieran hacerse con cien mil dólares, pero que en cuanto el británico descubrió que para logrado tenía que timar a alguien se hizo atrás. Un norteamericano se limitaría a decir: «¡Llévame hasta él!».

Marie llevó a Roy su café y se sentó a escucharle. A veces le interesaba lo que decía. En otras ocasiones, cuando empezaba a hablar de política, de estrellas o cosas semejantes, la aburría hasta la muerte.

—Sí, a Barmy le resultó imposible sacar un centavo en Londres, pero pidió prestado para el pasaje y regresó a los Estados Unidos. No pasó mucho tiempo antes de que pusiera en práctica la misma operación que le falló en Londres, e hizo pasta tan aprisa que hubo de contratar muchachos para que le ayudaran a gastarla. Barmy no era un criminal. Quiero decir, que no era de esos criminales de que hablan los periódicos. Solo era un tipo listo. Caramba, le oí hablar con un profesor de Universidad durante una hora, cuando aquellos tipos merodeaban por allí midiendo nuestras cabezas, e hizo quedar en ridículo a aquel profesor. Tal vez ese profesor supiera cómo medir la cabeza y escribir un libro, pero déjalo ahí, en medio del mundo con otros tipos, y no sabrá siquiera abotonarse los pantalones. Y yo, por ejemplo. ¿Qué hay de malo en mí? Lo único que hago es juntarme con otros tipos y asalto un

Banco para tener pasta. Nadie resulta herido si sabe comportarse, y nadie pierde nada, excepto las compañías de seguros. ¡Y ya me dirás quién va a llorar por ellas! En mi época disparé contra algunos tipos, aunque no estoy seguro de haber matado a nadie, salvo a Krammer. Sencillamente le di su merecido. Pero, ¿acaso todo eso me convierte en un ser tan vil que puedan igualarme a un violador o cualquier tarado de esos?

—Están locos —rubricó Marie.

—Desde luego —dijo Roy—. Los de fuera están todos locos. No hay más que ver cómo hacen las cosas. Conozco un tipo que entró en un garaje y robó dos neumáticos. Le echaron diez años. Ahí tienes a Johnny. Cuando era un muchacho de diecinueve años, él y otro atracaron a un tipo y le aliviaron de quinientos. Era el primer delito de Jhonny. En aquel momento estaba borracho. Le condenaron de diez a veinte años y cumplió nueve. El tipo que le acompañaba en el atraco salió a los quince meses. ¡Y aún se preguntan por qué Johnny era tan duro! Claro. Por otra parte, en nuestra ciudad había un banquero llamado Henry. En operaciones de Bolsa perdió el dinero de sus clientes y el Banco cerró las puertas. Montones de granjeros y de gente pobre se quedaron sin un centavo. Pasta que habían estado ahorrando durante años. ¿Y qué pasa? Juicio nulo la primera vez. La segunda vez fue condenado con la recomendación de clemencia porque era un hombre enfermo. Cumplió diez meses. ¡Un hombre enfermo, por vida mía! Pesaba cien kilos. ¡Y encima cumplió la condena en el hospital! Y ahí tienes a aquel juez de Nueva York. Durante años le estuvieron sobornando para que dictara sentencias favorables, un tipo al que la gente había elegido para que mirara por sus intereses. Así que le pescan y lo condenan. ¿A cuánto? A dos años. Al chico que robó los neumáticos le condenaron a diez. Y hablan de criminales. A esos hijos de puta deberían pegarles Un tiro.

»Y aquí me tienes a mí. Jamás he pretendido que tratara de ayudar a nadie, salvo a Roy. Robo y lo admito. Pero, si fuera un juez elegido por la gente, maldito si me dejaría sobornar y les estafaría. No estoy bromeando, lo digo en serio.

»Eso es lo que esos tipos no entienden. Hablan de criminales. Deberían enchironar a algunos de ellos y entonces lo sabrían. Ahí tienes que ganarte tu posición, amigo. En la cárcel un hombre no es nadie hasta que se demuestra a sí mismo. Poco importa que se trate del presidente de un Banco o lo que sea. Claro que sin contar a los tarados, que deberían estar en celdas de castigo. Si es un soplón, saldrá. La mayor rata que tuvimos en la cárcel fue un predicador que estafó a la congregación la pasta destinada a la construcción de una iglesia. Nosotros, los “criminales”, no compadrearíamos con él por todo el oro del mundo. Y mira la otra cara de la moneda. Un tipo que fuera un atracador, un estafador o algo parecido, siempre tenía amigos, a condición, claro, de que fuera normal, lo que la mayoría de ellos eran. Pero supongamos que fuera un secuestrador. O algo parecido. Pensaríamos queapestaba... Sí, eso es lo que estropeó finalmente las cosas. Algunos de los peces gordos se volvieron tan locos por la pasta que empezaron con los secuestros. Y eso sí

que es algo repugnante, si lo hay. Eso y la matanza en la estación de ferrocarril de Kansas City lo desbarató todo. Johnny no quería siquiera oír a nadie que hablara de secuestros. Pensaba que era algo estúpido, y cortaba de raíz con quien tuviera algo que ver con ello. Verás, creo que es algo extraño. Pienso en lo que he estado hablando. Un banquero estafador, un juez corrupto, polis rastreando la comunidad para poder sacar tajada, un alto funcionario vendiendo cargos..., cosas como esas. ¿Por qué lo aguanta la gente? En este país, unos cuantos tipos tienen toda la pasta. Millones de personas no tienen bastante para comer, y no porque no haya comida, sino porque no tienen dinero. Algún otro lo tiene todo. *Okey*. ¿Por qué no se unen todas esas gentes que no tienen pasta y la cogen? Está en el bote. Un Banco parece algo muy difícil, ¿no? *Okey*. Dame un arma y un par de tipos y asaltaré el Banco más grande de los Estados Unidos. Y no soy más que un hombre. ¿Qué no podrían hacer diez millones?

—Están todos asustados —dijo Marie ahogando un bostezo—. De todas maneras, eso es comunismo o algo parecido.

—De acuerdo. ¿Y qué? Como en la cárcel. Un tipo empieza a hablar como lo he hecho yo y otro empieza a gritar «¡Comunista!», haciéndole callar. Pero eso a mí no me asusta. Llámalo como quieras. Sigue siendo sentido común.

Marie se echó a reír.

—Bébetelo el café y deja ya de querer salvar al mundo. Señor, quisiera que ese viento parara.

Al cabo de un rato Roy había cambiado de tema. Empezó a hablar de su adolescencia. Marie se sentía siempre sorprendida cada vez que atacaba aquel tema. Roy era un hombre grande, de aspecto duro. ¿Qué podían importarle las cosas que habían pasado hacía treinta años?

—... sí —estaba diciendo Roy—, ya no hay mujeres como ella. Tía Minnie era una verdadera delicia. Siempre estaba horneando bollos para nosotros y haciendo helado y cosas así. Pasara lo que pasase, siempre recurriamos a ella. Cuando nos caíamos y nos hacíamos daño; si se nos clavaba un clavo en el pie, o nos picaba una avispa. Cuando el viejo nos azotaba o Ed Simpson, el maestro, nos cantaba la palidonia en clase. Sí, era toda una mujer. Algo así como religiosa, pero no una beata. La mujer más buena que he visto en mi vida. Jamás tuvo un mal pensamiento. Amable con todo el mundo y en todo momento. Apenas podía soportar el que mataran una gallina para la cena...

—¿Qué quieres decir con lo de que jamás tuvo un mal pensamiento en su vida?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Era casada, ¿no?

—Claro que era casada.

—¿Tuvo hijos?

—Puedes apostar. ¡Y qué madre!

—Bueno. Entonces tal vez yo no sepa de lo que estás hablando —dijo Marie—.

Pensé que tal vez quisieras decir que era pura o algo así.

—¡Pues claro que era pura!

—Dejémoslo estar.

De repente, Roy captó la idea. Se quedó mirando a Marie durante mucho tiempo. Luego empezó a comprender. Al igual que Velma, papá y mamá, la tía Minnie era otro producto de su imaginación. Se sobresaltó al comprender que incluso la tía Minnie había tenido una vida privada. Había pensado en ella tan solo como en una mujer pequeña, de rostro amable que le daba bollos y le acariciaba la cabeza cuando lloraba. El fantasma de una mujer que solo existía para él. Marie tenía razón. La tía Minnie había tenido también sus goces al igual que el resto de la raza humana. Y, ¿por qué no? Solo la idea le resultaba desagradable.

—¿Oíste hablar alguna vez de un tipo llamado James Whitcomb Riley?

—No —dijo Marie—. ¿En qué bar servía?

Roy se echó a reír.

—Chica avispada, ¿eh? Bueno, escribía poesía. Era de mi Estado. Una vez escribió un poema titulado *De la anciana tía Mary*. Y uno hubiera pensado que estaba escribiendo sobre la tía Minnie, como si la conociera de toda la vida. Sí, me sabía ese poema de memoria, pero ahora no puedo recordarlo, maldición.

Roy se puso en pie bostezando y desperezándose, pero de repente hizo una mueca y dobló el cuerpo.

Ya estamos otra vez.

—Maldito sea ese poli —farfulló Roy—. Me marcó bien. Dios mío, no he debido desperezarme de esa manera.

—¿Quieres que te cambie la venda?

—No. Cuando nos vayamos a la cama.

Roy se sentó y empezó a tamborilear, nervioso, sobre la mesa, intentando controlar los gestos de dolor. Tenía el costado como si alguien le hubiera clavado en él un punzón para hielo y en ese momento lo estuviera removiendo sin cesar.

—¡Amigo! —exclamó Roy, sacando el pañuelo y secándose la frente.

Marie acudió rápida y, abrazándole, lo besó en la coronilla.

—¡Pobrecito mío!

—He de ir a que me vean esto. Estoy ardiendo. Mira cómo sudo.

—Te pasa por haber hecho un gesto tan brusco, Roy, se te calmará.

—¡Uff! Preferiría tener dolor de muelas.

—No dirías eso si lo tuvieras.

Roy se secó de nuevo la frente.

—Caray, escucha ese viento. Aúlla como mil demonios. Espero que la cabaña resista hasta mañana.

—Yo también. Mira al pobre *Pard*. No le gusta nada el viento. ¿Sabes lo que te digo, Roy? Me he sentido rara durante todo el día. Sabía que algo iba a ocurrir. Me he sentido terriblemente inquieta. Ya sabes lo que quiero decir. Como si algo colgara

sobre mi cabeza. Una cosa extraña. Y además *Pard* se ha estado portando todo el día como si le pasara igual. Supongo que habrá sido la tormenta que se avecinaba. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya está calmando. ¡Qué alivio, caramba! Como dijo el tipo del asilo, uno se siente bien cuando acaba. Apuesto a que no volveré a desperezarme de esa manera. Pero ahora, en serio, tengo que ir a que me lo curen. Aunque supongo que podré esperar hasta que coja mi parte.

—Si es que alguna vez la coges.

—Sí. Empezamos a quedarnos cortos de pasta, ¿no?

—Todavía nos queda algo.

—Tuve suerte al inclinarme acoger aquel rollo del suelo en Tropicó aun estando a punto de que me cepillaran. Estaríamos atrapados.

—Sí. Y también debiste coger el dinero que te ofreció el amigo de Velma. ¡Cuatrocientos machacantes! Pero no, tenías que hacerte el pez gordo. «Olvídalo, no tiene importancia». Eso fue lo que dijiste. —Marie se echó a reír—. ¡Primo!

Roy sonrió algo aturdido.

—Sí. Pero es que pensé que pronto tendría un gran montón.

—Eso te enseñará a no hacerte el espléndido. ¿Te sientes ya mejor, Roy? Si es así, voy a ocuparme de mi otro chico.

—Estoy bien.

Marie se apartó de él y, abriendo la alacena, sacó de ella una caja de cartón pequeña.

—Aquí, *Pard* —le dijo—. Mira lo que te ha traído mamá.

El perro se acercó, sentándose. Marie le daba a comer de lo de la caja. Al animal le brillaban los ojos claros mientras lo trituraba.

—¿Qué tienes ahí? —le, preguntó Roy.

—Algo que vi hoy en el mercado.

—¿Y qué es?

Marie vaciló y pareció mostrarse algo incómoda.

—Golosinas para perros.

—¡Por todos los diablos! ¿Hacen golosinas especiales para perros?

—Sí. Saben algo así como dulce, pero no les hace daño como el azúcar de verdad.

—¡Caray, que me maten si...! —Roy se destornillaba de risa—. Es divertido. Cuando te conocí pensabas que *Pard* era un auténtico engorro. Y ahora vas y le compras golosinas para perro. ¡Golosinas para un perro! Esa sí que es buena.

—Está bien, ríete. Tú nunca piensas en algo así. Solo en ti.

Una vez que Marie le hubo cambiado el vendaje, Roy se endosó la chaqueta del pijama y se tumbó con un largo bostezo.

—Tiene mejor aspecto, ¿verdad?

—Sí —asintió Marie, que se estaba cepillando el pelo—. Mucho mejor. La parte enrojecida se ha reducido.

Una vez dispuesta a acostarse, sacó el «45» del cajón del tocador y se lo metió rápidamente debajo de la almohada. Roy se volvió.

—Creíste que te saldrías con la tuya, ¿eh?

—¡Caramba, Roy!

—¿Cuántas veces habré de decírtelo? ¿Eh? Nunca debajo de la almohada. Debajo de las sábanas.

—En el lago tú siempre la tenías debajo de la almohada.

—Entonces no temía que hubiera jaleo.

—No me gusta dormir con esa cosa dentro de las sábanas.

—Verás. Algún poli empieza a sospechar de nosotros. Pero no dice nada. Espera a que nos vayamos a la cama. Entonces, fuerza la puerta y entra. Yo le oigo. Si al arma está debajo de la almohada, hago ademán de cogerla y entonces me acribilla. Si la tengo debajo de las sábanas, yo sigo tranquilamente tumbado y no puede ver mi mano. Si hace méritos, seré yo quien le acribille a través de la mente. Y punto final.

—Entonces, pónstela a tu lado. Parece que creas que quiero detener las balas en las asentaderas al dar media vuelta.

—Tiene dispositivo de seguridad.

—Sí, ya he oído eso antes. Y también lo de que no estaba cargada.

Roy se llevó el arma a su lado. *Pard* saltó a la cama y se tumbó entre los pies de Roy. Al poco, todos yacían tranquilos y Roy empezó a sumirse en el sueño. El viento ya no sonaba tan fuerte como antes y la arena había dejado de estrellarse contra las ventanas.

Roy dio la vuelta con un suspiro, colocando cuidadosamente los pies para que *Pard* estuviera cómodo. Luego Marie se acurrucó junto a su espalda y le puso el brazo sobre los hombros.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, pequeña.

Se hizo un largo silencio. Luego, de repente, Marie pegó un salto, al tiempo que chillaba.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—Qu... ¡Qu...! —balbuceó Roy.

Marie le despertó. Escuchó un estruendo lejano, como un trueno en una noche calurosa en Indiana, pero en definitiva no era del todo lo mismo. Sonaba más ahogado, más trepidante.

—La primera vez que he oído sonar un trueno bajo tierra —comentó adormilado.

—¡Dios mío! ¡Un terremoto!

Roy se sentó erguido. *Pard*, saltando de la cama, empezó a correr de una ventana a otra gruñendo y ladrando con un tono extrañamente agudo y poco natural. Las junturas de la pequeña cabaña empezaron a crujir, las puertas de las ventanas batían y la del dormitorio se abrió de repente, dando con fuerza contra la pared. El suelo empezó a moverse. Sintieron oscilar la cama y cayeron trozos de yeso.

Escucharon un estruendo ensordecedor y luego nada. Siguió un silencio mortal. Luego chilló un chiquillo en alguna parte del aparcamiento de coches. Se encendieron luces.

—¡Uff! —exclamó Roy—. Yo...

Volvió a escuchar el trueno subterráneo y tragó saliva con dificultad. Marie le echó los brazos al cuello y empezó a besarle sin parar.

—¡No me importa! —gritó con voz histérica—. Siempre que te tenga a ti. Déjala que tiemble. Lo digo de veras, cariño. Puede que a veces te fastidie, pero lo digo de veras.

—Yo también.

Permanecieron allí sentados, abrazados, y *Pard*, volviendo a saltar a la cama, se acurrucó junto a ellos. Estaba temblando.

El suelo se agitaba y estremecía, luego hubo un largo y trepidante temblor de Norte a Sur que hizo danzar a la cabaña y también crujir. Con ensordecedor retumbo pasó por debajo de ellos en dirección Sur. Cayó al suelo un gran trozo de yeso con un fuerte ruido.

Marie estaba ahogando prácticamente a Roy y este respiraba trabajosamente con la boca abierta.

—Supongo que ya ha pasado —dijo con un tono de voz forzada—. ¡Por vida de...! Siempre he estado oyendo hablar de terremotos, pero jamás había estado en uno. Espero que el pelo no se me haya vuelto blanco.

—Tal vez haya otro —dijo Marie que seguía aferrada a él.

Pero nada ocurrió y permanecieron allí tumbados escuchando los ruidos del exterior. Se oía a hombres hablar en voz alta y correr de un lado a otro. Un niño lloraba y media docena de perros ladraban frenéticos. Escucharon el rugido de, un motor.

—¡Vamos! ¡Vamos! —se oyó rugir a un hombre.

—Parece que un tipo se larga —dijo Roy—. Pero si lo hace es que está completamente loco. Esta es una de esas cosas de las que no se puede huir. No hay lugar donde refugiarse.

—Eso es lo verdaderamente espantoso.

—Sí. Barmy solía hablarme de los terremotos. Decía que la vieja Tierra se sacudía la piel como los perros. Supongo que las pulgas seremos nosotros.

Permanecieron allí, abrazados.

—Todo lo que he dicho es verdad —dijo Marie—. Cada una de las palabras.

—Yo también —dijo Roy.

CAPÍTULO XXXVIII

Roy salió sonriente del *drugstore* de la esquina. Era extraño lo diferente que podía ser todo con unas pocas palabras. La noche anterior todo lo veía negro. Él y Marie tuvieron una pelea a causa de Velma. *Pard* se las hubo con otro perro y este le mordió las orejas. Y la herida le había molestado tanto que no había podido pegar ojo hasta la madrugada. Ahora todo parecía de color de rosa. Una voz había dicho a través del teléfono: «Ha llegado Max. Ven cuanto antes».

«Sí —se dijo Roy, camino de regresó al aparcamiento—. Supongo que tenía un presentimiento sin saberlo. Me alegro de haber esperado. Ahora podré tener una buena noche de sueño y levantarme a primera hora de la mañana. A fin de cuentas empezaba a hartarme de este desierto. Creo que todos estábamos hartos. Acaba atacándote los nervios. Incluso a *Pard*. Nunca le había visto como anoche. Caray, le dio una buena pasada a aquel gran *collie*. Y Marie me la dio a mí. ¡Qué temperamento el de esa chica! Y parecía tan dulce como una tórtola».

Rio para sí mientras seguía andando.

Se alojaban en un aparcamiento de coches en una ciudad bastante grande de carretera, entre San Bernardino y Los Angeles. Era una hermosa tarde de comienzos de invierno y Roy se detuvo en una esquina, cerca del aparcamiento, para mirar en derredor. Al otro lado de la carretera había una gran plantación de naranjos, una hilera tras otra de árboles de un verde oscuro con su fruta de oro rojizo y despidiendo un aroma denso y dulce que invadía todo el campo. La ciudad californiana con sus casas blancas de dos pisos, de tejas rojas, parecía dormitar bajo la cálida luz del sol. Y en la lejanía, hacia el Norte, se alzaba una cadena montañosa entre brumas azuladas, pudiendo verse de vez en cuando una cima coronada de nieve. Después del desierto reseco, abrazado y azotado por el viento, aquel lugar era como un paraíso.

—Sí —dijo Roy con una mueca sonriente—. Como en las postales.

La herida le dio un pinchazo, pero no hizo caso. Mañana tendría su parte; solo Dios sabía cuánto, pero, con toda seguridad, tendría cuatro cifras. Podría ir a ver al viejo Doc, pagarle lo que le debía y ver que se ocuparan de la herida. Y luego él, Marie y *Pard* podrían enfilarse hacia el Oeste y bien está lo que bien acaba.

«Por un tiempo las cosas se pusieron tan feas que empecé a pensar que Art y Max estaba tratando de pegármela —se dijo Roy torciendo en dirección al aparcamiento—. Es extraño cómo la mente de un hombre alberga sin cesar ideas equivocadas, y ¿cómo puede saber que son equivocadas? Hay que ver lo fácil que resulta equivocarse en este mundo».

—Buenas noches.

Roy se volvió. El hombrecillo que les había conducido a su cabaña la noche

anterior le saludaba sonriente. Tenía un rostro más bien simpático, se dijo Roy, salvo por la taimada expresión de sus ojos.

—¿Qué tal? Bonito día.

—Aquí son todos bonitos casi siempre. Allá en el Este, de donde supongo que viene, este parecerá un hermoso día. Pero para nosotros es como otro cualquiera.

—Supongo que así es.

—¿Sufrió mucho daño su perro?

—Solo algo mordidas las orejas. Está muy bien.

—Le he dicho a ese individuo una y otra vez que mantenga a su collie alejado de este aparcamiento. Algún día se encontrará con la horma de su zapato. Aunque su pequeño perro no se dejó amilanar.

—Es correoso.

Roy saludó con la cabeza y se dirigió a la cabaña, que tenía la puerta abierta, y pudo ver a Marie, inclinada, poniendo bálsamo en las orejas de *Pard*.

—Oye esto, chiquilla. Han acabado nuestras dificultades.

—¿Ha venido Max?

—Sí. Me han dicho que vaya a primera hora de la mañana. Para entonces lo tendrán preparado. ¿Qué te parece?

Marie empezó a dar vueltas con los brazos en alto.

—Esto sí que es formidable. Ahora podremos recalar en el Este y estaremos a salvo.

Roy entró y, cogiendo en brazos a Marie, la besó repetidas veces. *Pard* captó la excitación y empezó a ir de un lado a otro ladrando y saltando sobre ellos. Finalmente se agarró a la pernera del pantalón de Roy, sacudiéndola con fuerza y gruñendo ferozmente.

—Adelante —exclamó Roy—. Hazlo trizas. No me importa. Mañana tendré pasta a barullo.

Pero, a pesar de las buenas noticias y de la sensación de tranquilidad y relajación que estas le habían producido, Roy pasó mala noche. Por primera vez en muchos meses se despertó empapado en sudor, con los nervios de punta y dominado por una depresión terrible. Daba vueltas y más vueltas. Finalmente empezó a sentir fuertes dolores en la herida. Llegaron a tal punto, que el rostro se le contrajo con muecas dolorosas y empezó a dar puntapiés.

Marie se despertó, sobresaltada.

—¿Eres tú, Roy?

—Sí.

—¿Tienes dolores?

—Sí.

—Ya te dije anoche que no tenía muy buen aspecto. Pero no te preocupes. Doc te curará mañana.

—Hasta mañana hay un largo camino que recorrer y tengo que conducir.

—Conduciré yo.

—De eso, ni hablar. Suponte que tropezamos con dificultades.

—No tropezaremos. Ya verás. Ni siquiera te buscan todavía. Y si lo hicieran, tampoco te reconocerían ahora.

Marie había insistido de manera irritante y tenaz en que Roy cambiara de aspecto, por lo que se había dejado crecer el bigote, que lo tenía negro y espeso como la tinta. Marie le había cortado el pelo y se lo había dejado tan corto que ya no se le ajustaba el sombrero. Y le había comprado un par de gafas baratas con cristales corrientes. A pesar del dolor, Roy sonrió al recordar la primera vez que echó un vistazo al espejo y se vio de aquella guisa. Ni su propio hermano le hubiera reconocido. Le daba un aspecto respetable y prácticamente inofensivo.

—De todas maneras, conduciré yo.

—Intenta dormir un poco.

—Me siento terrible.

—Pobre mío —dijo Marie intentando calmarle, pero estaba ligeramente irritada con él y hubiera querido que diera media vuelta y la dejara dormir. Los hombres eran como niños. Si les dolía algo, querían que todo el mundo estuviera despierto para ver cómo sufrían. Le hubiera gustado ver a Roy pasar por lo que ella había pasado en ocasiones.

«Todos ellos son iguales —se dijo—, incluso Roy».

—Cuando era un chico joven, no sabía lo que significaba la palabra «nervios» —estaba diciendo Roy—. Pensaba que solo los tenían las mujeres. Fue aquella condenada cárcel... ¡Dios mío! Ya empieza otra vez. ¿Crees que tengo envenenamiento de sangre?

Marie se le quedó mirando, sintiéndose de repente asustada.

—No. Claro que no. De ser así, ya lo sabrías.

—¿De veras? Me han alcanzado tres veces. Todavía llevo plomo en la pierna izquierda. Pero antes nunca he sentido un dolor como este.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Qué te parece una copa? También puedo calentarte un poco de leche. Mi madre solía beberla para poder dormir.

—Lo que necesito es tomar algo que me calme un poco el dolor.

—Te traeré una aspirina. Acaso eso te sirva de algo.

Roy, después de tomar dos tabletas de aspirina, se tumbó e intentó dormir. Marie se acostó junto a él, se hizo un ovillo con las rodillas en la barbilla y casi al punto la oyó respirar con regularidad. Aquello le irritó y, volviéndose, empezó a agitarse. Allí estaba ella durmiendo como un bebé, sin pesadillas ni dolores. No había derecho, cuando él tenía tanto dolor y se sentía tan mal. De repente se enfadó consigo mismo.

«Eres un estúpido canalla. Estáte quieto y deja dormir a la pobre chica. Toda la culpa es tuya al dejar que un don nadie te alcanzara».

Pard bajó de un salto de la cama para rascarse y Roy le llamó en voz baja. El perrillo volvió a subir y se tumbó junto a Roy, poniendo la cabeza sobre su hombro.

Roy suspiró y empezó a sumirse lentamente en un sueño inquieto. En una ocasión despertó a Marie hablando a voces:

«¿Ah, sí? —gritó con una voz que no era la suya—. Puedo hacer morder el polvo a dos como tú, Fat Evans. Dame ahora mismo ese bate. Es mi turno. Claro que lo es, ¿verdad, Elmer?».

—Ya estamos otra vez —dijo Marie—. Incluso en sueños vuelve siempre a cuando era chiquillo. Es verdaderamente extraño.

Roy se despertó sobresaltado. Los bordes de la persiana brillaban con la luz del día. Miró el reloj. Las siete de la mañana.

—¡Dios mío! —exclamó en voz alta—. He dormido después de todo. —Se volvió—. ¡Marie! Son las siete. Más vale que nos levantemos. Es nuestro gran día.

Marie abrió los ojos y bostezó ruidosamente. El pelo le caía sobre la cara. Estaba toda despeinada y arrugada. Roy metió la mano entre las sábanas. Y le dio unos azotes. Seguidamente salió de la cama con cautela. En el costado derecho tenía un dolor sordo, pero ya no sentía aquellos dolores agudos. Marie también se levantó.

—Solo tienes que calentar el café y comeremos algo de pan con mantequilla —dijo Roy—. Cuando me haya ido deja salir también a *Pard*. Voy a buscar un periódico. Para ver cómo van las cosas.

—No tardes mucho. Me pongo nerviosa cuando estás fuera.

Roy la besó, se encasquetó el sombrero y se encaminó presuroso hacia el pequeño restaurante abierto toda la noche, dos manzanas más allá. Se le quedó mirando un griego somnoliento. El hombre había estado en pie durante doce horas, a lo largo de toda la noche, mientras Roy peleaba consigo mismo en la cabaña, y se preguntaba por qué diablos no iría George a relevarle. Roy echó cinco centavos sobre el mostrador y cogió un periódico.

—¿Desayuno? —preguntó el griego de manera automática—. Tenem...

Pero Roy no contestó. Intentaba dominarse. Fue como si le hubieran asestado un puñetazo entre los ojos. En primera página del periódico podía verse una foto suya. Los titulares proclamaban: «El Nuevo Enemigo Público Número 1 de América». Era una vieja fotografía «Bertillon» suya que le tomaron hacía ya seis años. Parecía más delgado, más fuerte, más formidable. Y ni siquiera la borrosa reproducción del periódico podía disimular el destello duro y rebelde de sus ojos.

—Tenemos buenos bollos. Tortitas con jarabe. ¿Le gusta comida para el desayuno? Tenemos... —De repente se le iluminó al griego la cara—. ¡Hola, George! ¿Dónde has estado?

—¡Vaya fiesta! —dijo una voz detrás de Roy—. No he pegado ojo en toda la noche. No quiero ni pensar en todas esas doce horas que he de...

Roy, dando media vuelta, salió, cerrando de golpe la puerta. Encontró a Marie en la cocina, en pie, con las manos en las caderas, tarareando un nuevo ritmo de baile mientras esperaba que se calentase el café.

—Le dejé salir, como me dijiste. No irá lejos. Ese perro tiene sentido común.

—De acuerdo —dijo Roy—. Escucha esto: «“El bandido de rasgos duros con la metralleta, al mando de la operación”, resulta ser, ni más ni menos, que el ya famoso Roy Earle, recientemente indultado de la penitenciaría de Michigan City, en Indiana. Y, créanlo o no, viaja con una prostituta llamada Marie y un pequeño perro mestizo blanco que responde al nombre de *Pard*. Al menos así era cuando Mendoza le vio por última vez en los terrenos del “Tropico Inn” en la noche del atraco...».

—¡Louis! —exclamó Marie.

—Sí. Ha largado a todo meter. Debí haberme ocupado de él cuando nos siguió fuera. Yo sabía que era de esa ralea. Aquí dice que alguien de la oficina del fiscal sospechó de él desde el principio. Espera un momento: «Y, aprovechándose de la vanidad de ese estafador de poca monta que quería ser un pez gordo...». ¡Malditos sean por esto! Mira lo que dicen de mí. ¡El Perro Rabioso de Roy Earle! Estas ratas de periodistas.

—¡Dios mío, Roy! ¿Qué vamos a hacer?

—Como tú bien dijiste, he de dejarte, cariño.

—¿Como dijo quién?

—Tú lo dijiste. ¿Recuerdas? Dijiste que era un trato. Que, cuando la cosa se pusiera demasiado difícil, podría dejarte.

—No, no puedo dejarte, cariño. No me importa lo que me pueda pasar. Sigamos juntos.

—No puede ser. Tienes que llevarte a *Pard*. Yo he de ir a buscar mi parte. La necesitaré. Estoy prácticamente arruinado. No tengo un centavo, salvo lo que llevo en el bolsillo y tú en el bolso.

—No. Vámonos, Roy. Al infierno con todo eso. Larguémonos al Este. Lo lograremos. Y entonces estarás a salvo.

—A salvo y sin un cuarto. Acabaríamos asaltando las gasolineras como un par de chicos de secundaria y con algún poli palurdo disparándonos a las posaderas. Para volver al Este se necesita pasta. Me corresponden posiblemente diez de los grandes y pienso ir a recogerlos. Verás, tengo una idea. Tú puedes coger un autobús para San Bernardino. Allí puedes esperarme. Cojo la pasta, compramos un gran cesto con tapas para meter a *Pardo*. Te lo llevas contigo. Yo iré a recoger mi parte, luego me reúno contigo y nos largamos al Este. ¿Dónde diablos está ese perro?

—¡Roy! No, no puedo ir sola. Estoy asustada.

—Tienes que hacerlo, cariño. ¿Crees que vaya arrastrarte a esto conmigo para que recibas un balazo? ¡Caray! Cuando te cuelgan esa etiqueta del número uno, disparan primero y luego hablan. Lo sé. ¡Perro Rabioso Earle! ¿Qué te parece eso? Ve a llamar a *Pard*. No. Por todos los demonios. No le llames. Solo silba.

Marie se acercó a la puerta.

—No le veo.

—¡Silba! ¡Silba!

—No puedo. Tengo los labios demasiado secos.

Marie rompió a llorar.

Roy andaba de arriba abajo impaciente.

—Louis les habrá dado pelos y señales. Me buscan por asesinato. Si pueden pescarme, me cargarán con la muerte de Krammer. Pero te juro que no me cogerán. Ya me oíste. No volveré a cumplir condena y puedes creerme bajo palabra. He visto a esos pobres diablos en la celda de ejecuciones... Pero no seré yo quien la visite...

—¿Qué quieres decir, Roy?

—Quiero decir, que jamás me cogerán, eso es lo que quiero decir. ¿Quieres silbar a ese perro?

Marie, dando media vuelta; se tapó la cara con las manos. Roy se acercó a la ventana y apartó la cortina. El hombrecillo que administraba el aparcamiento de coches se encontraba en pie delante de una de las cabañas haciendo gestos con las manos de «ven aquí», lo que extrañó a Roy. Y entonces vio a *Pard*, a unos metros de distancia, mirando cauteloso al hombre, una expresión vacua en sus ojillos claros y astutos. El hombre llevaba un periódico en el bolsillo. Roy se sobresaltó ligeramente, luego se dirigió de puntillas a la puerta y la abrió.

—Perrito bonito —estaba diciendo el hombre—. Simpático muchacho. El simpático y pequeño *Pard*.

Pard se acercó a él moviendo la cola.

Roy salió rápido y se colocó detrás del hombre, quien se volvió al punto y dio un salto de lado.

—Tengo que hablar con usted —dijo Roy.

La cara del hombre adquirió un tinte verdoso.

—Estoy ocupado. Esta mañana tengo un montón de cosas que hacer. Simp..., tiene un perro simpático, señor.

Trataba de hacer amistad con él.

—¿Qué la hace pensar que se llama *Pard*?

—¿No oí ayer cómo le llamaba usted? Tal vez me haya equivocado.

—¿Ha leído su periódico esta mañana?

El hombre empezó a mostrarse amedrentado. Roy, agarrándole por el brazo, le metió a la fuerza en la cabaña. Marie estaba en el dormitorio haciendo presurosa una maleta.

Roy cerró la puerta con llave.

—Ya está todo solucionado, pequeña. Recoge tus cosas. Deja en paz las mías.

Marie levantó los ojos y se sobresaltó al ver al hombre del aparcamiento tambaleándose con la cara lívida por el miedo. Roy sacó la «45» de la cintura de sus pantalones.

—Sabe quién soy, ¿verdad?

—No. Nunca le he visto antes. Quiero decir, antes de que viniera aquí. Se lo juro por Dios.

—Entonces, ¿de qué está asustado?

El hombre alzó las manos delante de él como para parar un golpe.

—Dios mío, *Mr. Earle*. No me mate.

—Buscaba la recompensa, ¿verdad?

—No, le juro que no la buscaba. Solo iba a telefonar a mi sobrino.

—¿Su sobrino! ¿Policía?

—No. Soy Paul Healy. Vince Healy, el famoso reportero, es mi sobrino.

—¿Y esa rata me arrojaría a los polis tan pronto como hubiera telefonado su historia!

—¿No le dispaes, Roy! —gritó Marie—. No lo hagas, por favor. No podría soportado.

El pequeño *Mr. Healy* se balanceó un instante y luego cayó al suelo, perdido el conocimiento. Roy lo miró un instante y se encogió de hombros.

—Ve corriendo a la tienda de la esquina, Marie, y tráete un gran cesto con tapa. Me ocuparé de este tipo y luego te llevaré al autobús.

—Muy bien Roy. Hice mal en comportarme de esa manera. Haré lo que dices. Pero no hagas daño a ese hombrecillo, por favor. Anoche fue bueno con *Pard*.

—No voy a hacerle daño alguno. Le ataré y le meteré en el armario para que podamos disponer de buena delantera. No creo que nadie en el aparcamiento se haya dado cuenta de nada. ¿A ti qué te parece?

—Ni siquiera me la había dado yo.

CAPÍTULO XXXIX

Marie estaba tan nerviosa y aturdida, que Roy mantenía una mano firme sobre su brazo para calmarla. Había aparcado el cupé en una pequeña bocacalle de la carretera general y esperaba el autobús. *Pard* estaba en un gran cesto de mimbre, a sus pies.

Roy repetía una y otra vez sus instrucciones y, de vez en cuando, Marie hacía un ademán de asentimiento, pero pensaba en otra cosa.

—«Apuestas Virge Ray». Es fácil encontrarlo. No preguntes dónde está. Búscalo. Solo tienes que mencionar a Art y Virge se ocupará de ti. Mañana por la noche, a más tardar, me reuniré contigo. ¿Lo has entendido?

Marie asintió. Luego, dejándose caer sobre su hombro, empezó a llorar.

—Solo que tengo un presentimiento... Por favor, Roy, llévame contigo. Ya no puedo soportar estar sola... Yo...

Roy no dijo palabra. Estaba intentando controlarla. Hubiera resultado tan fácil decir: «Muy bien, pequeña. Ven conmigo», y serían enormemente felices..., por un tiempo. Pero no era sensato. Si hubiera camorra y los polis empezaran a disparar, debajo del asiento tenía una metralleta y mucha munición, y podía valérselas. Si estuviera solo, naturalmente. Pero, ¿qué podría hacer teniendo que ocuparse de Marie y *Pard*?

—No es posible.

—Lo sé.

Marie permanecía sentada con la cabeza sobre el hombro de él y se sobresaltó al recordar lo irritada que se había sentido la noche anterior porque a Roy le dolía la herida y no podía dormir.

—Anoche me porté mal contigo, Roy.

—¿Qué te portaste mal? ¿Qué quieres decir?

—Lo hice. Tuve ideas mezquinas. Como que no me dejabas dormir solo porque...

—Yo mismo las tuve, diablos. ¿Por qué habrías de estar despierta porque me doliera el costado?

—Ahora quisiera haberlo hecho.

—Mira, esa mujer también espera el autobús. Se ha puesto en movimiento. Supongo que ya viene.

Inclinándose, besó a Marie, pero se apartó cuando ella quiso aferrarse a él. Tenía la cara pálida y le temblaban los labios.

—No puedo, Roy, no puedo. Tú eres todo cuanto tengo en el mundo.

—Vamos, pequeña, te veré mañana por la noche.

Roy llevaba la maleta en una mano y el cesto en la otra. Andaba tan aprisa que Marie hubo de correr para alcanzarle.

El gran autobús se detuvo con un fuerte rechinar de frenos. Se abrió la puerta.

—Dense prisa —dijo el conductor.

—¡Adiós! ¡Adiós!

Roy levantó la vista, miró por un instante el rostro pálido y cubierto de lágrimas de Marie y luego, volviéndose bruscamente, se dirigió presuroso hacia el cupé. Intentó mantener los ojos fijos delante de él, pero no lo logró. Se volvió. El autobús estaba doblando la esquina. Una mano de mujer saludaba a través de una de las ventanillas.

Roy se sintió embargado por un pánico demencial. Estaba solo. Marie se había ido. *Pard* se había ido.

«No puedo soportarlo —se dijo—. Sencillamente, ya no puedo hacerlo solo».

Subió rápido al cupé y puso en marcha el motor.

Sentía un deseo loco de correr tras el autobús y sacar de él a Marie y *Pard*. «¡Diablos! ¿Por qué no? Olvídate del dinero». Encontrarían alguna manera para volver al Este.

Y luego tal vez pudiera organizar una operación. Dio vuelta y entró en la general. El autobús había desaparecido.

—¡Caray! Esas bañeras realmente corren —farfulló apretando el pedal.

Pero de alguna parte apareció un policía motorizado que le hizo aparcar junto a la acera. Roy se desabrochó rápidamente la chaqueta para tener a mano su «45».

El policía aparcó la motocicleta y, echándose hacia atrás la gorra, avanzó lentamente hacia Roy.

—Forastero, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí —dijo Roy con una sonrisa—. ¿Qué he hecho mal?

—No se puede girar de esa manera. Lo sabe bien. Y, además, estaba apretando el acelerador.

—¿De veras? No me he dado cuenta.

El policía se quitó la gorra y se rascó cuidadosamente la cabeza. Tenía la cara pálida y cansada, y parecía prácticamente exhausto.

—Debería ponerle una multa por esto. Pero, como es forastero...

—Gracias, agente.

—Muy bien. Además, su comportamiento ha sido correcto. Algunos de los sujetos se ponen furiosos y me dicen que me costará el puesto. Diablos, ese es el tipo de individuos a los que me gustaría pescar. Bien, amigo, he pasado toda la noche en pie y estoy cansado.

—¿De veras?

—Sí. Y, además, he de seguir al pie del cañón hasta que me releven. Órdenes. En el sur de California todos los policías andan locos buscando a ese Earle. ¿No ha leído el periódico de esta mañana?

—Sí. Supongo que es un tipo duro.

—Eso es lo que he oído decir. Bien, ya puede irse, pero ándese con ojo. Algunos de los muchachos que han estado en pie toda la noche gastan malas pulgas. Póngales de mal humor y, en menos que canta un gallo, le meten en la cárcel.

—Gracias, agente.

Roy arrancó. Esta vez sí que había tenido suerte. De no haber sido por el policía, con toda seguridad hubiera sacado a Marie y *Pard* del autobús. ¡Lo que hubiera sido una condenada estupidez!

Enfiló por una bocacalle para reflexionar sobre lo que había de hacer. De súbito hizo chasquear los dedos.

«¡El desfiladero! —se dijo—. Con todos los polis buscándome por el sur de California, lograré eludidos por las carreteras principales. En cualquier momento Healy se habrá desatado. Tal vez ya lo haya hecho. Me largaré en dirección contraria, atravesaré por el desfiladero y daré la vuelta por el lado malo de las montañas. He, oído decir que últimamente el tiempo ha sido bueno. Caray, me alegro de haber pensado en ello».

Entró de nuevo en la carretera general enfilando otra vez hacia el desierto.

CAPÍTULO XL

En la parte sur de Los Angeles una densa niebla marina empezaba a descender sobre las calles, ensombreciendo el sol. En casa de los Baughman ardía una estufa de gas en el cuarto de estar y el ambiente era sofocante en toda ella, cargado con el olor salobre y húmedo de la niebla.

La madre de Velma estaba tumbada en el diván, con la cara pálida y tensa y una toalla húmeda sobre la frente. Baughman recorría la habitación de arriba abajo, sudando por todos sus poros y mesándose el pelo ralo.

—¡Dios mío! —estaba diciendo *Mrs. Baughman*—. Nunca lo superaré. ¡Nunca lo superaré! Ese espantoso hombre en mi casa. ¡No quiero ni pensarlo! La pobrecita Velma yendo al cine con él. Solo de acordarme me pongo enferma. Podía haberla raptado, o matado, o algo parecido. Le llaman perro rabioso. Gracias a Dios que Velma ha regresado a Ohio. Si estuviera aquí, no tendría un instante de tranquilidad. Podría venir y... —Se incorporó violentamente dando un chillido—. ¡Carl! Ese hombre no sabe que se ha ido. ¡Dios mío! Llama a la Policía. Haz algo. No te quedes ahí parado. Diles que envíen a un agente para protegernos. Date prisa, de prisa. Puede enfurecerse al enterarse de que Velma se ha ido. Puede... ¡Oh, Carl! Estaba furioso el día que estuvo aquí. ¿Recuerdas que te lo dije? ¡Por favor, Carl...!

—Tranquilízate, Mabel —le dijo Baughman temblando de pies a cabeza—. Tranquilízate. No llamaremos a la Policía. ¿Acaso no lo comprendes? Nos detendrían por dar cobijo a un criminal peligroso. ¡Diez mil dólares! Date cuenta. Todo ese dinero para un solo hombre. Bien, eso te demuestra que en realidad es un pez muy gordo. Sí. Poco importa lo que digas. Roy Earle es un pez gordo y estuvo aquí, en esta misma habitación.

—¡Estás loco! —le gritó su mujer, tumbándose de nuevo y sin cesar en sus lamentaciones—. ¡Dios mío! Si no podemos llamar a la Policía, ¿qué vamos a hacer? —Se sentó bruscamente y la toalla cayó al suelo—. Nos iremos de aquí. Eso es lo que haremos. Nos iremos a casa de Helen y nos quedaremos allí toda la noche. Tal vez lo pesquen antes de mañana.

—Mira esa niebla —le dijo Baughman—. ¿Piensas por un momento que voy a conducir hasta Long Beach con esta niebla?

—Bueno, entonces llama a la Policía. No pueden detenernos. Nosotros no sabíamos...

—Eso es precisamente lo que dirán todos los que lo sabían.

Mrs. Baughman se tumbó de nuevo para volverse a incorporar al punto.

—¡Señor, Señor! ¿Qué pensará Lon? Quisiera que Velma estuviera ya casada con él.

CAPÍTULO XLI

En un pequeño apartamento de Barronville, Ohio, Mamá se encontraba zurciendo calcetines, con el gesto impasible y sus viejos dedos manejando hábilmente la aguja. Papá recorría la habitación con una expresión de desconcertada incredulidad, frotándose la cerdosa barbilla de vez en cuando, al tiempo que tosía y carraspeaba ruidosamente. Velma estaba sentada en actitud de absoluto desconcierto. De vez en cuando se quedaba con la infantil boca abierta y los ojos desorbitados.

—¡Lo sabía! —dijo finalmente, plenamente convencida—. ¿No lo recuerdas, Papá? Te dije que me miró como si quisiera matarme.

—Hoy día una persona ha de andar con mil ojos —dijo Mamá con una voz extrañamente tranquila.

—Es él, sin lugar a dudas —dijo Papá—. Sí, señor, al principio no veía del todo..., pero es él.

—Se portó tan bien con nosotros —dijo Velma—. Solo aquella vez no... Y además vi al pequeño perro en el coche. Un perro pequeño y blanco. ¿Cómo dice que se llamaba?

—*Pard* —dijo Papá.

—Algo bueno tiene o no iría por ahí con un perro pequeño —dijo Mamá.

—¡Algo bueno! —estalló Papá—. ¡Mira lo que hizo por Velma!

—Quería a Velma. Eso es todo —afirmó Mamá—. Y no la quería coja. Supongo que tiene mucho dinero. Debe de tenerlo, robando de esa manera cinco mil dólares a la gente.

—Quinientos mil, querrás decir —la corrigió Papá con impaciencia.

—Bueno, lo que sea. Lo que trato de decir es que cuatrocientos dólares no serian nada para él. Pero llevar consigo a un pequeño perro...

—Estoy fría como un carámbano y solo de pensar en eso se me pone la carne de gallina —dijo Velma—. Era tarde aquella noche cuando fuimos por ahí. Si hubiera sabido...

Papá se rascó la cabeza y bostezó por puro nerviosismo. Llegó a sentirse tan agitado que finalmente cogió un tarugo de tabaco y arrancó un gran trozo.

—Sabes que no debes seguir masticando tabaco, Papá —dijo Velma—. Creí que habías dicho que lo habías dejado. Mira, Mamá, está masticando tabaco. Lon cree que es una sucia costumbre. Nadie que sea alguien mastica nunca tabaco. Eso es lo que ha dicho Lon.

—Jim Goodhue —intervino tajante Mamá—. Me juraste que nunca volverías a...

Se abrió de golpe la puerta de entrada y Lon se precipitó en la casa con el sombrero echado hacia atrás en la mano un periódico todo arrugado.

—¡Mirad! Lo dice el periódico... Es ese hombre. Sé que lo es.

—Sí —dijo Velma—. Lo es.

—Pero nosotros entonces no lo sabíamos —afirmó Mamá—. Fue tan amable con nosotros, nosotros...

Papá tenía la boca llena de jugo de tabaco, de manera que no pudo decir nada.

Lon se sentó junto a Velma rodeándola con el brazo.

—Solo de pensar...

—Tócame las manos. ¿Te das cuenta de lo frías que las tengo?

—Me asusté tanto al leerlo. Podía... ¡La gente! No debemos decir una palabra sobre esto a nadie. Nunca supimos de él. Ya sabéis lo que ocurre en Barronville. Todo el mundo se escandalizaría —besó a Velma dos veces en la mejilla—. ¡Imaginaos! Estuve a punto de darle aquellos cuatrocientos dólares. Me alegro de no haberlo hecho. ¡A un ladrón semejante!

CAPÍTULO XLII

Roy se detuvo hacia el mediodía en Lone Mountain, una ciudad bastante grande del desierto en la carretera de Ballard. Aparcó cerca de una esquina, a fin de no quedar atascado en el caso de que se presentaran problemas, y entró en una pequeña tienda donde compró papel y sobres, enfiló por una bocacalle y finalmente se sentó en su cupé debajo de un inmenso roble para escribir a lápiz una nota a Art y otra a Marie.

Querido Art:

Si dentro de cuatro días no has recibido noticias mías, envía mi parte a Miss Marie Garson, que está con V. Ray en San Bernardino.

Afectuosamente,

R.

—Bien —musitó Roy mientras cerraba la carta—, es lo mejor que se me ocurre por si acaban conmigo. Es posible que se la mande.

Querida Marie:

Hola, pequeña. Está emitiendo el viejo.

Me encuentro sentado aquí, debajo de un árbol, en Lone Mountain, escribiéndote esto. Desde aquí puedo ver el monte Whitney y te aseguro que es toda una montaña.

Volveré de alguna manera. No te preocupes, pequeña. Di hola por mí a ese pequeño engorro blanco.

El Viejo

Roy tenía algunos sellos en la cartera. Mientras los buscaba descubrió que con toda aquella excitación había dado a Marie más dinero del que pensara. Solo le quedaba un billete de cinco dólares y algo de cambio. Permaneció por un momento allí, con la mirada vacua y luego, dirigiéndose al buzón de Correos que había en la esquina echó las dos cartas.

Se quedó sentado rascándose la cabeza. En el depósito solo tenía cinco galones de gasolina que únicamente alcanzarían hasta unos ciento veinte kilómetros. En esa región la gasolina era cara y tenía que recorrer unos setecientos cincuenta kilómetros, acaso algo más.

—Esto es el resultado de hacer las cosas precipitadamente —farfulló—. Ahora me encuentro en apuros. Tengo que buscar pasta. Supongamos que estropeo el coche o algo parecido. ¿No sería formidable? Me va a costar cuatro y medio llenar el depósito. Y entonces me quedará un dólar más o menos. No hay alternativas, amigo. Tendré que hacer un pequeño atraco. Eso es lo que se gana al no tener capital. Colarte de rondón en un lugar que no conoces y que te llenen el vientre de plomo. ¡Vaya primo! ¿Por qué no dejaría que el amigo de Velma me devolviera la pasta que había

gastado con ella? Así no tendría preocupaciones. Pero pensé que esto era pan comido, maldición. Creí que iba a tener un montón.

Sentado en el coche observó cuidadosamente el *drugstore* de la esquina. No estaba nada mal. Era una tarde bochornosa, el sol caía de plano sobre la pequeña ciudad.

Poca gente andaba por las calles y, de polis, ni uno a la vista. De cualquier manera solo habría municipales, a no ser que se le ocurriera aparecer a algún policía de las patrullas en carretera. Era un buen lugar para aparcar el coche sin tropezar luego con obstáculos. Podía ser peor.

—Eso es —dijo Roy poniéndose en marcha—. Haré que me llenen el depósito y luego atracaré ese pequeño local. Puede que encuentre hasta cincuenta. Me arreglaré con eso.

El hombre de la gasolinera era un auténtico charlatán y Roy permaneció sentado escuchándole. Había sido cargador, habiendo ascendido por dos veces a la cima del Whitney. Las cosas ya no iban tan bien en lo del turismo y la escalada de montañas, de manera que se había visto obligado a aceptar un trabajo para vender gasolina. No le gustaba. Era faena de maricas. Roy asintió. Sabía lo que el hombre quería decir.

—Supongo que en esta época del año no se debería subir en coche por esas montañas —dijo Roy.

—No tendría la menor posibilidad. El desfiladero, que usted mismo puede ver desde aquí, tiene ya tres metros de nieve. No quedará abierto hasta el próximo junio. ¿Ve ese pequeño camino en forma de V entre esas dos montañas? Ese es el desfiladero y está casi a cuatro mil metros. Conducir por ahí es peligroso incluso en verano, amigo. He oído decir que, más hacia el Norte, se puede atravesar bien. Si está pensando en intentarlo, gire en dirección a Blue Jay Lake, siga adelante dejando atrás Eagle Lake y luego continúe conduciendo. Tengo entendido que por ahí el desfiladero puede atravesarse a pesar de lo adelantado de la fecha.

—Gracias, amigo.

Roy llevó el coche hasta una calle lateral desierta, lo aparcó, y sacó la metralleta con la munición de debajo del asiento. Después de introducir el cargador dejó el arma en el suelo. No la necesitaba para el atraco, pero convenía tenerla a mano por si se organizaba una buena. Después de examinar el «45», se lo metió en la cintura del pantalón.

Mientras conducía iba observando el trazado de la ciudad y concibió un plan. Tan pronto como saliera de la tienda conduciría de nuevo en dirección a Los Angeles hasta la intersección de la carretera. Entonces torcería a la izquierda, se metería por una bocacalle y a la salida de la ciudad giraría de nuevo, encontrándose en la general que le llevaría directamente a Blue Jay Lake. Eso tal vez les despistaría del todo.

—Sí —dijo Roy aparcando cerca del *drugstore*—. Parece fácil. Bien, adelante.

El *drugstore* estaba vacío. Un hombrecillo con gafas se encontraba en pie, detrás del mostrador del tabaco, leyendo una revista. Levantó los ojos.

—¿Quiere algo, caballero?

—Sí. Un paquete de «Camel».

El hombrecillo bajó la vista y alargó la mano por debajo del mostrador en busca de los cigarrillos. Pero cuando levantó los ojos se encontró con el negro cañón del «45». Se quedó lívido, pero no perdió los nervios.

—No me cree dificultades y nada le pasará —dijo Roy—. Deme la pasta de la caja.

—Sí, señor —dijo el hombrecillo—. No se ponga nervioso con esa arma. No tiene de qué preocuparse. A mí nunca me dispararán por dinero.

Empezó a sacar billetes del cajón.

—¿Tiene una bolsa? —le preguntó Roy.

—Sí, señor. Aquí está. Eso es todo, salvo el suelto. No creo que quiera las monedas.

—Tiene razón —dijo Roy metiéndose la bolsa en el bolsillo—. Y también sentido común.

Sus miradas se encontraron y Roy sonrió levemente. De repente el hombre pareció sobresaltarse y Roy pudo ver la expresión en su cara de horrorizado reconocimiento.

En el preciso momento en que Roy retrocedía, se abrió la puerta de entrada y alguien le agarró.

—¡Dios mío! ¡No lo hagas, Tom! —gritó el hombrecillo—. Déjale en paz. Déjale ir. Es Roy Earle.

Tom dio media vuelta e intentó escapar, pero Roy le dio un fuerte puñetazo haciéndole caer y luego, pasando por encima de él, corrió hacia la calle. Dispararon un arma y oyó la bala estrellarse contra la fachada de la tienda. Saltó al cupé y, tomando una cerrada curva, enfiló hacia la general con los neumáticos chirriando y el coche yendo de un lado a otro.

—Sí —se dijo Roy—. Lo tenía todo pensado, pero ahora no me queda tiempo para eso. He de largarme en dirección Norte sin detenerme. Me pregunto quién sería ese bastardo que me disparó. Y en definitiva, ¿de dónde salió aquel otro tipo?

A causa de todos aquellos esfuerzos, la herida empezó a dolerle y se inclinó hacia delante para aliviar el dolor.

Allá en Lone Mountain la gente llegaba al *drugstore* desde todas direcciones.

—Sí —estaba diciendo Tom, un hombretón con una placa—. Ed y yo habíamos estado observando al tipo desde que apareció. Nos pareció que había algo raro en él y en su manera de actuar. Sí, señor. Pero te equivocas de medio a medio, John, si crees que ese tipo pueda ser Roy Earle. ¡Pero si se ha llevado medio millón de dólares en joyas! ¿Para qué demonios iba a querer atracar un *drugstore*?

—Sí, eso es verdad. No pensé en eso. Pero era clavado al de la fotografía, salvo por el bigote.

—¡Maldición! Quisiera que no me hubieras gritado. Le habría cogido. Pero,

cuando chillaste «Roy Earle», me empezaron a flaquear las piernas.

Todo el mundo se echó a reír.

Llegó con gran estruendo un policía de la patrulla de carreteras y bajó de la moto.

—¿Qué es todo este alboroto?

El hombrecillo le explicó lo ocurrido.

—Bien, no vamos a arriesgarnos. En dirección Norte, ¿eh? Si en realidad es Earle, intentará volver a Los Angeles por el desfiladero de Blue Jay. Es el único que se encuentra abierto. Lo cogemos. Voy a usar tu teléfono, John.

CAPÍTULO XLIII

En aquellos momentos Roy estaba atravesando la meseta de Broken Creek Summit, barrida por los vientos. Conocía cada una de las curvas de la carretera. Era casi como si se encontrara en su tierra. Pero estaba preocupado y tenía dolorosas punzadas en el costado.

—Pero ahora ya me han descubierto —musitó—. No debería haber tirado las gafas. Pero, maldición, sabía que Healy se soltaría y diría a todo el mundo que llevaba gafas y bigote. Me habría afeitado también el mostacho de haber tenido tiempo. Sí, señor, Roy, esta vez estás realmente en graves apuros. Muy astuto, ese pequeñajo de la tienda. Convierte un atraco en una diversión. ¡Claro que un tipo listo como él habría de reconocerme!

Redujo la velocidad para la curva cerrada y luego apretó de nuevo el acelerador. Soplaban un fuerte viento más allá de la cima. El coche daba bandazos por la fuerza del viento y hubo de luchar duramente para mantenerlo en la carretera.

Al acercarse a la desviación que conducía al Blue Jay Lake, vio un coche dirigiéndose hacia él. Sin saber por qué, tuvo la impresión de que era oficial. Apretó al máximo el acelerador y el cupé salió prácticamente disparado. Apretando los dientes, tomó la curva sobre dos ruedas y desapareció en el pinar, al este de Blue Jay.

«No lo sé —se dijo—. Tal vez hubiera debido seguir tranquilamente. Aquí me tienen como si dijéramos embotellado. Si no puedo atravesar el desfiladero, estoy acabado. —Se sobresaltó ligeramente. Detrás de él sonaba una sirena—. ¡Uff! Aquí llegan las dificultades. Ese coche no me pareció trigo limpio y, desde luego, no lo es. Bien, probablemente irá lleno de guardabosques. Desearán no haberme rastreado».

Salió a campo traviesa. El oscuro pinar desapareció tras él. Divisó un trecho de Blue Jay centelleando entre los árboles, luego dejó rápidamente atrás Eagle Lake y recordó que en la noche del atraco se había preguntado si volvería a verlo.

La sirena seguía sonando, aunque fue alejándose gradualmente.

Delante de él la carretera empezaba a ascender. Condujo a través de un gran bosque de viejos pinos, inmensos y que impedían la entrada de la luz del sol y formaban una penumbra verdosa. Junto a la carretera corrían arroyos trucheros, a través de bosquecillos de abedules y maraña de matorrales. Vio pequeños pájaros que volaban bajo, piando... Y también vio a un hombre con una chaqueta roja y en la mano un rifle. El hombre se volvió y se quedó mirando el cupé, que pasó rugiendo.

De repente se encontró en campo abierto. Había dejado atrás la zona maderable. Sintió el corazón subírsele a la boca ante el panorama que se ofrecía a sus ojos. El sol centelleaba feroz sobre un vasto mundo vertical. Gigantescos picos rocosos se alzaban uno sobre otro, solitarios y monstruosos, bajo el desnudo cielo azul. En una

loma alta, en una curva de la carretera de montaña, vio dos vetustos y hendidos enebros y luego nada, salvo una roca tras otra.

A su izquierda había un muro de piedra y a su derecha un horroroso abismo que hacía parecer una nadería el cañón en la curva cerrada cerca de Broken Creek Summit. La carretera seguía ascendiendo en zigzag. Empezó a nevar y un viento glacial soplaba a través de las enormes hendeduras sobre su cabeza, silbando y aullando.

De repente su coche dio un salto, se dirigió hacia la izquierda, se bamboleó de un lado a otro estrellándose finalmente contra el muro de piedra con un impacto tal que Roy fue despedido contra el volante. Por un instante permaneció sentado, inmóvil, con la mirada fija ante él. Luego salió vacilante, intentando no mirar hacia el abismo del otro lado de la carretera.

Una gran piedra había caído desde arriba a la carretera. Había chocado contra ella rompiendo su rueda derecha delantera.

«Fin del camino —se dijo Roy—. Ahora ya estoy listo. Lástima que no se fuera hacia el otro lado. Entonces todos mis problemas habrían terminado».

Volvió a oír la sirena cada vez más cerca. Cogió la metralleta, se llenó los bolsillos de munición y luego se quedó mirando por un instante el cupé.

«De tener tiempo, cambiaría las ruedas y lo lograría. Pero no lo tengo, maldita sea. Aquí llegan esos estúpidos guardabosques».

Roy corrió carretera arriba, ascendiendo más y más en busca de un lugar por el que pudiera subir al muro. La sirena estaba ya muy cerca y de repente calló.

«Supongo que han encontrado el coche», se dijo Roy.

En medio de una curva cerrada descubrió una hendedura en la sólida roca. Trepó lentamente, jadeando y sujetándose el costado. Los dolores le subían ya por la axila derecha y se le extendían por todo el pecho.

«Se calmarán cuando descansa —se dijo—. No podré soportarlo mucho más. ¡Estoy arreglado!».

Llegó por último a la cima. Se sentó apoyando la espalda contra una gran roca. Esperó largo tiempo con la metralleta delante de él, pero nada ocurrió. Se tranquilizó y encendió un cigarrillo.

—¡Dios mío, qué lugar! —murmuró Roy. Se inclinó a mirar enderezándose al punto de empezar a sentir un mareo. Abajo, a trescientos metros, había visto Sutler's Lake, semejante a un dólar de plata incrustado en terciopelo verde—. ¡Estoy aquí, amigo!

Escuchó un extraño aleteo y levantó los ojos. Un ave inmensa volaba sobre su cabeza, dirigiéndose hacia el abismo. ¡Un águila!

—¡Me gustaría tener alas! —dijo Roy, siguiendo el perezoso y natural vuelo del águila sobre el terrible abismo.

Por alguna parte, debajo de él, rodó una piedra y pudo descubrir un sombrero. Disparó al aire y los violentos y tartajeados ecos fueron transmitiéndose de un pico a

otro hasta morir en la lejanía.

Cayó ruidosamente un montón de piedras y luego se hizo un largo silencio.

Finalmente, el viento le llevó una voz.

—Os dije que era Earle. Ve con cuidado, muchacho. Es duro como el pedernal.

—¡Usted, allá arriba! —gritó alguien—. No tiene escapatoria. No queremos matarle. Baje. No dispararemos.

—Ven a cogerme, amigo. Ven a cogerme.

Roy se echó hacia atrás el sombrero y se inclinó hacia delante para calmar el dolor. Sentía las punzadas en todas direcciones. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué no se entregaba? Era como el viejo Mac. Siguió siempre adelante hasta romperse como el juguete de un chiquillo. Realmente no tenía sentido. Pero, en definitiva, ¿qué era lo que tenía?

Oyó otro coche que subía y luego se detuvo. Allí abajo estaban hablando de él. Había un laberinto de voces, pero solo podía coger alguna que otra palabra: «¡... Earle! ¿Estáis seguros?» «¡... metralleta! Es duro...», «... nada de arriesgarse, muchachos...».

—¡Tú, el de arriba! —gritó alguien—. Más vale que te entregues. No tienes salida posible.

Como un súbito *flash*, Roy vio las pequeñas celdas de ejecución de Michigan City. Recordó la manera en que la luz eléctrica solía bajar cuando freían a algún tipo.

«No, gracias —se dijo—. Acabaré aquí. Sé cuándo me ha llegado la hora».

Inclinándose hacia delante, gritó:

—¡Venid a cogerme, muchachos! Sois muchos allá abajo. ¿Qué pasa? ¿Tenéis miedo?

—¡Vamos a cogerle!

—Tranquilízate, Lou. No puede huir. Soy yo quien está al mando aquí y digo que esperaremos a que llegue el *sheriff*.

—¡Cobardes! —gritó Roy.

El dolor se le había pasado. Se sentía mucho mejor. Encendió otro cigarrillo y se apoyó contra la roca.

Se hizo un silencio prolongado Y luego empezó a oír retazos de conversaciones.

—¿... quién dijo que era?

—... no me digas. Cazadores de venados. Un rifle potente...

Pasaba el tiempo. El sol empezaba a ponerse en el horizonte y los gigantescos picos se pusieron primero dorados y luego rojos. La inmensa águila volvió a volar perezosa sobre el abismo, pasó sobre la cabeza de Roy y desapareció entre las rocas.

—¡Earle! ¡Baja! Es tu última oportunidad —gritó de repente una voz.

—Al diablo contigo, poli —gritó a su vez Roy, inclinándose hacia delante.

Se hizo un breve silencio. Luego, desde lejos, hacia la derecha de Roy, se oyó un disparo de rifle. Al principio permaneció sentado, sin moverse. El revólver ni siquiera se le cayó de las manos. Chasqueó de nuevo el rifle y los ecos se propagaron agudos,

saltando de roca en roca. Roy se puso en pie, arrojó lejos de él la metralleta, musitó algo inarticulado, cayendo finalmente de bruces.

... la tía Minnie movía la cabeza con gesto reprobador.

—Mírate —le decía—. Mojado como un espaniel e intentando hacerme creer que no te fuiste a nadar a la hoya. Eres un chiquillo muy malo, pero no se lo diré a tu padre si ordeñas a *Sarah* esta noche por mí.

—Oye —quería decirle Roy—. Es posible que para ti sea un chiquillo, pero, en realidad, soy un hombre hecho y derecho. Peino incluso canas y me encuentro en dificultades. ¡En dificultades terribles!

... Ahora todo había terminado. Estaba cayendo por aquel oscuro abismo. De repente, una bola inmensa de fuego verde y blanco pasó veloz ante él y se alargó una mano cogiendo la suya. Pero la mano era pequeña y suave como lo fuera en aquella ocasión. Era delgada y firme. ¡Marie! La mano contuvo su caída.

CAPÍTULO XLIV

Vince Healy llevaba levantado el cuello del abrigo y el sombrero echado sobre los ojos. Intentaba hacer creer a aquellos policías y guardias forestales que se encontraba en casa en aquel lugar olvidado de Dios.

—¿Cómo ha llegado tan pronto aquí, Healy?

—He volado desde Ballard. Por el cielo; dígame ¿hasta dónde llegó este hombre? Debió ser una cabra montés.

—Ahí lo tiene.

Healy se sobresaltó ligeramente. Luego se dominó.

—¡El pez gordo de Earle! Bien, bien. Fíjense, ahí caído. No es gran cosa ¿verdad? Lleva rotos los pantalones y la camiseta sucia. Ya he visto bastante. Necesito un trago. *Sic transit gloria mundi* o algo por el estilo.

Films relacionados con William Riley Burnett y el género negro

por JAVIER COMA

1930. Little Caesar (Hampa dorada)

Adaptación de la novela de Burnett *Little Caesar* (1929, *Los Césares mueren también* o *El pequeño César*). Producido por Hal B. Wallis y dirigido por Mervyn Le Roy para First National (Warner Bros.), con Edward G. Robinson, Douglas Fairbanks, Jr., y Glenda Farrell al frente del reparto. Robert N. Lee escribió un primer guión, que se apartaba un tanto del libro, y Francis Edwards Faragoh llevó a cabo el definitivo, con mayor sujeción a la novela original.

En su autobiografía *Mervyn Le Roy: Take One* (1974) el director aseguró haberle comentado a Jack Warner tras la lectura del libro: «Eso es lo que he estado buscando, Jack. Ese tipo, Burnett, debe haber escrito esto para que yo lo haga». El novelista, sin embargo, acusaría luego a Wallis, por carta, de que en un par de escenas del film quedaba sugerida una cierta homosexualidad del personaje principal.

1931. The Finger Points (El dedo acusador)

Con base en una historia firmada por John Monk Saunders y William Riley Burnett, aunque parece ser que este tan solo actuó como asesor. Dirigido por John Francis Dillon para First National (Warner Bros.), e interpretado por Richard Barthelmess, Fay Wray, Regis Toomey, Clark Gable. Fueron acreditados como guionistas John Monk Saunders y Robert Lord.

Según Burnett (en una entrevista de 1980 publicada en el n.º 15 de la revista francesa *Polar*), solo tuvo que asistir al rodaje y dar las informaciones que se le pidieran sobre el mundo de los gánsters en Chicago; se le pagaba por este trabajo mil dólares semanales.

1931. The Iron Man

Adaptación de la novela de Burnett *Iron Man* (1930). Dirigido por Tod Browning para Universal, con Lew Ayres, Jean Harlow, Robert Armstrong en los principales

papeles. Francis Edwards Faragoh, que había sido guionista de *Little Caesar*, volvió a encargarse de adaptar a Burnett.

1932. The Beast of the City (El monstruo de la ciudad)

Con base en la historia *The City Sentinel*, escrita por Burnett bajo encargo. Producido por Hunt Stromberg y dirigido por Charles Brabin para Cosmopolitan (Metro-Goldwyn-Mayer), con Norbert Brodine como director de fotografía y con reparto encabezado por Walter Huston, Jean Harlow, Wallace Ford, Jean Hersholt. John Lee Mahin escribió el guión.

A Burnett le gustó mucho el film.

1932. Scarface (El terror del hampa)

Adaptación de la novela de Maurice Coon bajo el seudónimo Armitage Trail *Scarface* (1930). Producción de Howard Hughes con dirección de Howard Hawks, fotografía de Lee Garmes y L. William O'Connell, interpretación estelar de Paul Muni, Ann Dvorak, George Raft, Karen Morley, Boris Karloff, y distribución a cargo de United Artists. En el genérico se acreditó a cinco guionistas, y es aún hora de que se sepa con exactitud lo que cada uno de ellos aportó al film, dado que las declaraciones de algunos de los mismos y de Hawks generan no pocas contradicciones.

Lo que está más claro consiste en que Fred Pasley, un periodista especializado en Al Capone, se limitó a suministrar documentación, y en que Ben Hecht escribió, a partir de la novela original, la historia más o menos definitiva del film. A Burnett se le ha atribuido una función de asesor, aunque él aseveró (en la entrevista por Ken Mate y Pat McGilligan publicada en 1983 por la revista *Film Comment* y ampliada en el libro de 1986 dirigido por McGilligan *Backstory*) que previamente a la intervención de Hecht había escrito un guión completo, desechado por Hawks. Según John Lee Mahin (en la entrevista por Todd McCarthy y Joseph McBride presentada en 1980 por *Film Comment* y reproducida también con mayor extensión en *Backstory*) Burnett habría trabajado efectivamente con anterioridad a Hecht, y este último habría dejado en manos de Mahin y Seton I. Miller el cometido de elaborar el guión último; de acuerdo con esta versión, Miller estructuró las secuencias y Mahin reescribió diálogos, junto con el propio Hawks (que no figuró en los créditos como guionista). Ahora bien, las vicisitudes de producción y posproducción así como el hecho de que Burnett estaba contratado directamente por el productor abonan la teoría, durante largo tiempo aceptada, de que este novelista participó en los últimos tramos de la fabricación de *Scarface*; y esta fase de su trabajo habría tenido mayor

reflejo en el film que su presunto guión previo.

1934. Dark Hazard

Adaptación de la novela homónima (1933) de Burnett. Producido por Robert Lord y dirigido por Alfred E. Green para First National (Warner Bros.), con Edward G. Robinson, Glenda Farrell y Genevieve Tobin. El guión llevó las firmas de Ralph Block y Brown Holmes.

Robinson había firmado recientemente un nuevo contrato que le daba derecho a elegir entre los proyectos que la Warner le destinaba, y empezó a rechazar uno tras otro; cuando se le propuso una novela de Burnett, aceptó inmediatamente. Y en la publicidad se recurrió al prestigio del novelista; un anuncio de la campaña (según inserción en el *Photoplay Magazine*, enero de 1934) comportaba el siguiente texto: «La estrella del mes —en una historia tomada del libro del mes— origina *la película del mes*, en una nueva reunión, por la Warner Bros., del autor y la estrella de *Little Caesar*». A continuación podía leerse, en el mismo anuncio, que este drama era «aclamado por un millón de lectores como la más grande historia de W. R. Burnett».

1935. The Whole Town's Talking (Pasaporte a la fama)

Adaptación de un relato de Burnett, *Jail Break*, publicado en la revista *Collier's*. Producido por Lester Cowan y dirigido por John Ford para Columbia, con Edward G. Robinson, Jean Arthur, Wallace Ford, Arthur Byron. Jo Swerling trazó el guión y Robert Riskin escribió los diálogos.

Burnett colaboró en algunos cambios del relato original solicitados por la Columbia, pero no fue acreditado como guionista.

1935. Dr. Socrates (El doctor Sócrates)

Adaptación de una novela corta de Burnett, con el mismo título, serializada por el *Liberty Magazine*. Producido por Robert Lord y dirigido por William Dieterle para Warner Bros., con Paul Muni, Ann Dvorak, Barton MacLane. Lord y Mary C. McCall, Jr. se encargaron del guión.

A principios de año James M. Caín trabajó durante algo más de un mes en la Paramount para realizar un guión sobre el serial de Burnett, pero la compañía cedió los derechos a la Warner, y esta desoyó la oferta de Caín para terminar su trabajo.

1936. 36 Hours to Kill

Adaptación del relato de Burnett *Across the Aisle*. Producido por Sol M. Wurtzel y dirigido por Eugene Forde para la 20th Century-Fox, con Brian Donlevy, Gloria Stuart, Douglas Fowley. Firmaron el guión Lou Breslow y John Patrick.

1937. Wine, Women and Horses

Segunda adaptación de la novela de Burnett *Dark Hazard*. Producido por Bryan Foy y dirigido por Louis King para Warner Bros., con Barton MacLane, Ann Sheridan, Dick Purcell. El guionista fue Roy Chanslor.

1937. Some Blondes Are Dangerous.

Segunda adaptación de la novela de Burnett *Iron Man*. Producido por E. M. Asher y dirigido por Milton Carruth para Universal, con Noah Beery, Jr., Nan Grey, Dorothea Kent, William Gargan. Escribió el guión Lester Cole, a quien Burnett apreciaba considerablemente.

1939. King of the Underworld

Segunda adaptación del serial de Burnett *Dr. Socrates*. Producido por Bryan Foy y dirigido por Lewis Seiler para Warner Bros., con Humphrey Bogart, Kay Francis, James Stephenson. Se acreditó el guión a George Bricker y Vincent Sherman.

1941. High Sierra (El último refugio)

Adaptación de la novela de Burnett. *High Sierra* (1940, *El último refugio*). Producido por Hal B. Wallis y Mark Hellinger para la Warner Bros., con dirección de Raoul Walsh e interpretación de Humphrey Bogart, Ida Lupino, Alan Curtis, Arthur Kennedy, Joan Leslie. El guión fue llevado a cabo por John Huston con la colaboración de Burnett.

Las personalidades de Huston y Burnett habían ya coincidido en la historia del cine cuando el primero escribió el guión del western *Law and order* (1932) a partir de la novela del segundo *Saint Johnson*. Parece que la Warner los juntó para la realización del libreto de *High Sierra* con ánimo de convencer a Paul Muni, remiso

ante el proyecto. Burnett y Huston se hicieron muy amigos y se profesaron desde entonces mutua admiración; véase, por ejemplo, los comentarios de Huston, en su autobiografía *An Open Book* (1980, *A libro abierto*) sobre el novelista. En la ya citada entrevista de *Backstory* Burnett hablaba, sin embargo, sobre sus dificultades para trabajar con Huston, ya que este prefería el método de la conversación y el dictado, con lo que se perdía mucho tiempo; pero Burnett confesaba también que nunca se había divertido tanto en su vida y que pasaron la mayor parte de los ratos riéndose. Si hubo problemas fue con Mark Hellinger, el supervisor del guión, quien reclamaba un enfoque menos duro de la muchacha coja que se desentendía del protagonista después de que este la ayudara. Burnett quedó muy satisfecho de la realización de Raoul Walsh.

1941. The Get-Away

Remake del film *Public Hero Number One* (1935, *El héroe público número uno*) que había sido escrito por Wells Root y dirigido por J. Walter Ruben, a partir de una historia de ambos. El propio Ruben produjo *The Get-Away* para Metro-Goldwyn-Mayer, con Edward Buzzell como director y Robert Sterling, Dan Dailey, Donna Reed, Charles Wininger, como principales intérpretes. Burnett asumió el encargo de reescribir el guión de 1935.

1942. This Gun for Hire (El cuervo)

Adaptación de la novela homónima (1936, editada en Gran Bretaña como *A Gun for Sale, Una pistola en venta*) de Graham Greene. Producido por Richard M. Blumenthal y dirigido por Frank Tuttle para Paramount, con fotografía de John Seitz e interpretación estelar a cargo de Alan Ladd, Veronica Lake, Robert Preston, Laird Cregar, Tully Marshall. Firmaron el guión Burnett y Albert Maltz.

Si hay que creer a Maltz (a quien Burnett tuvo en alta estima), fue él el autor fundamental del guión; Burnett le habría dado mano libre y casi se habría limitado a supervisar el trabajo.

1942. Bullet Scars

Film inspirado por el serial de Burnett *Dr. Socrates* y sus dos anteriores adaptaciones cinematográficas. Producido por William Jacobs y dirigido por D. Ross Lederman para Warner Bros., con Regis Toomey, Adele Longmire, Howard DaSilva. No se

acreditó el origen temático, y sí a Charles Belden y Sy Bartlett por el argumento y a Robert E. Kent por el guión. Quizá influyera en tal hecho que Burnett trabajaba entonces para la Paramount.

1943. Background to Danger

Adaptación de la novela homónima de Eric Ambler (1937, editada en Gran Bretaña como *Uncommon Danger, Insólito peligro*). Producido por Jerry Wald y dirigido por Raoul Walsh para Warner Bros., con George Raft, Brenda Marshall, Sydney Greenstreet, Peter Lorre, Turhan Bey. El guión fue escrito por Burnett.

1946. Nobody Lives Forever

Adaptación de la novela *Nobody Lives Forever* (1943, *Nadie vive eternamente*) de Burnett. Producido por Robert Buckner y dirigido por Jean Negulesco para Warner Bros., con John Garfield, Geraldine Fitzgerald, Walter Brennan, Faye Emerson. El propio Burnett escribió el guión, que hacía del protagonista un veterano de la Segunda Guerra Mundial y le conducía a un final feliz; tales cambios con respecto a la novela original pudieron estar en consonancia con el largo tiempo transcurrido entre el final de los trabajos de producción y el estreno: dos años.

La novela fue resultado de un peculiar acuerdo entre Burnett y la Warner: esta pagaría un sueldo al novelista mientras escribía el libro (con un plazo de tres meses) y se lo mantendría seguidamente para que realizara el guión.

1949. Colorado Territory (Juntos hasta la muerte)

Readaptación como western de la novela de Burnett *High Sierra* (1940, *El último refugio*). Producido por Anthony Veiller y dirigido por Raoul Walsh para Warner Bros., con Joel McCrea, Virginia Mayo, Dorothy Malone, Henry Hun. Firmaron el guión John Twist y Edmund H. North.

1950. The Asphalt Jungle (La jungla de asfalto)

Adaptación de la novela *The Asphalt Jungle* (1949, *La jungla de asfalto*) de Burnett. Producido por Arthur Hombrow, Jr., y dirigido por John Huston para Metro-Goldwyn-Mayer, con Sterling Hayden, Louis Calhem, Jean Hagen. James Whitmore.

Sam Jaffe, John McIntire, Marc Lawrence, Marilyn Monroe. El guión fue obra, fundamentalmente, de Ben Maddow, con la colaboración de Huston.

Según Huston en sus memorias, anteriormente citadas, consultó con Burnett varias veces durante la preparación del guión, y el novelista aprobó la versión definitiva del mismo.

1951. The Iron Man

Tercera adaptación de la novela homónima de Burnett. Producido por Aaron Rosenberg y dirigido por Joseph Pevney para Universal-International, con Jeff Chandler, Evelyn Keyes, Stephen McNally. Rock Hudson, Jim Backus. Se acreditó el guión a George Zuckerman y Borden Chase.

1951. The Racket

Adaptación de la homónima obra teatral de Bardett Cormack y de su versión cinematográfica con el mismo título (1928, *La horda*) por Lewis Milestone. Producido por Howard Hughes y Edmund Grainger y dirigido por John Cromwell para RKO, con Robert Mitchum, Lizabeth Scott, Robert Ryan. Figuraron como guionistas en el genérico William Wister Haines y Burnett.

Samuel Fuller escribió el primer guión; Haines, el segundo; y Burnett, el tercero y definitivo.

1954. Dangerous Mission

Producido por Irwin Allen y dirigido por Louis King para RKO, con Victor Mature, Piper Laurie, Vincent Price, William Bendix. La historia había sido escrita por James Edmiston y Horace McCoy; y este último, Charles Bennett y Burnett firmaron el guión.

La participación de Burnett (a quien admiraba Howard Hughes, propietario de la RKO) tuvo lugar una vez había empezado el rodaje y consistió en rehacer el guión de Bennett y McCoy.

1954. Night People (Decisión a medianoche)

Producido y dirigido por Nunnally Johnson para 20th Century-Fox, con Gregory

Peck, Broderick Crawford, Anita Bjork, Rita Gam. El propio Johnson firmó el guión, a partir de una historia por Jed Harris y, Thomas Reed.

A causa, probablemente, de que era su primer trabajo como director, Nunnally Johnson quiso asegurar la viabilidad del guión, y pese a su renombrada experiencia en este terreno, solicitó y obtuvo la colaboración —anónima— de Burnett.

1955. Illegal

Adaptación de la obra teatral *The Mouthpiece*, de Frank J. Collins. Producido por Frank P. Rosenberg y dirigido por Lewis Allen para Warner Bros., con Edward G. Robinson, Nina Foch, Hugh Marlowe. Llevaron a cabo el guión James R. Webb y Burnett.

Los críticos subrayaron que el film recordaba *The Asphalt Jungle* (*La jungla de asfalto*).

1955. I Died a Thousand Times

Nueva adaptación de la novela de Burnett *High Sierra* (*El último refugio*). Producido por Willis Goldbeck y dirigido por Stuart Heisler para Warner Bros., con Jack Palance, Shelley Winters, Lori Nelson, Lee Marvin, Earl Holliman. El propio Burnett se encargó del guión, y lo consideraría más satisfactorio que el filmado por Raoul Walsh quince años atrás.

Sin embargo, Burnett pensaba que Palance y Winters eran «repulsivos».

1956. Accused of Murder

Adaptación de la novela de Burnett *Vanity Row* (1952, *Vanity Row*). Dirigido por Joe Kane para Republic, con David Brian, Vera Ralston, Sidney Blackmer, Virginia Grey. Se encargó a Burnett el guión, y luego rehízo algunos fragmentos Bob Williams.

Los retoques afectaron al principal personaje femenino, originariamente una criminal; como la interpretaba la esposa de Herbert Yates, cabeza de la Republic, la protagonista tenía que ser inocente.

1957. Short Cut to Hell

Remake del film, antes tratado, *This Gun for Hire* (1942, *El cuervo*). Producido por

A. C. Lyles y dirigido por James Cagney para Paramount. Se acreditó como guionistas a Ted Berkman y a Raphael Blau, pero con base en el guión de Burnett (sin citar a Maltz) para el film susodicho.

1958. The Badlanders (Arizona, prisión federal)

Readaptación como western de la novela de Burnett *The Asphalt Jungle* (1949, *La jungla de asfalto*). Producido por Aaron Rosenberg y dirigido por Delmer Daves para Metro-Goldwyn-Mayer, con Alan Ladd, Ernest Borgnine, Katy Jurado, Claire Kelly. Richard Collins escribió el guión, y Burnett fue acreditado como autor de la historia original.

1961. The Lawbreakers

Producido por Jaime del Valle y dirigido por Joseph Newman para MGM-TV, con Jack Warder, Vera Miles, Robert Douglas. Firmaron el guión Paul Mortash y Burnett.

1962. Cairo

Nueva adaptación de *The Asphalt Jungle* (aunque con escenario egipcio). Producido por Ronald Kinnoch y dirigido por Wolf Rilla para Metro-Goldwyn-Mayer, con George Sanders, Richard Johnson, Fue guionista Joanne Court.

1972. Cool Breeze

Otra adaptación de *The Asphalt Jungle*. Producida por Gene Corman y dirigido por Barry Pollack (que también se encargó del guión) para Metro-Goldwyn-Mayer, con Jim Watkins, Judy Pace, Thalmus Rasulala, Raymond St. Jacques.



WILLIAM RILEY BURNETT (25 de noviembre de 1899, Springfield, Ohio, Estados Unidos - 25 de abril de 1982, Santa Mónica, California, Estados Unidos). Fue escritor y guionista en Hollywood, pero su fama la debe a una serie de mórbidos relatos, siempre dentro del género de novela negra, cuyos protagonistas se encierran sin salida en un círculo de crueldad lógica, imbuidos en una dinámica de fracaso y aniquilamiento.

Destacan entre sus obras, trasladadas en su mayoría al cine, *El pequeño César* (1929), *El hombre de hierro* (1930) y *La jungla de asfalto* (1949).

William Riley Burnett es, para muchos, el escritor y guionista más importante del género negro clásico de Hollywood. Burnett fue el creador del perfil de gángster en su modo más profundo y definido, sentando las bases para personajes que aparecerían después en la historia del cine. Desde el protagonista de *Scarface* (1931), en cuyo guión trabajó en su primer tratamiento, hasta influencias posteriores que llegan hasta el mismísimo Corleone en *El Padrino* de Coppola. También se le reconoce como el máximo exponente de la “crook story”, un subgénero negro, en el que el delincuente asume el protagonismo de la narración y se nos muestra la trama a través de su óptica. Por su tono realista y casi documentalista, se le ha comparado (también por su temática) a Dashiell Hammett y James M. Cain, pero Burnett supo crear su particular estilo, con mórbidas historias, narradas con sequedad y frialdad, protagonizadas por tipos duros, personajes encerrados en una espiral de violencia y crueldad, en donde el fracaso y el aniquilamiento marcan las pautas de su conducta.

Así, firma el guión (adaptando su propia novela) de *Little Caesar (Hampa dorada)* en 1931, dirigida por Melvin LeRoy y considerada una obra maestra y pilar esencial del cine de gánsters, que logró popularizar el género en la década de los 30. Protagonizada por el gran Edward G. Robinson, con su carisma negativo, se convirtió en todo un símbolo y con una interpretación inolvidable. Es la cruda crónica del imparable ascenso de Rico Bandello, un hombre que comenzó su vida con pequeños robos y terminó su existencia como jefe de la banda mafiosa más importante y temida de la ciudad. Con posterioridad, se realizó otro popular remake en 1963 con Frank Sinatra.

Otra obra fundamental de Burnett es *High Sierra (El último refugio)* en 1941, también basada en una novela propia y en cuya adaptación contó con la ayuda de John Huston. Esta película le otorgó a su protagonista, interpretado por Humphrey Bogart, uno de sus más poderosos y fascinantes papeles, además de lanzarle al estrellato. Contó con Ida Lupino en el papel femenino y con Raoul Walsh dirigiendo la realización. Una obra maestra del género, contada con ardor narrativo y con un guión eficaz y poético, que dieron a sus actores la oportunidad de realizar una magníficas interpretaciones. El personaje de Bogart es un gánster (Roy Earle) solitario, marcado por su pasado criminal y su fracasada existencia, que pretende dejar todo atrás con su último golpe, tras salir de la cárcel, así como encontrar amor, compañía y convertirse en un hombre normal y libre.

Para completar su destacada filmografía me tengo que quedar con *The Asphalt Jungle (La jungla de asfalto)* de 1950 y dirigida por John Huston. Otra adaptación de una novela de Burnett y que tiene como protagonista a Sterling Hayden en el papel inolvidable de Dix Hanley y, además de un elenco de secundarios que brilla con especial fuerza (Louis Calhern, Jean Hagen, James Whitmore y Sam Jaffe, rostros inolvidables), además de contar con una joven y brillante debutante Marilyn Monroe. Cuenta la historia de una meticulosa planificación del atraco a una joyería, por parte de una banda de delincuentes, que acaba siendo un poderoso retrato, intenso y realista, de los personajes y sus motivaciones. Sobria y precisa, la dirección de Huston saca el máximo partido a la historia de Burnett, captando la esencia misma del universo del género negro.

W. R. Burnett también firmó otros guiones sobresalientes que no puedo obviar como *La gran evasión* (1963), *Wake Island* (1942), *Orgullo de raza* (1955), *Estación Polar Cebra* (1968), *El forastero* (1940), *Mando siniestro* (1940), *Atajo al infierno* (1957), entre otros.